

REVISTA DE FOLKLORE CHILENO

Tomo VIII,—1920

LEYENDAS

Y

CUENTOS POPULARES

recogidos en

CARAHUE (Chile)

de la tradición oral

POR

RAMÓN A. LAVAL

Socio fundador

de la Sociedad de Folklore Chileno y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía,

Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia,

Membre de la Société des Traditions Populaires

et de la Société des Américanistes de Paris, Socio correspondiente da Sociedade de Geographia de Rio de Janeiro.

Santiago de Chile

IMPRENTA UNIVERSITARIA

Estado 63

1920

CONTRIBUCIÓN
AL
FOLKLORE DE CARAHUE

REVISTA DE FOLKLORE CHILENO

TOMO VIII—1920

TRADICIONES, LEYENDAS

Y

CUENTOS POPULARES

Recogidos de la tradición oral en

CARAHUE (Chile)

POR

RAMÓN A. LAVAL

Socio fundador

de la Sociedad de Folklore Chileno y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía,
Membre de la Société des Traditions Populaires de France, etc., etc.

SEGUNDA PARTE

LEYENDAS Y CUENTOS POPULARES

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Estado 63
1920

C'est là la littérature des ignorants et des malheureux, des ceux qui ne savent ni lire ni écrire, et quand on songe aux misères de toute sorte, aux infortunes et aux douleurs que les récits du peuple ont consolées, depuis tant de milliers d'années, nous devons les aimer, les respecter et nous hâter de les recueillir, au moment où ils sont menacés de disparaître pour toujours.—(F. M. LUZEL.—*Contes populaires de Basse-Bretagne*, t. I, p. XIX).

En estos últimos tiempos, el estudio de los cuentos populares ha tomado puesto entre los estudios que nos dan a conocer el pasado de la especie humana.—(MAX MÜLLER, *La Mitología comparada*, Madrid, *La España Moderna*, p. 208).

Les contes, comme les apologues, prêchent surtout la sagesse pratique, l'habileté dans la conduite de la vie, le mélange judicieux de la prudence et de l'audace.—G. PARIS, *Le conte du Trésor du roi Rhamsinite*, Paris, 1907, p. 85).



Tradiciones, leyendas y cuentos populares recogidos en Carahue

En 1916 se publicó en Madrid, por la *Imprenta Clásica Española*, un volumen titulado *Contribución al Folklore de Carahue, Primera parte*, (1) el cual comprendía las siguientes materias:

I. 1 Supersticiones y creencias populares; 2 Medicina popular supersticiosa; 3 Oraciones y conjuros.—II. Poesía popular: 1 Nanas o coplas de cuna; 2 Versos que dicen los niños; 3 Inscripciones que los niños ponen en sus libros; 4 Juegos infantiles; 5 Adivinanzas; 6 Coplas; 7 Tonadas, canciones, parabienes, esquinazos; 8 Cogollos; 9 Zamacuecas; 10 Pallas; 11 Logas.—III. Fraseología, dichos, refranes.

La segunda parte, que debía contener las narraciones,

(1) *Folklore hispanoamericano. Contribución al Folklore de Carahue (Chile)*, por Ramón A. Laval, Socio fundador de la Sociedad de Folklore Chileno. *Primera parte*. Librería General de Victoriano Suárez, Calle de Preciados, 48. 1916.—184 págs.+4 de erratas e índice, agregadas en Santiago. 165×70.

(tradiciones, leyendas y cuentos) ha permanecido inédita, y sólo ahora nos es dado entregarla a la publicidad.

Las tradiciones y las leyendas son escasas en Carahue: una solamente recogí de las primeras, y dos de las segundas; y si más no obtuve, no fué, ciertamente, por falta de diligencia. La tradición, como todas las de su especie, es netamente local; las leyendas, ambas religiosas, son de origen europeo.

Hablar de los cuentos populares en Carahue, es lo mismo que hablar de los que se refieren en todo Chile (1).

(1) Y posiblemente en toda la América latina, y en España y Portugal, y en todas partes, porque, como dice muy bien BAISSAC, «la matière des contes populaires, d'un bout du monde à l'autre bout, est un patrimoine commun à toute l'humanité». (*Folk-lore de l'Ile Maurice*, p. v). Y mejor aun SÉBILLOT: «Souvent, surtout à leur début, ceux qui recueillent les récits du peuple y sont poussés par une sorte de patriotisme local, qui leur fait croire que tel ou tel d'entre eux est particulier à leur pays. C'est une illusion qui part d'un bon naturel; mais il est bien rare de trouver des contes dont les similaires n'existent pas quelque part. S'ils n'ont pas été encore notés, ils le seront bientôt, parfois à l'autre extrémité du globe». (*Contes des Provinces de France*, p. viii).

Y tan cierto es esto, que sólo a uno que otro cuento de esta serie no hemos encontrado semejantes en las numerosas colecciones extranjeras que hemos leído; pero estamos seguros de que los habrá.

En Octubre de 1911, la ACADEMIA COLOMBIANA abrió un concurso para premiar un cuento corto, de carácter popular en toda Colombia o parte de ella, advirtiéndose que se preferiría el que mejor expresara el alma del pueblo y que estuviera de tal modo arraigado en el corazón de la Nación, que fuera conocido de todos y los niños lo repitiesen de boca en boca. De los ocho cuentos presentados al concurso, obtuvo el premio ofrecido uno titulado *El Patio de las Brujas*, «que si bien puede tener antecedentes en creencias vulgares de otros pueblos, su esencia caracteriza bien cierta tendencia maleante y festiva del nuestro y allega en cuanto a la forma y redacción el sello regional solicitado especialmente por la empresa editorial que excitó a la apertura del concurso». El informe de que extractamos las líneas anteriores agrega: «El cuento *La Flor*

Comienzan siempre con una fórmula que por lo general dice: *Han de saber que...* o *Para saber y contar y contar para aprender. Este era (est'era)...*, o simplemente *Este era...* Y terminan con otra, que, comúnmente es: *Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento*. Estas fórmulas son muy variadas y el lector hallará algunas en los cuentos que siguen, no siendo la menos curiosa, por lo disparatada, aquélla con que principia el del *Zorzal y la Zorra*, la cual pertenece al género de las que llaman con *casarrachas, chacharachas o matutines*.

En los cuentos populares en Chile no figuran hadas buenas o malas, ni ogros, ni dragones. El papel que en los cuentos europeos desempeñan las hadas buenas, corre en Chile a cargo de viejecitos o de animales, que al fin resultan ser la Virgen María, San José, el ángel guardián del héroe, o algún otro personaje celeste; el de las hadas malas está reservado a las brujas, que siempre son viejas y horribles. Los ogros son reemplazados aquí por gigan-

de *Lilola*, si bien transmitido a los niños de una generación a otra entre nosotros, corre como popular en muchas partes y figura con el nombre de *La Flor del Ililá* en el *Folklore* publicado en Barcelona, de manera que puede estimarse como una refundición de éste».

Ahora bien, del cuento premiado por ser más nacional que el de *La Flor de Lilola*, y que es el tan popular en Chile con el nombre de *Salir con su Domingo siete*, y en Europa con el de *Los dos Jorobados*, conocemos cinco versiones publicadas en nuestro país, una en el Perú, una en Costa Rica, una en España, diez en Francia, una en Bélgica, una en Alemania, una en el Luxemburgo y dos en Egipto.

Lo mismo, más o menos, puede decirse de *La Flor de Lilola*.

De modo que la razón que se dió para premiar un cuento y desechar el otro, no fué justa, ya que el mismo motivo existía para desestimar el premiado, puesto que uno y otro son igualmente popularísimos en muchos países y que casi puede decirse que pertenecen al folklore universal.

tes, bandidos y brujas, o por culebrones u otra clase de monstruos; y los dragones, por serpientes de una o de siete cabezas. Los brujos masculinos no toman parte en nuestros cuentos.

Los protagonistas se cansan, a veces, de estar en sus casas o en sus pueblos y, muy niños casi siempre, *salen a correr o a rodar tierras, por ser hombres y por saber* (1). Suelen ser tres hermanos que marchan juntos hasta un lugar en que el camino se divide en tres y cada cual toma por el suyo, comprometiéndose a reunirse en el mismo sitio en que se han separado, después de cierto tiempo. Es increíble la facilidad con que los héroes matan gigantes y hacen volar la cabeza a toda suerte de monstruos. Es cierto que raramente se sirven para ello de sus solas fuerzas, ni de armas ordinarias, pues cuentan, por lo general, con el auxilio de una *varillita de virtud* que han recibido de una viejecita ó de algún ser extraordinario, y a la cual basta decirle: *Varillita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado* (haz) *que suceda tal cosa*, para verse complacidos (2).

(1) En Costa Rica: «Un día le entró el repente de *irse a rodar tierras*, y diciendo y haciendo, se fué...» (LIRA, *Uvieta, Los Cuentos de mi tía Panchita*, p. 113).

(2) En Extremadura, España: *Varita de virtud, por la virtud que tienes y la que Dios te dió, que...*—(HERNÁNDEZ DE SOTO, *Cuentos pop. de Extremadura*, p. 98).

En Francia: «Quand vous direz: «*Par la vertu de ma baguette blanche et la protection de ma marraine, je desire telle ou telle chose!*» aussitôt votre souhait s'accomplira. (LUZEL, *Les deux frères et la sœur, Légendes chrétiennes de la Basse-Bretagne*, t. II, p. 279. LUZEL, *Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. II, págs. 35, 105, etc., etc.).

En Costa Rica: «*Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que mi carguita de leña me sirva de coche y me lleve a casa*». (LIRA, *Juan el de la carguita de leña: Los Cuentos de mi tía Panchita*, p. 134).

El campo en que se mueven es un bosque, un palacio, un castillo, una ciudad encantada, una cueva, el fondo del mar; rara vez el aire. Y suele suceder que el héroe, cuando se encuentra en el mundo subterráneo, equivoca la frase que debe emplear para salir a la superficie de la tierra, y por decir *siete estados más arriba*, (1) dice *siete estados más abajo*, y va a dar a la *tierra de los pigmeos* (2).

Cuando se encuentra con seres extraños o con personas que tienen algo que no es costumbre ver en los mortales, les pregunta: *¿De esta vida o de la otra?*

Las brujas, los gigantes o los monstruos, encierran a las princesas encantadas bajo siete llaves, y cuando el héroe viene a libertarlas, sus guardianes adivinan desde lejos la presencia del intruso, y gritan: *Carne humana huele aquí*, (3). Los hombres son tratados por ellos *de viles gusanillos de la tierra* (4).

(1) *Estado*, es cierta medida, de la estatura de un hombre, y miden por estados las paredes de cantería, y entre ellos hay estados comunes que hacen tantos pies, y estados, o tapias Reales, que son mayores. «*La profundidad de pozos, o otra cosa honda, se mide por estados*».—(COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana*. Madrid, 1611. Pág. 382, col. 1).

«A cada pecado, el de la maza daba un fiero golpe al pecador, que le hundía *siete estados en la tierra*».—(GUILLÉN ROBLES, *Leyendas Moriscas*. Madrid, 1885, tomo I, p. 77-78).

(2) «*Les Petits Hommes n'ont pas un pied de haut. Ils demeurent sous terre, et dans les creux des roches*».—(BLADÉ, *Cont. pop. de Gascogne*, t. II, pág. 271).

(3) Más o menos, lo mismo en otras partes:

«*Il flairait (l'Ogre) à droite et à gauche, disant qu'il sentait la chair fraîche*». Il faut, lui dit sa femme, que ce soit ce veau que je viens d'ha-

(4) Lo mismo en Francia: «*Que viens-tu faire ici, pauvre ver de terre?*». (COSQUIN, *La Bête à Sept. têtes*, *Cont. pop. de Lorraine*, t. I, p. 64).

«*Que veux-tu? ver de terre! poussière du néant!* CARNOY, *Litt. orale de la Picardie*, p. 251).

«*Écoute avec attention ce que je vais te dire, ver de terre, poussière du néant!*» (Ibidem, p. 269).

Los reyes y los príncipes son muy campechanos; hablan con sus súbditos de igual a igual y ejecutan los trabajos que hace cualquiera persona ordinaria; se casan con una campesina o cualquiera muchachita pobre, como si eso fuera lo corriente.

Los reyes reciben el tratamiento de *Su Sacarrial Majestad* (Su Sacra y Real Majestad) (5) y cuando prometen algo, lo cumplen indefectiblemente, porque *palabra de rey no puede faltar* (6). Por lo regular tienen tres hijos, que llevan los nombres más vulgares, y de éstos el me-

billier, que vous sentiez.—*Je sens la chair fraîche*, te dis-je encore une fois, reprit l'Ogre en regardant sa femme de travers; il y a ici quelque chose que je n'entends pas». (PERRAULT. *Le Petit Poucet, Œuvres choisies*. p. 100).

«*Je sens odeur de chrétien*, et je veux le manger».—(LUZEL, *Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. I, págs. 71, 74, 129, 202, 223, 275; III, 186, 190, 194).

«*A carne humana me huele*, si no me la das te mato».—(Hernández de SOTO, *Cuentos pop. de Extremadura*, págs. 41, 64, 65, 77, 78, 109, 110, 129, 245, 246, 247).

«*Je sens ici la viande fraîche*», dit-il á sa femme. (CARNOY, *Litt. orale de la Picardie*, p. 259).

Oudou me ne ven, oudou me ne sa: *carne de crestian l'e stætou in ca*. (ANDREWS, *Contes ligures*, p. 289).

«Yegó'l gigant' y dijo: *A carne humana me güele aquí—si no me la das comerte (he) a ti*».—(A. M. ESPINOSA, *New Mexican Spanish Folktales [The Journ. of Am. Folk-Lore*, vol. XXIV, N.º XCIV, p. 440]).

Ver también REGNAUD, *Comment naissent les Mythes*. Paris, p. 29-30, § XIV.

(5) Lo mismo en Nuevo Méjico. Ver ESPINOSA. Ob. cit., págs. 418 y 434.

(6) Lo mismo en otros países:

«*Un roi nē doit avoir qu'une parole*, répondit le vieux monarque. (LUZEL, *Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. III, p. 455).

«Pero él les dijo: *Yo dí mi palabra de rey y tengo que cumplirla*». (LIRA, *Juan el de la carguita de leña. Los Cuentos de mi tía Pepa*, pág. 136).

Parola d'u re a nu peu menti, Taggia a testa á chi nu veu ubbidi.—ANDREWS, *Cont. ligures*, p. 300).

nor es siempre el preferido, el más afortunado y el que, después de muchas aventuras, se casa con una princesa a quien desencanta y libra de la custodia de algún desafortado gigante, o de un culebrón que, como la hidra de Lerna, tiene siete cabezas.

En los cuentos que tienen por protagonista a una mujer, suele ser la heroína la menor de tres hermanas, que es la más bella y la más virtuosa de las tres, y por lo tanto, odiada y perseguida por las dos mayores, feas y desgarbadas. Esta hermana menor, o hija de un primer matrimonio, es la que se casa con un príncipe, la más de las veces encantado, y cuyo encanto ha logrado romper después de grandes sacrificios y cuidados.

Zapatos de hierro tendrás que gastar, (1) es la maldición que recibe del príncipe que ama, y que ha huído nuevamente encantado, transformado en pájaro, culebrón o pez, por haber desobedecido la cuitada una orden de él, incitada por sus hermanas envidiosas, o por otro motivo. Sale la niña en busca del bien que ha perdido y cuando está a punto de gastar sus zapatos de hierro, llega a una montaña o a una llanura en que encuentra a una anciana

(1) Igual en los cuentos extranjeros:

«Adieu, fit-elle; dites a mon mari, quand il reviendra, *qu'avant d'avoir usé trois paires de souliers en fer, il n'espère pas me retrouver*». (A. DONZON, *Cont. Albanais. La Loubie et la Belle de la Terre*, p. 95).

«Para llegar (al castillo) tienes que romper dos pares de zapatos de hierro». (HERNÁNDEZ DE SOTO, *Ctos. pop. de Extremadura*, p. 245).

«Et toi, malheureuse, repondit son mari, *tu ne me retrouveras que lorsque tu auras usé trois paires de chaussures de fer a me chercher*». (LUZEL, *L'Homme-poulain*,^s *Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. I, pág. 302). Además, en p. 309.

«Il faut que tu uses ces sept paires de souliers de fer...» (ORTOLI, *Cont. pop. de l'île de Corse*, p. 11).

que indudablemente le pregunta: *¿Qué andas haciendo por aquí, que ni los pájaros habitan estas regiones?*; y entonces ella le refiere su desgracia y casi siempre encuentra buenas noticias y consuelo.

En muchos cuentos los matrimonios se celebran dos veces; la segunda después de una separación más o menos larga de los cónyuges.

Los animales, como en la fábulas, hablan en los cuentos, entre sí y con los hombres, lo cual no llama absolutamente la atención de las personas que los cuentan o los escuchan, como si ello fuese la cosa más natural del mundo. Con excepción de la zorra, la vaca, la yegua, la lora, y la hormiga, y en uno la cordera, los animales que actúan en los cuentos, son machos.

Los contadores abusan de los diminutivos, e intercalan a cada instante en los cuentos que refieren, venga o no venga al caso, las expresiones *bueno, bueno pues, entonces, es que le (d)ijo ¡ay (hi)jito (d)e mi alma!*, que, por cierto, yo he suprimido siempre que son innecesarias, pero manteniendo, en cuanto es posible, el lenguaje sencillo que ellos emplean.

La mayor parte de los cuentos que siguen pueden calificarse de universales. ¿Cómo vinieron a Chile?, ¿cómo llegaron a radicarse en Carahue? Seguramente no los llevó allá ni un francés, ni un italiano, ni un alemán. El trabajador de Carahue no cultiva relaciones con los poquísimos extranjeros que residen en el pueblo, que son ricos y miran al roto (1) de arriba para abajo (2). Muchos de los

(1) *Roto*=zarrapastroso, despedazado. Nombre con que se conoce a la gente baja del pueblo y con que, en los países vecinos, se moteja a los chilenos.

(2) *Mirar de arriba para abajo, o, de arriba abajo*, a uno=Despreciarlo, mirarlo en menos.

que me los contaron no saben leer, y sus padres y sus abuelos tampoco conocieron la cartilla. No queda otra cosa, pues, sino aceptar que estos cuentos han llegado a nosotros por la tradición oral, transmitida de padres a hijos, tal vez desde la conquista española. Nada tendría de raro que hayan sido referidos, la primera vez en Chile, en el cuarto de banderas de uno de los fuertes que defendían las fronteras españolas, por alguno de aquellos esforzados hispanos que, armados de una lanza o de un arcabuz, vinieron a esta tierra a conquistar gloria y fortuna para ellos, dominios para su rey y almas para su Dios, en los cortos momentos de tregua que sus indomables enemigos, los fieros araucanos, les dejaban libres. El cuento mantiene la memoria de los primeros años, de los amigos de la infancia, de los hermanos, de los padres, de la Patria; y aquellos hombres, distantes de la tierra que los vió nacer, llenos de privaciones y rodeados de toda clase de peligros, necesitaban reconfortar su espíritu con aquellos recuerdos.

Narraciones

TRADICIONES

La laguna del Espejo.—(R. G.)

Existe en la quinta que el vecino de Carahue don Rodolfo Gálvez posee a inmediaciones del pueblo, una laguna que llaman del Espejo. Cuentan que las damas españolas de la antigua ciudad Imperial iban a orillas de esta laguna a peinarse y que las límpidas aguas en que sus rostros se reflejaban, les servían de espejo: de allí el nombre con que hasta ahora es conocida. Agregan que poco antes de ser destruída la ciudad, arrojaron al fondo de ella todos sus tesoros y alhajas, y los soldados los cañones y armas que no pudieron llevar consigo.

No hace muchos años, un alemán de apellido Tepper llevó a Carahue una poderosa bomba para secarla; pero debió de haber tropezado con dificultades, porque no se ejecutó el trabajo.

LEYENDAS

1. La Virgen y el Labrador.—(Sra. C. M. de P.)

Cuando la Virgen María huía con el niño Jesús de la persecución de los judíos (1), pasó por un campo en que un labrador sembraba el grano en los surcos de la tierra recién arada.

—¿Qué siembra, hermano?, le preguntó la Virgen.

—Piedras, contestó de mal humor el campesino.

Siguió la Virgen con el divino Niño en brazos, y cuando los judíos venían tan cerca que ya la alcanzaban, llegó a otro campo, que también sembraba otro campesino.

—¿Qué siembra, hermano, preguntó María.

—Trigo, señora, respondió el interrogado, descubriéndose respetuosamente.

Y en el mismo instante brotó el trigo y creció a tanta altura que entre sus espigas pudieron ocultarse los fugitivos.

Llegaron los judíos donde el primer campesino, y el jefe, deteniéndose, lo interrogó:

—¿Ha pasado por aquí una mujer con un niño en brazos?

Y el labrador contestó:

—Hace un momento pasó por este mismo camino.

Siguieron los judíos, y cuando llegaron donde el segundo campesino, el jefe le hizo la misma pregunta que al anterior, y el campesino le respondió:

—Sí, señor, por aquí pasó; pero cuando yo estaba sembrando este trigo que ahora está tan crecido.

(1) ¿De Herodes?

Entonces los judíos se volvieron, y creyendo que el primer campesino los había engañado, lo apalearon.

Cuando llegó el tiempo de la cosecha, el primero recogió piedras solamente, y al segundo le produjo la siembra mil por uno (1).

(1) La primera parte de esta leyenda se encuentra en el siguiente *Cántico de Matanzas*, publicado por el presbítero don DÁMASO LEDESMA en su *Folk-Lore o Cancionero Salmantino*. pág. 168:

«Yendo un camino alante
un labrador que allí vieron,
la Virgen le preguntó:
—Labrador ¿qué estás haciendo?
El labrador dice,—Señora,
sembrando esta poca e piedra
para otro año.

«Fué tanta la multitud
que el Señor le dió de piedra,
que parecía un peñón
y una grandísima sierra.

«Este fué el castigo
que el Señor le dió
por ser mal hablado
aquel labrador.

El Arzobispo titular de Asume, don JOAQUÍN SILVEIRA DE SOUZA, en su *Visita a Nazareth*, que publicó en *La Estrella Polar* de Diamantina, Brasil, y que, traducida por Barahona Vega, reprodujo *La Unión* de Santiago en su edición N.º 3,627, de 10 de Enero de 1915, (p. 5), refiere que el Convento de los Carmelitas de Caiffa «posee un buen museo, que día a día se enriquece con nuevas curiosidades. Ahí vimos,—dice—entre muchas otras cosas, libros impresos en mil cuatrocientos y tantos, y las llamadas *piedras melones*.

«La leyenda refiere que habiendo el Santo Elías pedido a un agricultor melones para refrescarse del calor intenso, el hombre le respondió que eran piedras y no melones los que tenía consigo.

—Pues bien, piedras sean, habría dicho el Santo, y en piedras se habrían convertido los melones.»

2. La Golondrina y el Murciélago (Sra. C. M. de P.)

Sucedió que unos niños jugaban una vez con figuritas de barro que ellos mismos fabricaban. De repente se les apareció el Niño Dios y el Diablo y ambos hicieron una apuesta, de cuál haría un pajarito más hermoso, debiendo servir de jueces los niños entre quienes se encontraban.

Pusiéronse a la obra, y cuando el Divino Niño terminó su trabajo, le dió un soplo y lo pasó a los chicos para que lo examinaran: era una golondrina y todos la hallaron preciosísima, y decían que el Diablo no sería capaz de hacer una avecita tan linda

El Diablo seguía amasando su pelotón de barro, y riéndose de modo que la boca le llegaba de oreja a oreja, decía:—¡Ya verán! ya verán! ese pajarraco no sirve para nada; tiene facha de fraile dominico (2); el que yo estoy haciendo si que va a ser cosa linda.

Concluyó el Diablo su trabajo, le dió un resoplido tan fuerte que casi tiró a los niños de espaldas, y pasándoselo a los chicos, les preguntó:—¿Qué tal?

Cuando los niños vieron el murciélago, que era lo que había salido de manos del Diablo, huyeron despavoridos; lo encontraron antipático, horrible y hediondo; no cabía comparación entre la obra de Dios, hermosa y delicada, y la del Diablo, detestable bajo todos aspectos.

Cf., además:

PINEAU, *Le Conte du Diable, Les Cont. pop. du Poitou*, págs. 135 p. 140-141).

ESPINOSA, *Folk-Tales of the Tepecanos*, by J. A. MASSON, *San José y María Santísima, Journal of American Folk-Lore*, p. 164.

(2) *Dominico*=dominico.

Esta misma leyenda la oí contar de esta otra manera:

Estaba la Virgen María entreteniéndola a su divino hijo y con unas masitas de harina que tenía preparadas para hacer pan, hizo la figura de un pajarito y se la pasó a Jesús. Al tomarla el niño, la figurita se convirtió en una golondrina, y como avecita nacida en tan divinas manos, goza de la simpatías de todo el mundo.

El Diablo, envidioso de lo que había visto, exclamó: —Yo también haré una obra tanto o más perfecta que aquélla.

Y tomando un poco de cieno medio endurecido, hizo el murciélago, quien, como hijo de tal padre, a todos infunde temor y repulsión (1).

CUENTOS

1. Los tres lirios (J. de la C. P.)

Han de saber que este era un rey que tenía tres hijos: el mayor se llamaba Pedro, el del medio Carlos y el menor Juan. Tenía también un hijo de otra mujer, que se llamaba José.

Este rey, después de una larga y penosa enfermedad a la vista, había quedado casi completamente ciego, y esto lo hacía sufrir sobremanera, porque apenas divisaba los objetos.

(1) COLLIN DE PLANCY, en *Légendes du Nouveau Testament* (Paris, Plon, s. d.), pág. 120, cuenta el caso de esta manera:

«Refieren las leyendas que cuando el niño Jesús tenía siete años, un día que jugaba con niños de su edad, vió que éstos fabricaban con arcilla humedecida, figuritas de perros, lobos y asnos. Él también se puso a hacerlas, y dijo a sus compañeros: Voy a ordenar a estas figuras que anden, y anduvieron.»

Una noche soñó que si se pasaba por los ojos la flor del lirio blanco, recobraría la vista y quedaría tan bueno como antes de enfermarse.

En aquellos tiempos no había lirios blancos, de modo que el rey pensó que sería imposible conseguir un ejemplar de aquella flor. Sin embargo, hizo llamar a Pedro, su hijo mayor, y le dijo que si se la traía, abdicaba en él su corona. El príncipe aceptó, pidió un año de plazo, que le fué acordado, y partió llevando una carga de plata que el rey hizo entregarle.

Anduvo muchos días, más de un mes, y por fin llegó a una hermosa ciudad y fué a alojarse al mejor hotel que en ella había.

Frente al hotel se levantaba una gran casa, en uno de cuyos balcones estaban tres jóvenes y bellas damas, que cuando vieron llegar al príncipe dijeron:

—Allí viene un zorzalito (1) bien emplumado; vamos a desplumarlo.

Y se fueron para el hotel, en donde Pedro ya se había sentado a una de las mesas del comedor, que estaba a la entrada. Se sentaron a la misma mesa que el príncipe y le buscaron conversación.

Las jóvenes eran muy amables y alegres, y le cayeron muy en gracia al príncipe, que se singularizó especialmente con la mayor. Entonces las otras dos se retiraron, después de comer los cuatro, y el príncipe continuó conversando con la niña. Convinieron en que se casarían, pero antes la niña quería tratar al joven durante algún tiempo, para conocer bien su carácter y demás cualidades.

El príncipe se fué a vivir con ellas, y ellas se las arre-

(1) *Zorzal*=tonto, persona a quien se puede engañar fácilmente.

glaron tan bien, que el príncipe corrió con todos los gastos de la casa; y como las jóvenes eran amigas del lujo y muy aficionadas a las joyas y él era galante, enamorado y generoso, sucedió lo que tenía que suceder, que la carga de plata fué mermando hasta que no quedó absolutamente nada, pues es sabido que *donde se saca y no se echa, poco rinde la cosecha* (1).

En cuanto se produjo esta situación, las damas arrojaron a Pedro de la casa. ¡Pobre Pedro!, sin un centavo en el bolsillo, sin saber trabajar y en país extraño, donde nadie le conocía! ¿Qué haría?, qué sería de él? Se quedó con la peor ropa que tenía y vendió toda la demás, y así pudo reunir algunos pesos que le sirvieron para comer y pagar su albergue por unos cuantos días más. Pero esta plata también se le acabó, y para seguir viviendo tuvo que emplearse como mozo de unas caballerizas, donde le pagaban un sueldo miserable.

Pasó el año pedido de plazo, y viendo que Pedro tardaba, Carlos, el segundo de los hijos del rey, se presentó a su padre y le pidió permiso para salir a buscar el lirio blanco, prometiéndole volver con la flor dentro de un año. El rey le concedió el permiso solicitado y le hizo dar una carga de plata.

Salió Carlos, y después de andar muchos días, más de un mes, llegó a la misma ciudad que su hermano Pedro y se bajó en el mismo hotel.

Las tres hermanas, que estaban conversando en el balcón, lo divisaron cuando venía y dijeron:

—Allí viene un zorzalito bien emplumado, vamos a desplumarlo.

(1) Refrán corriente en todo Chile. La ACADEMIA, pág. 153, c. I, trae éste: *Donde hay saca y nunca pon, presto se acaba el bolsón.*

Esperaron que entrara al hotel y un momento después estaban sentadas a su lado al rededor de la misma mesa que ocupaba el príncipe.

Carlos era más enamorado que Pedro, de suerte que con menos trabajo y en menos tiempo que su hermano, cayó en las redes que le tendió la segunda de las niñas, y en menos tiempo también vió desaparecer la plata que había llevado. Vióse, entonces, como su hermano mayor, arrojado de la casa y, por último, reducido a alquilar sus servicios como mozo en la misma caballeriza en que Pedro trabajaba.

Se cumplió el año de plazo que el mismo Carlos se había impuesto, y pensó Juan, el menor de los tres:—Ya que no llega mi hermano, yo iré ahora;—y se fué adonde su padre y le dijo:

—Ahora iré yo, papá; pero déle permiso a José para que vaya conmigo.

—Está bien, le contestó el rey, lleva a José.

Y le hizo entregar una carga de plata y prometerle que no demoraría más de un año en su empresa.

Partió Juan con José, y después de muchos días, más de un mes, llegó a la misma ciudad en que estaban sus hermanos y entró con José en el mismo hotel en que aquellos habían bajado.

Las tres hermanas estaban conversando en el balcón y cuando vieron llegar a Juan, dijeron:

—Allí viene un zorzalito bien emplumado; vamos las tres a desplumarlo.

Y se metieron en el hotel detrás de Juan y se sentaron a la misma mesa.

Pero Juan no les hizo juicio (1), y pidiendo dos platos, se puso a comer con José muy tranquilamente.

(1) *No hacer juicio*—no hacer caso.

Después de terminada la comida, el príncipe Juan increpó a las tres jóvenes la conducta que habían observado con sus hermanos y les ordenó que le dijese en donde estaban. Ellas negaron conocerlos; pero ante la actitud enérgica del príncipe, se vieron obligadas a confesarlo todo y a devolverle el dinero que les habían hecho gastar.

Juan fué en busca de sus hermanos y los encontró convertidos en dos miserables sirvientes, todos sucios y con las ropas despedazadas. A Juan se le llenaron los ojos de lágrimas. Se llevó a Pedro y a Carlos al hotel, los vistió con ropas suyas nuevas y en seguida les entregó la plata que las damas le habían devuelto.

Al día siguiente Juan dijo a sus hermanos:—Vamos en busca del lirio blanco.

Salieron con José de la ciudad y no muy distante de ella se detuvieron en un punto en que el camino se dividía en tres.

—Yo, dijo, tomaré este camino con José; escoja cada uno de ustedes el que mejor le parezca de los otros dos; y en este mismo sitio nos juntaremos dentro de diez meses.

—Yo tomo éste, dijo Pedro,

—Y yo este otro, dijo Carlos.

Se abrazaron y cada cual partió por el camino que había escogido. Pero Carlos y Pedro, a los pocos momentos, volvieron atrás y tornaron a la ciudad.

Siguió Juan su camino con José y a cada persona que encontraban Juan le preguntaba si sabía en dónde podría encontrar el lirio blanco. Nadie le daba razón, porque, en verdad, nadie lo sabía ni nadie había oído hablar de tan rara flor.

Llegaron por fin a la subida de un cerro en que había

un camino que llegaba hasta la cumbre, y en cuya subida estaba un viejecito todo chascón (1) y con las uñas muy largas, rezando el rosario.

—Taitita (2), le preguntó Juan ¿sabe Ud. donde podré encontrar el lirio blanco?

—Si, mi hijito; pero te va a costar mucho trabajo encontrarlo. Córtame el pelo y las uñitas, que hace más de cien años que no conocen las tijeras, y te diré en donde está.

Juan se apresuró, no sólo a cortarle el pelo y las uñas, sino que hizo traer agua a José y con una toalla le lavó el rostro y las manos.

—Gracias, hijito, dijo el viejo. Mucha gente ha pasado por aquí y hasta ahora ninguno había querido hacerme este servicio. Tuyo será el lirio blanco. En lo alto del cerro, donde termina este camino, hay un álamo que tiene muchas hojas, te subes en él y José te amarrará (3) bien, y después que se haga a un lado; entonces soplará un viento muy fuerte, que casi arrancará el árbol de raíces; no se te vayan a soltar las amarras, porque si te caes no encontrarás la flor del lirio blanco y serás perdido. Cuando el árbol deje de sacudirse y esté bien sosegado, que te desate José; bajarás, y verás que al pie del álamo se abre una puerta por la cual entrarás; en el primer departamento a que llegues habrá una mesa y sobre ella tres lirios: el lirio blanco, el lirio rosado y el lirio morado. Verás también en la misma mesa una botella con vino y un pan, y en uno de los ángulos de la pieza, una espada en continuo movimiento. Tomarás las flores y estas tres cosas.

(1) *Chascón* es el que lleva la cabellera larga y desgreñada.

(2) *Taitita*, diminutivo de *taita*=padre, abuelo, anciano.

(3) *Amarrar*=atar.

La botella, aunque se lleven bebiendo del vino que contiene, nunca se vacía; el pan, aunque se lleven sacando rebanadas de él todo el día, tampoco se acaba; y la espada que siempre se mueve (1), es de virtud: cuando te veas en peligro, acude a ella y te sacará de él; cuando desees algo, pídeselo y te lo dará.

Juan y José subieron el cerro y al llegar a la cumbre Juan se trepó a lo más alto del álamo y José siguió detrás de él. Una vez que Juan quedó sólidamente atado, José bajó y se ocultó entre unas peñas, desde las cuales podía ver todo lo que pasara.

Inmediatamente sopló un viento tan fuerte que la copa del árbol a que Juan estaba atado casi tocaba la tierra y parecía que Juan se iba a caer.

Mucho rato duró este viento, pero al fin cesó y el árbol dejó de moverse.

Desatado Juan, se bajó y al punto vió que una puerta, hasta entonces invisible, se abría al pie del álamo, Juan penetró por ella y José quedó esperando al lado de afuera.

La entrada era un poco oscura, pero a medida que Juan avanzaba, la claridad lo iba inundando todo. Cruzó primeramente un largo pasadizo y por fin llegó a una pieza en cuyo centro no había otro mueble que una mesa y sobre ella los tres lirios, que guardó en un bolsillo; en otro guardó el pan y la botella, y descolgando la espada que continuamente se movía, se la ciñó a la cintura.

Hecho lo cual, siguió hacia el interior y llegó a una pieza en que había una niña acostada, durmiendo, con el

(1) «Le grand ami dormait dans sa tente. Au dessus de sa tête était suspendue son épée qui tournoyait en l'air en portant des coups de tout côté. KLIMO, *Contes et Légendes de Hongrie*, p. 290.

rostro cubierto. Se acercó a la cama y descubrió el rostro de la niña; era muy hermoso, pero, después de contemplarlo un breve instante, volvió a cubrirlo y continuó su camino.

En la pieza que seguía había otra cama sobre la cual estaba otra niña dormida; le descubrió la cara; era más bella que la otra, pero, después de mirarla un momento, también le tapó el rostro y pasó a otra pieza.

En ésta también había una niña dormida y, como las anteriores, tenía la cara cubierta. Avanzó Juan, la descubrió y se quedó como alhelado ante la hermosura incomparable de su rostro. Largo rato la contempló, reteniendo el aliento para no despertarla; pero había que salir. Se inclinó entonces hacia ella, estampó un beso en su boca y se retiró dejándole el rostro descubierto.

Juan salió contentísimo porque llevaba consigo la flor que había de volver la vista al rey su padre, y no veía la hora de volver a verlo para restituirle, con la salud, la felicidad.

Llegó con José, después de mucho andar, a una pequeña ciudad y pidieron albergue en la primera casa que encontraron. Con mucho gusto se los dieron, pero en el momento de sentarse a la mesa, el dueño de casa dijo:

—Siento no poderlos atender como quisiera y ustedes se lo merecen; este país abunda en todo menos en vino, que es muy escaso y hay que traerlo desde muy lejos. Ahora precisamente no hay una gota en toda la ciudad.

—No se apure por tan poco, señor, dijo el príncipe; yo traigo vino aquí y creo que con esta botella habrá de más para todos.

Y sacó la botella, que colocó sobre la mesa.

Se sentaron a ella. La familia era muy numerosa. Des-

pués del primer plato, el caballero pidió permiso y a todos les sirvió vino; pero con gran sorpresa vieron que la botella seguía llena. Después del segundo plato volvió a llenar las copas, y la botella en el mismo estado, como si tal cosa (1). Entonces el caballero tomó la botella y salió al corredor, donde comían no menos de cincuenta trabajadores, y les dijo:

—Hoy es día de tomar vino; nadie tome agua,—y les llenó los vasos.

Al día siguiente, al despedirse Juan de su huésped, éste le pidió que le vendiese la botella. Juan le dijo:

—No puedo vendérsela, porque no es mía, pero puedo dejársela en depósito hasta que pase su dueño a reclamarla.

Y se la dejó.

Juan y José continuaron su marcha por varios días, hasta que llegaron a otra pequeña ciudad y en la primera casa que encontraron pidieron alojamiento.

—Alojamiento hay y buena voluntad, dijo el dueño de casa, pero falta una cosa para la mesa.

—¿Y qué será? preguntó Juan.

—Pan, señor, que se ha concluído en toda la ciudad.

—Si no es más que eso, no tenga Ud. cuidado, que yo traigo suficiente pan para todos.

Y sacando el que llevaba en el bolsillo, lo colocó sobre la mesa.

Se sentaron a ella, y la esposa del dueño de casa se puso inmediatamente a cortar tajadas, y, cosa admirable, que produjo la estupefacción de todos, la señora sacaba rebanadas unas tras otras, y el pan siempre entero, como si no lo hubiesen tocado.

(1) *Como si tal cosa*—como si nada hubiese pasado.

El pan era exquisito, y la familia, por comer de él, ni siquiera probó los guisos que se sirvieron.

Una vez que se hartaron, el caballero tomó el pan y entró al interior de la casa, en donde, en un extenso corredor, estaban sentados al rededor de una larga mesa, no menos de cincuenta trabajadores que esperaban les trajesen su habitual ración de porotos (1).

—Nadie come porotos hoy, dijo el caballero a sus peones; ahora es día de comer pan.

Y se puso a rebanar y a rebanar que parecía que nunca iba a concluir, y el pan siempre entero.

Los rotos (2) comían con ansia, y después confesaron que en su vida habían gustado nada más sabroso.

Al despedirse Juan al otro día por la mañana, el caballero le rogó que le vendiese el pan. Juan le dijo:

—No puedo vendérselo porque no es mío; pero puedo dejárselo en depósito hasta que su dueño pase a reclamarlo.

Y se lo dejó.

Juan y su compañero siguieron su marcha durante muchos días todavía hasta que llegaron a otra ciudad, donde se propusieron descansar. Al efecto, entraron en la primera casa que hallaron a mano, y los recibió un caballero muy atento.

Después de los saludos y frases de costumbre, Juan se descinó la espada y la colgó de un clavo. La espada se movía continuamente, sin estar quieta ni un momento.

(1) *Poroto*—fréjol, judía. Hasta no hace muchos años eran los porotos o frejoles (con *o* tónica) casi el único alimento del peón; ahora, con el alza que el precio del artículo ha experimentado, se puede decir que es plato de lujo.

(2) *Roto*. Véase nota 1, pág. 14.

Comieron, se acostaron, y al otro día, temprano, se levantaron, y al despedirse del caballero, éste pidió a Juan que le vendiese la espada, porque tenía que ir a la guerra y se habían concluido en las armerías del país.

—No, le dijo Juan, no se la venderé porque no es mía, pero podré dejársela en depósito hasta que su dueño pase a reclamarla.

Le dejó la espada y se pusieron en marcha, y después de mucho andar llegaron al crucero de los tres caminos en donde se había apartado meses atrás de sus dos hermanos y donde los encontró que estaban esperándolo.

Se abrazaron cariñosamente y después preguntaron a Juan si había encontrado el lirio blanco. Juan les contestó que sí, pero en vez de sacar el lirio blanco, les mostró el lirio morado diciéndoles que ése era.

Conversaron largo rato contándose sus aventuras, y en seguida se pusieron en camino.

Habían andado bastante y hacía mucho calor, así es que se sintieron fatigados y con sed; pero no había agua por ahí cerca y se pusieron a buscarla, quedando José al cuidado de los caballos.

Llegaron a una quebrada muy honda, cortada casi a pique, por la cual corría un arroyo cristalino.

Dijo Carlos a Pedro:

—Baja tú primero y después bajaremos nosotros.

Ataron a Pedro con un fuerte lazo y lo descendieron, apagó su sed e hizo señas para que lo subieran.

Bajó en seguida Carlos, y después de subirlo, ataron a Juan y lo bajaron. Cuando iba más o menos por la mitad, le cortaron el lazo y cayó rodando al fondo, quedando muerto.

Entonces Carlos bajó a Pedro y éste registró los bolsi-

llos a Juan y le sacó el lirio morado, creyendo que era el lirio blanco. Después Carlos lo subió y se fueron, dejando a José con los caballos.

Llegaron Pedro y Carlos donde el rey, y muy contentos porque se creían dueños del reino, le entregaron el lirio. El rey inmediatamente se lo pasó por la vista, pero sucedió que en vez de sanar de la ceguera, como todos esperaban, dejó de ver completamente.

El rey dijo:

—Este no es el lirio; he empeorado, he quedado ciego. Ya no me queda más esperanza que Juan. Faltan aún unos cuantos días para que se cumpla el año que me pidió de plazo. Él me traerá el lirio blanco y sanaré.

Pedro y Carlos no se atrevieron ni a mirarse; comenzaban a sentir el remordimiento del inútil crimen que habían cometido y cabizbajos se retiraron a sus piezas.

Volvamos a Juan y a José.

Al día siguiente del en que Pedro y Carlos cometieron su fea acción, viendo José que sus hermanos no volvían, temió que les hubiese acaecido alguna desgracia.

Se fué entonces al barrancón a ver que les había pasado, y asomándose, alcanzó a ver a Juan, que estaba tendido en el fondo, boca arriba.

—¡Oh! dijo, parece que está muerto! ¿Cómo bajaré a verlo y sacar su cuerpo?

El barranco, como hemos dicho, era casi cortado a pique, pero esto no intimidó a José, que tomándose aquí de una piedra saliente, allá de una planta muchas veces cubierta de espinas, sujetándose como podía para no despeñarse, llegó por fin abajo, manando sangre por manos y pies, y después de dos días de trabajos y martirios.

El cuerpo de Juan estaba materialmente cubierto de

gusanos y despedía un olor insoportable. José no se arredró por eso. Se acercó al cadáver de su hermano, y registrándole los bolsillos, le sacó el lirio blanco y lo pasó repetidas veces por las narices del muerto. A la primera pasada, desaparecieron los gusanos y la hediondez; a la segunda, el cuerpo, que estaba comido, se llenó de carne; a la tercera, movió un brazo; a la cuarta, el otro; después una pierna; después la otra; en seguida todo el cuerpo; después suspiró y abrió los ojos, como si despertara de un sueño.

—¿Qué hay, José?, ¿y mis hermanos?

—Se fueron.

—Déjalos que se vayan, nosotros iremos atrás; solos salimos y solos hemos de llegar. Véte tú adelante, y de mí les dices que nada sabes.

Se fué José y llegó a la Corte.

—¿Qué es de Juan?, le preguntó el rey.

—Nada sé de él, contestó José; hace tiempo que se apartó de mí y desde entonces no lo veo.

—Algún día llegará; el corazón me dice que él me traerá el lirio blanco.

Dejemos aquí el cuento y vamos a ver qué es de las niñas que Juan halló dormidas cuando encontró los tres lirios.

Primeramente despertó la primera que vió Juan; ésta despertó a la segunda, y las dos fueron a recordar a la tercera, que era la menor de las tres.

—¿Por qué tengo, dijo ésta, la cara descubierta? Estoy segura de habérmela tapado al acostarme, como de costumbre.

Una idea le vino de repente a la imaginación y fué co-

rriendo a la primera pieza a ver sus cosas, y echándolas de menos, gritó:

—¡Ah!, ¿quién será el pícaro que ha venido aquí a robarme? Se ha llevado los tres lirios, la botella de vino, el pan y la espada!

Y cayó desfallecida.

Pasó el tiempo y a los nueve meses salió la niña con el beso. Fué hombre.

Dejémosla con su guagua y veamos qué es de Juan.

Juan le pidió al lirio blanco que lo pusiese leso (1) por diez años, y se fué donde el rey a pedirle trabajo. El rey ordenó que lo pusiesen a cuidar los pavos.

Pedro y Juan lo aborrecían por lo sucio que era; pero los cocineros lo querían porque les ahorraba mucho trabajo: les barría la cocina, les limpiaba los tiestos y de vez en cuando hacía la comida; tomaba un pavo vivo y lo metía adentro de una olla y resultaba después un guisado de lo más sabroso. La primera vez que el tonto, como todos lo llamaban, hizo esto, los cocineros quisieron arrojarlo a empellones, pero Juan, que tenía muchas fuerzas, cerró la cocina con llave, se defendió y se hizo respetar. Al poco rato salía de la olla un olorcito tan agradable que los cocineros sintieron alegrárseles el corazón y cuando levantaron la tapa y probaron el guisado, tuvieron que confesar que jamás habían comido nada tan exquisito. Desde entonces este plato fué el preferido por el rey y todos los que se sentaban a su mesa; pero sólo los cocineros sabían que era obra de Juan.

Cumplidos los diez años, Juan recuperó sus sentidos, pero siguió fingiéndose tonto.

(1) *Leso*=tonto.

Ahora vamos a ver qué es de la niña menor y de su hijo.

Este se crió al lado de las jóvenes. A las dos mayores les decía tías, y madrina a la menor, y cuando entró a los ocho años, lo mandaron al colegio. Era muy inteligente y aprendía con facilidad todo lo que le enseñaban y sus maestros lo distinguían entre todos los alumnos por sus buenas prendas.

Los demás muchachos tuvieron envidia y comenzaron a molestar a Juanito. Ya Juanito tendría unos diez años.

—¡Ah guacho! (1) le decían, que no sabes quién es tu padre ni quién es tu madre.

El niño se fué llorando donde su madrina y le contó lo que le habían dicho. Esta le dijo:

—Yo soy tu madre, y mañana mismo saldremos a buscar a tu padre.

Al día siguiente ensillaron dos caballos y partieron.

Después de mucho andar, llegaron a una pequeña ciudad y pidieron alojamiento en la primera casa que encontraron. Se lo dieron de muy buena voluntad.

Cuando estaban en la mesa, el dueño de casa les sirvió vino, y como ella viese que la botella permanecía siempre llena, le dijo a Juanito:

—Mira, Juanito, por aquí ha pasado tu padre; esa botella es tuya.

El caballero los miró no más, sin decir ni una palabra.

Al otro día subieron a caballo y la joven pidió al caballero que entregase la botella a Juanito.

—¿Y por qué se la he de entregar, cuando la botella es mía y me ha costado mi plata?

(1) *Guacho*=huérfano, sin padre ni madre; hijo ilegítimo.

—Está bien, dijo ella; y volviéndose a Juanito:—Dile a la botella que se vaya contigo.

—Botella, vente conmigo.

Y la botella, desprendiéndose de las manos del caballero, se fué a los brazos del niño.

Partieron y después de muchos días llegaron a otra pequeña ciudad y en la primera casa que encontraron pidieron alojamiento. Se lo dieron de muy buena voluntad.

Cuando pasaron a la mesa, la dueña de casa se puso a rebanar pan, y la joven se fijó que, a pesar de las rebanadas que cortaban, el pan seguía entero.

—Juanito, por aquí ha pasado tu padre; ese pan es tuyo.

El caballero los miró y les dijo:

—Ese pan ha sido siempre mío.

La joven se quedó callada, pero al otro día, cuando ya se iban, ordenó al caballero:

—Entréguele el pan a mi niño.

—¿Por qué se lo he de entregar, si siempre ha sido mío?

Subieron en sus caballos.

—¿Entrega el pan o no?

—No lo entrego.

—Pan, ven para acá, vete a los brazos de tu dueño.

Y el pan se desprendió de las manos del caballero y fué a colocarse en los brazos de Juanito.

Emprendieron nuevamente su camino y después de varios días de marcha, llegaron al último pueblecito en que Juan había descendido y alojaron en la misma casa en que él, tantos años atrás, se había hospedado.

Cuando entraron al comedor, vió la joven, colgada de

un clavo, la espada que se movía sin cesar, y dijo a su niño:

—Juanito, por aquí ha pasado tu padre; esa espada que se mueve es tuya.

El dueño de casa los miró y les dijo:

—Esa espada ha sido siempre mía.

Al día siguiente, cuando ya estaban a caballo, la joven dijo al caballero:

—¿Le va a entregar la espada a mi niño?

—¿Por qué se la he de entregar, cuando hace tanto tiempo que es mía?

—Si no se la entrega buenamente, yo la llamaré y ella sola se vendrá con nosotros.

—Si es así, llámela entonces.

—Espada, ven para acá; vete al lado de tu dueño.

Y la espada, desprendiéndose del clavo en que estaba colgada, fué a ceñirse a la cintura de Juanito.

Prosiguieron su camino, y cuando les faltaba poco menos de media legua para llegar a la corte, la joven dijo a la espada:

—Espada de virtud, viste inmediatamente a mi hijo de príncipe, con los más hermosos y ricos trajes, y haz que se presenten quinientos soldados lujosamente equipados, y se pongan a sus órdenes.

Antes que la joven concluyera de hablar, ya estaba Juanito convertido en un bello príncipe y con los quinientos soldados a su disposición.

Juanito se colocó al frente de ellos, montado en un hermoso caballo blanco; en seguida venía una banda de músicos que tocaba armoniosas piezas; después, en una valiosísima carroza, la madre de Juanito, ataviada como

reina; y por fin, los quinientos hombres, con sus correspondientes jefes y oficiales.

Cuando Juan oyó la música, salió de la ciudad por el lado opuesto al que venía su hijo, y sacando de su bolsillo el lirio blanco, le pidió:

—Lirio blanco, por la virtud que Dios te ha dado, vísteme inmediatamente de rey y haz que se presenten aquí y se pongan a mis órdenes quinientos soldados lujosamente vestidos, con sus jefes, oficiales y banda de músicos.

Los guardias que custodiaban los afueras de la ciudad, corrieron donde el rey a avisarle que dos ejércitos numerosos venían por distintos caminos a invadirla.

El rey mandó parlamentarios con bandera blanca a los dos ejércitos, y tanto Juan como Juanito les dijeron que eran gente de paz, que se volvieran sin cuidado.

Uno y otro ejército siguieron avanzando hasta encontrarse, y Juan y Juanito se dieron a conocer y se abrazaron tiernamente.

Juan se adelantó hasta el palacio del rey y llegando a su presencia, se prosternó respetuosamente y habló de esta manera:

—Padre, sólo ahora, después de tantos años de ausencia, me es posible presentaros el lirio blanco: hélo aquí. Y levantándose, lo puso en sus manos.

El rey se pasó la flor por los ojos y en el mismo instante recobró la vista.

—¡Gracias a Dios, exclamó, que veo a mi hijo, que consideraba muerto; y que veo la luz del día!

Y estrechó efusivamente a Juan entre sus brazos.

—Hijo mío, le dijo, tuya es mi corona; tú gobernarás el reino en mi lugar.

—Padre, le contestó el príncipe, después hablaremos de esto, que no me interesa. Antes quiero pedir una gracia que espero me concederéis.

—Pide lo que quieras, hijo mío, y te será acordado.

—Padre, deseo casarme con una bella joven que aguarda en la plaza del palacio. A ella debo el lirio blanco que os ha devuelto la facultad de ver, pues esa flor y otras cosas maravillosas que están en mi poder, le pertenecían.

—Hijo, haz tu voluntad en esto y en todo lo que quieras. Estoy seguro de que tu elección es buena.

Salió el príncipe a buscar a la joven y la condujo a presencia de su padre, que quedó sorprendido de su hermosura. La reina la hizo sentar a su lado y la trató con mucho cariño.

En este momento entraron Pedro y Carlos y, arrodillándose a los pies de su hermano, le pidieron perdón del crimen que con él habían cometido. Juan los levantó y los abrazó. En seguida entró José, que se arrojó en brazos de Juan, que dijo:

—Padre, a José debo la vida; sin él no habría podido traeros el lirio blanco y habríais continuado ciego hasta morir.

Después entró Juanito, que fué muy agasajado por los viejos reyes.

Al día siguiente se celebró la boda con el brillo y fausto que son de imaginar: la espada y el lirio blanco se portaron a las mil maravillas; ellos, sin gastos ni molestias de ninguna especie, proporcionaron los manjares más sabrosos y los vinos y licores más exquisitos, no sólo para la corte sino para todo el pueblo, que estuvo de jolgorio durante un mes entero.

Cumplido el cual, Juan y su esposa ciñeron a sus sienes

la corona de sus padres y fueron aclamados reyes en medio de los más alegres vítores.

Y aquí se acabó el cuento y se fué por la mar adentro y pasó por un zapato roto, para después contar otro.

Este cuento tiene relaciones muy estrechas con el titulado *El Pájaro Malverde*, que publiqué en la revista infantil *El Peneca*, de Santiago, en 1912. Aunque no pertenece al folklore de Carahue, pues lo recogí en Santiago, creo conveniente reproducirlo aquí, ya que será de utilidad a los que quieran hacer estudios comparativos de estos cuentos con los numerosísimos extranjeros del mismo grupo.

2. El pájaro Malverde

(Referido por Raimundo Vera, de 46 años, de Santiago)

Allá por los tiempos en que las culebras andaban paradas y los animales hablaban, había, muy distante de este país, una comarca extensa y fértil, gobernada por un rey prudente y sabio. La buena fortuna siempre había acompañado a este monarca, que vivía feliz, rodeado del cariño de su mujer y de tres hijos varones, que le amaban y respetaban; pero de pronto una grave enfermedad de la vista, que le dejó completamente ciego, vino a interrumpir su felicidad. Hízose ver de los médicos más sabios del reino y del extranjero, y todos, uniformemente, declararon que la ceguera no tenía remedio.

Mas, hé aquí que llega a las puertas del palacio una pobre anciana solicitando hablar con el rey, a quien le traía una noticia que sería muy de su agrado. Los guardias se oponían a dejarla pasar, pero al fin la porfía e in-

sistencia de la vieja consiguieron ablandar al jefe de la guardia, que la condujo hasta el pie del trono de su soberano.

Una vez en presencia del rey, arrodillóse la vieja e inclinando su cabeza hasta tocar el suelo con el rostro, habló de esta manera:

—Ruego a su Sacra y Real Majestad que perdone mi osadía; pero me ha parecido que habría faltado a mi deber si no hubiese venido a postrarme a las plantas de mi rey, a contarle lo que me ha pasado. Ayer, en la tarde, después de terminar mi acostumbrada gira por la ciudad, en demanda de limosnas, me recogí a mi pobre choza, y habiéndome sentado en un piso, me quedé transpuesta, y ví claramente que se me ponía por delante una hermosa señora, que me decía:—Vé a palacio y dile a tu soberano que no recobraré la vista hasta que le pasen por los ojos una pluma del pájaro Malverde. Y desapareció. Esta es la causa, soberano señor, por que me he atrevido a llegar hasta vuestra presencia; y una vez cumplida la orden que en sueños recibí, ruego a su Sacra y Real Majestad me permita retirarme.

Ordenó el rey que entregaran a la anciana una bolsa con plata, y dándole las gracias, la hizo acompañar hasta la puerta por el mismo oficial que la había introducido.

Inmediatamente el mayor de los hijos del rey, el príncipe Alberto, se prosternó ante su padre y le dijo:

—Yo, como el primero de vuestros hijos, tengo la obligación de salir a buscar al pájaro Malverde para que recuperéis la vista, y os pido vuestra bendición para emprender el viaje.

—Yo alabo tu buena intención y tu amor filial; pero, precisamente, por ser tú el mayor de tus hermanos, me

nos que ninguno debes dejarme. Piensa que soy viejo, que de un momento a otro puedo morir y que, en un caso como ése, es preciso que tú estés aquí para que inmediatamente tomes posesión del trono.

—Vuestra Majestad me perdonará que insista en abandonar el país por un poco de tiempo; yo espero que Dios ha de conservar la vida de Vuestra Majestad por muchos años todavía, y, por tanto, que a mi vuelta he de encontrarlo, por lo menos, en el mismo estado de salud en que lo deje.

El rey hizo cuanto pudo por disuadir a su heredero, pero éste porfió tanto, que el rey tuvo que rendirse; y dispuso que acompañaran a su hijo tres criados antiguos y fieles y le entregó tres cargas de plata para los gastos del viaje.

Terminados los preparativos, dió su bendición al príncipe, que partió a la ventura, pues nadie conocía el sitio en que se ocultaba el pájaro Malverde.

El príncipe y sus criados anduvieron muchos días, hasta que por fin salieron del reino y una noche llegaron a una linda y pintoresca aldea. Allí hicieron alto y entraron en una buena posada donde fueron esmeradamente atendidos por el posadero y sus tres hijas, hermosas y atrayentes jóvenes.

Todos se sentaron en una mesa, y los viajeros, después de reponer sus fuerzas con una abundante y bien servida cena, siguieron en agradable y alegre charla, alternada con buena música y escogidos trozos de canto, en lo cual eran maestras las hijas del posadero.

Al acostarse el príncipe se dijo:—Mañana temprano me despediré de mis huéspedes y seguiré mi camino; debo encontrar cuanto antes al pájaro Malverde, cuyas plumas

han de curar la dolencia de mi padre.—Con esta intención se levantó de madrugada, pero al salir de su cuarto, se encontró con los ojos de la mayor de las niñas y sus buenos deseos se desvanecieron.

Todas las noches, cuando iba a recogerse, el príncipe decía:—Mañana sí que me voy;—y todas las mañanas se sentía sin fuerzas para abandonar la posada, porque estaba perdidamente enamorado.

Poco a poco fué el príncipe olvidando a su padre. El amor que le tenía cambió de dueño, y por fin, antes de un año, se casó y despachó a los criados. Cuando éstos llegaron a palacio, Guillermo, el segundo de los hijos del rey, dijo a su padre:

—¡Buen dar(1) con mi hermano, que se haya quedado por allá! Yo iré a buscar al pájaro Malverde, si Vuestra Majestad me lo permite y me da su bendición.

—Hijo mío, respondió el rey, no te moverás de mi lado. ¿Cómo he de dejarte salir cuando ya he perdido a mi hijo mayor?

—Señor, yo quiero que Vuestra Majestad recobre la vista y le ruego que no se oponga a mi partida. Yo le prometo no distraerme en mi camino y volver cuanto antes con el deseado remedio.

El rey insistía en que Guillermo no saliera de la corte; pero el príncipe era testarudo y, aunque con trabajo, venció la voluntad del soberano, quien le dió la bendición e hizo que su tesorero le entregara tres cargas de plata para los gastos que pudieran ofrecérsele.

Partió el príncipe, montado en un hermoso caballo, acompañado de tres criados que conducían en otras tantas

(1) ¡Buen dar! Exclamación muy usada en Chile, que sirve para manifestar admiración, pena o desengaño.

mulas las cargas de plata que el rey le había dado; y anduvieron muchos días, hasta que por fin pasaron a otro reino y llegaron a la misma aldea y descendieron a la puerta de la misma posada en que había alojado su hermano y en la que aun vivía con su mujer.

Cuando Guillermo atravesaba la puerta de la posada, lo divisó Alberto y corrió a abrazarlo. Los dos tuvieron mucho gusto de verse y conversaron largamente. Guillermo contó a su hermano que su padre estaba muy enojado con él y le pidió que volviese a palacio con su mujer; que estaba seguro que sería perdonado, como también, que si no se iba, lo desheredaría; que él seguiría en busca del pájaro Malverde y así nada se habría perdido. Alberto replicó que no se atrevía a presentarse ante su padre y que continuaría viviendo en el pueblo en compañía de la familia de su mujer.

Alberto no insistió y convidó a su hermano para la casa, en donde le presentó a su esposa, a su suegro y a sus cuñadas. Guillermo quedó sorprendido de la hermosura de la mayor de éstas, una rubia hermosísima, de ojos azules.

Pasaron todos una tarde muy agradable y cuando se retiró a acostarse, Guillermo encargó a Alberto que lo hiciese despertar muy temprano, porque quería seguir su viaje en busca del pájaro Malverde.

Al día siguiente, de alba, sintió unos golpecitos en la puerta del dormitorio, y una voz que ya él conocía y que penetró dulcemente en su corazón, le preguntó si ya era tiempo de que le trajesen el desayuno. Un rato después se servía, en compañía de la amable rubia, una rica taza de café, y entre palabras y palabras se fueron pasando las horas, llegando la del almuerzo sin que se acordase del pájaro Malverde.

Para abreviar, todas las noches Guillermo se retiraba a su dormitorio con la intención de continuar su viaje al otro día; pero en la mañana, la vista de su enamorada le hacía olvidar sus propósitos; y por fin, le sucedió lo que a su hermano Alberto, que se casó y se quedó viviendo en la casa de la posada, y poco a poco se fué borrando de su memoria el recuerdo de su padre y el objeto con que había partido de su lado.

Y pasaron los meses y los meses, unos tras otros, hasta completar el año, y viendo que sus hermanos no volvían, el príncipe Oscar, el menor de los tres, dijo a su padre:

—Si Vuestra Majestad me diera permiso para salir, yo no sería tan ingrato como mis hermanos y volvería con el pájaro Malverde y Vuestra Majestad se vería libre de la enfermedad que lo aqueja.

El rey no quería dejarlo partir; pero Oscar, que no ignoraba que *quien porfía mucho alcanza, si antes no se cansa*,⁽¹⁾ majadereó al rey hasta que obtuvo su consentimiento. El rey le dió seis cargas de plata e hizo que lo acompañaran veinte grandes de la corte y mucha servidumbre.

Después de haber andado unas cuantas leguas, el príncipe dijo a los caballeros que iban con él:

—Aunque voy muy complacido de vosotros, yo no necesito de tanta compañía, ni veo para qué se han de sacrificar ustedes viajando por tierras desconocidas y por desiertos. Vuélvanse al lado de su familia y cuiden de mi padre.

Los nobles caballeros, que amaban al príncipe por sus buenas cualidades, no querían obedecerle, pero sus órde-

(1) Refrán muy común.

nes fueron terminantes y se vieron obligados a deshacer su camino.

Siguió avanzando el príncipe con su criados hasta que llegó a la posada en que vivían sus hermanos. Estos le vieron inmediatamente y corrieron alborozados a abrazarle. Dióles noticia de sus padres y les rogó que volviesen al lado de ellos, asegurándoles que serían perdonados.

Entraron a la casa y le presentaren a sus mujeres y a su cuñada, que era también una jovencita bellísima. Pasaron al comedor y después de comer y conversar un rato, el príncipe, pretextando cansancio, se retiró al dormitorio que le habían preparado. Al otro día se levantó muy de madrugada, despertó a sus criados, les ordenó que arreglasen los arreos y salieron sin despedirse de nadie.

Siguieron su camino sin rumbo fijo, confiando en Dios, y sin tomar más descanso que el indispensable para comer y dormir.

Viendo el príncipe que las cargas de plata que llevaba más le servían de estorbo que para satisfacer gastos que no tenía, pues él y sus acompañantes se alimentaban de las frutas que encontraban en los campos, de las aves que cazaban y de los peces que les suministraban los ríos, y dormían bajo las carpas que llevaban consigo, resolvió repartir el dinero en limosnas, socorriendo a personas verdaderamente necesitadas; y tan bien lo hizo, que al poco tiempo no le quedaban sino dos cargas.

Entonces dijo a sus criados: —Tomen para ustedes una de las cargas y vuélvanse al reino de mi padre; yo puedo continuar solo, sin molestarlos. Así lo hicieron, y él siguió en su mula con la otra carga de plata, andando y andando, sin rumbo fijo, día y noche, repartiendo limosnas por donde pasaba.

Una ocasión, se le hizo tarde en medio de un bosque, en que no se veía ni camino ni senda, de modo que no sabía cómo salir de él ni dónde descansar. Subióse a un árbol y divisó a lo lejos unas luces, y creyendo que sería alguna choza, se dirigió allá para solicitar albergue. Cuando se acercaba, vió que las luces provenían de cuatro velas que alumbraban un cadáver completamente abandonado en medio de un camino.

—Pobre, dijo el príncipe, que no tienes a nadie que encomiende tu alma a Dios ni que te cuide!—Y quitándose respetuosamente el sombrero, murmuró unas oraciones y continuó su interrumpida marcha hasta llegar a una pequeña aldea situada a corta distancia. El príncipe detuvo a la primera persona que encontró en la calle y le preguntó por qué habían dejado solo a aquel muerto, abandonándolo tan despiadadamente, y le respondieron que la razón era porque había fallecido dejando una deuda cuantiosa, y, según las leyes del país, mientras alguien no la pagara, no podía ser sepultado. Aunque la hora era avanzada, el príncipe hizo buscar al acreedor, pagóle hasta el último centavo y dispuso que el cadáver fuese trasladado a la iglesia, donde al otro día se celebraron solemnes exequias en su honor.

Tres días había andado después de esta aventura sin tropezar con nadie, cuando en un momento en que iba triste y pensativo, recordando a su anciano padre, se cruzó con un negro. El príncipe le dijo:

—Negrito, ¿qué haces por estos sitios tan solos?

—Buscando trabajo, patroncito, y su merced, ¿qué hace por aquí?

—Ando, desde hace mucho tiempo, tras el pájaro Malverde, sin encontrar, hasta ahora, la menor noticia de él.

—Yo sé dónde está ese famoso pájaro; ¿quiere que lo acompañe, mi amito?

—Oh! ya lo creo, y te pagaré muy bien.

—No quiero paga, mi amito, sólo deseo servirlo, sin ningún interés.

Pónense en marcha y, andando y andando, llegan a una gran ciudad.

—Mi amito, en aquel palacio es donde está el pájaro Malverde. Diez mil soldados lo rodean día y noche y mientras cinco mil duermen, cinco mil están despiertos. Pero no tenga cuidado: poniéndose este gorrito de virtud, no será visto, mientras cumpla mis recomendaciones. Pase por entre los soldados hasta llegar a un salón de cuyo centro cuelga una jaula de oro con el pájaro Malverde; abre la puerta de la jaula y se viene donde su negro, dejando la jaula abierta en el mismo lugar en que la encuentre; no la tome por nada de este mundo, porque se perderá.

Siguió el príncipe estos consejos hasta llegar al salón, sin ser visto ni sentido; pero cuando vió la jaula con el pájaro Malverde, sintió un gusto tan grande que se trastornó, y olvidando el encargo del negro, en vez de abrir la jaula, la tomó para salir con ella; pero no hizo más que descolgarla y el pájaro se puso a gritar con voz desahogada:

—Guardial guardia! que me roban! que me llevan!

El príncipe dejó de ser invisible, fué tomado preso, y con las manos atadas, conducido a la presencia del rey.

Interrogado por éste, el príncipe contó su historia, y el rey le dijo:

—Oh, príncipe! tu osadía merece la pena de muerte, pero te perdono la vida si me das palabra de ir al reino

vecino y traerme el caballo de las campanillas, que allá me tienen prisionero; y si sales bien en tu empresa, tuyo será el pájaro Malverde.

El príncipe empeñó su palabra y fué dejado en libertad. Al salir, se encontró con el negro.

—Amito, ¿por qué no hizo lo que le aconsejé?

—Negrito, temí que el pájaro se fuera si le abría la puerta.

—Si usted no hace lo que yo le digo, se va a perder.

Siguieron andando y andando por muchos días, hasta que por fin entraron al reino vecino. Entonces el negro le dijo:

—El caballo de las campanillas está en una sala situada en el centro de aquel palacio, cuidado por diez mil soldados, de los cuales cinco mil velan mientras los otros cinco mil duermen; póngase el gorrito de virtud y pase por entre los soldados, que no será visto por ellos mientras haga lo que yo le diga; llega al salón, le saca la brida al caballo y el caballo lo seguirá y podrán salir sin ser vistos ni sentidos. Yo los espero aquí.

Entró el príncipe sin ser notado y llegó al gran salón. Allí estaba el caballo—el animal más hermoso que darse pueda,—saltando, relinchando, revolcándose sobre una riquísima alfombra. Al verlo, con el gusto se olvidó el príncipe de los consejos del negro, y tomando al caballo de las riendas, lo arrastró tras de sí. Pero al primer paso que dió el príncipe para salir de la sala, el caballo se sacudió y se sintió un ruido infernal, como si pendieran cien mil campanillas de su cuerpo.

El príncipe dejó de ser invisible, y tomado preso y con las manos atadas fué llevado a la presencia del rey, al

cual tuvo que contarle nuevamente su historia. Cuando terminó, el rey le dijo:

—Oh, príncipe! tu atrevimiento merece la muerte; pero te perdono la vida, si me das palabra de arrebatarse al rey vecino una princesa que hace diez años me tomó prisionera, cuando apenas contaba cinco años de edad; y si sales bien en esta empresa, tuyo será el caballo de las campañas.

El príncipe comprometió su palabra y fué dejado en libertad. A la salida lo esperaba el negro.

—Mi amito, ¿por qué no sigue las recomendaciones que le hago? ¿hasta cuándo sufre y me hace sufrir a mí?

Emprendieron su camino y por fin llegaron a la capital del reino vecino. El negro dijo:

—En el centro de aquel palacio hay una gran sala custodiada por diez mil soldados, de los cuales cinco mil están siempre despiertos; pero no tenga miedo, póngase el gorrito de virtud y no lo verán ni lo sentirán mientras siga mis recomendaciones. En la sala hay tres filas de camas, en cada una de las cuales duerme una princesa prisionera. Fíjese bien en lo que le digo, porque si se equivoca perderá la vida. Entra por la puerta del fondo y se coloca frente a la segunda hilera de camas, y va tocando los pies a cada una de las princesas de esa fila, y cuando llegue a una que tenga los pies fríos, la saca de la cama como esté, se la echa al hombro y sale con ella a cuestras sin prestar atención a lo que le diga. No olvide ninguno de estos puntos, le repetía el negro con lágrimas en los ojos; mire, amito, que el asunto es serio y en ello le va la vida.

Hizo el príncipe todo cuanto el negro le había dicho, y cuando llegó a la cama en que tocó unos pies fríos, sacó

a la princesa que en ella dormía, se la echó al hombro y salió con ella a cuestras sin hacer caso de sus gritos:—«No me lleve así! ¡Déjeme vestirme antes, que me voy a resfríar!»—Y así atravesó por entre los diez mil soldados, sin que éstos vieran ni oyeran nada.

Llegó el príncipe con su preciosa carga afuera de la ciudad y allí lo esperaba el negro con riquísimas ropas para la princesa.

—Por fin, mi amito, me obedeció! Ya llevamos andada la tercera parte del camino, la parte más difícil. Vamos ahora donde el rey padre de la princesa.

Fácilmente se inferirá cuán grande sería la dicha del monarca al volver a ver a su hija, que hacía tanto tiempo que había sido apartada de su lado. El rey decretó grandes fiestas públicas y en palacio hubo bailes y banquetes de que fué héroe nuestro príncipe.

Cuando terminaron las fiestas, el negro le dijo a su amo:

—Mañana va usted a despedirse del rey y el rey le dirá que le pida la gracia que quiera, que él se la concederá, y entónces usted le ruega que le permita dar tres vueltas en el caballo de las campanillas al rededor de la plaza del palacio, con la princesa a la grupa; el rey accederá al pedido; usted dará dos vueltas completas y así que vaya en la mitad de la tercera, le dice al caballo, en voz muy baja, a la oreja izquierda:—«Caballito, vuela más que el viento»,—y el caballo volará tan ligero que nadie lo verá, y vendrá a bajarse en un sitio en que yo los estaré esperando.

Al otro día el príncipe pidió permiso al rey para partir, y el rey, en presencia de la corte, le dijo:

—Oh, príncipe, tú me has devuelto la felicidad trayén-

dome a mi hijal justo es que premie tan grande servicio. Pide lo que quieras, que inmediatamente te será concedido.

El príncipe se prosternó ante el rey, y repuso:

—Oh, rey excelso y fuerte! aunque quedo bien recompensado con la entrega del caballo de las campanillas, desearía, antes de partir, dar tres vueltas a la plaza montado en él, llevando a la grupa a la princesa que arrebaté de las manos del rey vuestro enemigo. Quiero llevar este recuerdo de vuestra augusta bondad.

El rey ordenó que sacasen el caballo a la plaza, y una vez que el príncipe lo cabalgó, fué colocada la princesa a la grupa. Partió el caballo en presencia del rey, de la corte y de numeroso público, con paso majestuoso, y todos alababan el buen porte del príncipe y la hermosura de la princesa, y se decían unos a otros:—«¡Qué linda pareja! ¿por qué no se casarán?»—cuando ven que de repente el caballo con sus jinetes se eleva por los aires y en un instante se pierden de vista. La alegría que un momento antes se pintaba en todos los semblantes, tornóse, en un segundo, en la más acerba tristeza! Ni el rey ni nadie sabían que el caballo de las campanillas tenía la virtud de volar.

Poco después descendió el caballo con sus jinetes cerca del palacio en que moraba el rey dueño del pájaro Malverde, y allí los esperaba el negro.

—Vamos, dijo el negro, a entregar el caballo al rey;— y se dirigieron al palacio.

El rey se manifestó muy contento y agradecido del príncipe por la devolución del noble animal, e hizo dar un suntuoso baile en honor de sus huéspedes. Terminada la fiesta, el negro dijo al príncipe:

Mañana, cuando se despida del rey, el rey le rogará que

solicite la gracia que quiera, y usted le suplicará que le permita dar tres vueltas al rededor de la plaza del palacio, montado en el caballo de las campanillas, con la princesa a la grupa y llevando la jaula con el pájaro Malverde. El rey accederá, y entonces, antes de terminar la tercera vuelta, le dice usted al caballo con voz muy queda:—«Vuela, caballito, como el viento»,—y, como la otra vez, el caballo se perderá en los aires a la vista de todos y bajará en un sitio en que yo los estaré esperando.

Al día siguiente fué el príncipe a despedirse del rey, y el rey le rogó que no se fuese tan pronto; pero el príncipe, prosternándose ante él, le habló de esta manera:

—Oh, monarca grande y poderoso! bien quisiera gozar de vuestra amable hospitalidad por algunos días más, pero ansío ver a mi padre y curarle de su enfermedad; os ruego, pues, que me deis vuestro permiso para retirarme.

Respondió el rey:

—Razón os hallo, joven príncipe, para desear volver cuanto antes a vuestra patria y alabo vuestro amor filial; pero antes que partáis quiero concederos una gracia en premio del servicio que me habéis hecho; pedidme lo que queráis y os será otorgado.

Postróse nuevamente el príncipe y dijo:

—Oh, rey magnánimo! desearía satisfacer un capricho de mi compañera. ¿Podría contar con el asentimiento de Vuestra Majestad?

—Hablad, príncipe, sin temor.

—Pues bien, ella desea que antes de partir demos tres vueltas a la plaza del palacio, montados en el caballo de las campanillas, llevando la jaula de oro con el pájaro Malverde.

—Concedido.

Y sucedió lo que en la aventura anterior, que antes de terminar la tercera vuelta, el caballo con sus jinetes y el pájaro Malverde, ante los ojos atónitos del rey, de los grandes de la corte y de todo el pueblo, se elevó repentinamente por los aires y en un instante se perdió de vista. Ni el rey ni nadie sabían que el caballo tenía la virtud de volar.

Pasemos por alto los comentarios a que este hecho dió lugar, para seguir a nuestro héroe. Bajó el caballo a la entrada de la aldea en que vivían los hermanos del príncipe, en un sitio en que el negro lo esperaba. El rostro del negro acusaba suma tristeza.—Mi amito, le dijo al príncipe, ya hemos terminado la segunda jornada; la tercera le corresponde hacerla a usted solo; yo hasta aquí no más lo acompaño; regrese al palacio del rey su padre a darle vista, y a nadie le cuente nada de lo que ha pasado hasta que el rey esté completamente sano. Yo me voy; pero si se viese en algún apuro, diga:—«Acuérdate de mí, negrito»,—y yo acudiré en su socorro.

El príncipe, muy afligido, le contestó:—No, negrito, no te vayas; ven conmigo al palacio de mi padre; allí vivirás rodeado del cariño de todos y serás mi compañero y amigo.

La princesa unió sus ruegos a los del príncipe, pero todo fué inútil; el negrito contestaba:—«No, no puede ser, debo irme».—Y se despidieron llorando.

Pocos momentos después llegaba el príncipe a casa de sus hermanos, que manifestaron grande alegría de verle salvo y sano, acompañado de una princesa tan linda, tan bien montado y dueño del pájaro Malverde. Pero, en verdad, la alegría era fingida, porque se los comía la envidia.

Después de la comida le rogaron que les refiriese sus aventuras, pero el príncipe les pidió que lo disculparan, que había hecho la promesa de no contar nada hasta no estar en presencia de su padre y éste completamente curado de la vista.

El príncipe Oscar y la princesa se retiraron a los dormitorios que les habían preparado, y tan pronto como Alberto y Guillermo se aseguraron de que sus alojados se habían quedado dormidos, se pusieron de acuerdo para robar a Oscar el pájaro Malverde.

Al otro día el príncipe Oscar y la princesa fueron a despedirse, pero Alberto y Guillermo les dijeron que ellos los acompañarían, que querían gozar de su triunfo y ver a su padre sano de su enfermedad. Partieron los tres, acompañados de la princesa, que iba a la grupa del caballo maravilloso, que montaba el príncipe Oscar, y llevando consigo, por supuesto, el pájaro Malverde en su jaula de oro.

Hacia el medio día entraron a un lugar desierto. Hacía un calor sofocante; la princesa se quejaba de sed y por el mismo motivo los caballos y el pájaro Malverde estaban tristes y no comían.

Llegaron casualmente cerca de una noria. El príncipe Alberto, que llevaba un lazo, propuso que lo bajaran amarrado de la cintura para sacar agua. Lo bajaron; pero apenas había descendido unos cuantos metros, gritó que lo subieran, que se sentía un calor insoportable. Subieron al príncipe Alberto y bajaron entonces al príncipe Guillermo; pero éste halló que hacía mucho frío y tuvieron que sacarlo. Entonces bajaron al príncipe Oscar y éste les mandó agua en un tiesto que había llevado con él. Apagaron todos su sed; y en vez de subir al príncipe, Alberto y Guillermo cortaron el lazo y dejaron a su hermano dentro del pozo.

Tres días después entraban los príncipes Alberto y Guillermo a la corte del rey, su padre, que dispuso grandes regocijos y fiestas para celebrar la llegada de sus hijos mayores; pero el anciano monarca, en medio de la alegría general, seguía triste porque no tenía noticias del príncipe Oscar, de quien dijeron sus hermanos que ni siquiera le habían visto. Temía el rey que al príncipe le hubiese ocurrido una desgracia y pensaba si quizás la muerte lo hubiera sorprendido en el camino después de haber despachado a sus servidores.

La reina, los caballeros, las damas, admiraban la hermosura de la princesa que, muda, enferma, dominada por el dolor que le había ocasionado el crimen cometido contra el príncipe Oscar, ni aun se apercibía de la atención que atraía su persona. Y hasta el caballo, con la cabeza y las orejas gachas, y el pájaro Malverde, con los ojos cerrados, las alas caídas y las plumas descoloridas y sin brillo, parecían participar del mismo dolor.

En medio de la fiesta, el príncipe Alberto contó una historia inventada por él, en que él y su hermano Guillermo se atribuían la conquista del pájaro Malverde. Terminada la fábula, arrancó una pluma al pájaro y se la pasó por los ojos a su padre.

—¿Ve algo padre?, le preguntó.

—Nada, hijo, absolutamente nada; mis ojos siguen envueltos en la obscuridad.

Le arrancó otra pluma y volvió a pasarla por los ojos del viejo rey, que, a su contacto, lanzó un grito de dolor y pidió a su hijo que no repitiese la prueba para devolverle la vista, y ordenó que sacaran el pájaro de allí. Tomó la jaula la princesa y, sin que la notaran, se retiró con ella de la sala.

Dejemos al rey ensimismado en sus tristes pensamientos y a los príncipes, que no por su fracaso se desconcertaron, siguiendo en el baile, para volver donde el príncipe Oscar.

Tres días hacía que estaba en la noria agarrado a unas toscas, transido de frío y muriéndose de hambre, cuando de pronto le vino a la memoria la promesa que le hizo el negro al separarse, y exclamó:—«Acuérdate de mí, negrito.—En el mismo instante oyó la voz del negro que desde la boca de la noria le decía:—¿Qué hace ahí, mi amigo; le pasó lo que tenía que pasarle; pero no tenga cuidado, que su negro lo sacará de apuros».—Y le tiró una cuerda con que lo enlazó de la cintura, e izándola, en un momento lo tuvo a su lado.

Contóle el negro al príncipe todo lo que sus hermanos habían hecho, desde que lo dejaron abandonado, para que muriera dentro de la noria, y le agregó:—Yo lo llevaré hasta la puerta del rey su padre; entra usted y, después de saludar al rey y a la reina, pide que le traigan una palangana de oro con agua y al pájaro Malverde en su jaula; abre la puerta de la jaula y el pájaro saldrá al punto e irá a bañarse en la palangana, y mientras se baña, se le caerá un plumoncito suave como la seda; lo tomará usted y lo pasa tres veces por los ojos del rey, que, a la primera vez distinguirá una pequeña claridad; a la segunda divisará a las personas como bultos, y a la tercera verá tan bien como el hombre de mejor vista.

Dicho esto, tomó al príncipe sobre sus hombros y en un abrir y cerrar de ojos lo dejó en la puerta del palacio. El príncipe le dijo:

—Ay, negrito! cómo retribuiré tus grandes servicios?

No aceptas ni siquiera el ofrecimiento de quedarte conmigo. ¿Seguiré siendo siempre tu deudor?

—No, señor, le contestó el negro, que a medida que hablaba se iba transformando en un hermosísimo joven; no, señor, el deudor he sido yo. Yo soy aquel muerto que encontró usted completamente abandonado velándose en el camino, a la salida del bosque, cuyas deudas pagó y cuyos funerales costeó, sin lo cual no habría podido entrar a los cielos. A ellos subo en este momento, pues sólo me retenía en la tierra el deseo de librarle a usted de todos los peligros que habrían de presentársele hasta este instante, para lo cual había obtenido permiso de Dios. Sus sufrimientos ya han terminado. ¡Hasta que nos veamos en el cielo!

Y dicho esto, desapareció envuelto en un nimbo de gloria. El príncipe se prosternó en tierra, adoró a Dios y bendijo su infinita bondad.

Entró en seguida a palacio, en donde todavía duraban las fiestas, se inclinó ante sus padres y les habló en los siguientes términos:

—Oh, padres míos muy amados! Dios, en su gran misericordia, me ha conducido de la mano, y después de libramme de mil peligros, permitió que pudiese ampararme del pájaro Malverde, fin y único objeto de mi viaje. Héme aquí, contento y dichoso, dando por bien aprovechados los trabajos, fatigas y penurias que he sufrido, porque ahora podré curar a mi padre de su mortificante ceguera.

Todos los presentes se quedaron mudos y miraban a los príncipes Alberto y Guillermo, que, sobrecogidos de estupor ante la aparición de su hermano, a quien suponían muerto, no sabían cómo huir.

Se dirigió el príncipe Oscar a uno de los grandes de la

corte que estaba cerca de él, y le pidió que le trajese una palangana de oro con agua y la jaula con el pájaro Malverde. Salió el noble para volver un rato después con la palangana de agua y con la noticia de que nadie sabía dónde estaba el pájaro Malverde; pero, en el mismo momento, se abrió una puerta y apareció la princesa, hermosa como nunca y alegre y risueña, llevando la jaula de oro con el pájaro Malverde, cuyas plumas, como por encanto, habían recobrado todo su brillo y esplendor.

Abrió el príncipe la puerta de la jaula y el pájaro salió cantando y se metió en la palangana, zambulléndose y sacudiendo sus alas. De debajo de una de ellas cayósele un plumoncito que tomó el príncipe, el cual, subiendo las gradas del trono, lo pasó sobre los ojos apagados de su padre.

—¿Ve algo, padre?—preguntó el príncipe.

—Sí, hijo querido, veo una pequeña claridad:

Pasóle el plumoncito por segunda vez.

—¿Ve más, padre?

—Sí, hijo querido, distingo unos bultos que se mueven.

Volvió a pasarle el plumoncito por tercera vez, y el rey dió un grito de suprema alegría: sus ojos, abiertos y vivos como los de un joven sano, veían perfectamente todo lo que le rodeaba.

Se bajó el rey del trono y estrechó al príncipe entre sus brazos. La reina y todos los presentes lloraban de contento y de emoción.

—Tus hermanos me han engañado miserablemente, dijo el rey a Oscar. Dios te premiará el bien que me has hecho, mientras yo, de algún modo, pago tus servicios. Pero antes cuéntanos, hijo, tus aventuras.

Y el príncipe, en medio del mayor silencio, refirió

cuánto le había sucedido desde su salida de palacio, suprimiendo el acto criminal que con él habían cometido sus hermanos, atribuyendo su caída a la noria a una distracción de su parte. Pero el pájaro Malverde dijo toda la verdad.

El rey, irritado de la perversa conducta de sus hijos mayores, los hizo prender y ordenó que los encerraran para siempre en un calabozo: pero la reina, la princesa y el príncipe Oscar intercedieron por ellos y el rey los perdonó, con la condición de que salieran inmediatamente de sus estados.

El rey dispuso que en el acto se casara el príncipe Oscar con la princesa. Terminada la ceremonia, los novios pidieron permiso para ausentarse por un día mientras iban a hacerle una visita al rey padre de la princesa. Acordado el permiso, hizo llevar el príncipe el caballo maravilloso a la plaza de palacio y subiendo en él con la princesa a la grupa, se inclinó y le dijo a la oreja en voz muy baja.—«Vuela, caballito, como el viento»,—y el caballo se elevó majestuosamente por los aires ante las miradas estupefactas de los reyes, de los señores y damas de la corte y del pueblo todo.

Al día siguiente regresaron de su visita, dejando al padre de la princesa, que hasta poco antes lloraba la pérdida de su hija, lleno de alborozo de verla feliz y contenta.

El rey abdicó en favor del príncipe Oscar; que fué modelo de reyes, de esposos y de padres, y vivió largos años, siempre amado y venerado de su pueblo.

Y el caballo y el pájaro Malverde siguieron siendo las delicias de todos (1).

(1) Además de *Los Tres Lirios* y de *El Pájaro Malverde*, tengo otra versión de este cuento, que me fué referida por el joven URSICINIO GON-

Cf.: COSQUIN.—*Le Petit Bossu, Cont. pop. de Lorraine*, t. I, p. 208, y notas, págs. 212-222.

BRUEYRE.—*La Princesse grecque et le jeune jardinier. Cont. pop. de la Grande-Bretagne*, p. 145.

CARNOY.—*Les trois fils du roi, cont français*, p. 89.

—*Le Merle blanc, Ibidem*, p. 259.

DESPARMET.—*L'Oiseau à l'aile d'or et à l'aile d'argent, Rev. Trad. pop.*, t. XXVIII, p. 39.

GARCÍA MONGE.—*El Pájaro Dulce Encanto, Cuentos de mi tía Panchita*, p. 140.

— *La Flor del Olivar, Ibidem*. p. 40. (Corresponde también a *La Flor del Livilau*).

HUET.—*Un roman néerlandais du cycle d'Artur et un cont. pop.*, *Rev. des Trad. pop.*, t XXXI, p. 164.

KLIMO.—*L'Oiseau de feu, 2 vers. Cont. et Lég. de Hongrie*, págs. 259 y 265.

LENZ.—*La Flor Amarilla. Est. Arauc.*, p. 296, y nota p. 355.

LUZEL.—*La Princesse Marcassa et l'Oiseau Drédaine, Cont. pop. de B. Bretagne*, t. II, p. 176.

— *La Princesse de Hongrie, Ibidem*, p. 209.

MONNIER.—*L'Oiseau Griffon, Les Cont. pop. en Italie*, p. 105.

PINEAU.—*Le Merle blanc, Les Cont. pop. du Poitou*, p. 21.

ZÁLEZ, de San Javier, Loncomilla, con el nombre de *El Pájaro de la pluma verde y el Caballito de siete colores*. En vez del negro del *Pájaro Malverde*, ayuda al príncipe una zorra, a la cual se le alarga la cola para sacarlo del pozo. La zorra era un niño que llevaban a enterrar envuelto en un pellejo, porque la madre era muy pobre. El más joven de los tres hermanos entrega a la madre el dinero suficiente para que dé al muerto honrosa sepultura, y acompaña el cadáver al cementerio. Cuando el joven vuelve con sus conquistas, la zorra le sale al camino y le dice que no pase a buscar a sus hermanos porque le harán mal.

SÉBILLOT. — *Le grand Coquelicou, Cont. des Marins*, p. 196.

— *Juanito el Rey, Ctos. Bretones*, trad. p. M. MACHADO, p. 1 (1).

3. El tahir o la Hija del Diablo (J. de la C. P.)

Han de saber que estos eran dos viejecitos, marido y mujer, que vivían en un miserable rancho, como a una legua de distancia de la ciudad.

No tenían sino un hijo, que se llamaba Pedro, y al cual, cuando estuvo en edad conveniente, lo pusieron en el colegio. Pero era un muchacho flojo y se excusaba de ir a la escuela alegando que estaba muy lejos. Cuando sus padres lo obligaban a ir, se quedaba en el camino zanganeando con otros niños de su edad, tan flojos como él.

Sin embargo, dos cosas le entretenían: pelear y luchar con sus compañeros de ociosidad y jugar a las cartas, y a ambas se entregaba con placer. En las dos llegó a ser habilísimo; los muchachos temían la fuerza de su brazo y sus puños imponían respeto; en el juego era maestro, tanto que no escapó persona del pueblo y de los alrededores a quien no ganara.

(1) En los cuentos que tengan similares con los publicados por COSQUIN en sus *Contes populaires de Lorraine*, citaré solamente esta obra y las colecciones aparecidas después de ella, de que tenga noticia. Juzgo inútil mencionar las anteriores, ya que COSQUIN cita y extracta en su obra, estudiándolos magistralmente, los cuentos conocidos antes de dar los suyos a luz, de cualquiera procedencia que sean. Aun podría haber economizado las indicaciones posteriores de varios cuentos, si hubiera podido disponer de la obra de BOLTE (JOHANNES) und POLIVKA (GEOG.) *Armerkungen zu den Kunder- u. Hausmärchen der Brüder Grimm*. (Nr. 1-60), cuyo tomo I se publicó en Leipzig en 1913, y serme familiar el alemán, que no poseo.

La suerte le acompañó siempre, de modo que siendo aún muy joven, era uno de los más ricos del país.

Viéndose con tanto dinero, llevó a sus padres a la ciudad y los estableció con un almacén para que, sin gran trabajo, pudiesen vivir sus últimos años tranquilamente y con holgura.

En la ciudad nadie quería ya jugar con él. Esto lo desesperaba, porque la pasión del juego lo dominaba por completo. Se propuso entonces ir a otra parte a buscar competidores, y cuando se estaba preparando para emprender viaje, se le presentó el Diablo en la puerta de su casa, acompañado de una mula cargada con dos sacos de monedas de oro.

—A jugar contigo vengo, dijo el Diablo.

—Bien venido sea, contestó Pedro, porque ya me iba aburriendo. Vamos a ver si es tan diablo como dicen.

—Comencemos y verás; y ha de ser luego, porque tengo unas diligencias urgentes que hacer. Pero antes da vuelta para la pared esos santos que tienes ahí colgados.

Volvió Pedro los santos, e inmediatamente comenzó el juego con gran entusiasmo.

Bien puesto dejó Pedro su nombre, porque en un dos por tres los dos sacos de oro, con mula y todo, pasaron a su poder.

Cuando el Diablo se vió sin plata, propuso a Pedro que se jugaran ellos mismos. Pedro aceptó. Al primer juego salieran patas; volvieron a jugar, y también salieron patas; se jugaron por tercera vez. y ninguno de los dos ganó. Entonces dijo el Diablo:

—Luchemos, y el que primero eche al suelo por tres veces a su contrario, ese gana y se lo lleva.

—Convenido.

Salieron al patio a luchar. Se desnudaron de la cintura para arriba, se abrazaron y comenzaron a forcejear. Los dos eran muy forzudos; no se sentían mas que los resoplidos que daban de la fuerza que hacían, y el sudor les caía a chorros. Esto duró largo rato, pero al fin Pedro logró tender al Diablo en el suelo. Empezó la lucha de nuevo, y de nuevo Pedro botó (1) al Diablo. Pero el Diablo venció después a Pedro por tres veces seguidas.

—Eres mío, le dijo, pero no quiero abusar. Tienes tres meses de plazo para arreglar tus asuntos e irte a mi casa. Tú ya sabes, yo vivo en la ciudad de Garabito... (2). Toma este machete, que te servirá para el camino.

Se fué el Diablo.

Arregló Pedro sus negocios en un par de días y se dijo:

—«Días más, días menos ¿qué más da? lo que se ha de hacer mañana mejor es que se haga hoy». Y se echó seis pesos a la cartera, tomó el machete y partió en busca de la ciudad de Garabito.

Anduvo y anduvo muchos días, hasta que por fin llegó a una montaña y se encontró con un zorrillo.

—¿Sabe, amigo, por casualidad, donde está la ciudad de Garabito?

—No lo sé, señor, pero tal vez mi mamá pueda darle noticia.

(1) *Botar*—tirar, echar al suelo, arrojar.

(2) «Ser un Garabito»—explica Montoto y Rautenstrauch—«unas veces se dice del chisgaravís o cascaruleta, y otras del tahir y fullero, o del jugador muy diestro». (*Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas*, t. II, p. 271). No deja de ser curioso que la voz *Garabito*, que no se usa absolutamente en Chile, se conserve en este cuento y se repita, aunque como nombre de una ciudad a donde va un tahir, por personas completamente iletradas.

Fueron a preguntárselo a la mamá del zorrillo, pero también lo ignoraba. Sin embargo:

—¿Quién sabe, dijo, si mi compadre León, que es tan andariego y trajinante, la conozca? Anda tú, hijo, y encamina a este caballero a donde mi compadre; pueda ser que él sepa en donde está esa ciudad.

Y la Zorra mató una gallina, la coció y se la dió a Pedro para el camino.

Salieron Pedro y el zorrillo y llegaron a la casa del León, ya bastante tarde. Presentó el zorrillo a Pedro, y éste, después de los saludos de costumbre, preguntó al León si había oído nombrar la ciudad de Garabito.

—No la he oído mentar en toda mi vida: pero es casi seguro que mi compadre Traro (1) la conoce.

Mató el León un cordero, asó un costillar y se lo dió a Pedro para el camino. Después le dijo a un leoncito nuevo:

—Endilga (2) a este caballero a donde mi compadre Traro.

Llegaron a donde el compadre Traro.

—Buenas tardes, compadre Traro, saludó Pedro.

—Buenas tardes, compadre Pedro, contestó el Traro.

—Por aquí me trae una diligencia, y es saber si usted me puede decir dónde se encuentra la ciudad de Garabito.

—Nunca he oído hablar de ella, compadre Pedro; pero quién sabe si mi compadre Jote (3) la conozca.

Y mandó a uno de los Traros nuevos que lo fuera a encaminar.

(1) *Traro*, un ave de rapaña, *Polyborus vulgaris*.

(2) *Endilgar*—enderezar, conducir, meter.

(3) *Jote*, otra ave de rapaña, *Vultur aura*.

Llegaron a donde el Jote.

—Buenas tarde, compadre Jote.

—Buenas tarde, compadre Pedro.

—Traía un *duán* (1); a ver si usted sabría en qué parte está la ciudad de Garabito.

—No lo sé, compadre; pero es muy posible que alguno de mis hijos la conozca. Yo me paso encerrado en la casa, ellos son los que salen.

Descolgó el compadre Jote una corneta y la hizo sonar, y comenzó a llegar una multitud de jotecitos, hijos del Jote viejo.

—¿Han oído hablar ustedes de la ciudad de Garabito?

Ninguno la había oído nombrar; pero le dijeron que quizás Cuchufito (2), que todavía no había llegado, pudiera suministrar datos, porque ése era el mas andariego de todos.

Tocaron la corneta más fuerte que antes, y sólo después de mucho rato llegó el jotecito rezagado. Venía por estas cruces de Dios, (3) como que me voy, como que me caigo, tan borracho que a duras penas podía tenerse. Le preguntó el Jote padre por qué se había demorado tanto, y contestó que porque había estado en la ciudad de Garabito, conversando con el Diablo.

—¿Y podría usted llevarme allá?—le preguntó Pedro.

—Cómo no, pues, respondió Cuchufito, y hasta con los ojos cerrados; conozco el camino como las palmas de mis manos.

Se acostaron a dormir y poco rato después todos roncaban que era un contento, menos Pedro, que, preocu-

(1) *Duán*, voz araucana=diligencia, encargo.

(2) *Cuchufito*, dim. de *Cuchufo* o *cuchufio*=borracho, ebrio.

(3) *Andar por estas cruces de Dios*=estar ebrio.

pado, no pudo pegar los ojos en toda la noche. Al pobre no le quedaba ya más que un día para cumplir los tres meses que le había acordado el Diablo.

Se levantaron en cuanto Dios amaneció y se pusieron en marcha.

Cuchufito preguntó a Pedro:

—¿Lleva plata para el camino, amigazo? Mire que a mí me gusta echar un trago de vez en cuando y el dinero se me ha acabado; no me queda ni media chirola (1) si quiera.

Pedro le entregó los seis pesos que llevaba y al Jotecito se le rió la cara del gusto: nunca había tenido tanta plata junta.

—Vea, amigo, le dijo a Pedro, yo soy muy agradecido, y en prueba de ello tome esta pluma (y se sacó una del ala derecha y se la pasó). Llévela, que para algo le serviré. Yo lo voy a acompañar hasta el pie de una mata de boldo (2) que hay a orillas de una laguna; a las doce del día llegarán allí tres patas, que son hijas del Diablo; la que llegue más atrás, que se llama Mariquita trenzas de oro, se va a dejar caer derechito para abajo. Entonces usted le dice a esta plumita:—«Dios y un pescadito debajo del agua» (3),—y se deja caer, convertido en pez, cerca de

(1) *Chirola, chaucha*. Nombres vulgares de la moneda de 20 centavos.

(2) *Boldo*=árbol indígena de Chile, cuyas hojas tomadas en infusión se recomiendan para las enfermedades del hígado, *Boldea fragans*.

(3) En el cuento núm. 1, *El Caballero de la Pluma*, publicado por AURELIO M. ESPINOSA en su interesante obra *New Mexican Spanish Folklore*. III, Folktales, p. 398, figura el conocido episodio de los animales que disputan por repartirse una presa, y el héroe del cuento hace la distribución de modo que todos quedan satisfechos. Agradecidos, cada

donde esté desnudándose Mariquita trenzas de oro. En cuanto Mariquita se meta al agua, usted se vuelve hombre, tal como es, toma las trenzas que ella habrá dejado en la orilla juntas con su ropa, y se esconde detrás de la mata de boldo. Cuando ella salga del agua y no encuentre sus trenzas de oro dirá:—«Dónde están mis trenzas de oro? ¿Quién me las ha escondido? Al que me las entregue yo lo libraré de los peligros en que llegue a encontrarse.»—Entonces usted se las entrega, y ya puede estar tranquilo.

Condujo Cuchufito a Pedro hasta la mata de boldo y allí lo dejó. Poco después, a las doce en punto, llegaron tres patas a bañarse. Desde lejos las divisó, y sacando la pluma dijo:—«Dios y un pescadito debajo del agua,»—y convertido en pececillo, comenzó a nadar y se ocultó entre unas piedras, mientras Mariquita entraba a bañarse.

Mariquita se sentó encima de las piedras, se desvistió y en seguida se sacó las trenzas de oro, las colocó encima de la ropa y se zabulló en el agua. Inmediatamente salió Pedro, cogió las trenzas, se ocultó detrás del tronco del boldo y esperó.

uno le hace un obsequio que tiene una virtud. Hé aquí cómo se refiere en el expresado libro esta parte del cuento:

«Todos se quedaron muy contentos y cuando el hombre ya se iba, los animales creyeron que sería bueno hacerle un favor y lo llamaron. El león le enseñó la mano y le dijo que sacara una uña. Sacó una uña y el león le dijo: «Si te ves en necesidad dices: «Dios y león» y te vuelves león, y dices «Dios y hombre» y te vuelves hombre.»

Lo mismo el tigre, que también le da una uña; el águila, que le da una pluma; y la hormiguita, que le da un canjiloncito.

En el cuento núm. 3, del mismo autor, p. 403, *La Yegua Mora*, se usa de la misma fórmula, «Dios y mi yegua mora», no para convertirse el protagonista en yegua, sino para que ésta se le aparezca.

Cuando Mariquita se puso a vestir, echó de menos sus trenzas, y no encontrándolas, exclamó:

—¿Dónde están mis trenzas de oro? ¿Quién me las ha escondido? Al que me las entregue, yo lo libraré de todos los peligros en que llegue a encontrarse.

Entonces Pedro, saliendo de su escondite, preguntó:

—¿Qué dice, señorita?

—Que al que me entregue mis trenzas de oro yo lo libraré de todos los peligros en que llegue a encontrarse.

—Yo me encuentro en un serio peligro, y espero que usted me libraré de él.

Y le entregó las trenzas.

—Confíe usted en mí. ¿Y se puede saber para dónde va?

—Como no, pues. Voy para la ciudad de Garabito, a casa del Diablo, con quien tengo que verme hoy mismo.

—El Diablo es mi padre, y cuente que con él no le irá muy bien. Sin embargo, cuando él le mande hacer algún trabajo, acuérdesese de mí y yo lo ayudaré.

Y Mariquita trenzas de oro, convertida en pata, emprendió el vuelo.

Pedro se puso en marcha para la ciudad de Garabito, cuyo camino le había mostrado el jotecito antes de irse; y como le molestara el machete que tres meses antes le había entregado el Diablo, lo disparó lejos, diciendo:

—¿Para qué quiero esta porquería? ¡para lo que me ha servido! más es lo que me estorba!

A poco andar llegó a la ciudad. El Diablo salió a encontrarlo y en vez de saludarlo le preguntó:

—¿Y el machete, qué lo hiciste?

—Se me vino adelante, no lo pude sujetar.

—¿Con qué se te vino adelante, no? El haberlo arroja-

do te va a costar muy caro. Mañana, de madrugada, vas a sembrar este trigo encima de aquellas piedras, y a las doce me traerás pan amasado con la harina del trigo que coseches.

—Se hará, señor.

Muy temprano se levantó Pedro al día siguiente, tomó el trigo que le había entregado el Diablo el día anterior, se echó un chuzo y un azadón al hombro y andando, andando, se fué a hacer la siembra.

Las piedras eran muy duras y por más que trató de cavar en ellas, nada pudo conseguir. Cansado, se tiró al suelo y se quedó dormido.

Ya iban a ser las doce cuando llegó Mariquita trenzas de oro, lo despertó y le dijo:

—¿Qué hubo del trabajo que te mandaron hacer? ¿sembraste el trigo? ¿lo cosechaste? ¿lo moliste? ¡Ya tendrás hecho el pan! Lo que es yo, ya tengo la comida preparada.

—El trabajo me dió sueño y me quedé dormido.

—Todo eso está muy bueno, pero mientras tanto mi padre va a llegar. Yo no quiero que te pille (1).

Y agregó:

—Dios dé trigo encima de estas piedras;... que se esté sembrando;... que brote;... que madure y se seque;... que se siegue;... que una máquina lo trille,... y un molino lo muele,... y un panadero haga el pan,... y un horno lo cueza.

Y a medida que pronunciaba estas palabras, lo que ella decía se iba haciendo; de manera que cuando terminó, el

(1) *Pillar*—sorprender, coger.

pan estaba hecho. Púsolo en un canasto y pasándoselo a Pedro le dijo:

—Toma, llévaselo a mi padre, que ya debe de estar en la mesa esperando.

Cuando Pedro le entregó el pan al Diablo, éste le preguntó:

—¿Cómo has hecho este pan?

— Como se hacen todos los panes, pues. Usted me mandó que lo hiciera y yo lo hice. Cuando el hombre quiere hacer una cosa, la hace no más.

—Si es así, mañana me vas a hacer otro trabajo: me desaguarás aquel pozo que está allí, con este balde.

Y le pasó un harnero.

Pedro se fué donde la Mariquita trenzas de oro y le preguntó que cómo haría para sacar tanta agua del pozo con un tiesto tan poco adecuado. Mariquita le dió una bolsita y le encargó que antes de ponerse a la obra vaciara en el arnero la harina que la bolsita contenía, desparramándola sobre la tela agujereada.

Al día siguiente, muy de madrugada, se levantó Pedro para hacer su trabajo; hizo lo que Mariquita le había encargado y con ello se taparon los agujeros del harnero y pudo sacar el agua del pozo.

A las doce en punto vino el Diablo y encontró el pozo seco.

—¿Cómo has hecho para sacar el agua? preguntó a Pedro.

—Señor, le respondió éste, como se saca el agua de todos los pozos, pues. Usted me mandó que lo hiciera y yo lo hice. Cuando el hombre se propone hacer una cosa, la hace no más.

—Si es así, mañana me vas a hacer un puente que

atraviase el mar: cortarás la madera, la labrarás, armarás el puente y lo terminarás por completo a las doce del día.

—Bien, no más (1), dijo Pedro.

Y se fué donde la Mariquita trenzas de oro para que lo sacara del apuro.

—Mañana, cuando vayas a empezar la obra, acuérdate de mí y no tengas cuidado, le contestó Mariquita.

Al otro día se levantó Pedro al amanecer, tomó un hacha y se fué al bosque cercano a cortar árboles. Cortó unos cuantos palos, no más de diez, pero luego se sintió fatigado.

—Ya no trabajo más, se dijo, voy a dormir un momento; en otro rato más seguiré la obra.

Y se quedó dormido. †

Eran las once y media cuando Mariquita trenzas de oro llegó donde él, y despertándolo le dijo:

—Ya van a ser las doce y todavía no comienzas a armar el puente. Ni siquiera has cortado la madera.

—Me sentí fatigado y me quedé dormido.

Entonces Mariquita, volviéndose a la playa, dijo:

—Hágase un puente que atraviase el mar.

Y el puente se hizo en el mismo instante.

Llegó el Diablo, y al ver el puente, preguntó a Pedro:

—¿Cómo has hecho este puente tan ligero?

—Como se hacen todos los puentes, pues, señor. Usted me mandó que lo tuviera hecho a las doce y por eso me apuré a hacerlo. Usted sabe, señor, que cuando al hombre se le pone en la cabeza hacer alguna cosa, la hace no más.

(1) *Bien, no más*=bueno, está bien.

—Está bien, replicó el Diablo, y ya que es así, mañana me vas a cuidar los tres conejitos que están adentro de aquella caja, y cada hora los sacarás afuera para que bailen.

—Está muy bien, asintió Pedro; y se fué a decírselo a la Mariquita trenzas de oro.

—Mi padre te quiere pillar (1), le dijo ella, pero no tengas cuidado: mañana, cuando estés con los conejos, acuérdate de mí no más.

—Te tendré muy presente.

—Que no se te vaya a olvidar, te repito.

Con el canto de las diucas (2) se levantó Pedro al otro día, y ya estaba el Malo-esperándolo con los conejos; abrió la caja y le mostró cómo bailaban. Pedro encontró que bailaban muy bien; y efectivamente danzaban como expertos bailarines.

Le ordenó el Diablo que llevase la caja a orillas del mar y le dijo que volvería a las doce para ver cómo se habían portado los conejos y qué tal los había cuidado Pedro.

Hizo Pedro lo que el Diablo le mandó; pero una vez que dejó la caja a orillas del mar, le dió flojera y se puso a dormir. Poco faltaba para las doce cuando despertó, y oyó que los conejos lloraban.

—Pobrecitos, dijo, tendrán ganas de bailar.

Y les abrió la caja. Entonces los conejos se pusieron a bailar que era un contento verlos; pero de repente se le escaparon. Uno se fué mar adentro, otro se dirigió a la cordillera y el tercero huyó para la ciudad.

(1) Véase la nota núm. 1, p. 69.

(2) *Con el canto de las diucas*—al amanecer.

¡En qué apuros se vió el pobre Pedro! Por seguir a este último, perdió de vista a los otros dos, y el que perseguía se le hizo humo (1) de repente.

Ya iban a ser las doce cuando llegó la Mariquita trenzas de oro.

—¿Por qué no te has acordado de mí? le preguntó.

—Con el cuidado de buscar a los malditos conejos, que se me escaparon, me olvidé de ti, respondió Pedro.

—Que los conejos vuelvan inmediatamente a su caja mandó Mariquita.

Y los conejos volvieron mansitos y se metieron dentro de la caja.

Mariquita que se va y el Diablo que llega. Al punto preguntó a los conejos (que eran tres diablos) si Pedro los había hecho bailar. Contestaron que sí.

—¿Y por qué no se escaparon?

—Nos escapamos, pero fuimos cogidos.

Entonces el Diablo dijo a Pedro:

—Mañana me harás otro trabajo, y será el último que te encomiende.

—¿Y en qué consistirá?

—Me rozarás aquella montaña, la destroncarás, prepararás la tierra, plantarás una viña y a las doce me traerás uva madura.

—Así se hará, contestó Pedro.

Y se fué a ver a Mariquita trenzas de oro para que lo ayudara.

—Un poco difícil está este trabajo, dijo ella; pero acuérdate de mí cuando sea tiempo y no te pongas a dormir como en las veces anteriores.

(1) *Hacerse humo*—desvanecerse, desaparecer.

Pedro le prometió complacerla y se fué a acostar. Al primer diucazo (1) ya estaba en pie, y echándose al hombro un hacha y un azadón, se dirigió a la montaña. Comenzó su tarea con empuje, y había botado (2) unos cuatro o cinco troncos cuando se sintió cansado y sin fuerzas para continuar trabajando. Se tendió en el suelo y se quedó dormido.

Ya iban a ser las doce cuando llegó Mariquita trenzas de oro y lo encontró roncando. Entonces lo tomó de un pie, lo arrastró y lo fué a dejar a un quilantro (3) y le dijo que así lo castigaba por dormilón y por no haberse acordado de ella. Inmediatamente después ordenó:

—Pónganse cincuenta trabajadores a rozar la montaña;...ya están destroncando;...ya están preparando la tierra;...ya están plantando la viña;...ya la viña está brotando,...y dando uva,...y la uva madurando,...y Pedro recogéndola en un canasto.

Y conforme iba hablando, las cosas iban sucediendo, tan bien y tan ligero que Mariquita apenas tuvo tiempo de huir y esconderse para que el Diablo no la viera.

Entregó Pedro al Diablo la canasta de uva y el Diablo le dijo que estaba bien, que ya no le encomendaría ningún otro trabajo.

Cuando el Diablo llegó a su casa le dijo a su mujer:

—¿Qué te parece, vieja, lo que me pasa con Pedro? le he encargado tales y cuales obras y todas me las ha hecho.

—¿No ves, Diablo leso, le contestó la Diabla, que es la María que lo ayuda?

(1) *Al primer diucazo*—al amanecer. El primer diucazo es el primer canto de la diuca.

(2) *Botar*, véase nota 1 de la pág. 63.

(3) Sitio en que hay muchas plantas de quilas, *chusquea quila*

—Así no más debe de ser, pues, hija, ¿y qué haremos con ellos?

—Mañana los quemamos a los dos.

Mariquita trenzas de oro oyó esta conversación, escondida detrás de una puerta, y en la noche se fué a hablar con Pedro:

—Ahora si que la sacamos chueca (1), le dijo. Mañana quieren quemarnos a los dos. No es cierto que el Diablo es mi padre; él, su mujer y sus hijas me aborrecen; cuando yo era chiquita me fué a robar a la Gloria... Tendremos que irnos, porque, de lo contrario, nos queman ..Toma esta fuente y escupe adentro, yo escupiré en esta otra... Ve a buscar el caballo claro que está al lado adentro de la pesebrera, que anda una legua de cada tranco; no vaya a ser que traigas el que está afuera, porque ése no anda más que media legua.

Fué Pedro a buscar el caballo que estaba adentro; pero se confundió y trajo el que estaba afuera de la pesebrera.

—¿Por qué trajiste éste? ¿no te dije que trajeses el que estaba adentro?

—Traje éste porque estaba más cerca, para no demostrarme.

—¡Qué le haremos! en él tendremos que irnos.

Y los dos subieron al caballo y partieron.

Sería media noche cuando el Diablo llamó a Pedro y a María, y las salivas que ellos habían dejado en las fuentes contestaron:

—¿Qué quiere, señor?

—Nada; duerman, duerman no más.

(1) *Sacarla chueca*=irle mal a uno en un negocio o asunto cualquiera.

Como a las tres de la mañana despertó el Diablo y llamó:

—¡Pedro! ¡María!

—¿Qué quiere, señor? contestaron las salivas, no con voz tan alta como la primera vez, porque se iban secando.

—Nada; duerman, duerman no más.

A las cinco despertó de nuevo el Diablo.

—¡Pedro! ¡María!

—¿Qué quiere, señor? respondieron las salivas, con voz débil y apagada, porque ya estaban casi secas.

Media hora más tarde el Diablo se levantó e hizo una gran fogata para quemar a Pedro y a Mariquita; pero cuando fué a buscarlos a sus camas no los encontró.

—Se fueron estos picaronazos, le dijo a la Diabla, y se llevaron el caballo que anda media legua; pero yo los seguiré en éste, que anda una legua por tranco, los alcanzaré y me las pagarán.

—Bueno, respondió la Diabla; yo me quedaré aquí cuidando la casa; esta noche te espero, no dejes de traerlos.

Subió el Diablo en el caballo que andaba una legua de cada tranco y ya estaba cerca de los fugitivos, cuando Mariquita acertó a mirar para atrás y lo divisó. Entonces dijo:

—Vuélvase mi caballo una laguna pantanosa, yo una pata y Pedro un pato.

Llegó el Diablo a la laguna y quiso atravesarla, pero el caballo se empantanó y a duras penas logró sacarlo. Tuvo que volverse a su casa.

Cuando la Diabla lo vió que venía solo, le preguntó:

—¿Y Pedro y la María?

—Cuando los iba a alcanzar se me empantanó el caba-

llo en una laguna que había en el camino, y mientras forcejeaba por salir, se me hicieron humo (1).

—¿Y no viste nada en la laguna?

—¡Cómo no!: un patito y una patita.

—¡Ah, viejo tonto! esos patitos eran ellos, y la laguna el caballo. Yo saldré mañana y verás cómo los pillo.

Apenas el Diablo volvió atrás, Mariquita, Pedro y el caballo tomaron su forma natural y continuaron huyendo.

Al otro día montó la Diabla en el caballo que andaba una legua de cada tranco y salió tras Pedro y Mariquita; pero cuando al caballo no le faltaba dar sino unos cuantos pasos para alcanzarlos, Mariquita logró verla y dijo:

—Póngase entre nosotros y la Diabla un bosque que se esté rozando, y los troncos de los árboles cayéndose.

Y en el momento apareció cortando el camino un bosque inmenso que estaba ardiendo y los troncos quemados caían en todas direcciones, de modo que la Diabla no pudo pasar y tuvo que volverse a su casa.

Cuando el Diablo se impuso de lo sucedido, le dijo:

—¡Ah, tonto! lo que viste fueron puras apariencias que la María puso en el camino. Mañana iré yo y verás como los traigo.

Tempranito salió el Diablo al otro día y desde lejos alcanzó a divisarlo Mariquita, quien, al punto, mandó:

—Vuélvase el caballo una iglesia, Pedro un cura diciendo misa y yo el niño que la esté ayudando.

Llegó el Diablo a la iglesia, y sin fijarse que era un templo, se dijo:

—Voy a entrar a esta casa a preguntar si han pasado por aquí los que busco.

(1) Véase nota núm 1, p. 73.

Entró en el momento en que Pedro alzaba la hostia, y esto que ve el Diablo arranca patitas pa que te quiero (1), echando sapos y culebras.

Llegó a su casa.

—No los pude alcanzar, le dijo a la Diabla, ni siquiera tuve noticias de ellos. Llegué hasta una iglesia en que estaban diciendo misa, no pude entrar y me volví.

—¡Ah, viejo tonto! la iglesia era el caballo, el que decía la misa era Pedro, y el que la ayudaba, la María. Déjame ir a mí mañana y no se me escaparán.

Salió la Diabla al otro día; pero la Mariquita la vió cuando venía muy distante aún.

—Fórmese aquí, dijo, un mar con la orilla cubierta de piedras sueltas, vuélvase el caballo un buque y nosotros que seamos los marineros. †

Y se hizo como Mariquita ordenó.

Llegó la Diabla a la orilla, los vió que iban navegando y les gritó:

—Ya sé que son ustedes; a mí no me hacen lesa como a ese viejo tonto de mi marido.

Y quiso avanzar; pero el caballo se resbaló en las piedras sueltas de la playa y se cayó con Diabla y todo y casi la revienta (2).

(1) *Patitas pa que te quiero*—pies para que os quiero. En portugués usan de esta misma construcción vizcaína: *Pernas para qué te quiero* (BRAGA, *Contos tradicionaes do povo portuguez*, pág. 223).

(2) Tengo otra versión de este cuento, muy popular en Chile, en que la hija del Diablo, antes de huir con su amante, toma un puñado de ceniza, un peine, y un puñado de sal, y al verse perseguida por su padre arroja la ceniza; en una segunda persecución, el peine; y en la tercera, la sal. La ceniza se convierte en una espesa neblina que impide al Diablo ver a los fugitivos; el peine se transforma en una escarpada sierra que no puede atravesar el caballo; y la sal, en un bravísimo mar, sin

A la Diabla no le quedó mas remedio que volverse a su casa; pero antes los maldijo:

—Anda, María, ahora vas muy contenta, pero ese perro pícaro que te lleva te ha de abandonar y se casará con otra.

Cuando los navegantes oyeron la maldición de la Diabla, dijo María.

—¿Oyes, Pedro?

—Sí, he oído, pero eso no sucederá; de picada saca versos (1).

Llegaron a la costa y desembarcaron en un hermoso puerto. Pedro dejó a Mariquita muy recomendada en una casa mientras iba a comprarle ropas y otras cosas que necesitaba.

Pero en la ciudad Pedro se entusiasmó y en vez de hacer las compras que se había propuesto, entró a una casa de juego y ganó, y después fué a divertirse con los nuevos amigos que se había conquistado en el garito y para nada se acordó de Mariquita trenzas de oro.

Sucedió que a los pocos días conoció a unas niñas, una de las cuales le llenó el ojo, y sin más ni más la pidió para casarse. Accedió la interesada, y se concertó el matrimonio para la semana siguiente.

playas, en que se ahoga el caballo y casi perece el Diablo, que se vuelve después de maldecir a su hija.

Es corriente en Chile la expresión *arrojarle el peine* a uno, por ponerle dificultades, y en la que, evidentemente, se alude al episodio que acabamos de referir. Cf. BRAGA, *O Aprendiz do Mago*, Cont. trad. do povo port., p. 29, y ESPINOSA, *La Diablita*, *Journal of American Folk-Lore*, No. CIV, p. 174.

(1) *De picado sacar versos*=insultar o decir cosas desagradables a uno cuando por imposibilidad o falta de valor no se puede ofender o castigar con las manos.

Como en el mundo todo se sabe, la nueva del matrimonio de Pedro fué corriendo, corriendo, corriendo, hasta que llegó a noticias de Mariquita.

Amaneció el día del matrimonio, que debía celebrarse después de un suntuoso almuerzo a que estaban invitadas las principales personas de la ciudad (1). Los convidados eran más de doscientos, así es que Mariquita pudo pasar entre ellos sin llamar la atención de nadie.

Ya estaban todos en la mesa cuando Mariquita se levantó y pidió permiso para entretener por un momento a la concurrencia con una suerte muy divertida. Se le concedió, y solicitó entonces una palangana con agua. Se la trajeron, y cuando la dejaron en la mesa delante de ella, saltaron adentro un patito y una patita, que se pusieron a nadar. Después de dar varias vueltas en el agua, la patita se puso delante del patito y le dijo:

—¿Te acuerdas, patito, cuando a mí se me perdieron mis trenzas de oro y yo ofrecí librar de todo peligro al que me las entregase?

El patito echó una zambullida y contestó:

—¡Jajay, que no me acuerdo!

Dieron otra vuelta sobre el agua y la pata volvió a preguntar:

—¿Te acuerdas, patito, cuando te mandaron sembrar trigo encima de unas piedras y que con el trigo que cosecharas hicieras pan y lo sirvieras a las doce del mismo día, y que sin mi ayuda te habrías perdido?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

(1) «En aquellos tiempos, según parece, existía la costumbre, en las grandes bodas, de que la comida tuviese lugar antes de ir a la iglesia», es decir, antes de casarse. (LUZEL. *Cont. pop. de la B. Bretagne*, t. I, p. 419).

—¿Te acuerdas, patito, cuando te mandaron desaguar un pozo con un harnero, y no habrías podido desaguarlo si yo no te hubiera dado una bolsita con harina para que se taparan los agujeros?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¡Ah, patito ingrato! Te acuerdas cuando te mandaron hacer un puente que atravesara el mar y que debías tenerlo concluído a las doce del mismo día?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando te mandaron cuidar unos conejos y que los hicieses bailar tres veces antes de las doce, y se te escaparon uno para el mar, otro para la cordillera y otro para la ciudad, y yo te los recogí?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando te mandaron plantar una viña y tenías que rozar una montaña y llevar uva madura antes que dieran las doce?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando nos iban a quemar a los dos y yo te mandé buscar el caballo que andaba una legua de cada tranco y tú trajiste el que andaba media legua?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando veníamos huyendo, y mi papá nos siguió en el caballo que andaba una legua, y yo hice que el caballo en que veníamos montados se convirtiese en laguna y nosotros en dos patos, y no pudiendo avanzar mi papá tuvo que volverse para atrás?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando mi mamá salió a perseguirnos y que cuando ya le faltaba poco para alcanzarnos,

yo hice que se interpusiera, entre ella y nosotros, un roce, y que los palos que caían le impidieron pasar?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando, al día siguiente, mi papá casi nos alcanzó y yo hice que el caballo se transformara en iglesia, tú en sacerdote que decías la misa y yo te la ayudaba?

—¡Jajay, que no me acuerdo!

—¿Te acuerdas, patito, cuando mi mamá nos siguió y yo mandé que se pusiera, entre ella y nosotros, el mar con la costa llena de piedras sueltas, que nuestro caballo se volviera buque y nosotros marineros?

—¡Jajay, que entre luces (1) me voy acordando!

—¡Ah, patito ingrato! ¿No te acuerdas cuando desembarcamos y me dejaste en la primera casa que encontramos a la entrada del puerto, y fuiste a la ciudad a comprarme ropa y me dijiste que volvías luego y no volviste más? ¡Me abandonaste y te vas a casar con otra!

—¡Jajay, que me acordé! respondió el patito.

Y entonces se acordó Pedro de todo lo que había pasado, y levantándose de su asiento, dijo:

—Es cierto todo eso que ha dicho la patita. Yo soy el patito y he sido un ingrato. La patita es Mariquita trenzas de oro, que me ha librado de tantos peligros, y ella debe ser mi mujer.

Y se casaron y fueron padrinos la que era novia y su padre. Y las fiestas fueron tan grandes como no se habían visto nunca, y hubo en ellas mucho contento y regocijo, y yo, que me encontré en la boda, gocé como cuatro.

Y se acabó el cuento del burro piojento, y se lo llevó

(1) *Entre luces*—apenas, un poco.

el viento por la mar adentro y pasó por un zapatito roto para después contar otro.

Cf.: COSQUIN.—*L' Oiseau vert, Cont. pop. de la Lorraine*, t. I, p. 103.

—*Chatte blanche, Ibidem*, t. II, p. 9, y notas, págs. 12-28.

ANDREWS.—*Le Fille du Diable, Contes ligures*, p. 34.

—*La Fille du Diable, otra versión. Ibidem*, p. 155.

BAISSAC.—*Hist. de Jean et de Jeanne, Le Folk-lore de l' Ile-Maurice*, p. 76.

BLADÉ.—*La Belle Jeanneton. Cont. pop. de la Gascogne*, t. II, p. 26.

BRUEYRE.—*La Bataille des Oiseaux. Cont. pop. de la Grande-Bretagne*, p. 100.

CARNOY.—*Courtillon-Courtillet, Litt. orale de la Picardie*, p. 252 (Desde la p. 272).

—*La Biche blanche, Cont. français*, p. 233.

DESPARMET.—*Zinezioun, ou Beauté-des-Beautés, Rev, Trad. pop.*, t. XXVIII, p. 29.

HERNÁNDEZ DE SOTO.—*El Mágico Palermo, Bibl. Trad. pop. esp.*, t. X, p. 48.

—*El Castillo de «Irás y no volverás», Ibidem*, p. 63.

—*Don Juan Jugador, Ibidem*, p. 76.

—*Fernando, Ibidem*, p. 91, y nota, p. 105.

LEGER.—*Le Prince Inesperé, Rec. de Cont. pop. slaves*, p. 75.

LENZ.—*La Hija del Cherruve, Est. Araucanos*, p. 257, y notas, p. 337.

LUZEL.—*L' Hiver et le Roitelet, Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. III, p. 231.

—*Les deux Grenouilles d'or, Ibidem*, t. II, p. 33.

—*Péronic, Ibidem*, p. 57.

—*Barbauvert, Ibidem*, p. 355.

MONNIER.—*Persillete, Cont. pop. en Italie*, p. 122.

SAUNIÈRE.—*La Hija del Cherruve, Ctos. pop. arauc. y chil.*, p. 77.

SÉBILLOT.—*La Joven vestida de blanco, Ctos. bret.* p. 48.

Además, muchos de los episodios referidos en este cuento figuran en diversas narraciones de otros países. Así, por ejemplo, en *Le Roi d'Angleterre et sont filleul* (COSQUIN, t. I, p. 40), se convoca a los cuervos para pedirles una noticia, y, como en el cuento chileno, sólo puede darla uno que llega atrasado y completamente ebrio.

El episodio de las *jóvenes-aves* que bajan a bañarse y se despojan de sus plumas o de su indumentaria para convertirse en hermosas niñas antes de meterse al agua, y el héroe se apodera de la prenda dejada para obligar a su dueña que lo siga, se encuentra en *La Bataille des Oiseaux, Cont. pop. de la Grande-Bretagne*, p. 100; en *Le Merle d'or* (SÉBILLOT, *Litt. orale de la H. Bretagne*, págs. 60-61); en *Le Mont des Cailloux* (GEORGEAKIS ET PINEAU, *Folk-lore de Lesbos*, p. 11); en *Pipi Menou et les femmes volantes, (Cont. pop. de Basse-Bretagne de LUZEL*, t. II, p. 349); en *Dami lu velul*, de PITRÉ, t. I, p. 410, etc., etc.

En *Un Enlèvement chez les Ghouls* (DESPARMET, *Cont. pop. sur les Ogres*, t. I, p. 13), hallamos el episodio de los escupos que contestan por los fugitivos.

En *Santa Catalina* (p. 306 de *Les Cont. pop. de l'île de Corse*, p. ORTOLI), la madrastra ordena a Catalina que le traiga un cedazo lleno de agua. En *Firossette* (COSQUIN, t. II, p. 234), una hada ordena a Julia que saque el agua

de un pozo sirviéndose de un harnero. En las notas del mismo cuento, págs. 236, 239, 242 y 245, se citan cuentos en que a los protagonistas se les imponen trabajos imposibles. Lo mismo en el cuento español *Las Tres Marias* (de MACHADO Y ALVAREZ, *El Folk-lore Andaluz*, p. 457).

Sobre las transformaciones, se encuentran numerosos datos, fuera de los que contienen las notas al cuento *Chatte blanche*, de COSQUIN, en el interesantísimo estudio que el mismo COSQUIN publicó en la *Rev. de Trad. pop.*, t. XXVII, pág. 520 y siguientes, acerca del cuento *El Mago y su discípulo*.

Idéntica cosa sucede con las escenas que se refieren a la pérdida de la memoria y después recuerdo de los acontecimientos olvidados y matrimonio con la primera novia (*Peau d'Ane*, BLADÉ, *Cont. pop. de la Gascogne*, t. I, p. 267), etc., etc.

4.—El Castillo de la Flor de Lis

(Referido por José Antonio Carrillo, de Carahue, de 60 años)

Estos eran dos viejecitos que vivían en el campo de lo que les proporcionaba una hectárea (1) de terreno de su propiedad, que cultivaban con esmero.

Tenían un nietecito que se llamaba Manuel, huérfano de padre y madre, y en el cual habían reconcentrado todo su cariño, pues no tenían más familia que él, y lo habían criado sumamente regalón (2).

(1) En el norte y centro de Chile las propiedades rurales se miden por cuadras: en la Frontera, o sea desde el Biobío al sur, por hectáreas.

(2) *Regalón*—mimado.

Una mañana la abuela entregó a Manuel un atado de cebollas y le dijo:

—Anda al pueblo y las vendes, y con la plata que por ellas te den, compras tales y cuales cosas.

Salió Manuel con las cebollas, y habría andado unas veinte cuadras, cuando se encontró con unos muchachos que azotaban cruelmente a un perrito. Manuel tenía buen corazón y dijo a los niños:

—¿Por qué maltratan a ese pobre animalito?

—¿Y a ti que te importa? le contestaron; para eso es de nosotros.

—Dénmelo a mí, y yo en cambio les daré estas cebollas.

Los muchachos aceptaron la proposición, y Manuel se volvió a su casa con el perrito y contó a la abuela lo que había hecho.

La anciana se enojó un poco, se fué a la huerta, trajo un gran manajo de verduras, y dijo a Manuel:

—Anda al pueblo y véndelas, y cuidado con que vayas a hacer otra lesera (1). ¿Para qué queremos más perros que los que ya tenemos?

—¿Quién sabe, mamita, si este perrito nos puede servir para algo? ¡Y si Ud. hubiera visto lo fuerte que le pegaban aquellos chiquillos, le habría dado lástima!

Salió Manuel con su atado de verduras, y habría andado las mismas veinte cuadras, cuando encontró a los mismos chiquillos, que ahora llevaban un gato amarrado (2), y con unas varillas le pegaban con todas sus fuerzas.

—¿Por qué le pegan a ese pobre animal? ¿Qué les ha

(1) *Lesera*=tontería.

(2) *Amarrar*=atar.

hecho? Dénmelo, y yo les daré este atado de verduras que ustedes pueden vender.

Hicieron el cambio, y Manuel llegó a su casa con el gato en brazos. La abuela, enojada, le dijo:

—Niño, por Dios, ¿qué estás haciendo?, no tenemos qué comer y nos vas a llenar la casa de animales!

—Pero, mamita, cómo iba a consentir que esos malvados mataran a este gatito tan lindo?

Se armó la viejecita de paciencia, de nuevo se fué a la huerta y volvió con un canastito de papas (1).

—Mira, Manuel, no vuelvas a hacer las barbaridades que has hecho. Si no vendes las papas y no traes lo que ya te he dicho, se lo digo a tu abuelito y te castigaré.

Salió Manuel con su canastito de papas y cuando había andado como unas veinte cuadras, encontró a los mismos muchachos que iban arrastrando un culebrón y pegándole con unos palos.

—¿Por qué le pegan a ese culebrón?, ¿qué mal les ha hecho? Tomen estas papas y yo me lo llevaré.

Muy contento se volvía Manuel a su casa arriando su culebroncito, pero, al pasar al lado de un peñasco, se le escapó y se le perdió debajo de la piedra.

—¿Qué haré?, se preguntaba el niño, ¿cómo voy a llegar a la casa sin papas, sin plata y sin nada?, mi taitita (2) me va a pegar.

Se le ocurrió mover el peñasco, que era muy pesado, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para hacerlo cambiar de lugar. Despejado el sitio, quedó en descubierto la entrada de un pozo, y Manuel se propuso descender hasta dar

(1) *Papa*=patata.

(2) *Taitita*, dim. de *taita*=anciano, padre, abuelo.

con el culebrón. Fué al bosque vecino, trajo un rollo de boqui (1), plantó una estaca a la orilla del pozo, ató a ella un extremo del boqui y por él se deslizó hasta el fondo. Al principio no veía nada, porque estaba muy oscuro, pero cuando la vista se acostumbró, vió un corredor y siguió por él hasta llegar a una puerta, en que lo detuvo una hermosa princesa, que le preguntó:

—¿Qué andas haciendo por aquí?, ¿eres de esta vida o de la otra?

—De esta vida.

—Véte, entonces, porque a mí me cuida un culebrón, que es mi padre, y si llega a verte, te matará.

—¡Ah! ese culebrón es mío; se lo cambié a unos chiquillos por un canasto de papas, y lo libré de la muerte. Precisamente ando buscándolo, porque cuando lo llevaba a casa de mis abuelitos, se me escapó y se metió en este pozo. Tengo que llevarlo a mi casa, para que no me castigue mi taitita. ¿En dónde está?

—Aquí en esta pieza, encerrado bajo siete llaves.

—Dame las llaves para sacarlo.

—No, Manuel; déjalo tranquilo, que se mejore; llegó muy maltratado. ¡Pobre padre mío! Déjamelo, y en cambio te daré este coquito de virtud, que te proporcionará todo lo que le pidas.

Guardó Manuel el coquito y despidiéndose de la princesa, subió por el boqui a la superficie de la tierra.

Cuando estuvo arriba pensó:

—¡Quién sabe si esta joven me ha engañado! Vamos a ver.

(1) *Boqui*. Se da este nombre a varias enredaderas del centro y sur de Chile, cuyos tallos, muy resistentes, se emplean como soga, para atar y otros usos.

Y sacando el coquito, le dijo:

—Coquito de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, dame de comer aquí lo que el rey, con ser rey, nunca haya comido.

E inmediatamente apareció delante de él una mesa cubierta de exquisitos platos y de los vinos más ricos.

Apenas probó una que otra cosa, y corriendo se fué a casa de sus abuelos. Los encontró acurrucados en un montón de paja, desfallecidos de hambre y de frío. Sacó el coquito y le dijo:

—Coquito de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, danos una comida que el rey, con ser rey, nunca la haya comido.

Y en el instante se le puso al frente una mesa servida de un todo.

Comieron los tres con mucho apetito, y después se acostaron.

Poco antes de que aclarara, Manuel se levantó sin hacer ruido, se fué a la huerta y, sacando el coquito, le mandó que agrandara la propiedad y apareciera plantada de toda clase de árboles frutales y sembrada de toda clase de semillas, y que hubiera a un extremo un gran corral con bueyes, vacas, ovejas y caballos, un chiquero con sus chanchos (1), y un gallinero con gallinas, pavos, patos y gansos. Y así como iba pidiendo estas cosas, ellas iban apareciendo. También le pidió una linda casita para su perro y otra para su gato.

Apenas aclaró, despertaron los viejecitos con la bulla que metían los animales y las aves.

—Viejo, dijo la anciana, lo que falta es que se hayan

(1) Chanco=cerdo.

pasado los animales de la vecindad, y nos hayan comido nuestras siembrecitas. Vistámonos al tiro (1) y veamos qué ha sucedido.

Se vistieron y fueron a ver de qué provenía esa bulla, y casi se murieron de susto cuando vieron su huerta tan grande y tan bien plantada, y los corrales, el chiquero y el gallinero tan bien poblados. Los pobres viejos no podían explicarse lo que veían. Entonces Manuel, que se había colocado tras ellos sin que lo sintiesen, les dijo;

—Todo esto es de ustedes, abuelitos; ya no tendrán que pasar necesidades.

Manuel, que hasta entonces había sido un niño, se convirtió de repente en hombre, sin que a nadie le llamase tal cosa la atención. Vestía con lujo y elegancia, era caritativo con los pobres y generoso con sus amigos, y tenía fama de ser muy rico. Salía unas veces a cazar, acompañado de su perrito y de su gato, y otras iba a la ciudad, en donde todos lo agasajaban y querían.

Sucedió que una vez el rey anunció que iba a dar un baile, y que en él escogería al que debía casarse con su hija. Invitó a los reyes, príncipes y grandes de las cortes vecinas, y como la princesa era muy hermosa, inteligente y única heredera del trono, acudió un gran número de pretendientes. Manuel se dijo:

—Yo también voy a presentarme.

Y en la víspera del baile le dijo a su coquito:

—Coquito de virtud, haz que frente al palacio del rey se me aparezca un palacio mejor que el de él y más ricamente amueblado, con cien servidores vestidos de generales.

(1) *Al tiro*=al punto, inmediatamente.

Y en el mismo momento apareció el palacio, el Castillo de la Flor de Lis, que por la hermosura y riqueza de su construcción no tenía igual en el mundo. Manuel durmió en el castillo desde aquella noche.

Al otro día el nuevo palacio fué la admiración de todos, y no se hablaba de otra cosa en el baile, cuando Manuel se presentó vestido con más elegancia que los más ricos y poderosos señores allí presentes, y seguido de sus cien servidores cargados de valiosísimos obsequios para el rey y para su hija. El rey se decía para sus adentros:

—Este será mi yerno.

Y en efecto, en la misma noche se concertó el enlace, y ocho días después Manuel se casaba con la princesa.

Pero este casamiento se había hecho sin consultar la voluntad de la interesada, la cual tenía amores con un negro, empleado en el palacio del rey, y con el que siguió viéndose todos los días, mientras Manuel salía a cazar en compañía de su perro y de su gato.

El negro aconsejó a la princesa que sonsacara a su marido de qué medios se había valido para hacerse rico y para tener el Castillo de la Flor de Lis. Y la princesa, como era astuta, para conseguirlo fingió mucho cariño a Manuel, y sólo después de algún tiempo, cuando ya lo tuvo bien asegurado, se atrevió un día a preguntárselo. Manuel, que nada sospechaba y quería a su mujer con idolatría, le contó su historia; y entonces ella le dijo:

—Mira, Manuel, ¿por qué, antes de salir, no me dejas el coquito? Qué cosas tan lindas le pediría para mí. Los hombres no entienden de eso.

Juan se lo entregó, encargándole que lo cuidara mucho, y salió a cazar, acompañado de su perro y de su gato.

Sólo cuando regresó, en la tarde, vino a conocer la traición de su mujer.

El rey lo esperaba sumamente airado.

—¿Y mi hija? ¿Y el Castillo de la Flor de Lis?

Manuel no hallaba qué contestar. Y ¿qué podría decirle al rey? ¿quién iba a adivinar en dónde estaría el Castillo? Se limitó a contar a su suegro la conversación que en la mañana había tenido con la princesa, y que le había entregado el coquito. Si el Castillo había desaparecido, era por culpa de la princesa solamente.

—Ah! decía el rey, paseándose agitadamente, esto me pasa por haber casado a mi hija con un hechicero.

Y, volviéndose a la guardia, ordenó:

—¡Métnlo en un calabozo!

Y dirigiéndose a Manuel:

—Tres días tienes de plazo para hacer aparecer el Castillo de la Flor de Lis y a mi hija, y, si no lo consigues, perderás la cabeza, sin que te valgan tus brujerías ni todos los coquitos del mundo.

Ya tenemos a nuestro Manuel preso, entregado a sus pensamientos, comprendiendo la magnitud de su desgracia y sin saber qué resolución tomar.

Cuando ya nadie quedaba, el perrito le dijo al gato:

—Hermanito, nosotros tenemos que librar a nuestro amo, así como él nos libró a nosotros.

Entonces el gato se subió por las murallas de la cárcel y entrando por una ventanilla, de un salto se puso al lado de Manuel.

—Mi amito, ¿qué hay que hacer para librarlo de la prisión?

—Hay que buscar el Castillo de la Flor de Lis, y quitarle el coquito a la princesa.

—¿Y en dónde está el Castillo?

—Eso es lo que ustedes tienen que averiguar; y ha de ser cuanto antes, porque no me quedan más que tres días de vida.

Salió el gato y contó al perro lo que había conversado con Manuel.

—Vamos a rodar tierras, compañero, a ver si encontramos ese Castillo condenado (1).

Y salieron a rodar tierras.

Anduvieron todo el día, se puso el sol y andar y andar, hasta que llegaron a un cuartel en que todos los soldados eran ratones (2). El gato no pudo contenerse y se les fué a la carga y mató varios; pero los ratones eran tantos, que los hicieron arrancar. El perro, muy incomodado con el gato, le dijo:

—No vuelvas a portarte así, porque a lo mejor nos sucede quién sabe qué desgracia y no encontraremos a tiempo el Castillo de la Flor de Lis.

El gato le prometió corregirse.

Siguieron andando, andando, y cuando ya se iba oscureciendo, llegaron a un cuartel en que todos los soldados eran gatos. El perro le preguntó al Comandante:

—Señor, ¿sabe Ud. en dónde está el Castillo de la Flor de Lis?

El Comandante hizo formarse a la tropa, y ninguno sabía.

En esto estaba el perro, cuando ve que mi amigo el gato va arrancando patitas pa que te quiero (3), y detrás

1) *Condenado*—que nos da tanto trabajo.

(2) *Ratón*—rata.

(3) *Patitas pa que te quiero.*—Véase nota núm. 1 de la p. 78.

de él un gatazo romano armado de un garrote de espino. Salió de atrás mi perrito a defender a su compañero, y cuando el gato romano vió que era con dos con quienes tenía que habérselas, amainó y se retiró más que ligero.

—Gato del diablo, le dijo el perro ¿no me prometiste que no ibas a hacer otra maldad? ¿cómo quieres que libremos a nuestro amo?

El gato le contó que había ido a darle un beso a una gata muy buena moza que había divisado, creyendo que era soltera, y cuando la iba a abrazar, salió aquel gato romano, que era su marido, «y si no arranco tan luego, me mata, me mata, me mata! ¡Ay, hermanito! estoy miau, miau, miau (1) del susto.»

Le prometió portarse muy bien en adelante.

Siguieron su camino y llegaron a una ciudad donde había un cuartel, y el Comandante estaba pasando lista. Los soldados eran todos monos.

—Señor, le preguntó el perro, ¿podría decirnos Su Señoría en donde está el Castillo de la Flor de Lis?

El Comandante lo preguntó a sus soldados, y ninguno sabía.

—El mono Martín ha faltado a la lista, dijo el Comandante; éste es muy andariego y puede ser que sepa en donde está ese Castillo. ¿Por qué no lo esperan?

—Esperaremos, dijeron el perro y el gato.

Poco después llegó el mono Martín, y el Comandante le preguntó:

—¿Sabes, monito, en donde está el Castillo de la Flor de Lis?

—De allá vengo, dijo el mono Martín, y para más se-

(1) *Miau*=meado. Imita el maullido de los gatos.

ñas, vi en un balcón a la princesa y al negro haciéndose cariños.

—¿Puedes conducirnos allá, monito lindo? preguntó el perro.

Claro que sí, contestó Martín, si mi Comandante me da permiso.

El Comandante que vió que el perro y el gato eran personas educadas, dió permiso al mono Martín para que los guiara. El camino era muy largo y tuvieron que atravesar un río.

Mientras tanto, dos días habían transecurrido desde que Manuel había caído preso y sólo uno le quedaba de vida cuando llegaron al Castillo. La noche estaba muy avanzada. El perro le preguntó al mono:

—¿Sabes, monito lindo, donde guarda aquel coquito la princesa cuando duerme?

—En la boca lo guarda.

Subió el gato por las murallas, y una vez en el interior del edificio, entreabrió con todo cuidado la puerta, sin hacer el menor ruido, y calladitos entraron el perro y el mono, y los tres se fueron al dormitorio de la princesa, cuyas puertas estaban entornadas solamente. El mono se colocó al lado del negro, para estrangularlo si despertaba; el perro se quedó esperando para coger el coco y huir con él; y el gato, subiéndose a la cama, metió la punta de la cola en la nariz de la princesa. De la cosquilla que le hizo, dió un estornudo tan fuerte la princesa que el coquito saltó lejos, y al momento lo tomó el perro en el hocico, y huyó precipitadamente en compañía del mono y del gato (1).

(1) «Se ha recogido en muchos pueblos de raza ariana, principalmente entre los indúes del Pendjab, entre los bretones, los albaneses,

Cuando iban atravesando el río, le dió al perro un calambre, y del dolor abrió el hocico para ladrar y se le fué el coquito. Toda la noche lo anduvieron buscando por el río, pero inútilmente.

Al amanecer llegaron a la orilla, y vieron a un pescador que retiraba su pesca de la red. Le compraron un pescado para almorzar, y cuando lo abrieron, encontraron adentro el coquito. El perro y el gato, del gusto, no quisieron comer, dieron las gracias al mono Martín, se despidieron de él y se alejaron.

Cuando estuvieron un poco distantes, dijo el perro:

—Coquito de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, llévanos a donde nuestro amo.

Y en el mismo instante se encontraron en el calabozo, al lado de Manuel.

El preso se llenó de alegría cuando vió a sus animalitos y supo que le traían el coco, y estuvo un buen rato oyéndoles contar sus aventuras.

Antes de que atardeciera, Manuel pidió al coquito que le trajera al rey, y el rey entró poco después al calabozo.

los griegos modernos, los rusos (y también entre los habitantes de Mardín, en Mesopotamia; población de lengua árabe, y kirienos de la Birmania, que ni unos ni otros son de raza ariana, pero suponemos que lo sean), un cuento cuyo tema, expuesto brevemente, es como sigue:

«Un joven llega a ser dueño de un anillo mágico; este anillo, después de diversas aventuras, le es robado por cierto malvado personaje, y lo recobra en seguida, gracias a los buenos oficios de tres animales a los cuales él les ha prestado servicios.

«En todos estos cuentos asiáticos y europeos comprobamos la identidad no sólo del plan general del cuento, sino de detalles a veces bizarros. Así, en todos, la rata agradecida, introduce, durante la noche, su cola en la nariz del enemigo de su bienhechor para hacerle estornudar y arrojar el anillo, que tiene oculto en su boca.» (COSQUIN, *Cont. pop. de Lorraine, Introduction*, p. xi).

—Yo quiero que Su Majestad se convenza por sus propios ojos que es su hija la que tiene la culpa de todo lo que ha sucedido.

Y entonces, en voz muy baja, casi con el pensamiento, para que el rey no lo oyera, dijo:

—Coquito, haz que el rey vea a su hija haciéndole cariños al negro.

Y el rey tuvo que rendirse a la evidencia.

—Coquito, volvió a decir Manuel, trae para acá a la princesa y a su negro, y haz que desaparezca el Castillo.

Y al punto fueron trasladados al lado del rey la princesa y el negro, todavía besándose y abrazándose que se volvían locos.

—Ahí tiene a la indigna de su hija; quédese con ella, que yo no la quiero para nada..... Coquito de virtud, transládanos a mí, a mi perrito y a mi gatito adonde están el culebrón que yo libré de la muerte y su hija la princesa.

Y Manuel que concluye de hablar y que se encuentra con sus animalitos en la cueva, al lado de la otra princesa.

—¡Ah! picaronazo, le dijo ella. Tuviste que padecer en los brazos de la otra ingrata, que te odiaba, para acordarte de mí, que te quiero de veras.... Devuélveme el coquito.

Manuel, avergonzado, le entregó el coquito, y la princesa dijo:

—Coquito de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, haz que termine el encanto que hay en esta cueva.

Y entonces la cueva se convirtió en un palacio, aun más hermoso que el Castillo de la Flor de Lis; los bosques

de los alrededores en un país muy extenso y poblado; y el culebrón, en el rey que lo gobernaba. Y Manuel se casó con la princesa, y hubo grandes fiestas y se mataron vaquillas y corderos para el pueblo. Y los novios vivieron muy felices, hasta que murieron de puro viejos.

Cf.: BASSET, *L'Anneau Magique, Nouv. Cont. pop. berbères*, p. 138, y notas, págs. 343-350.

CARNOY et NICOLAÏDES, *L'Anneau de Bronze, Trad. pop. de l'Asie Mineure*, p. 57.

COELHO, *A Herança paterna, Cont. pop. port.*, p. 37 (desde la pág. 39 para adelante).

DOZON, *Le Serpent reconnaissant et la pierre merveilleuse, Cont. Albanais*, p. 63 y notas, p. 219-221.

KLIMO, *La Bague d'Acier, Cont. et lég. de Hongrie*, p. 142.

—*L'Enfant âgé de sept ans, Ibidem*, p. 297.

LEGERS, *La Montre enchantée, Rec. de Cont. pop. slaves*, p. 129, y notas, págs. 71 a 76.

LUZEL, *Bihanic et l'Ogre, Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. II, p. 419.

MACLER, *La Pierre de la Bague, Cont. Armeniens*, p. 57.

SÉBILLOT, *El Palacio suspendido en el aire, Cont. des Marins*, p. 180.

VINSON, *La Tabatière, Le Folk-lore du Pays Basque*, p. 63.

VOSSION, *Les animaux reconnaissants, Cont. Birmans*, p. 125.

5. El Liviano y el Pesado.—(J. de la C. P.)

Han de saber que estos eran dos viejecitos muy pobres, que tenían dos hijos, un niño y una niña. El niño se llamaba Juan Bautista y la niña, Carmelita.

El viejecito, que era jardinero de oficio, trabajaba en los jardines del rey, y por todo salario le daban mensualmente un almud de afrecho. Trabajó durante tres meses, y al cumplirlos se fué a su casa, con permiso y bajo promesa de volver al día siguiente.

El viejecito, viéndose tan pobre, se fué llorando. Su mujer lo esperaba con comida, pero ninguno de los dos la probó, porque estaban con mucha pena, y se acostaron con los niños en la única cama que tenían.

Al otro día temprano se levantaron los niños y se comieron la sopa que sus padres habían dejado en la noche.

Serían como las 12 del día cuando el rey vino de su palacio a preguntar por qué el viejo no había ido a trabajar. Los niños le dijeron que estaba durmiendo todavía.

Entró el rey muy enojado y le dió un guascazo (1) al anciano, quien ni se movió siquiera. Lo atentó (2) y entonces vino a ver que los dos viejos estaban muertos. Entonces los agarró (3) y los fué a enterrar a los pies de una montaña y quiso llevarse a los niños para el palacio; pero los niños no consintieron y se quedaron allí cuidando la casa.

Los niños no tenían qué comer y durante tres años estuvieron alimentándose de raíces y yerbas silvestres.

Un día que la niña se quedó en la casa y salió Juan Bautista a buscar raíces, encontró éste en el camino a un anciano que andaba con dos perritos y llevaba una escopeta al hombro. El anciano detuvo a Juan y le preguntó a dónde iba; Juan le contestó respetuosamente:

(1) *Guascazo*—azote, latigazo.

(2) *Atentar*—palpar, tocar.

(3) *Agarrar*—asir, tomar, coger.

—Voy a buscar raíces, señor, para alimentarnos yo y mi hermana, porque no tenemos otra cosa que comer.

Entonces el anciano le dijo:

—Toma mejor esta escopeta, que se carga y descarga sola, y estos dos perritos, que te servirán para recoger los pájaros que mates: uno se llama *Liviano* y el otro *Pesado*. Pero, tanto los perritos como la escopeta, me los devolverás cuando te los venga a pedir, porque te los dejo prestados, no más.

El viejecito se fué, y Bautista se dirigió a su casa muy contento a referirle a su hermana la feliz aventura que había tenido.

Poco antes de llegar a la casa, divisó una bandada de palomas. Les hizo los puntos, y los perritos inmediatamente se pusieron en facha sentándose en las patas traseras. Salió el tiro, y los perritos corrieron tan ligero, que llegaron antes que las municiones; tantas palomas mataron las municiones como mataron los perros. Recogió Juan las que habían caído, y chiflando, chiflando (1), siguió su camino.

Cuando llegó a la casa, lo esperaba en la puerta Carmelita, y le contó que había encontrado sal y otras cosas, y que iba a hacer un caldo de agua con yerbas.

—Yo también encontré algo en que emplear la sal, le contestó Juan, y le entregó las palomas.

Pasaron al interior, hicieron una buena cazuela (2) y mientras se cocía, Juan contaba a su hermana su aventura con el viejecito.

(1) *Chiflar*=silbar.

(2) *Cazuela*=guiso nacional muy estimado. La receta para hacerlo se encuentra en cualquiera de las numerosas ediciones de libros de cocina impresos en el país.

—¡De modo que los perros y la escopeta van a ser tuyos quién sabe hasta cuándo! ¡Ay, qué bueno! así podremos mantenernos comiendo pajaritos—exclamó llena de alegría Carmelita;—las yerbas y raíces ya me tenían aburrida.

Los niños salían a cazar casi siempre juntos; pero llegó un día en que no encontraron pájaros y se volvieron muy tristes. Por suerte, habían secado al sol carne de las aves que les sobraban, y con ella siguieron alimentándose.

Un día dijo Juan:

—Voy a salir: ¿quién sabe si en estos días que no he cazado habrán venido algunos pájaros?

Y tomando la escopeta, salió acompañado de los dos perros.

Buen trecho se habían alejado de la casa, cuando de repente Liviano y Pesado se pararon en dos patas, como cuando Juan iba a disparar.

—¿Qué será?—pensó;—voy a animarlos (1)—y los animó.

Los perritos se lanzaron a toda carrera por un antiguo camino abandonado, y él los siguió de atrás; pero corrían tan ligero que luego los perdió de vista.

De pronto se oyeron muy lejos unos ladridos, y Juan se dirigió apresuradamente al lugar de donde parecían venir. A una vuelta del camino se encontró con Liviano y con Pesado, que tenían en el suelo a un enorme gigante, quien conservaba en su mano derecha una espada ensangrentada, con la cual había herido a los perros.

Cuando el gigante vió a Juan, le dijo:

—¡Ay, Juan! espanta tus perros y te doy mi espada y mi palacio.

(1) Animar=azuzar.

Juan ordenó a Liviano y a Pesado que se retiraran; pero no le obedecieron. Fué necesario que se enojara con ellos para que dejaran de morder al gigante y se hicieran a un lado.

Entonces el gigante se levantó muy mal herido y fué a entregar a Juan el palacio en que vivía.

—Todo es para ti,—le dijo al mostrarle las incalculables riquezas que encerraban los numerosos departamentos del enorme y espléndido edificio,—menos esta caja verde que está en esta pieza del mismo color. Ponle llave a la puerta y no la abras nunca; haz cuenta de que no existen, ni la puerta, ni la pieza, ni la caja.

Y le entregó las llaves de la caja y de la puerta, que también eran verdes, y que Juan agregó al manajo de llaves que momentos antes había recibido del gigante.

Muy contento se volvió Juan para su casa y refirió a Carmelita cuanto le había sucedido. Se fueron ambos para el palacio y, una vez en él, Juan entregó a su hermana todas las llaves, una de cada puerta; pero separó las de la pieza y de la caja verdes y le encargó que las guardase aparte muy bien guardadas y que nunca las usase.

Juan salía todos los días a cazar con sus perros y Carmelita se quedaba en el palacio arreglando las habitaciones y preparando la comida, sin que se le hubiera ocurrido visitar las demás piezas.

Un día que se desocupó temprano, se propuso conocer todo el palacio, y visitó las piezas una tras otra, admirando las riquezas y objetos preciosos que encerraban. Al llegar a la puerta de la pieza verde, única que le faltaba ver, se dijo:

—¿Por qué me habrán prohibido que abra esta puerta?

Voy a ver lo que hay detrás de ella; estoy sola y mi hermano no lo sabrá.

Entró y no vió sino la caja verde que estaba en el centro, sobre una mesa verde también. Se quedó mirándola y dudó un momento si la abriría o no; pero la curiosidad venció, e introdujo la llave en la cerradura. Apenas la había dado vuelta, cuando la tapa se abrió por sí sola y salió el gigante, de un salto. La niña casi se fué de espaldas al verlo. El gigante le dijo:

—¿No te ordenó tu hermano que no abrieras esta pieza? por qué has desobedecido? Ahora ¿qué vamos a hacer? Por de pronto tendrás que ser mi esposa; ya no puedo volver a la caja, y tu hermano, que es tan guapo, nos matará con esos quiltros (1) que tiene. ¿Cómo nos libraremos de él?

—De alguna manera tendremos que librarnos—contestó Carmelita.

—Mira—le dijo el gigante—en una bolsita que está en tal parte de la cocina, hay unos polvos; sácalos con cuidado y no los toques con las manos, porque te harían daño. Cuando él vuelva de la caza, haz como que sales a encontrarlo, pero te vienes adelante de él y vas echando los polvos en el camino, de modo que él los pise.

Así lo hizo la niña: sacó los polvos y asomándose a la calle, vió que su hermano venía bajando por un cerro; chiflando venía. Salió a encontrarlo, aparentando mucha alegría, y como la senda era estrecha, aprovechó la ocasión para venirse adelante e ir arrojando poco a poco los polvos que había tomado en la cocina.

Los perritos se colocaron entre Carmen y Juan, y se

(1) *Quiltro*= gozquejo, perrillo ordinario.

fueron revolcando sobre los polvos que la niña dejaba caer, y tan bien lo hacían que el camino quedaba completamente limpio.

Sólo una vez miró Carmen hacia atrás, y como viera que los perros se revolcaban, les pegó, diciéndoles que eran unos cochinos, que se iban enmugrentando las lanas. Juan le observó:

—¿Para qué les pegas? eso no importa; llegando a la casa, yo los lavaré.

Llegaron a la casa, y Carmen, como si tal cosa, le dió de comer a su hermano y al Liviano y al Pesado.

Al otro día Juan volvió a salir a cazar, y su hermana fué a la pieza verde a hablar con el gigante, y le contó que los perros le habían limpiado el camino a su hermano, de modo que había llegado a la casa sano y salvo.

—Toma una narigada (1) de los mismos polvos, le dijo el gigante, y se la echas en la sopa.

Así lo hizo ella. En cuanto vió que venía, corrió a servir la comida, y antes de pasarle el plato de sopa, echó en él una narigada de los polvos.

Cuando Juan entró al comedor, los perros lo siguieron, y sentados en sus patas traseras se quedaron mirándolo sin despegarle la vista, observando todos sus movimientos. Al introducir Juan en el plato la cuchara, dieron los perros un salto sobre la mesa y le desparramaron la sopa. Carmen tuvo que servirle sopa buena, sin polvos.

Al día siguiente Juan volvió a salir, y Carmen fué a la pieza verde a verse con el gigante, y le contó lo que habían hecho los perros.

—Mira—le dijo el gigante—hazte la enferma, y cuando

(1) *Narigada*=una pequeña cantidad de sustancia pulverizada; polvo. Dicese también *un pichín, una pichingada*.

llegue Juan, le dices que tus padres se te han aparecido en sueños y te han dicho que, si no comes la naranja que está arriba de aquel naranjo, morirás, y que para poderla tomar, necesita dejar amarrados en esta pieza a los dos perros con esta huincha (3); —y le pasó dos huinchas verdes para que los atara.

Llegó Juan, y como no encontrara a nadie, se dirigió a la pieza de Carmen y la encontró en cama, llorando y quejándose doloridamente.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—¡Ay, hermanito! me siento muy mal, me duelen todos los huesos y no tengo valor para nada. En la mañana, después que tú te fuiste, desperté sobresaltada: acababa de soñar con mis padres que me decían que, si no comía una naranja de las que hay arriba de aquel naranjo que desde aquí se divisa por la ventana, me moriría hoy mismo; pero que no podrías subir a tomarla sino dejando atados en el cuarto verde al Liviano y al Pesado con estas huinchas, que al recordar encontré sobre la cama.

Llamó Juan a sus perros, los hizo entrar en la pieza verde y allí los ató fuertemente con las huinchas que su hermana acababa de entregarle, y dejando la puerta abierta, salió y subió al naranjo. Pero cuando iba por la mitad del árbol, sintió que subían unas cadenas y lo estrechaban fuertemente al tronco.

Carmela, que lo estaba aguaitando, cuando vió que Juan no podía moverse, corrió a avisarlo al gigante, que estaba escondido en el huerto, y que, armado de un gran

(3) *Huincha*=cinta de hilo, de algodón o de seda de tejido flojo. A las de seda, si son anchas y de tejido compacto, no se las llama *huinchas*, sino cintas.

sable, corrió precipitadamente a donde estaba Juan, y a toda voz, le gritó:

—¡Ahora me las pagarás todas! ¡ya no te escaparás de mí!

Juan vió llegado su último momento, pero no se amedrentó, y gritó a sus perros:

—¡Liviano! ¡Pesado!

A éstos las cintas se les habían convertido en cadenas también, pero, haciendo un esfuerzo, las cortaron y corrieron a atacar al gigante.

El gigante los recibió a sablazos, pero ellos, con agilidad maravillosa, les sacaban el cuerpo (1) a los golpes que él les dirigía. El gigante les lanzaba mandobles, unos tras otros, aunque inútilmente, porque, al bajar el sable, los perritos estaban lejos y el arma se embotaba (2) en el suelo.

Llegó un momento en que el gigante se sintió rendido y sin fuerzas para levantar el sable, que ya estaba completamente abollado; y entonces el Liviano dió un salto y lo tomó del cuello, y el Pesado se pescó de una de sus pantorrillas, lo hicieron caer, y en un momento dieron buena cuenta de él, dejándolo muerto.

En seguida se fueron al naranjo. Las cadenas que sujetaban a Juan eran muy fuertes, y los fieles animales tuvieron que trabajar desde las 12 del día hasta las 12 de la noche para librar a su amo.

Juan tomó su escopeta, y dirigiéndose a Carmen le dijo:

—Adiós, hermanita ingrata, ya no nos volveremos a ver.

(1) *Sacar el cuerpo*—escabullirse, huir el bulto.

(2) *Embotarse* es, en este caso, enterrarse.

Carmela le pidió que la perdonara y le rogó que no se fuese, pero Juan, silbando a sus perros, salió del palacio dejándola sola.

Juan siguió su camino al azar. Iba muy triste, porque nunca se imaginó que su hermana le fuese a pagar con una ingratitud tan grande.

Anduvo muchos días sin rumbo fijo, avanzando por la senda que veía delante de sus pies, hasta que llegó a la entrada de un bosque, y allí se encontró con una bellísima joven que estaba sentada en el suelo, llorando amargamente y peinándose, y las lágrimas que vertía y los piojitos que se le caían, eran de oro.

Juan le preguntó por qué lloraba, y la niña, sin dejar de llorar, le contestó:

—¿Qué sacaré con referirte mis penas, si no has de poder remediarlas?

—¿Cómo sabes de qué soy capaz?—respondió Juan.—No porque me veas joven creas que soy un ser inútil. Cuéntame la causa de tu llanto, y quizás pueda consolarle.

—Sabrás, joven extranjero, que una horrible serpiente viene todas las semanas a comerse a una niña de la ciudad vecina, capital del reino de mi padre. Todos visten luto en ella, porque no hay familia que no cuente con una víctima, por lo menos. Mi padre, a fin de evitar que la serpiente concluyera con las jóvenes del reino, a propuesta de la misma alimaña, se obligó a entregarle a sus tres hijas, a pesar del dolor que esta medida le causaba. Mi padre prometió casarnos con los que nos librasen de la muerte, pero hasta ahora nadie se ha presentado a tentar la aventura. Ya han perecido mis dos hermanas mayores, y hoy me toca el turno a mí. En un momento

más llegará a este sitio el cruel monstruo, y también llegará mi último momento. Joven, retírate, porque el monstruo está sediento de sangre humana, y si te encuentra, se ensañará en ti.

Eran las 11 de la mañana, y a las doce debía llegar la serpiente. Juan le pidió a la princesa que no llorara y le aseguró que él la libraría de todo peligro. Le rogó que, mientras llegaba la hora, le permitiera posar la cabeza en su falda, porque se sentía fatigado. La princesa accedió, y Juan, tendiéndose en tierra, apoyó su cabeza en las rodillas de la joven, que se puso a espulgarlo, y se quedó dormido. El Liviano y el Pesado velaban su sueño, con la princesa.

Minutos faltaban para las 12, cuando se sintió un bramido que hizo temblar las montañas, Juan seguía durmiendo, y la princesa, que acariciaba su cabellera, no se atrevió a despertarlo.

Un segundo bramido resonó poco después. El Liviano y el Pesado se pusieron en facha. Juan seguía durmiendo, y la princesa comenzó a llorar de nuevo. Una de sus lágrimas cayó en el rostro de Juan, quien despertó inmediatamente, como si lo hubiesen remecido. Precisamente en ese instante, la serpiente, que bramaba por tercera vez, se encontraba a muy corta distancia de ellos, y Juan, como lanzado por oculta máquina, de un salto se puso en pie y gritando a sus perros—«¡A ella!»—le hizo los puntos con su escopeta. Salió el tiro, y cayó la serpiente con sus siete cabezas atravesadas por una bala. El monstruo aun vivía, pero el Liviano y el Pesado, con unas cuantas dentelladas, concluyeron con él.

Entonces Juan, acercándose a la serpiente, le cortó las lenguas y guardándolas en su cartera, se despidió de la

princesa y se fué a unas casas abandonadas, que desde ahí se divisaban.

Sucedió que el rey había mandado a un negro a cortar leña, y éste se había dirigido casualmente al bosque donde estaba la princesa. Al llegar cerca de ella, tropezó el negro con la serpiente, que creyó dormida, y dijo:

—¿A que mato a eta chepiente y me cacho con la pinchecha, pa comé pan banco?

Y alzando el hacha, fué descargándola sucesivamente sobre los cuellos de la serpiente, y hacía saltar lejos las cabezas. En seguida recogió y echó en la carreta las cabezas y el cuerpo del animal, y una vez que llegó al palacio, dijo al rey:

—Cheñó, la chepiente ta matá; el neguito la mató y le coltó la cabecha; chete cabecha le coltó el neguito; ahí tan en la caleta. El neguito cachache con la pinchecha.

Salieron el rey y la corte a comprobar si era cierto lo que el negro decía, y verificado el hecho, partieron a traer a la princesa, a quien encontraron muda.

El rey debía cumplir su promesa, porque *el que se compromete, en deuda se mete* (1), y palabra de rey no puede faltar.

Mientras se hacían los preparativos de la boda, mandó el rey que tres soldados llevaran al negro al río y lo lavaran con potasa y lo rasparan con corontas (2) para ver si se ponía blanco; pero fué inútil, porque siguió tan negro comó antes.

La princesa continuaba muda, y éste era un inconveniente grave para celebrar el matrimonio; pero como en

(1) Refrán muy usado, variante del español *Quien fía o promete en deuda se mete*.

(2) *Coronta*=La panoja del maíz despojada del grano.

aquellos tiempos se usaba dar un banquete antes de la ceremonia, se dispuso la mesa, y a ella se sentaron el rey, los novios y los caballeros y damas de la corte (1).

Juan, que estaba al tanto de lo que pasaba en el palacio, mandó al Pesado que fuese a quitarle al negro el plato que le habían servido, y se lo trajese. El Pesado obedeció: entró a palacio y de un salto se subió a la mesa y tomando el plato del negro con el hocico, huyó precipitadamente, dejando a todos asustados de su atrevimiento.

Llegó el Pesado con el plato, que dejó a los pies de Juan, y entonces Juan mandó al Liviano que le trajese la copa en que el negro estaba bebiendo. Al punto el Liviano se lanzó al palacio, y deslizándose por entre las piernas de los guardias que custodiaban las puertas y las de los mozos que servían en el comedor, de un brinco se trepó en la mesa, arrebató al negro de las manos la copa que en ese instante se llevaba a los labios, y arrancó a toda carrera.

Todo el mundo se quedó perplejo, y el rey ordenó a sus guardias que siguiesen al perro y se lo trajesen, pues quería castigar su osadía; pero el Liviano, escabulléndose por aquí y por allá, se les hizo humo (2) y tuvieron que volver sin él.

Quando los guardianes iban de retirada, mohinos y cabizbajos, Juan ordenó al Pesado que volviera a palacio, y arrebatase al negro el plato de fruta que tenía delante y se lo trajese. El Pesado obedeció al punto; pero cuando huía, los guardias, que estaban prevenidos, corrieron tras él y alcanzaron a verlo entrar en la casa en que Juan se albergaba.

(1) Véase nota, pág. 1, 80.

(2) *Hacerse humo*—desaparecer.

Fueron a avisarlo al rey, y el rey dispuso que un piquete de 25 hombres al mando de un oficial, fuese a buscar a Juan y a los perros, y se los llevasen prisioneros.

Salió el piquete, y cuando llegó a la casa, el oficial, en nombre del rey, intimó a Juan que se entregase con sus perros. Juan le dijo que no irían ni él ni sus perros, sino en caso de que el rey mandase tres carrozas, una para él, otra para el Liviano y otra para el Pesado. El oficial creyó que eran bromas de Juan, y le dijo que se apurara; y como Juan respondiese que no se movía de donde estaba, mientras no viniesen las carrozas, el oficial le tiró un sa- blazo al Liviano, que estaba más cerca de él; pero el animalito, de un brinco se le fué a la garganta y lo extrangu- ló de un mordiscón. Entonces los soldados se fueron contra Juan y el Pesado; pero entre éste y la escopeta dieron cuenta de 24, y sólo dejaron vivo a uno. Juan le dijo:

—Vé donde el rey y refiérole lo que has visto, y agrégale que, si no me manda pronto las tres carrozas, con- cluyo con todo su ejército; y que se dé a santo (1) que no le exija que él en persona venga a buscarme.

Mandó el rey las carrozas, y en ellas se trasladaron a palacio Juan y sus perros.

Todavía seguían el rey y su corte en la mesa, y la princesa, muda, sentada al lado del negro, que estaba vestido de general. El rey preguntó a Juan por qué ha- bía muerto a sus soldados, y Juan respetuosamente le contestó:

—Ruego a Su Sacarrial Majestad (2) perdone mi pro-

(1) *Darse a santo*—darse por contento, por satisfecho.

(2) *Su Sacarrial Majestad*—V. p. 12 y 6.

ceder, a que sus mismos soldados me obligaron con su descortesía y falta de respeto. Yo me imaginé que merecía mayor consideración de ellos, de todo el pueblo y de Su Sacarrial Majestad, por el hecho de haber librado a la princesa de una muerte segura y al reino de la ignominia que sobre él pesaba, matando a la serpiente.

El negro, morado de rabia, se levantó violentamente de su asiento, y sin siquiera pedir permiso al rey, gritó:

—No le clea, cheñó; yo, yo cholo matal la chepiente; eche hombre chendo un mentilocho, pícalo, embutelo; yo no ma colté la chete cabecha a la chepiente. Chaquen ajuela a eche hombre pa matalo.

—Señor, dijo Juan, si ese negro indecente ha muerto la serpiente, que diga dónde están las lenguas que han debido tener las cabezas del monstruo.

—En l'hochico de'ella tienen que'stal, gritó el negro.

El rey mandó traer las siete cabezas de la serpiente y se vió que a cada una le faltaba su lengua.

—Aquí están, dijo Juan, sacándolas de su cartera. Yo las corté, en presencia de la princesa, una a una, después de haber atravesado de un balazo las siete cabezas de la serpiente, como puede verse.

Examinaron las cabezas y vieron que efectivamente las siete estaban perforadas por una bala.

Pero el negro no aflojaba un pelo, (1) y gritó:

—Eche hombre miente; yo no ma la maté.

Juan, para terminar de una vez, rogó al rey que preguntase a la princesa quién había sido su salvador.

El rey le dijo:

—La princesa ha quedado muda del susto.

(1) *No aflojar un pelo* = no ceder, no cejar.

Juan le contestó:

—Así como a mí me debe la vida, que a mí también me deba el uso de la palabra.

Y dirigiéndose a ella la interrogó: x

—Bellísima princesa, en nombre de Dios, dí ante vuestro augusto padre y esta noble concurrencia, ¿quién te salvó la vida matando a la serpiente de siete cabezas?

—Tú fuiste, respondió la princesa.

—Y entonces ¿qué hizo este negro?

—Con su hacha cortó sucesivamente las cabezas de la serpiente que yacía muerta en tierra, gracias a tu valor, y tomándolas, juntamente con el cuerpo del monstruo, las echó en la carreta.

El rey, feliz de ver que su hija había recuperado la palabra y de saber que era Juan el matador de la culebra, con gran contentamiento de los circunstantes hizo sacar al negro, y ordenó a Juan que se sentara al lado de la princesa, continuando la fiesta con toda alegría y entusiasmo.

Después de los postres, el arzobispo casó a Juan con la princesa, que se sentía verdaderamente dichosa con el cambio de novio.

Pasó un año de felicidad no interrumpida para los jóvenes esposos, que vieron colmados sus anhelos con el nacimiento de un precioso niño.

Juan compartía su tiempo entre su mujer y su hijo, que lo tenían como encadenado con su cariño, de tal modo que había olvidado por completo su escopeta y a sus perros.

Un día llegó a pedir albergue al palacio una mujer enlutada. Se lo negaron; pero el rey dispuso que la hospedaran en las piezas de la servidumbre. A la hora de la comida, cuando todos estaban en la mesa, esta mujer se

introdujo en el dormitorio de la princesa y ocultó algo en la cama de Juan, retirándose en seguida.

Juan estaba un poco indispuerto y se fué a acostar temprano. Cuando, un rato después, la princesa se retiró al dormitorio, encontró a su marido tendido de espaldas, con los brazos abiertos y los labios descoloridos. Lo llamó y no respondió. Le palpó la frente, las manos, todo el cuerpo, y estaba completamente helado. A los gritos de la princesa, acudieron el rey y toda la servidumbre, y pudieron comprobar que Juan estaba muerto.

En medio del desconsuelo general, porque Juan por sus excelentes cualidades era muy querido, procedieron a amortajarlo y lo colocaron sobre una mesa enlutada. En el mismo momento entraron a toda carrera el Liviano y el Pesado, de un salto se subieron al catafalco, y con sus dientes despojaron a su amo de la mortaja y demás vestiduras. En seguida lo dieron vuelta, y del pulmón le sacaron un enorme colmillo y otro de la cintura, los cuales le atravesaban el corazón y el estómago. Estos colmillos eran del gigante que habían muerto el Liviano y el Pesado, y habían sido colocados en la cama por la hermana de Juan, que era la mujer que había pedido alojamiento en el palacio.

Inmediatamente de retirados los colmillos, Juan se levantó como si despertase, y exclamó:

—¡Qué sueño tan pesado he tenido!

Y acarició a sus perritos, a los cuales tanto tiempo no veía.

Al día siguiente sintió Juan deseos vehementes de salir a cazar, y descolgando la escopeta, que estaba medio mohosa por la falta de uso, silbó a sus perros, y después de dar un beso a su mujer y a su hijo, partió.

Anduvo Juan más o menos una hora, y por fin llegó a un bosque situado a alguna distancia de la ciudad, y de improviso se encontró frente a frente del mismo viejecito que años atrás le entregó la escopeta y los perritos.

Juan—le dijo—vengo a reclamarte la escopeta y también al Liviano y al Pesado; ya ha llegado el tiempo de que me los devuelvas.

Juan le contestó:

—*Lo que es prestado no es dado* (1); no hay remedio—y le pasó la escopeta.

—Y los perros ¿no me los entregas?

—Déjemelos,—respondió Juan,—ya están acostumbrados conmigo; yo los cuidaré; yo creo que ellos preferirán mi compañía.

—No, Juan, te equivocas, aunque te quieren mucho, más me quieren a mí. Haz la prueba: ponte tú allá, junto a aquel árbol, yo me quedaré aquí y los perros que se sitúen a igual distancia de nosotros, mirándote a ti. Llámalos, a ver si se van contigo.

Juan los silbó, los llamó por su nombre, pero inútilmente. El Liviano y el Pesado no se movieron; estaban como sordos.

—Ahora vas a ver—dijo el anciano, y los silbó. Y los animalitos, alborozados, partieron como un rayo hasta ponerse a su lado.

Entonces Juan lloró y suplicó al viejecito:

—Lléveme; quiero irme con ustedes.

—Está bien, le contestó.

Y extendiendo en el suelo una manta de tres puntas,

(1) Y también a la inversa: *Lo que es dado no es prestado*. Refranes de uso corriente.



puso la escopeta en una de ellas, al Liviano y al Pesado en cada una de las otras, y él y Juan se colocaron en el medio. Al punto la escopeta y los perritos se convirtieron en tres ángeles, que tomaron la manta de sus extremos y se elevaron con Juan y el anciano por los aires.

Pasaron por el Infierno, y el anciano mostró a Juan una mujer que estaba dando alaridos en medio del fuego, y le preguntó:

—¿La conoces?

—¡Ay! sí, la conozco! es mi hermanal saquémosla de ahí!

El viejecito no la quería sacar; pero Juan le rogó:

—Saquémosla no más; el dolor que sufre mi hermana lo sufro yo también.

La sacaron y la llevaron con ellos.

Poco después pasaron por el Purgatorio y vieron en medio de las llamas a un viejecito y una viejecita. El anciano preguntó a Juan:

—¿Los conoces?

—¡Ay! sí, los conozco! son mis padres! saquémoslos de aquí y llevémoslos con nosotros!

El anciano tampoco los quería sacar; pero Juan le rogó:

—Saquémoslos no más; el dolor que ellos sufren también lo sufro yo.

Los sacaron y los llevaron consigo, y poco después entraron en la gloria, donde todos se encuentran contentos y dichosos.

Y se acabó el cuento, y se lo llevó el viento, y se coló por la puerta de un convento, y nosotros nos quedamos afuera y los frailes siguieron adentro.

Lorrain, t. II, p. 56, y especialmente las notas, págs. 58-59.

—*Le Fils du Pêcheur* y *La Bête a sept têtes*, *Ibidem*, t. I, págs. 61 y 64 y notas, págs. 66-81.

—Notas del cuento, *Jean sans peur*, t. II, p. 258.

ANDREWS.—*Le Monstre à sept têtes*, *Contes ligures*, p. 231.

CARNOY et NICOLAÏDES.—*Les trois robes merveilleuses*, *Trad. pop. de l'Asie Mineure*, p. 75. (Episodios del combate con el dragón, lenguas cortadas, matrimonio).

DESPARMET.—*Bent Essaq et sont frère*, *Cont. pop. sur les Ogres*, t. I, p. 140.

DOZON.—*Cont. albanais*, nota 1 de la pág. 225.

HERNÁNDEZ DE SOTO.—*Hierro, Plomo y Acero*, *Bibl. Trad., pop. esp.*, t. X, p. 249.

—*Los tres Perros*, *Ibidem*, desde pág. 263.

LENZ.—*Los dos perritos*, *Ctos. Arauc.*, p. 246 y nota p. 326.

LUZEL.—*Le Murlu et l'Homme sauvage*, *Cont. pop. de Basse-Bretagne*, p. 296.

MACHADO Y ALVAREZ.—*La Serpiente de las siete cabezas*, *Folk-lore Andaluz*, p. 357.

MONNIER.—*Le Magicien aux sept têtes*, *Cont. pop. en Italie*, p. 287. (Corresponde también al cuento chileno *Los Hijos del Pescador, o el Castillo de la Torderás, irás y no volverás*).

SÉBILLOT.—*El Rey de los Pescados*, *Ctos. Bretones*, *trad. p. MACHADO*. (Sólo desde la p. 315).

—*Juan sin miedo*, *Ibidem*, sólo desde la p. 41. (En éste y el ant., episodios del combate con la serpiente de 7 cabezas, suplantación del matador y matrimonio del protagonista con la princesa).

VORAGINE.—*Leyenda de San Jorge*, *La Leyenda dorada*, t. II, p. 64.

6.—Mal padre (J. de la C. P.)

Este era un caballero que tenía tres hijos, dos niñas y un niño, pero demostraba mucha preferencia por la hija mayor, a la que continuamente decía que ella era la reina de la casa y que no debía trabajar ni hacer ninguna cosa, ni para él ni para sus hermanitos menores.

Un día domingo el caballero hizo matar una oveja, y después de colgarla, se fué a misa con los niñitos chicos, dejando de dueña de casa a la niña mayor.

Cuando volvió de misa, se encontró con que la carne se la habían comido los perros, y le preguntó a su hija qué había sucedido. Ella le contó que unos perros habían venido y se habían comido la oveja, y que, como él le había prohibido hacer cualquier cosa, no los había espantado y los había dejado comerse la carne. Esto lo hizo ella para probarle a su padre que debía consentir en que se ocupara de los quehaceres de la casa.

El caballero anduvo de mal genio por lo que había acontecido, y se enojó mucho más todavía cuando le dijeron que en el pueblo no había donde comprar carne.

Viendo a su padre tan irritado, pensó la niña:

—¿Qué le daré de comer a mi padre?

Y se resolvió a cortarse un pedazo de carne de una pierna, y con él hizo una carbonada (1). Cuando el padre la probó, le dijo que estaba exquisita y le pidió que en la tarde le diese de la misma comida.

Al día siguiente, como tampoco se encontrase carne en

(1) *Carbonada*. Guisado nacional.

el pueblo, la niña se sacó un segundo pedazo de la otra pierna, y se lo sirvió a su padre hecho cazuela (1).

El caballero preguntó a la niña dónde había encontrado una carne tan rica, y ella le contestó que se la había sacado de las piernas, y que ya no le quedaba más.

Entonces le anunció que mataría a uno de sus hijos menores para que le dieran de comer.

La niña mayor, que tenía buen corazón y que quería mucho a sus hermanitos, les dijo que se fueran lejos, porque su padre los iba a matar para comérselos, y les dió tortillas (2) para el camino.

Salieron a correr tierras, y después de mucho andar se encontraron con una viejecita, que les aconsejó que no tomasen agua en el camino hasta después de pasar tres lagunas, porque si tomaban de la primera, se volverían perros; si de la segunda, corderos; y si de la tercera, cabros.

Siguieron andando, y llegaron a una laguna cuyas aguas cristalinas convidaban a beber. Con el calor y la fatiga, el niño tenía sed.

—Hermanita—le dijo—tengo la boca seca, voy a tomar de esta agua.

—¿Cómo has de tomar de esta agua?—le respondió la niña;—quieres volverte perro? Vámonos ligero de aquí.

Y tomándolo de la mano, lo arrastró consigo.

Poco después llegaron a otra laguna. Si el agua de la primera era cristalina, la de esta parecía un espejo. El niño lloraba.

—Hermanita, ya no aguanto; me muero de sed.

Y con un esfuerzo violento y repentino, sin que la her-

(1) V. nota 2 de la p. 100.

(2) *Tortillas*. Pan sin levadura, cocido al rescoldo.

mana lo pudiera evitar, se desasíó de ella y tendiéndose de barriga en la orilla, se puso a beber.

Apenas su garganta se humedeció con el primer sorbo, el niño se convirtió en cordero.

La niña se puso muy triste y continuó su camino con el corderito a la siga.

Ella también llevaba mucha sed, pero no quiso tomar agua hasta haber pasado las tres lagunas.

Después de haber andado unas cuantas horas, encontraron a otra viejecita, quien preguntó a la niña para dónde iba. La niña, con lágrimas en los ojos, le refirió todo lo que le había pasado, y le dijo que no sabía a dónde ir.

Entonces la anciana le dijo que se quedaran con ella, y que nada les faltaría. La niña aceptó, y allí se quedó con su corderito, ayudando a la buena vieja en todos sus quehaceres.

La niña creció en tamaño y en hermosura, y ésta llegó a ser tan grande que la fama se extendió por todas partes y llegó a oídos del rey, quien quiso convencerse de la realidad.

Salió un día el rey acompañado de los grandes de la corte, y se dirigió a la casa de la viejecita. En el corredor que daba a la calle, estaba Elena (este era el nombre de la niña) sentada en un piso (1) con su canasto de costura al lado, cosiendo afanosamente. Tan embebida estaba en su trabajo que no se apercibió de la llegada del rey y su comitiva.

El rey no hizo mas que verla y quedar perdidamente

(1) *Piso*—silleta baja, sin respaldo.

enamorado de Elena, y se la pidió a la viejecita para casarse. La viejecita dijo:

—Si Elena quiere, yo no tengo inconveniente.

Elena consintió, pero con la condición de que la dejaran llevar su corderito y que se lo habían de cuidar mucho; y le dijo al rey que el corderito era su hermano, y le contó todo lo demás que le había pasado.

Transeurrieron unos cuantos meses de felicidad para los novios, que se amaban mucho; pero un día declararon la guerra al rey y tuvo que salir al frente de su ejército.

Antes de partir recomendó mucho al jefe de la guardia del palacio el cuidado de Elena, y le encargó que no dejase entrar a nadie donde ella, mientras durase su ausencia. El rey sabía que había muchas envidiosas de la suerte de su mujer, que la odiaban a muerte, a pesar de sus bondades, y temía que la hiciesen sufrir de alguna manera.

Un día se presentaron cuatro damas muy elegantemente vestidas a la puerta del palacio y pidieron al oficial que las condujese a presencia de la reina, porque tenían que darle noticias muy importantes del rey. El oficial se excusó diciéndoles que le estaba prohibido introducir a nadie en el palacio, pero que ya que se trataba de asuntos de interés para su soberana, no tenía inconveniente de transmitirle el recado que con él quisieran mandarle. Ellas dijeron que bueno (1), y le pidieron que, puesto que no podían dejarlas entrar, rogase en nombre de ellas a la reina que saliese un momento a escucharlas; y que de esta manera no desobedecía las órdenes del rey.

Llevó el oficial este recado a la reina, y como Elena era

(1) *Decir que bueno*—aceptar, asentir, consentir.

tan bondadosa, no quiso desairar a las damas y salió al vestíbulo a oirlas. Ellas le dijeron que lo que tenían que contarle era largo y necesitaban decírselo a solas; que por qué no las acompañaba a la playa y allí hablarían sin cuidado.

La reina accedió, y salieron seguidas del corderito, que no abandonaba a su hermana.

Por el camino le fueron refiriendo a Elena una historia (1) que le interesó bastante, y así la fueron alejando insensiblemente del palacio y salieron por fin de la ciudad, caminando siempre por la orilla del mar.

En esto llegaron a una roca de forma muy caprichosa y elevada, y propusieron a la reina subir a ella para contemplar desde su cumbre la inmensidad del mar.

Subieron, y cuando estuvieron en lo más alto, dieron un empujón a la reina, la que desapareció a sus ojos.

Pero en ese momento había al pie de la roca una ballena, que estaba con el hocico abierto aspirando aire, y la reina cayó adentro sin hacerse ningún daño. La ballena se tragó a la reina y se retiró al medio del océano.

El corderito sólo pudo ver cuando empujaron a la reina, y creyó que se había ahogado y volvió sólo, muy triste, a palacio.

El oficial, viendo que la reina no volvía y temiendo que le hubiese ocurrido una desgracia, preparábase a salir a buscarla con parte de la guardia, cuando llegó el rey, victorioso de la guerra que sus enemigos le habían declarado, y que se había adelantado a sus tropas, para dar tan fausta noticia a su mujer. Preguntó por ella al oficial y éste no tuvo más remedio que contarle lo que

(1) *Historia*=cuento.

había sucedido hasta la salida de la reina, que era lo único que sabía, y la vuelta del corderito, sólo y triste.

Entonces el rey dispuso que trajeran al corderito. Cuando llegó lo acarició, y le dijo que los llevara a donde estuviese su hermana y allí balara.

El corderito los llevó hasta la roca, y ahí se detuvo y se puso a balar.

Pero esto no bastaba, porque no se veían ni rastros de la reina. Entonces el rey, con su espada se puso a limpiar el cuello del animalito, despojándolo de la lana, como para matarlo, y el pobre, del susto, habló y dijo:

—Hermanita Elena,
que me van a matar.

Ella le contestó:

—Yo, dentro de la ballena,
¿cómo te podré librar?

El rey, entonces, hizo secar el mar y pescó la ballena, a la que hizo abrir el vientre, saliendo la reina libre, sana, y tanto más linda que antes.

Y para mayor felicidad, en el mismo momento cesó el encanto del hermano de la reina, que apareció convertido en un hermoso y gallardo joven.

La reina refirió al rey todo lo que le había pasado e inmediatamente el rey ordenó que buscasen a las cuatro damas. Encontradas, fué atada cada una a la cola de una mula chúcará, las que, echando a correr, las hicieron pedazos.

Y el rey y la reina, vivieron muchos años y tuvieron muchos hijos y fueron muy felices.

La Lapine, Rev. Trad. pop., t. XXVIII, p. 207, y notas.

PINEAU.—*L'Agneulet, Cont. pop. du Poitou*, p. 123.

—*La Maison aux fuseaux rouges, Le Folk lore du Poitou*, p. 7.

PITRÈ.—*La Figghia di Biancuciuri, Fiab., Nov. e Racc. pop. siciliani*, t. II, p. 55,

—*Ciciruni, Ibidem*, p. 63.

—*La Parrastra, Ibidem*, t. IV, y notas, págs. 217-218.

7. La Carta para la Virgen (1)

Han de saber que había en un pueblo un matrimonio muy pobre que tenía tres hijos: los dos mayores, que eran muy pendencieros y no podían vivir en paz, se llamaban Pedro el primero y Juan el segundo. El menor, que obedecía al nombre de Manuel, tendría unos diez y ocho años y era el único que valía de la casa; tenía bastante carácter, fuerza de voluntad y muy buenas costumbres. Los viejos no se avenían y llevaban una vida poco ejemplar.

En el pueblo había escasez de trabajo, así es que Pedro solicitó permiso de sus padres para salir a andar el mundo y ganar dinero. Concedido el permiso, salió Pedro a rodar tierras, y después de andar muchos días para arriba y para abajo sin encontrar colocación, llegó muy de mañana a un hermoso palacio que tenía sobre la puer-

(1) Los cuentos núms. 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13, me han sido referidos últimamente—después de impresos la introducción y los primeros cuentos de esta coleccion—por don Francisco Gómez, antiguo comerciante de Carahue, establecido al presente en Santiago.

ta principal, en ese momento cerrada, un letrero que decía: «Se necesita un empleado para un mandado».

Esperó Juan que abriesen la puerta, y dijo al mayordomo:

—¿Podría llevarme donde el caballero? porque quiero emplearme.

Lo condujo el mayordomo a presencia del dueño del palacio, que era un rey, y el rey le preguntó:

—¿Qué deseas?

—He visto, señor, el aviso que hay arriba de la puerta, y como estoy desocupado, querría que usted me empleara.

—Con mucho gusto. Yo necesito efectivamente un mozo para un mandado, y pago por el trabajo que se tome en ir y volver, un almud de plata, o el cielo, para después de la muerte, a escoger.

—Yo haré el mandado por el almud de plata, señor; que lo que es el cielo, tiempo hay para conseguirlo.

—Muy bien. Pero, ¿eres valiente? Porque el viaje tiene sus peligros, y si te vuelves sin entregar la carta que debes llevar, te haré arrancar una túrdiga desde la nuca hasta la cola.

—Convenido, señor.

El rey ordenó al mayordomo:

—Lleva a Pedro a la caballeriza, que ensille un caballo y vaya a dejar esta carta. Tú le darás las instrucciones necesarias.

Fueron a la caballeriza, en la que había tres caballos, uno obscuro, uno tordillo y otro blanco. Pedro escogió el obscuro, lo ensilló, subió en él, y guardándose en el bolsillo de su blusa la carta que el mayordomo le entregaba,

se preparaba a partir, cuando el mayordomo lo detuvo y le dijo:

—Escucha: el caballo sabe a dónde debe ir; no le tires las riendas por ningún motivo, porque inmediatamente se volverá, y entonces el rey, sin la menor compasión, hará que te arranquen una tira de cuero de las espaldas.

—¡Oh! no hay cuidado! Soy valiente y cumpliré el encargo sin temor a nada.

Y clavando espuelas al caballo, partió a toda carrera.

Anduvo Pedro muchos días sin tropezar con nadie ni con nada que le llamase la atención, hasta que de repente encontró en su camino un río de sangre. Horrorizado, se echó atrás e instintivamente tiró las riendas al caballo para impedir que entrara al río. El caballo se volvió en el mismo instante, a pesar de los esfuerzos que Pedro hacía para que continuara el camino, y se fué a todo escape hasta llegar al palacio del rey.

Cuando el rey lo vió entrar, le dijo:

—No cumpliste las instrucciones que se te dieron; devuélveme la carta y pasa para adentro.

Avergonzado y sin atreverse a dar ninguna explicación, entregó Pedro la carta, y con el mayordomo se fué para el interior. Allí lo esperaba el verdugo, que, con maestría sin igual, lo desnudó de la cintura para arriba y en un instante le arrancó de las espaldas una tira de cuero, desde la nuca hasta la cola (1).

Pedro no se quejó, no obstante el fuerte dolor que la

(1) El castigo de quitar una faja de piel, o desollar vivo, al que no desempeña un trabajo según compromiso, o se enoja por las órdenes o maltrato que le dan, figura en muchas consejas. En ésta de *La Carta para la Virgen* debe ser simple contaminación, ya que la crueldad que importa no se aviene con la bondad de que debe estar revestido el per-

operación le produjo, y cabizbajo salió del palacio y emprendió la vuelta a su casa.

Al verlo, le preguntaron sus padres y sus hermanos:
—¿Cómo te ha ido?

—Mal, muy mal—contestó él.—Lo único que he sacado es que me han arrancado una tira de cuero desde la nuca hasta la cola.

Y les contó lo que le había sucedido.

Entonces Juan, el segundo hermano, pidió permiso a sus padres para tentar la aventura, asegurando que no le importarían un pito (1) ni los ríos de sangre que hubiera en el mundo ni todos los diablos del infierno que le cruzaran el camino.

Con pocas ganas le dieron permiso los viejos. Partió Juan y a los pocos días llegaba al palacio del rey. La puerta estaba cerrada porque aún era temprano y el letrado no había sido retirado de sobre la puerta. Esperó Juan que la abrieran, y el mayordomo lo introdujo a la presencia del rey.

Repitiéronse las escenas que tuvieron lugar entre el rey y Pedro y entre éste y el mayordomo hasta escoger el

sonaje que resulta ser el rey, dueño del palacio. Damos en seguida los títulos de algunos cuentos extranjeros en que aparece dicho castigo:

ESPINOSA.—*Pedro de Urdemales, II, New Mexican Spanish Folk-Lore*, p. 120.

KLIMO.—*Les lièvres du roi, Cont. et Lég. de Hongrie*, p. 167.

LUZEL.—*Les trois fils de la veuve ou les gardeurs de perdrix, Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. II, p. 161.

—*Janvier et Février ou le ruban de peau rouge, Ibidem*, t. III, p. 216.

PINEAU.—*Quatorze, Le-Folk-lore du Poitou*, p. 45.

VINSON.—*Le Fou et le Tartaro, Folk-lore du Pays Basque*, p. 46.

V., además, las notas del cuento *Jean et Pierre*, COSQUIN, t. II, p. 50.

(1) *No importarle a uno un pito una cosa* = No dársele a uno nada de lo que suceda.

caballo. El que ensilló Juan fué el tordillo, y una vez sobre él y de recibir las instrucciones del mayordomo, emprendió la marcha muy satisfecho.

El caballo siguió el mismo camino que había recorrido Pedro hasta llegar al río de sangre. Como Juan ya estaba prevenido, aunque la vista del río le causó horror, se contuvo y dejó que el caballo lo cruzara. Pero unas cuantas horas después le cortaba nuevamente el paso otro obstáculo: corría cerca de él, formando un gran estrépito, un río de materia pútrida que exhalaba un olor tan fétido que impedía la respiración. Juan no pudo soportarlo, y se dijo: —«Si atravieso el río, muero asfixiado; prefiero que me arranquen la tira de cuero de la espalda y seguir viviendo».—Y tiró las riendas al tordillo, que dió media vuelta y a todo correr se dirigió a las caballerizas del palacio.

Ocho o diez días después llegaba Juan a su casa, con los bolsillos vacíos, como había salido de ella, y con una tira de cuero menos en la espalda; y triste y mohino refería a los suyos el mal éxito de la aventura.

—Si llego a atravesar el río de materia sin morirme, les dijo, quizás cuantos peligros nuevos me aguardarían, porque, parece, éstos van aumentando de grado a medida que se avanza.

Esta reflexión no produjo efecto en el ánimo de Manuel, que estaba resuelto a probar suerte; y sin embargo de las súplicas de sus viejos padres y de sus aporreados hermanos que no querían que dejara la casa, a fuerza de ruego y ruego consiguió el permiso que solicitaba; y como era precavido, después de recibir la bendición de sus progenitores, guardó en sus bolsillos un poco de algodón, y partió henchido de confianza en el resultado de su expedición.

Llegó a los palacios del rey, y ya en su presencia:

—Señor—le dijo—yo creo que tendré más suerte que mis hermanos y que lograré entregar vuestra carta a la persona a quien está destinada, y por consiguiente, mi espalda se verá libre de todo desmán. No quiero como premio de mi trabajo el almud de plata que escogieron mis hermanos, sino la seguridad de salvarme; venga el cielo después de mi muerte, que lo que es dinero, bien puedo ganarlo después de cumplida esta tarea, pues soy joven y no me faltan fuerzas para trabajar.

—Bien, muy bien, hijo mío. Veo con gusto que tú eres más cuerdo que tus hermanos.

Montó Manuel en el caballo blanco y partió como una exhalación.

Cuando estuvo cerca del río de sangre, cerró los ojos y dijo:—«En el nombre sea de Dios»—y el caballo cruzó el río en un instante, sin que Manuel lo viera. Horas después comenzó a percibir el hedor que despedía el río de materias, y entonces, apresuradamente, sacó el algodón de que se había provisto y se tapó las ventanillas de la nariz. Cerró igualmente los párpados, y dijo: — «En el nombre sea de Dios»—y un momento después el caballo estaba al otro lado del inmundo río.

¿Qué nuevos riesgos le esperarían aún? Esto pensaba Manuel, haciéndose el ánimo de que serían mayores todavía que los que había atravesado y disponiéndose a soportarlos, fueren como fueren, con toda entereza.

El caballo continuaba su carrera. De pronto Manuel divisó a la distancia dos enormes toros que obstruían el camino y peleaban desafortadamente, dándose de cornadas y echando fuego por hocico y narices.

—¡Caramba! se dijo él, el paso es difícil; pero el caba-

llo sabrá evitar que los toros den cuenta de nosotros. En el nombre sea de Dios.—Y continuó con toda tranquilidad.

Al llegar el caballo cerca de los toros, éstos dejaron de acometerse, y nuestro joven pudo pasar tranquilamente.

El caballo seguía corriendo sin descanso, y mientras tanto Manuel pensaba cómo podía ser que él y el caballo, en tantos días de marcha, ni se sintieran fatigados ni experimentaran la necesidad de tomar alimentos. Pero se dijo:—¿Qué saco con quebrarme la cabeza pensando en estas cosas, cuando el hecho es que hasta aquí vamos muy bien sin comer y sin dormir?

Continuó Manuel su marcha por unos cuantos días—al menos así le parecía a él—hasta que se encontró cerca de dos cerros situados a ambos lados del camino, que chocaban fuertemente entre sí. Manuel dijo:—«En el nombre sea de Dios»—y dejó que el caballo siguiera adelante. El caballo pasó a todo escape en el momento en que los cerros se abrían, sin que ni siquiera los tocasen (1).

Los días se sucedían unos tras otros y el caballo continuaba su carrera sin cesar. Atravesaron un inmenso potrero sembrado de grandes piedras y cascajo, y sin embargo

1. V. Dozon, *Cont. albanais*, 91. (Montañas que se abren y se cierran).

Es creencia popular bastante extendida la de que hay circunstancias en que dos cerros situados uno cerca del otro, pueden juntarse y separarse. A este respecto, léase lo que dice *El Progreso* de Tacna, N.º 47, de 11 de Septiembre de 1868:

«De una carta de Casapilla, fechada el 31 de Agosto, tomamos los siguientes datos del terremoto:

.....
«En el sacudón del 19 sucedió una cosa notable. Los dos cerritos nevados llamados Pallachatas, que parecen gemelos, se daban tales golpes, como si golpeáramos dos pancitos de azúcar el uno contra el otro.»

de no haber en él ninguna clase de pasto, los numerosos animales que allí vagaban estaban lustrosos de gordos.

Más allá cruzaron otro gran potrero perfectamente sembrado del mejor forraje, que crecía tierno y lozano, y, no obstante, los animales que en él pacían eran todos tan flacos que los huesos no se les salían por respeto al cuero.

Después de marchar por un tiempo que a Manuel le pareció corto, entró el caballo a un hermoso parque con grandes jardines y prados revestidos de menudo césped, en los cuales numerosas parejas de jóvenes y niñas cantaban y bailaban alegremente a la sombra que les brindaban frondosos árboles, y otras comían y bebían formando gran bulla y algazara. Al divisar a Manuel lo llamaron, invitándolo a que bajara a participar de sus placeres y alegría; pero él, no sólo no aceptó, sino que ni siquiera contestó a sus insinuaciones, y continuó su camino.

Poco después de salir de este parque, penetró en un sendero estrecho y pedregoso, cubierto de abrojos y zarzales de larguísimas espinas, que a más de molestar al caballo en su marcha, a él le desgarraban las carnes. Pero Manuel decía:—«En el nombre sea de Dios»—y continuaba impertérrito. Las zarzas y los abrojos fueron disminuyendo poco a poco hasta desaparecer por completo y convertirse el camino en una alameda de grandes árboles, hermoseaada de trecho en trecho con lindísimos jardines de perfumadas flores, en los cuales revoloteaban bandadas de bellísimas avecitas, que, con su lucido plumaje y melodioso canto, recreaban la vista y el oído. Al fin de la alameda, en medio de un huerto cuyos árboles estaban cuajados de flores y de frutas exquisitas, había un ranchito, muy limpio, muy bien barrido; una viejecita, rodeada de

palomas y gallinas, estaba sentada a la puerta, en un banco de madera, leyendo atentamente en un librito. A ella estaba dirigida la carta y Manuel se la entregó respetuosamente, sin desmontarse del caballo, y diciéndole que esperaba la respuesta. La viejecita leyó la carta y dijo a Manuel:

—Es de mi hijo; mañana entregaré a usted la respuesta; mientras tanto, bájese del caballo para que tome algún alimento y descanse.—Obedeció Manuel y después de tomar un vaso de leche, se acostó en una cama que le indicó la señora.

Al despedirse al día siguiente, la viejecita le entregó la contestación para el rey, y le encargó que dejara al caballo marchar por sí solo, sin que por ningún motivo le tirara las riendas, pues, por este solo hecho, aunque no le ocurriría ninguna desgracia, retardaría la llegada.

El viaje de vuelta lo hizo Manuel sin ningún peligro, sin siquiera pasar por los sitios que antes había atravesado, y llegó a los palacios del rey sin novedad. El rey lo recibió muy contento, le pidió la carta, que leyó con muestras de gran satisfacción, y le preguntó cómo le había ido en su viaje. Manuel le contestó que muy bien. El rey le dijo:

—Cuéntame lo que viste. ¿Nada de extraordinario llamó tu atención?

—Sí, señor, ví muchas cosas raras: primeramente atravesé un río de sangre, y quisiera saber qué significa esto.

—Esa sangre es la que derramó y sigue derramando Jesucristo por salvar a los hombres.

—¿Y la materia pútrida que atravesé después?

—Son los pecados y maldades de los hombres.

—Más adelante vi dos toros que peleaban ferozmente, y un poco más lejos, dos cerros que chocaban entre sí.

—Los toros son tus hermanos y los cerros son tus padres, que han muerto hace muchos años y están allí purgando sus pecados; porque has de saber que hoy se cumplen cien años que saliste de tu casa.

Manuel se puso muy triste al recibir la noticia de la muerte de sus deudos, y se quedó pensativo. El rey volvió a preguntar:

—¿Qué más viste?

—Un potrero, que, a pesar de ser completamente árido, contenía numerosos animales cuya gordura daba gusto ver.

—Esos son los pobres, que, no obstante las escaseces y necesidades que pasan, viven tranquilos y contentos.

—Después pasé por un potrero muy bien empastado, pero los animales que en él pacían eran sumamente flacos y parecían enfermos.

—Esos son los ricos, a quienes la envidia y las ambiciones, quitan la tranquilidad, el sueño y la salud.

—Más allá atravesé un parque en que se divertían alegres parejas de jóvenes y niñas, que me invitaron a participar de la fiesta, pero yo no les hice caso.

—En lo cual hiciste muy bien, porque ese era el infierno, y si te hubieras bajado del caballo, te habrían llevado los diablos.

—Cuando salí de allí, entré en un sendero estrecho e incómodo, cubierto de zarzales y abrojos que me destrozaron las piernas; pero afortunadamente luego llegué a un hermoso huerto, en donde estaba la viejecita a quien debía entregar la carta.

—El sendero es el camino que conduce al cielo, y la viejecita es mi madre, la Virgen María.

Manuel, arrodillándose, exclamó:

—¡Entonces vos, señor, sois Jesucristo! Si es así, salvad a mis padres y a mis hermanos, porque no podré vivir tranquilo sabiendo que ellos sufren.

—Se salvarán una vez que tú mueras; pero aun puedes vivir cincuenta años más, rodeado de toda clase de comodidades, pues pienso darte este palacio con todas las riquezas que contiene.

—Señor, si los míos se han de salvar cuando yo muera, no quiero ni palacios ni riquezas; venga la muerte, para vivir con ellos en el cielo.

Entonces el Señor extendió sus manos sobre Manuel, que cayó muerto. Su alma, en forma de paloma, emprendió el vuelo al paraíso, y en su camino se reunió con las almas de sus padres y de sus hermanos.

Cf.: BLADÉ.—*Les trois enfants, Cont. pop. de la Gascogne*, t. II, p. 167.

LUZEL.—*La fille qui se maria à un mort, Cont. pop. de Basse-Bretagne*, t. I, p. 3.

—*Le prince turc Frimelgus, Ibidem*, p. 25.

—*Le Château de Cristal, Ibidem*, p. 40.

—*Le petit pâtre qui alla porter une lettre au Paradis, Lég. chrét. de la Basse-Bretagne*, t. I, p. 216.

—*Celui qui alla porter une lettre au Paradis, Ibidem*, p. 225; y cuentos citados en extracto en la nota de este cuento, especialmente *Milin*, p. 247.

• —*Celui qui racheta son père et sa mère de l'enfer, Ibidem*, p. 254.

PITRÉ.—*Lu giuvini di lu furnaru, Fiab., Nov. e Racc. pop. siciliani*, t. III, p. 1.

8. Los siete varones de la viuda

Para saber y contar, mentiras no han de faltar. Principios quieren los cuentos y este es el fin del principio.

Este era un rey que tenía una sola hija, muy hermosa y en quien tenía puestos sus ojos.

El rey, a quien ya le pesaban los años, temiendo morir sin heredero varón, propuso a su hija que se casara, para tener a quien dejarle el trono. La princesa asintió a los deseos de su padre, pero le rogó que le proporcionara la ocasión de poder escoger a su futuro esposo. El rey, encontrando muy justa la petición, mandó emisarios a los países comarcanos que anunciaran que su hija deseaba casarse y citasen a los pretendientes para que se presentaran seis meses después en la plaza del palacio, a fin de que la princesa escogiese entre todos al que más fuere de su agrado.

Pocos días antes de que se cumpliesen los seis meses, era cosa de ver el aspecto que presentaban los caminos que conducían a la capital del reino: llenos de reyes y príncipes con numerosas comitivas, vestidos de ricos y preciosos trajes y montados en valiosísimos caballos, hermosamente enjaezados. Las coronas, los cascos y las armas, los adornos de oro y plata, brillaban al sol y deslumbraban los ojos admirados de los que contemplaban espectáculo tan nuevo. Los oídos se recreaban con la música de miles de instrumentos que tocaban las bandas que seguían a los visitantes. Y no faltaban personas de los diversos séquitos que arrojasen puñados de monedas a los curiosos, que las recogían en medio de gritos de alborozo.

Una vez expirado el plazo de seis meses que se había fijado, de acuerdo con las instrucciones impartidas de antemano, debían desfilan bajo los balcones de la princesa todos los pretendientes, uno en pos de otro, y ella daría a conocer su elección arrojando al favorecido una naranja de oro.

Llegado el momento de esta ceremonia, pasaron y pasaron reyes y príncipes, y ya parecía que la princesa no se fijaría en ninguno, cuando, alzando su mano, lanzó la naranja de oro, que tomó al vuelo un príncipe bello entre los bellos, perdido entre los últimos desfilantes.

Repiques de campana y exclamaciones de alegría acogieron la elección, que fué calificada de acertadísima; y como con anticipación se habían hecho todos los preparativos para celebrar la boda, casi inmediatamente el príncipe, la princesa, sus padres y demás presentes, se dirigieron al templo, donde los esperaban el arzobispo y los obispos para casar a los novios; pero antes de llegar a la puerta, se abrió paso por entre la multitud un rey moro y cincuenta soldados, y matando al príncipe, se apoderaron de la princesa y huyeron, sin que nadie, por lo inesperado del ataque, se diera cuenta de lo sucedido ni hiciera amago de perseguirlos.

Después que cesó el estupor que de los circunstantes se había apoderado y que volvió la calma, se preguntaban unos a otros de dónde había salido ese rey moro y adónde se habría dirigido con su prisionera, para correr a arrebatársela y castigarlo como su acción lo merecía. Pero todos se perdían en conjeturas, porque nadie lo había visto nunca ni podía dar razón de él.

Dejemos por un momento al rey y a sus súbditos atri-

bulados y entregados a la desesperación, y veamos qué era, entre tanto, de la desgraciada princesa.

El Rey Moro, que estaba perdidamente enamorado de ella, era uno de los pretendientes desairados, y despechado por no haber sido él el elegido, se apartó de la fila y convino con los soldados de su comitiva, compuesta de hombres fuertes y animosos, en robar a la princesa antes que se casara, lo que, como queda dicho, ejecutó con toda felicidad para él, y llevándosela a sus estados, la encerró en un palacio, en que la rodeó de toda clase de comodidades, de ricos trajes, alhajas, y otros objetos de lujo, de todo aquello, en fin, que puede desear una mujer, menos la princesa, que ansiaba ver a su padre y lloraba a su novio y suspiraba por volver a su patria.

Cada día el Rey Moro pasaba a ver a la princesa, que rechazaba indignada las palabras y obsequios con que la agasajaba; pero el tiempo todo lo vence—pensaba el Rey Moro—y seguía sin cejar en sus pretensiones y ningún día dejaba de visitar a su víctima.

Y llegó un día en que pareció que la razón asistía al Rey Moro, porque aquella especie de fiera en que la princesa se había convertido desde que estaba en su poder, poco a poco fué aplacando sus iras, después dulcificándose y, por fin, llegó a escuchar con rostro placentero las palabras cariñosas del que hasta entonces había sido su enemigo.

Una ocasión en que la princesa estaba semirecostada en un sofá, soñando en su felicidad pasada, entró el Rey Moro y se echó a sus plantas. La princesa—que desde días atrás había combinado un plan en que fundaba grandes esperanzas—le tomó la cabeza, la apoyó en sus fal-

das y se puso a acariciarle la cabellera. Conversaron afablemente un buen rato, y de pronto la princesa dijo:

—Estoy aburrida en este encierro: quisiera salir afuera, pasearme por los jardines que diviso desde mi prisión; ir a ver a mi padre, que llorará mi ausencia. ¡Qué feliz me sentiría si pudiera hacer todo esto! ¡Cómo se ama la libertad cuando se carece de ella!

Y entonces el Rey Moro contestó:

—Podrás pasear cuando quieras por los jardines de este palacio, que son inmensos; recorrerlos todos los días, si te parece, y recrearte en ellos cogiendo flores, cuidándolas, haciendo lo que sea más de tu agrado; pero ir al palacio de tu padre, no lo conseguirás mientras yo viva; sólo podrán sacarte de aquí los siete varones de la viuda, y a ellos ¿cómo los verás? Tu ida de mi lado sería mi muerte, y yo quiero vivir. Desde hoy eres completamente libre, pero sólo dentro de este palacio.

La princesa continuó acariciando los cabellos de su verdugo, sin mostrar enojo, ni siquiera el menor desagrado, hasta que el Rey se quedó dormido.

Desde el día siguiente la princesa paseó libremente por los jardines, que eran de una esplendidez maravillosa; pero esto no le bastaba.

Una vez que descansaba de sus paseos en un lindo bosquecito en que cantaban armoniosamente miles de avecitas, una de ellas, la que parecía jefe de las demás, hizo callar a sus compañeras y dijo a la princesa:

—Princesa, hermosa princesa, ¿qué mandas decir al rey tu padre? Luego partimos para los jardines de su palacio.

—Preciosa avecita, cariñosa avecita, dile a mi padre que peno y muero por verlo; pero que no podrán sacarme de aquí sino los siete varones de la viuda.

Volvamos al palacio del atribulado rey, padre de la princesa.

Pálido, enfermo, se paseaba por los jardines de su palacio, soñando con su hija, de quien cada día le parecía hallarse más distante, cuando de pronto se siente atraído por el suavísimo canto de mil avecitas que cubrían las ramas de unos árboles que se levantaban no lejos de donde él estaba. Acercóse a ellas, y al punto, la que hacía de jefe hizo callar a sus compañeras, y dirigiéndose al desconsolado anciano, le dijo:

—Oh rey, buen rey, alégrate, que te traigo noticias de tu hija: dice que pena y muere de deseos de verte, pero que no podrá salir de donde está sino con el auxilio de los siete varones de la viuda.

Y emprendiendo el vuelo, la bandada desapareció de su vista.

La alegría del rey al saber que su hija vivía, no tuvo límites, pero luego un nuevo cuidado vino a turbarla. Su hija vivía, era cierto, pero ¿dónde encontraría a esos siete varones de la viuda, únicos que podían salvarla? Inmediatamente se volvió al palacio y convocó a sus ministros y a los grandes de la corte para estudiar el caso. Nadie había oído jamás hablar de esos siete varones, pero todos estuvieron de acuerdo en que era preciso buscarlos, y el rey ofreció riquezas y honores sin cuento al que se los trajera.

Al otro día, muy de mañana, salieron numerosos grupos de grandes y nobles y de gente del pueblo, en todas direcciones, mas todos volvieron afligidos, una semana después, sin traer la menor noticia de los que buscaban.

Pero al mismo tiempo de salir aquellos grupos, tomó por una senda extraviada un pobre niño, huérfano, que vivía

y se educaba con los recursos que la princesa le había suministrado desde que la muerte de su madre, antigua servidora de la princesa, lo había dejado sin amparo en el mundo; y este niño, después de siete días que anduvo sin encontrar a nadie en su camino, cuando ya pensaba volverse, llegó a una casa perdida en la montaña, en cuya puerta había una viejecita rezando el rosario.

—Señora—le dijo el niño—¿podría darme alojamiento por esta noche? Hace siete días que he salido de mi casa y que no duermo en cama, y siento necesidad de descansar.

—Mi casa, hijito, está a la disposición de todos los niños buenos, y puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. ¿Y podría saberse qué te trae por estas tierras, por donde ni los pájaros pasan?

—Sí, señora. Ando en busca de los siete varones de la viuda, únicos que pueden libertar a la hija de nuestro rey, mi protectora, del poder del Rey Moro, que se la robó el día que se iba a casar.

—Pues, hijito, yo soy esa viuda, y los siete varones son mis hijos. Siéntate un momento, que luego llegarán y yo les pediré que te acompañen. Son muy buenos y obedientes, y harán lo que yo les pida.

Y mientras llegaban los siete varones, la viejecita sirvió de comer al huerfanito, que harto lo necesitaba porque en todo el día no había comido el menor bocado.

Cuando terminaba de comer, se sintieron voces que se acercaban, y la viejecita dijo: «Son mis hijos», y en efecto, momentos después entraban siete jóvenes, alegres y sanos, que, en la apariencia, no mostraban nada de extraordinario. Cada uno, al entrar, saludaba a su madre y depositaba en su frente un cariñoso beso.

La anciana presentó sus hijos al huerfanito.

—Este es el mayor, y de un salto puede atravesar el mar, llevando siete hombres al apa; (1) éste es el segundo, y es capaz de sacar del dedo un anillo, por apretado que esté, sin que lo sienta el que lo tiene puesto; éste es el tercero, y de una pedrada que dispare, mata a cuantos ve; éste es el cuarto, a quien basta dar una patada en la tierra para que aparezca un castillo cuyas murallas suban hasta el cielo, si quiere; éste es el quinto, que puede aliñar (2) a un hombre descuartizado, aunque sus huesos estén dispersos por todas partes; éste es el sexto, y es adivino; y éste, el séptimo, con su aliento resucita a los muertos.

El niño quiso irse inmediatamente con ellos a salvar a la princesa; pero la viejecita le dijo que era mejor que descansase esa noche y que al otro día, bien temprano, podrían salir.

La mañana siguiente partieron cuando el sol aún no salía; y los siete, de común acuerdo, nombraron su capitán al huérfano, declarando que le obedecerían todo cuanto les ordenase.

Pusiéronse en marcha y en pocas horas llegaron a orillas del mar. El niño dijo entonces:

—¿Dónde está ese varón adivino que no nos dice en qué parte está la princesa?

—Aquí estoy, mi capitán — contestó cuadrándose el aludido—y puedo decirle que la princesa conversa en este momento con el Rey Moro, que tiene la cabeza recostada en las faldas de la princesa, quien le acaricia la cabellera.

(1) *Al apa*—a cuestras.

(2) *Aliñar*—hacer entrar en su lugar los huesos dislocados.

El palacio en que están se encuentra frente a frente de aquí, al otro lado del mar, a una legua de la playa.

—Venga ese varón que de un salto atraviesa el mar con siete al apa, y pásenos al otro lado.

A sus órdenes, capitán—dijo el mayor de los siete. Y echándose a cuestras al niño y a sus seis hermanos dió un salto tan formidable que se demoró cerca de media hora en llegar a la otra orilla con su carga; y guiados por el adivino, se acercaron al palacio del Rey Moro.

—Diga el adivino ¿a qué hora puede entrar el que saca los anillos sin sentir, para que se robe a la princesa?

—En este mismo momento puede entrar—contestó el sexto de los hermanos—porque el Rey Moro se ha quedado profundamente dormido y no despertará fácilmente. Y es preciso que le advierta a la princesa que él es uno de los siete varones de la viuda, y que los otros seis, con su protegido, la esperamos afuera.

Entonces el segundo de los varones entró cautelosamente al palacio y llegando hasta la princesa le dijo que el huerfanito y él y sus seis hermanos, que eran los siete varones de la viuda, habían venido a librarla de las manos del Rey Moro; y tomando la cabeza de éste muy suavemente, le pidió a la princesa que se levantara y le trajera algunos almohadones, sobre los cuales colocó la cabeza del dormido Rey; y salieron silenciosamente a reunirse con los demás.

Cuando el Rey Moro despertó, ya los siete varones de la viuda, la princesa y el huérfano, en dos saltos del mayor de los hermanos, habían atravesado el mar; pero el Rey Moro, que era igualmente un gran saltón y que de un salto podía también cruzar el mar con siete al apa, tan pronto como echó de ver que la princesa había huído,

comenzó a trasladar soldados al otro lado del mar, y en cuanto hubo reunido el número suficiente, emprendió la persecucion de los fugitivos.

Y sucedió que cuando éstos iban más contentos, creyéndose libres de todo cuidado, el adivino les dice que el Rey Moro iba tras ellos y con tropa bien armada. Entonces el huerfanito preguntó:

—¿En dónde está ese varón que hace brotar castillos de la tierra, que no hace aparecer uno inmediatamente?

—Presente, mi capitán, y a la orden — contestó el interpelado; y dando en el suelo un vigoroso golpe con la planta del pie derecho, se levantó instantáneamente un castillo cuyos muros se perdían en las nubes, quedando resguardados en él la princesa y sus acompañantes.

El adivino encargó a la princesa que por ningún motivo se asomara a los balcones, porque el Rey Moro se la robaría nuevamente en cuanto mostrara una parte cualquiera de su cuerpo.

El Rey Moro comenzó a lamentarse desde afuera y con palabras tiernísimas pedía perdón a la princesa y le rogaba que se asomara para contemplarla por última vez, que sacara, aunque más no fuese una de sus manos, que con eso sólo se contentaría; y la princesa, conmovida con las súplicas, sacó una mano y la movía como si se despidiera; y entonces el Rey Moro, dando un enorme salto, se apoderó de la mano y arrastrando consigo a la princesa, huyó con ella a cuestras, seguido de sus soldados.

Pero el niño, que estaba alerta, exclamó al punto:

—¿Dónde está el varón que de una pedrada mata a cuantos ve, que aún no acaba con esos canallas?

Esto que oye el apedreador y lanza una piedra contra la multitud que huía, y los mata a todos: al rey, a la prin-

cesa y a los soldados moros, haciendo el mayor destrozo y dejando el campo sembrado de pedazos de carne, huesos y entrañas, todo en la mayor confusión, sin que fuera posible saber a quien pertenecía tal o cual trozo.

—¿Qué se ha hecho el adivino—dijo el huérfano—que no muestra al aliñador dónde están los huesos y la carne de la princesa?

Y entonces el adivino y el aliñador se pusieron a la obra, y en un ¡ay Jesús! (1) quedó compuesto el cuerpo de la princesa.

Y después de cubrir con su capa el cuerpo desnudo de su protectora, ordenó el niño:

—Que el menor de los varones de la viuda cumpla con su deber.

Y acercándose el nombrado al cadáver de la princesa le echó su aliento en la boca, y la muerta se levantó tan sana y tan hermosa como antes de ser robada del lado de su novio.

En seguida, en dos saltos, el mayor de los varones de la viuda trasladó a sus compañeros a la plaza del palacio del padre de la princesa.

En este momento amanecía y ni un alma transitaba por las calles de la ciudad. El huerfanito se acercó a la gran puerta del palacio, llamó, y pidió al jefe de la guardia que hiciera avisar al rey que ahí estaba él con la princesa y con los siete varones de la viuda.

Hízolos pasar el rey inmediatamente a su dormitorio, y en medio de los mayores transportes de alegría, abrazaba tiernamente a su hija y la acariciaba, llamándola con los nombres más cariñosos.

(1) *En un ¡ai Jesús!* = En un abrir y cerrar de ojos; en un instante.

Pero no hay felicidad completa en esta vida. Cuando todos los rostros rebosaban contento, de repente el de la princesa se entristece y la pobre rompe en llanto.

—¿Qué tienes, hija querida? ¿que no te sientes feliz al lado de tu padre, y libre del monstruo que te había robado?

—Me falta una cosa, querido papacito, para colmar mi dicha; si mi novio, que fué cobardemente asesinado por el Rey Moro, estuviera con nosotros, ¿qué más podría yo apetecer?

—¿Y para qué está aquí el varón que resucita muertos, sino para complacer a nuestra princesa?—dijo el huérfano. Y haciéndose conducir al sitio en que el príncipe estaba sepultado, él y el resucitador sacaron del ataúd el cadáver, que por cierto no olía a rosas, y era un hervidero de gusanos, y acostándose a su lado el menor de los siete varones de la viuda, empezó a echarle su aliento al cadáver, el cual se levantó a los pocos instantes, tal como era en el momento que el Rey Moro le quitó la vida.

Sin demora se fueron al palacio, y es de suponer cómo se les recibiría.

El rey dió orden de que se echaran las campanas a vuelo y que las bandas de músicos recorrieran la ciudad tocando las más alegres canciones. Las calles se cubrieron de gente, que, impuesta de lo que sucedía, ensordecía el aire con sus vítores y aclamaciones.

Celebráronse con grandes fiestas tan felices acontecimientos y el matrimonio de los jóvenes príncipes, y no faltaba sino premiar los servicios del huérfano y de los siete varones de la viuda; pero todos se negaron a aceptar cualquiera clase de paga: el huérfano decía que se encontraba plenamente pagado con ver feliz a su bienhe-

chora; y los siete varones de la viuda, que se sentían satisfechos con haber obedecido a su madre, que, conmovida al ver los buenos sentimientos del huérfanito, les había ordenado que lo acompañasen.

Pero el rey no quedó tranquilo con estas declaraciones, y en medio de nuevas fiestas, hizo al huérfano grande de la corte y lo colmó de riquezas, y a los siete varones de la viuda los nombró jefes de sus ejércitos, lo cual resultó, además, en beneficio del reino, pues conocidas las virtudes de los siete varones, nadie se atrevió a declararle la guerra. Y la viejecita, madre de los siete varones, fué llevada al palacio, donde pasó el resto de su vida rodeada del respeto y del cariño de todos,

Con lo cual se acabó el cuento y se lo llevó el viento a los claustros de un convento, y los frailes que lo oyeron, se quedaron tan contentos.

Cf. — COSQUIN. *Petites monographies folkloriques à propos de Contes maures recueillis à Blida*, par M. J. DESPARMET. Groupe de monographies H. *Le thème des personnages à dons sur-humains*, des DONÉS, principalmente la Monografía H⁶. *Le thème de la «Captive délivrée» et le thème des personnages extraordinaires*. En *Revue des Traditions populaires*, tome XXXIV, Mai-juin 1919, y Juillet-août, en que se encontrarán todos los datos deseables.

9.—El Príncipe Loro

Para saber y contar y contar para aprender, aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, los de roque alfandoque, los de rique alfeñique, triquitriqui triquitrán. Este era un caballero viudo que tenía una hija muy hermosa

llamada Mariquita, a quien quería extremadamente y mimaba y daba gusto en todo. Pero Mariquita se encontraba muy sola y quería que en su casa hubiera otras niñas con quienes jugar y divertirse, mientras su padre salía a sus ocupaciones.

Pues bien, en la casa vecina había una viuda que tenía tres hijas jóvenes, mayores que Mariquita y bastante feas; y esta viuda, siempre que veía a Mariquita, la obsequiaba con dulces y toda clase de golosinas; y sus hijas también le hacían mucho cariño, y le decían:—Aconsejale a tu papá que se case con la mamá y entonces viviremos juntas y nos pasaremos jugando todo el día.—Y tanto se lo dijeron y tanto la acariciaron, que Mariquita llegó a creer que sería la niña más feliz de la tierra si se efectuaba aquel matrimonio, y comenzó a majaderear a su padre pidiéndole a todas horas que se casara con la vecina; hasta que el padre se rindió a los ruegos de la niña, nada más que por darle gusto, y se llevó a cabo el casamiento.

Pero apenas celebrado el matrimonio, cambiaron por completo las cosas: en vez de caricias, dulces y golosinas, la pobre Mariquita no recibía de su madrastra e hijas, sino malos modos, reprimendas y golpes.

La pobre tenía la culpa de lo que le pasaba, así es que todo lo soportaba en silencio y nada decía a su padre; y hubiera seguido callando sus sufrimientos quién sabe hasta cuándo, si no se hubiera colmado la medida. Una vez que el dueño de casa estaba ausente, las hijas de la viuda la arrastraron de las trenzas, y como ella se quejara a su madrastra, esta mujer pícara, en vez de reprender a sus hijas por su mala acción, tomó un palo y le aplicó tres o cuatro fuertes golpes, diciéndole:—Ven a quejarte,

sinvergüenza, ¡quizás qué maldades habrás hecho cuando mis niñitas te han castigado!—Pero lo cierto era que las tres muchachas odiaban a Mariquita, le tenían envidia porque era hermosa y ellas eran feas, porque era la única heredera de los bienes de su padre y ellas eran pobres; y por eso mismo la vieja no podía verla.

Cuando llegó el caballero, Mariquita le contó lo que le había pasado y la vida de sufrimientos que hasta entonces había llevado; no le hizo cargos, pero le suplicó que la dejara irse a vivir sola a una casita que le había dejado su madre al morir. Y el caballero accedió, pues no veía otro modo de que volviera la tranquilidad a su familia.

Después de tantos días de padecimiento siguieron otros de bonanza para Mariquita. Su vida se deslizaba entre los quehaceres de la casa y el cuidado de un jardincito y de algunos árboles que la convidaban con su sombra a descansar.

Una tarde, mientras barría el patio, oyó que le decían:—Mariquita, ¿te ayudo a barrer?—Asustada, miró a su alrededor, pero no vió a nadie. Nuevamente se oyó la voz:—No te asustes, Mariquita, soy yo quien te habla desde las ramas del peumo (1). Miró ella hacia arriba del árbol y vió un loro vestido de brillantes plumas de los más bellos colores.

—¡Ay, lorito lindo, le dijo—quién pudiera merecer-
tel (2).

—¿Quieres que baje?—le contestó el loro.

—Sí, baja y quédate conmigo. Serás mi compañero.
¡Estoy tan sola! ¡Cómo te cuidaré! ¡Qué cosas tan ricas te

(1) *Peumo*. Árbol bastante grande, de la familia de las lauríneas, que produce frutos comestibles. *Cryptocaria peumus*.

(2) *Merecer* una cosa.=obtenerla, conseguirla.

daré de comer! Nueces, chocolate, pan con vino, dulces...

—Ahora no puedo—contestó el loro;—tengo que irme, pero volveré en la noche. Déjame en la ventana, abierta, una palangana con agua, un paño de manos, una peineta y un espejo.—Y emprendió el vuelo.

En cuanto se obscureció, Mariquita abrió la ventana y colocó en ella los objetos que el loro le había encargado, y llena de impaciencia se sentó a esperarlo. Cuando daban las 12, sintió el ruido que producían las alas del loro, que se acercaba; lo vió meterse en el agua y bañarse alegremente; después salir de la palangana y secarse; en seguida, peinarse las plumas, mirándose en el espejo; y por fin, dando un salto, caer arrodillado a sus pies, convertido en el más bello príncipe que hubiera podido soñar.

Nada diremos de lo que hablaron; pero sí, que en la mañana, al despedirse, le prometió volver todas las noches y acompañarla hasta el amanecer. Y entregándole una gruesa suma de dinero, se zambulló en la palangana, y convertido nuevamente en loro, dió un volido y se perdió en el espacio.

El loro cumplió su promesa y sus visitas se repitieron noche a noche.

Mariquita se sentía plenamente feliz; el príncipe la adoraba; costosos trajes de seda cubrían su cuerpo y valiosísimas alhajas adornaban sus orejas, su cuello y sus brazos.

Cierta ocasión en que una de sus hermanastras pasaba por su casa, la divisó en la ventana y fué a contar a su madre y hermanas cómo había visto a Mariquita tan lujosamente vestida y alhajada.

—Alguien le da dinero—dijo la vieja—porque ella no

tiene para comprar cosas de tanto valor; y es bueno que vayas tú a verla y te quedes a dormir allá—agregó dirigiéndose a la mayor de sus hijas—y que observes lo que pasa y nos vengas a contar lo que veas.

Y al otro día la mayor fué a visitar a Mariquita y le contó mil mentiras: que sentían tanto que se hubiera ido de la casa; que la echaban tanto de menos; que no fuera ingrata; que su mamá y sus hermanas se morían de ganas de verla, y que ella venía a acompañarla todo el día y toda la noche. Mariquita, siempre bondadosa, le dió las gracias y le hizo mucho cariño; pero temiendo que en la noche sintiera llegar al príncipe y los oyera hablar, durante la comida le sirvió vino a cada rato, y la muchacha, que era aficionada al trago, se bebía los vasos uno tras otros; y tanto bebió, que antes de levantarse de la mesa tenía la cabeza completamente trastornada y habría podido pasar una carreta por encima de ella sin que la sintiera. Mariquita la acostó en una pieza contigua a la suya y esperó tranquila al príncipe...

La alojada se levantó al otro día no muy temprano, después de pasar la noche de un sueño, y sin que se hubiera dado cuenta de lo que ocurría tan cerca de ella. Cuando llegó a su casa, les contó a su madre y hermanas cuán bien puesta tenía Mariquita la casa y cómo la había servido, con lo que más se encendió la envidia de aquella mala gente. La madre se enojó con la muchacha porque no había visto lo que importaba ver; y ordenó a la mediana que fuese, a su vez, a pasar con su hijastra, recomendándole que no se quedase dormida y se fijase en todo. Pero a ésta le pasó lo que a la mayor, que se embriagó y volvió a su casa sabiendo de nuevo tanto como sabía antes de salir.

Pero la menor, que era la más fea, la más envidiosa y la que más odiaba a Mariquita, le dijo a su madre:—Yo iré ahora y lo averiguaré todo.

Y así fué, en efecto, porque, como sólo fingió beber, no se durmió y pasó la noche en vela, y por el ojo de la cerradura de la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Mariquita, vió llegar al loro, le vió bañarse en la palangana y convertirse en hermosísimo príncipe, y por fin, sentarse al lado de Mariquita, hablarla cariñosamente y acariciarla. La rabia se la comía viva y no veía la hora de que amaneciese para regresar a su casa. La noche entera permaneció pegada al ojo de la cerradura, sin pestañear, sin moverse, a pesar de lo incómodo de la postura, así es que de todo se impuso hasta el momento en que, aclarando el día, el príncipe entregaba a su amada una bolsa de dinero, se despedía con un cariñoso beso y, metiéndose en la palangana, emprendía el vuelo transformado en loro.

Un rato después, la envidiosa joven se despedía de su hermanastra asegurándole que había pasado un día y una noche excelentes, y que, si no le era pesada, repetiría la visita. Mariquita le dijo que, al contrario, le daría mucho gusto su compañía, que viniera siempre que quisiera, con la seguridad de que sería bien recibida. Salió la muchacha sonriente de la casa de Mariquita, pero apenas se apartó lo suficiente para no ser vista, echó a correr hasta llegar a su casa, a la que entró a los pocos instantes, convertida en una verdadera furia.

—¿No ve, mamá, cómo yo me impuse de todo? Estas tontas pasaban la noche durmiendo y no veían nada; pero yo no dormí y lo vi todo, todo, todo!

Y hablando precipitadamente, refirió cuanto había presenciado.

Una vez terminada la relación, dijo la madre:

—¡Ah! ¿con que esas tenemos? Lo que es esta noche no hablará esa cochina con su famoso príncipe. Yo iré, y va a saber lo que es bueno.

Efectivamente, poco antes de las 12 de la noche llegó la vieja, ocultándose en la sombra, a la ventana por donde entraba el príncipe, y sin hacer el menor ruido, puso en la palangana tres navajas abiertas, muy afiladas, con el filo hacia arriba, y se quedó atisbando a la distancia.

Dando las 12 llegó el loro, y, como de costumbre, se dejó caer en la palangana, pero esta vez se hirió el cuerpo con las navajas. El dolor que experimentó le hizo lanzar un agudo grito; y viendo a Mariquita, que había acudido presurosa a ver qué había sucedido, le dijo con tono dolorido:

—¿Qué te he hecho, ingrata, para que me trates así? ¿De esta manera pagas mi cariño? Hoy precisamente cesaba mi encantamiento, y con tu acción me has perdido, tal vez para siempre. Pero si alguna vez llegaras a arrepentirte de tu conducta y quisieras buscarme, zapatos de hierro tendrás que gastar para dar conmigo.

Y se lanzó volando al espacio, en medio de las lágrimas de la pobre niña, a quien no dejó tiempo de decir ni una palabra, y que, sólo cuando vió las navajas en el agua, enrojecida con la sangre del príncipe, se dió cuenta de lo acaecido.

La vieja todo lo vió y todo lo oyó desde el escondite en que estaba en asecho, y radiante de gozo por el éxito que había alcanzado, se fué a su casa a referirlo a sus hijas.

Las tres celebraron lo ocurrido; pero quien se sintió más feliz con la desgracia de Mariquita, fué la menor.

Mariquita lloró un buen rato amargamente, pero pensó que mejor que llorar era salir a buscar a su esposo. Mandó hacer inmediatamente un par de zapatos de hierro, que se calzó en cuanto se lo entregaron, y partió a la ventura sin más equipaje que un atado de ropa blanca, para mudarse, hilo, aguja, unas buenas tijeras y una botella para el agua. Con su atado al hombro, anduvo mucho tiempo, por llanos y cerros, sin descanso ni reposo, sufriendo mil quebrantos y miserias, hasta que un día en que ya no podía más de fatiga, llegó a un monte, cerca de una laguna, y se tendió a descansar en la espesura. Y al estirar las piernas para estar más cómoda ¡oh felicidad! notó que sus zapatos de hierro tenían la planta completamente gastada y que por la punta de ambos asomaban los dedos de sus pies; señal evidente, pensó, de que pronto encontraría a su amado.

Comenzaba a anochecer. Mariquita, rendida de cansancio, dormitaba con los párpados cerrados; pero no alcanzó a dormir, porque el ruido de un fuerte aleteo que cesó muy cerca de ella, la hizo abrir los ojos y prestar atención. Casi al mismo instante sintió un nuevo aleteo, y oyó esta conversación:

—Qué hay, comadre, ¿cómo está? y usted, ahijada, ¿está bien?

—Estamos buenas, comadre. Aquí nos ve, que acabamos de llegar de nuestra casa, en donde dejamos durmiendo al viejo tonto de mi marido y a mis dos hijas mayores, que no valen más que él. Si la única digna de mí, es su ahijada, comadrita, y por eso me hago acompañar de ella a todas partes, desde que es bruja como nosotras.

¿Y qué noticias nos trae usted del príncipe loro? ¿Se morirá pronto?

—Ya podía haber reventado—dijo la ahijada.

—No le quedarán, comadre, más de dos o tres días de vida. Se le han corrompido las heridas que se hizo en la palangana con las navajas que usted le puso, y los médicos no atinan con el remedio. ¿Y qué van a atinar? Pero hablemos más bajo, comadre, y ocultémonos bien, porque las paredes tienen oídos y los matorrales ojos (1). ¿Cómo van a adivinar, dijo, que el príncipe sanaría en tres días, si nos sacaran a cada una de nosotras una pluma del ala derecha y cada día le pasaran por las heridas una de estas plumas untada en nuestra sangre? Pero para esto tendrían que matarnos.

—¡Qué lo van a adivinar, comadrita de mi alma! No lo permita el Diablo que lleguen a saber tal cosa!

—Vámonos a dormir, comadre. Estoy que me caigo de sueño, porque me levanté muy temprano.

—Lo mismo nosotras, comadre. Vamos a acostarnos, y mañana seguiremos nuestra conversación.

Y patojeando (2) se metieron por entre unas totoras que había a la orilla de la laguna.

Las que así hablaban eran tres brujas: la madrastra de Mariquita, su hija menor y la madrina de ésta, que todos

(1) Exactamente como en los cuentos sicilianos:

«Cei saria lu rimèddiu; ma nun ti lu vogghiu diri, pirchè *li macchi hannu occhi, e li mura hannu oricchi*. (PITRÉ, *Fiabo, Novelle e Racconti popolari siciliani*, t. I, pág. 338); y también *Li mura hanu nocci, e li macci hannu auricci*. (*Ibidem*, t. II. p. 99). El primero, en el dialecto que se habla en Palermo; el segundo, en el que se habla en Noto.

(2) *Patojear*: Andar como los patos, moviendo el cuerpo a uno y otro lado.

los sábados en la noche se reunían ahí, transformadas en patas, a contarse las novedades de la semana.

Mariquita esperó cerca de una hora, y saliendo de su escondite armada de sus tijeras, que eran grandes y muy afiladas, se dirigió al lugar en que estaban las patas. Las tres se habían situado a alguna distancia una de otra. A la primera que encontró Mariquita fué a su madrastra y tomándola del cogote, se lo cortó de un solo tijeretazo. Recogió un poco de sangre en la botella que había llevado consigo, y arrancándole una pluma del ala derecha, se fué en busca de otra pata, que encontró pronto y resultó ser su hermanastra, e hizo con ella lo mismo que había hecho con su madrastra; y por fin, ejecutó igual operación con la comadre; después de lo cual se dirigió apresuradamente a la ciudad. Al llegar, cambió sus vestidos de mujer por los de un hombre que encontró en su camino, a quien pagó el cambio con todo el dinero que llevaba, y así disfrazada entró a la ciudad.

A poco andar encontró a una viejecita que iba muy triste, y deteniéndola, le preguntó:

—¿Qué sucede, mamita, que va tan afligida?

—¿Qué ha de suceder, pues, hijito?—contestó la anciana—Que el príncipe, hijo del rey nuestro amo, está agonizando y los médicos dicen que difícilmente pasará de hoy.

—¡Ay, mamita! Yo soy médico, y si pudiese entrar al palacio sanaría al enfermo en tres días.

—¿De veras, hijito? Yo lo llevaré al palacio; yo crié a mis pechos al príncipe y puedo entrar a la hora que quiera.

Y se fueron las dos para el palacio.

La viejecita habló primero con el rey, y él ordenó que

dejasen entrar al joven médico a la pieza del príncipe, exigiendo aquél que lo dejaran solo con el enfermo.

Mariquita, cuando quedó sola, rompió a llorar amargamente: el príncipe tenía los ojos cerrados, estaba sin conocimiento y sus heridas despedían un olor sumamente desagradable. Y así, llorando, tomó una de las plumas arrancadas de las alas de las patas y untándola en la sangre que llevaba en la botella, la pasó suavemente por las heridas del príncipe.

Al otro día temprano, fué el rey a ver a su hijo.

—¿Cómo lo encuentra?—preguntó al falso médico.

—Mucho mejor, señor. Acérquese y mire: los gusanos han desaparecido y las heridas han formado costra.

Y así era en efecto.

El médico pidió que lo dejaran solo hasta el día siguiente, y el rey se retiró contentísimo y con la esperanza de que su hijo viviría.

En cuanto salió el rey, Mariquita aplicó otra pluma con sangre de las brujas a las heridas del joven, que al punto recobró el conocimiento. Las costras se desprendieron y fueron cayendo poco a poco.

Al otro día fué nuevamente el rey y encontró a su hijo tan mejorado, que ya hablaba. Naturalmente salió aún más contento que de la visita anterior.

Inmediatamente después de retirarse el rey, Mariquita pasó por todo el cuerpo del príncipe la tercera pluma con el resto de sangre que quedaba en la botella, y al punto el enfermo quedó completamente sano y pidió su ropa para levantarse. Mariquita se dió a conocer, y en medio de la alegría del príncipe, le contó todo lo que había sucedido desde que se hirió, y cómo, por la conversación de

las brujas, llegó a saber que su madrastra había sido quien había colocado las navajas en la palangana.

Cuando Mariquita concluía su relato, entró el rey, y no es para contada la alegría que experimentó al ver a su hijo completamente sano y en pie. El príncipe refirió a su padre cuanto acababa de saber de Mariquita y le rogó lo dejase casarse con ella, ya que ambos se amaban tiernamente y a ella le debía la vida. El rey consintió gustoso, y el matrimonio se celebró a los pocos días, en medio del mayor entusiasmo de todos los habitantes del reino.

Y de ello puedo yo dar fe, porque me encontré en el casamiento y comí y bebí tanto, que casi reventé.

Y con esto se acabó el cuento y se lo llevó el viento para el mar adentro.

Cf.: BAISSAC.—*Histoire de Sabour, Le Folk-lore de l'Île-Maurice*, p. 130.

BRAGA.—*A Paraboinha de ouro, Cont. trad. do povo portuguez*, p. 68.

COELHO.—*O Conde encantado, Cont. pop. portuguezes*, p. 65.

COSQUIN.—Notas del cuento. *Le Loup Blanc*, en *Cont. pop. de Lorraine*, t. II, p. 321-323.

HERNÁNDEZ DE SOTO.—*El Pájaro herido*, p. 201; y *La Flor del Cantueso*, p. 209, de *Cuentos pop. de Extremadura*.

PITRÈ.—*Li palli magichi, Fiab., Nov. e Rac. pop. siciliani*, t. I, p. 342.

ROMERO.—*O Papagaio de Limo Verde, Cont. pop. de Brasil*, p. 119.

10.—La Princesa del Retrato

Este era un príncipe que andaba recorriendo los estados de su padre para imponerse de sus necesidades y poder gobernar con acierto cuando se hiciera cargo del reino, lo que parecía no estar muy distante, dado el deplorable estado de la salud del monarca.

Un día, al salir de un bosque, se encontró de manos a boca con un falte (1), el cual le suplicó, de modo tan lastimero, le comprara algunos de los objetos que vendía, que el príncipe, aunque nada necesitaba, se puso a registrar el cajón de mercaderías, para ver si encontraba algo que le interesara. Al levantar unas cajas que contenían anillos, peinetas, botones y otras baratijas, tropezó con un paquete de retratos y por mera curiosidad se dedicó a examinarlos. Eran de jóvenes bellísimas; pero el último sobrepujaba a los demás por la peregrina hermosura de la joven retratada. Era tan bella, que el príncipe se quedó extasiado contemplándola, e inmediatamente su corazón se sintió aprisionado por el amor. Dió veinte pesos al falte en cambio de la fotografía y le preguntó si sabía cómo se llamaba y dónde vivía la niña retratada; y como ninguna noticia pudiera darle el buhonero, triste y desconsolado se volvió al punto al palacio.

Este príncipe era de carácter sumamente tímido y reservado, así es que no comunicó a su padre sus nuevos sentimientos. Pero, mientras tanto, enflaquecía a ojos vistas, y sus mejillas, tersas antes y sonrosadas, se tornaban mustias y descoloridas. El rey, alarmado, lo hizo exami-

(1) *Falte*=buhonero.

nar por los mejores médicos, pero ninguno acertó con el mal que aquejaba al enfermo.

Diariamente rogaba el rey al príncipe le dijese qué sentía, qué deseaba, y al fin tantos ruegos vencieron la reserva del joven, que confesó a su padre que estaba perdidamente enamorado de una niña a quien no conocía, ni sabía cómo se llamaba, ni siquiera sospechaba dónde vivía; y después de referirle su aventura con el falte, terminó asegurándole que no volvería la tranquilidad a su espíritu, mientras no se casara con ella.

El rey le pidió el retrato para mandar mensajeros a todas partes en demanda de la niña; pero el príncipe le dijo que por nada de este mundo se desprendería de tan preciado tesoro y que él personalmente saldría a buscarla, si el rey se lo permitía.

Muy a su pesar—y sólo en vista del mal estado de la salud del príncipe, que parecía próximo a morir—dióle permiso el rey para que saliera en busca de su adorada, y aunque el rey le instaba que partiera acompañado de muchos grandes personajes, el príncipe quiso ir solo y no aceptó sino el dinero que su padre le ofrecía, que era una cantidad bastante elevada.

Salió el príncipe muy de madrugada, sin despedirse de nadie y sin que nadie lo viera, montado en su caballo favorito, y anduvo por caminos para él desconocidos hasta entonces, y atravesó praderas y bosques de que no tenía ningún conocimiento, y al fin de muchos días llegó a una grande y hermosa ciudad en la que abrió un hotel espléndidamente montado. A él tenían acceso todas las personas, sin distinción de sexo, edad, ni condición, y podían permanecer en él un día y una noche sin pagar nada, a pesar de ser regiamente atendidas; sólo se les exigía que

declarasen, antes de partir, si conocían a la niña fotografiada en el retrato que se les presentaba, advirtiéndoseles que al que diera las señas exactas de su residencia, se le gratificaría con una gruesa suma de dinero. Pero durante un mes completo, que al príncipe le pareció un siglo, ninguna de tantos miles de personas como habían pasado por el hotel, dió muestras de conocer a la niña del retrato.

Desconsolado, se fué a otra ciudad, muy hermosa y muy poblada, y mientras meditabundo paseaba por sus calles pensando de qué medios se valdría para lograr sus deseos, se le acercó una viejecita, que le dijo con voz muy suave y cariñosa:

—Señor, usted es forastero y no conoce la ciudad; si quiere visitarla, yo tengo un hijo que podría mostrarle los monumentos y cosas notables que contiene. Pero me parece que no es eso lo que usted pretende, y que más que satisfacer curiosidades, lo que usted necesita es consuelo, pues su rostro revela que un gran pesar lo consume. Yo soy bastante anciana y conozco bien el mundo, y tal vez, si usted me comunicara sus cuidados, podría aliviar sus penas.

Hablaba la anciana de un modo tan dulce, que el joven le abrió su corazón y terminó por mostrarle el retrato. Apenas lo vió, la viejecita exclamó:

—Pero si este retrato es el de mi hijita, la princesa, a quien yo crié desde que nació. Pero vea usted, le va a ser muy difícil hablar con ella, porque la cuidan mucho de día y de noche, y cada año no sale sino tres días del palacio y siempre va entre dos damas de la corte. Casualmente, mañana sale. Colóquese usted en el camino por donde ella ha de pasar y trate de llamar su atención de

alguna manera y hablarle sin que sus compañeras lo noten.

Y después de mostrarle por donde debía pasar la princesa, la anciana se retiró, quedando de reunirse con él al día siguiente, en el mismo sitio y a la misma hora.

Se hizo conducir el joven a la mejor tienda de joyas de la ciudad, y adquirió, a muy alto precio, por cierto, tres pelotas de oro, una adornada de rubíes, otra de perlas y la tercera de diamantes.

Al otro día, a la hora en que debía salir la princesa, ya estaba el príncipe en el sitio escogido, jugando con la bola de oro adornada de rubíes, y cuando la hermosa joven vió aquella preciosa alhaja, dijo a sus acompañantes: —Voy a pedirle a ese joven que me venda la pelota con que juega.—Y adelantándose, le pidió que se la vendiera. —No se la vendo, señorita,—le dijo—sino que se la regalo, para que, cuando usted juegue con ella, se acuerde de su servidor.

La princesa le agradeció el obsequio, y reuniéndose con sus acompañantes, continuó su camino.

En la tarde hizo la anciana a la princesa la visita de costumbre, y ésta le contó lo que había sucedido con el joven.—¡Tan buenmozo—le dijo—tan generoso y tan cumplido! Cuánto diera por saber qué piensa de mí!

La anciana, que nada había referido a la princesa, le prometió buscar al joven y hablar con él para sondearlo, y se retiró; y en efecto, se fué a ver con el príncipe, para darle cuenta de su conversación con la princesa, con lo cual el príncipe quedó más enamorado que antes.

Al otro día, que era la segunda salida de la princesa, mucho antes de llegar al lugar en que estaba el joven esperando su paso, lo divisó ella jugando con otra pelota

de oro, adornada de perlas.—Voy a adelantarme—dijo la princesa a sus acompañantes—a ver si ese joven me quiere vender la pelota con que juega, para completar el par.—Y dejando a sus cuidadoras, se acercó al príncipe y le rogó que le vendiese la pelota; pero el joven, como en la vez anterior, no quiso vendérsela y le suplicó se la llevara como recuerdo del mayor de sus admiradores.

En esta ocasión la princesa se fijó más en el joven, y si el día anterior lo encontró buenmozo, ahora lo halló encantador, y así se lo dijo a la anciana cuando fué a verla en la tarde, agregándole, con mucho secreto, que estaba perdidamente enamorada de él.

El tercer día se repitió la escena: el príncipe obsequió a la princesa la tercera pelota de oro, y las pocas palabras que cruzaron hizo crecer en ellos más aún el amor que se tenían.

Ya la princesa no saldría a la calle hasta dentro de un año, pero todos los días se comunicaban por intermedio de la anciana. Y resultó que un día convinieron en que la joven princesa se descolgaría en la noche desde la ventana de su habitación, que daba a una calle solitaria, y allí el príncipe la esperaría a caballo para huir con ella, pues el rey no quería que su hija se casara.

Con la impaciencia, el príncipe llegó con bastante anticipación al lugar de la cita, y mientras esperaba la hora convenida, se bajó del caballo y se sentó en tierra afirmando la espalda en la pared. Un sueño invencible se apoderó de él, y a los pocos instantes dormía profundamente. Sucedió que a ese tiempo pasaba por ahí mismo un soldado vestido de paisano, que venía de una casa de juego, en la que había perdido cuanto llevaba, y viendo el caballo, le entraron ganas de robárselo para venderlo;

pero vió al dueño del animal, que dormía, y temiendo que despertara y pudiera sorprenderlo, para probar si despertaría fácilmente, lo movió con fuerza, diciéndole:— ¿Qué hace ahí, hombre?, despierte, que le pueden llevar su caballo;—pero el joven, que como buen enamorado, había pasado las noches anteriores casi en vela, siguió durmiendo como un lirón. Entonces el soldado montó en el caballo y ya se iba cuando sintió una voz que desde arriba decía:

—¿Ya se va y a mí no me lleva?

El soldado contestó:

—Baje no más; si la estoy esperando.

Y la princesa bajó y montó a la grupa del caballo.

Corrieron unas cuantas horas sin hablar palabra, y llegaron, por fin, a una casa que estaba en medio del campo. El soldado dijo:

—Aquí nos bajaremos, hijita, pediremos alojamiento y nos acostaremos, porque tengo mucho sueño.

La niña, por la voz conoció que no era su amante quien la llevaba, y le contestó:

—No, no nos bajemos todavía; sigamos hasta llegar al bosque y ahí nos ocultaremos; no nos vayan a tomar los criados de mi padre, que nos vendrán siguiendo ya, y si nos cogen, nos matarán.

Encontró razonable el soldado lo que la princesa le decía y siguió corriendo a caballo hasta que se internaron en el bosque y bajaron.

Ya era de día. La princesa entregó al soldado una moneda de diez pesos y le dijo:

—Anda a traerme al pueblo una taza de caldo, porque me muero de fatiga, y te vienes inmediatamente sin pedir

el vuelto (1). Pero deja aquí el sombrero, la manta y las espuelas; no vayan por ellos a sospechar los que nos siguen que eres tú el que me ha robado; y no te demores.

Dejó el soldado sus prendas y a pie partió de carrera a cumplir el encargo de la princesa; pero apenas salió del bosque, la joven se calzó las espuelas y poniéndose la manta y el sombrero, saltó sobre el caballo y partió a todo correr por el lado contrario. Cuando volvió el soldado y no encontró a la niña, lleno de rabia, arrojó lejos el caldo, renegando de su suerte, y siguió a pie en persecución de ella.

Volvamos al joven, que despertó cuando ya era bien de día. ¿Qué hizo al encontrarse en el sitio en que se hallaba, sin su caballo, y recordando el objeto con que había ido ahí? No se explicaba lo que había ocurrido, y triste y lamentándose de su desgracia, se fué a su alojamiento. En la tarde, salió a dar una vuelta por las calles, y por casualidad encontró a la anciana, que casi se fué de espaldas al verlo, pues creía que el joven estaría muy lejos con la princesa. Le refirió el joven lo que le había pasado, es decir, que se había quedado dormido y que le habían robado su caballo, y la anciana le contó que en el palacio todo era alboroto y confusión, pues la princesa había desaparecido y se había encontrado una escala de cuerdas pendiente de una de las ventanas del dormitorio de la joven, y que el rey había hecho cortar la cabeza a las cuidadoras de la princesa.

El joven príncipe se despidió de la anciana, compró otro caballo y salió a la ventura.

Mientras tanto, la joven había llegado a una gran ciu-

(1) *El vuelto*—la vuelta; dinero que sobra de una compra y se devuelve.

dad, capital de un reino vecino al de su padre. Su primer cuidado fué vestirse de hombre y disfrazarse de la mejor manera posible, de modo que no conocieran que era mujer, y salió a dar un paseo por las calles. En una plaza en que había un grupo de personas, oyó decir que el secretario del rey había muerto y que no se encontraba un joven competente que lo reemplazara, y entonces ella, sin esperar un momento más, se dirigió al palacio a ofrecer sus servicios. Al rey le agradaron mucho la figura del joven, sus modales y su letra, que era tan correcta como hermosa, y al punto lo tomó de secretario, ofreciéndole además un buen sueldo, habitación y comida en el palacio. El joven agradeció al rey sus beneficios y le rogó que le permitiera colocar en las caballerizas reales su caballo, del que no quería desprenderse, porque era un recuerdo de un amigo a quien mucho había querido.

El rey, que era viejo y solo, tomó cariño a su joven secretario, y prendado de su inteligencia, lo adoptó solemnemente como hijo. Era, en verdad, su brazo derecho, y nada se hacía en el reino sin consultarlo a él.

Pasaron meses y meses, no más de seis, cuando el joven príncipe llegó a la misma ciudad, y también el soldado, cada uno por diferente camino, y ambos sin conocerse, se presentaron en palacio solicitando un empleo del mayordomo, el cual se los concedió.

El mayordomo y todos los empleados del palacio comían en una misma mesa, en la cocina, que era muy espaciosa, y mientras comían, los comensales, por turno, referían historias, cuentos o sus propias aventuras. Cuando le tocó la vez al soldado, relató todas sus correrías, hasta terminar con el robo del caballo y de la niña, y era de ver cómo el muy bellaco se lamentaba de que una mujer lo hubiera

engañado, y que, habiéndola tenido en su poder y podido hacer con ella lo que hubiera querido, ni siquiera le había tocado un pelo.

Mientras el ex-soldado contaba su última aventura, el príncipe le echaba el ojo a un hacha que estaba por ahí cerca, y apenas el ex-soldado terminó su relato, el príncipe la toma con ambas manos y alzándola, la deja caer con toda fuerza en la cabeza del causante de su desgracia, matándolo instantáneamente. El príncipe refirió entonces por qué motivo había procedido de esa manera, a fin de justificarse ante sus compañeros de trabajo, y en seguida pidió al mayordomo se le condujera a presencia del rey para que lo juzgara.

—Si me condenan a muerte,—decía por el camino,—moriré tranquilo y contento, porque sé que ese miserable no sacó provecho de su acción.

Cuando era conducido donde el rey, pasaron por las caballerizas y al punto conoció a su caballo entre todos los que allí había, y lo mismo el noble animal, que relinchó de gusto al ver a su antiguo amo.

Apenas entró el acusado a la presencia del rey, el secretario, que estaba con el monarca, conoció a su amado; pero se hizo el desentendido, y él mismo, con la venia del rey, lo interrogó.

—¿Por qué has dado muerte a ese pobre hombre?

—Para castigarlo del mal que me hizo, que me ha convertido en el ser más desgraciado de la tierra.

El secretario le ordenó que relatara su historia, para saber si se trataba de una muerte justa o de un simple asesinato, y entonces el príncipe le refirió todo, desde su encuentro con el falte hasta que mató al ex-soldado, sin omitir detalle. Cuando terminó, la princesa, es decir, el

secretario, le preguntó si podía comprobar de alguna manera que lo referido por él era cierto, y el príncipe, después de mostrar el retrato, que siempre llevaba consigo, agregó:

—Al traérseme a esta sala, pasamos frente a las caballerizas reales y vi el mío entre los caballos del rey, que no sé cómo ha venido a parar aquí. Si el caballo diese prueba manifiestas de que me conoce, ¿no sería una prueba de que es verdad lo que he contado?

El rey y el secretario hicieron un signo de afirmación y todos se trasladaron a las caballerizas a presenciar la prueba. Poco antes de llegar a ellas, el príncipe comenzó a llamar a su caballo:

—¡Negro! Negro!—e inmediatamente se oyeron relinchos de alegría y vieron al caballo saltar las vallas que cerraban su departamento y llegar corriendo donde su dueño y a ambos acariciarse.

Se encontró que la prueba era decisiva, y ordenando al mayordomo que los dejara solos, el rey, el secretario y el príncipe, volvieron a la sala de audiencias. El secretario pidió permiso para ausentarse por unos cuantos minutos, pasados los cuales volvió sin disfraces y vestido de mujer, con su mejor traje y ataviada de valiosas joyas. El príncipe la conoció inmediatamente y se echó a sus pies y entonces la joven, levantándolo, se dió a conocer al rey.

Al día siguiente se celebraron las bodas de los dos jóvenes, y el rey, que también adoptó al príncipe por hijo, abdicó el trono en su favor, viviendo los pocos años de vida que le quedaban, cuidado y mimado de los dos jóvenes, que tanto a él como a sus súbditos hicieron la vida blanda y feliz.

Cf.: BRAGA.—*O Rey de Napoles, Cont. trad. do povo portuguez*, p. 100.

PITRÉ.—*La bedda picciotta, Fiab., Nov. e Rac. pop. siciliani*, p. 223.

LUZEL.—*Cont. pop. de Basse-Bretagne*. En el cuento *La Princesse de l'Étoile brillante*, t. I, p. 198, se habla de tres peras de oro que el pretendiente de la princesa exhibe sucesivamente, tres días, en una mesita que coloca al paso de la princesa que va a la iglesia a casarse con otro. Sin embargo de no ser el caso el mismo, en uno y otro cuento hay cierto parecido sobre el cual conviene llamar la atención. Igual cosa ocurre en los cuentos *La Femme du Loup gris*, p. 318, y *L'Homme-crapaud*, p. 350.

11.—Las Tres Toronjas del Mundo

Para saber y contar, mentiras no han de faltar.

Este era un príncipe que deseaba casarse, pero ni en todo el reino, ni en los estados vecinos, había encontrado una mujer que fuese de su agrado.

Montado en su caballo, regresaba a la capital, con el espíritu abatido y absorto en sus pensamientos, cuando una viejecita le salió al camino y le pidió una limosna. El príncipe le dió una moneda de oro, y se disponía a continuar su viaje, sin escuchar los agradecimientos de la mendiga, pero se detuvo al oír que la anciana le decía:

—Yo sé por qué mi príncipe está tan triste, y yo puedo volverle la alegría, porque conozco el remedio de su mal.

—A ver, buena anciana, ¿cuál es la causa de mi tristeza?

—El príncipe está triste porque no encuentra ninguna mujer que le agrade para esposa.

—Esa es la verdad. ¿Y cómo podría librarme de esta tristeza que me consume?

—Yendo a buscar las tres toronjas del mundo.

Y al terminar la viejecita estas palabras, el caballo emprendió una carrera tan desenfundada, que el jinete, a pesar de sus esfuerzos, no pudo contenerlo, dejando al atribulado príncipe con las ganas de continuar la conversación con la viejecita limosnera y averiguarle dónde y cómo podría encontrar las tres toronjas del mundo.

Después de largo rato, caballo y caballero se encontraron a la entrada de la ciudad, y el caballo, deteniendo la carrera, siguió marchando a paso moderado.

El príncipe durmió intranquilo; despertaba a cada momento, pensando en las tres toronjas del mundo. Al otro día, esta idea no se apartó de su imaginación; parecía que se le había clavado en la cabeza.

—Esto es para volverse loco—se dijo. Es preciso que salga a buscar cuanto antes esas tres famosas toronjas.—Y ordenó que le prepararan lo necesario para un largo viaje.

Al día siguiente salió muy temprano, montado en su caballo. No le acompañaba ningún servidor.

Marchó muchos días, a la ventura, por donde el caballo quería ir; atravesó campos y montañas, llanos y cordilleras, y nadie le daba noticias de lo que buscaba, hasta que por fin, cuando estaba por acabársele el dinero y se le habían agotado los víveres por completo, tropezó con una pobre vieja, que le pidió limosna.

—Tome, señora, todo el dinero que me queda, pero dígame antes dónde puedo encontrar las tres toronjas del mundo.

—Las tres toronjas del mundo, cuelgan, señor, de un toronjo que hay en el medio de aquel bosque.

—Gracias, buena mujer.

Y el príncipe le entregó el dinero que le quedaba.

Pocos momentos después tenía en su poder las tres toronjas, y una gran alegría invadió todo su ser.

Pensando que el caballo volvería por el mismo camino que lo había llevado, le dejó las riendas sueltas, y abstraído en la felicidad que le producía el verse dueño de las tres toronjas, no se fijó que iba atravesando, quién sabe desde cuantas horas, un desierto inmenso, cuyo fin no se veía. Comenzó a sentir sed, pero no divisaba agua por ninguna parte. El calor y los deseos de beber acrecentaban su sed ¿y cómo saciarla? Tal vez comiéndose una toronja lo conseguiría; pero él no había pasado por tantas penalidades para comerse una toronja, y quería llegar con ellas enteras a su palacio.

Siguió su camino, y la sed también siguió apretando, y tanto apretó que, muy a su pesar, partió una toronja. Pero él que la parte y que sale una princesa... ¡cielo santo!... qué princesa!... Jamás él había visto nada más bello... ésta si que podría ser su esposa! Y olvidando la sed, se disponía a declarar su amor a aquella hermosa aparición; pero ella, sin dejarlo hablar, le dijo:

—Príncipe, tengo sed, dame un poco de agua.

—Hermosa criatura—contestó el príncipe—¿de dónde saco agua si no se encuentra aquí por ninguna parte?

—Entonces me vuelvo a mi toronja—dijo ella.

Y se metió en la toronja, que se cerró tras la princesa, y desprendiéndose de las manos del príncipe, se fué rodando, rodando, hasta perderse de vista.

Poco más allá había un arroyo y allí bebieron el prin-

cipe y su caballo. El príncipe se tiraba los cabellos a dos manos y decía:

—¿Por qué no esperaría un momento más sin partir la toronja? y entonces la princesa y yo hubiéramos podido apagar nuestra sed. Pero si hubiera encontrado antes este arroyo ¿me habría visto en la necesidad de partir la toronja? Es claro que no, y en tal caso no habría conocido a la princesa. Me contentaré, ya que no hay otro remedio, con las dos toronjas que me quedan, y sigamos nuestro camino.

Anduvo un día y otro día más, sin salir del desierto, y nuevamente comenzó a sentir ansias de beber. Hizo andar más ligero a su caballo para ver si encontraba algún otro arroyo, pero no halló nada y la sed iba en aumento.

Si parto la segunda toronja—pensaba—puede salir una princesa tan linda como la otra y, como ella, pedirme agua, ¿y qué agua le podré dar si no la hay por estos sitios? Y perderé la princesa y la toronja y seguiré con la misma sed. ¿Y si en esta toronja no hubiese, como en la primera, una princesa encantada, no podría apagar mi sed? Manos a la obra—dijo—y partió la segunda toronja, y al punto salió de ella una segunda princesa, que, si la otra era hermosa, ésta decía fuera (1); y sin darle tiempo para hablar, le dijo:

—Príncipe, dame un poco de agua, que tengo mucha sed.

—Princesa ¿de dónde conseguiré agua, si no se encuentra ni una sola gota por aquí?

—Pues entonces me vuelvo a mi toronja.

E inmediatamente se metió en la toronja, que se cerró

(1) Es decir, era más hermosa todavía.

herméticamente y desprendiéndose de las manos del príncipe, se fué rodando, rodando, hasta perderse de vista.

—¡Caramba!—pensó el príncipe—por suerte me queda todavía otra toronja, que es como decir otra princesa. De ésta no me desprendo por nada, aunque me muera de sed. Vamos andando y suceda lo que Dios quiera.

Y apretó las espuelas al caballo, que partió a la carrera. Instantes después llegaron a un arroyo, caballero y caballo apaciguaron su sed y continuaron su carrera toda la tarde y toda la noche, sin cesar. Cuando aclaró, se encontró el príncipe a orillas de una laguna, que le era muy conocida porque estaba cerca de la ciudad. Ahí descendió del caballo y sentándose en un tronco que estaba tendido cerca del agua, se determinó a partir la tercera toronja. Apenas la abrió, salió de ella una tercera princesa. Si las otras eran bellas, ésta las superaba en todos sentidos: no había comparación entre ella y las otras dos. El príncipe se quedó alelado, contemplándola y sin poder hablar palabra; tanta era su emoción. Ella le dijo:

—Príncipe, dame un poco de agua, porque estoy muerta de sed.

El príncipe se inclinó al río y tomando agua en el hueco de sus manos, se la dió a la princesa, que bebió con ansias. Inmediatamente la toronja, que había quedado en el suelo, se fué rodando hacia el agua, que la arrastró en su corriente.

—Príncipe—dijo la princesa—esta agua que he bebido me ha desencantado y desde este momento soy tuya.

El príncipe se sintió el más feliz de los hombres; por fin había encontrado una mujer de su agrado para hacerla su esposa. Le rogó que lo esperara arriba de un copo-

so sauce que estaba ahí cerca, mientras iba en busca de una de las carrozas del rey, para que hiciera su entrada a la ciudad como correspondía a la que había de ser la compañera de su vida; y despidiéndose de ella con un beso, partió en su caballo a toda carrera.

Poco después, una negra que estaba acarreando agua del río para su casa, llegó a llenar su cántaro a la laguna. Al inclinarse, vió reflejada en el agua una cara hermosísima, y ella, que nunca se había mirado en un espejo, porque no los conocía, creyó que era su rostro y dijo:

—¡Benaiga, (1) Dios! que yo sea tan bonita, y acarriando agua!

E hizo pedazos el cántaro y se volvió a su casa. Allá pensó que por bonita que fuese, necesitaba agua para la comida y para lavar su ropa, y tomando un nuevo cántaro, volvió a la laguna. Pero como la princesa seguía arriba, siempre su rostro se reflejaba en el agua, y la negra, creyendo que era el suyo, dijo nuevamente:

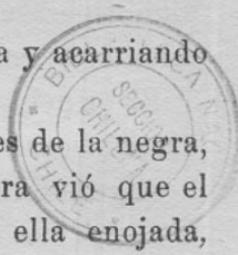
—¡Benaiga, Dios! que yo sea tan bonita, y acarriando agua!

Y volvió a quebrar el cántaro. Pero, en la casa, se hizo la misma reflexión anterior y volvió con otro cántaro. Sin embargo, al contemplar el rostro que se reflejaba en la laguna, no pudo contenerse, y quebró el tercer cántaro, al mismo tiempo que decía:

—¡Benaiga, Dios! que yo sea tan bonita y acarriando agua!

La princesa al ver los gestos y ademanes de la negra, no fué dueña de sí y se rió, y como la negra vió que el rostro reflejado en el agua se reía, estando ella enojada,

(1) *Benhaiga*=bienhaya.



pensó que no podía ser el suyo, y mirando para arriba, descubrió a la princesa, que lanzó una carcajada. Entonces se subió al sauce y le dijo a la princesa:

—Tan linda, mi señorita, lástima que le anden piojitas por la cabeza. ¿Quiere que la despulgue?

Y se hizo que la despulgaba, y haciendo sonar las uñas, trataba de hacerla creer que mataba piojos. Pero de repente le clavó un alfiler en la cabeza y al punto la princesa se convirtió en zurzulita, (1) y emprendió el vuelo, dejando la ropa entre las ramas del sauce. La negra inmediatamente se despojó de su vestimenta, que arrojó al río, y cubriéndose con las que había dejado la princesa, se quedó ocupando su lugar en el árbol.

Sólo al otro día pudo volver el príncipe, y al ver a la negra, le preguntó qué se había hecho la princesa. La negra le contestó:

—Si soy yo la princesa, que con la humedad de la laguna y el aire frío de la noche, me he puesto así; pero esto pasará.

El Príncipe creyó que era cierto y hasta llegó a pensar que no habría terminado aún completamente el encantamiento y que las cosas cambiarían más tarde, y se la llevó en la carroza; y a pesar de la protesta de sus padres, que no querían tener una nuera tan horrible, y de que le pedían esperase siquiera hasta que se acabara el encantamiento, se casó con ella.

El príncipe no era feliz, y más de una vez lo sorprendieron llorando.

Algunos días después de celebradas las bodas, estaba

(1) Zurzulita, es la tortolita cuyana o cordillerana, *Columba picui*. Zurzulita es corrupción de tortolita.

el jardinero del palacio regando el jardín, y al dar las 12, ve que una zurzulita se para en la rama de un árbol que quedaba frente a él, y después de llorar unos instantes, se puso a conversar con el jardinero:

—Jardinero que riegas tan a deshora:

¿Qué hace el príncipe con su negra mora?

—A veces canta y a veces llora.

—¡Ay, triste de mí, por los campos sola!

Y se fué volando.

Al otro día a las 12, la zurzulita volvió y posándose en la misma rama, lloró un momento y repitió el diálogo con el jardinero:

—Jardinero que riegas tan a deshora:

¿Qué hace el príncipe con su negra mora?

—A veces canta y a veces llora.

—¡Ay, triste de mí, por los campos sola!

Y se fué volando.

El jardinero contó al príncipe lo que sucedía y el príncipe le recomendó que pusiera un poco de liga en la rama en que se paraba la zurzulita, y le agregó que él, a las 12, estaría oculto cerca del árbol.

Llegó el otro día, y cuando dieron las 12, la zurzulita llegó volando, se paró en la rama de costumbre y después de llorar, entabló con el jardinero el mismo diálogo de los días anteriores:

—Jardinero que riegas tan a deshora:

¿Qué hace el príncipe con su negra mora?

—A veces canta y a veces llora.

—¡Ay, triste de mí, por los campos sola!

Y al querer volar, no pudo hacerlo, porque tenía las patitas pegadas a la rama.

El jardinero se subió al árbol y con sumo cuidado, para

no maltratarla, despegó las patitas de la avecita, y se la entregó al príncipe. La zurzulita miraba cariñosamente al príncipe y gorjeaba tristes arrullos, mientras el príncipe la acariciaba.

Como era la hora del almuerzo, cuando el príncipe entró al comedor con la zurzulita, estaban ya todos reunidos en la mesa. El rey, la reina y demás personas que comían con la familia real la encontraron preciosísima, y le echaban mil «Dios te guarde»; sólo la negra pidió que la mataran y se la sirvieran asada, porque le habían venido antojos de comérsela; pero nadie le hizo caso, y dejaron que la avecita se paseara tranquilamente por la mesa, comiendo las miguitas que le echaban. En uno de sus paseos se acercó al príncipe y se metió debajo de su mano. El príncipe se puso a acariciarla, sin embargo de las protestas de la negra, que seguía pidiendo se la sirvieran asada, y al pasarle la mano por la cabeza, sintió una cosa dura.

—¿Qué será—dijo—esto que tiene el pajarito? Parece la cabeza de un alfiler.

La negra que oye esto y se desmaya; pero nadie se preocupó de ella. El príncipe tira la dureza que había notado y saca un alfiler. Inmediatamente la zurzulita se convierte en la princesa que había salido de la tercera toronja, y, como estaba desnuda, la reina la cubrió al punto con su manto.

El príncipe dijo:

—Esta es la princesa que yo traía para casarme, y la única que será mi esposa, y que no sé por qué motivo andaba convertida en zurzulita.

La princesa contó, entonces, su aventura con la negra, y el rey, indignado de la maldad de esta pérfida mujer,

ordenó que la atasen fuertemente a dos potros de los más chúcaros que encontrasen, de una pierna a cada uno, y que los potros partiesen violentamente en sentido contrario. Lo que se hizo en la forma ordenada.

Y el príncipe y la princesa se casaron, se celebraron grandes fiestas y fueron muy felices.

Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento para las serranías de más adentro.

Cf.: COSQUIN, *Petites monographies folkloriques à propos de Contes maures recueillis à Blida* par M. J. DESPARMET. Monographie B. *L'Épingle enchantée*. En *Rev. de Trad. pop.* Avr.-sept. 1913, Mars-juill. 1914. Janv. -août 1915.

—Notas del cuento *La Biche blanche*, *Cont. pop. de Lorraine*, t. I, págs. 234-236.

ANDREWS.—*Les trois Oranges*, *Cont. ligures*. Cuatro versiones, págs. 235, 241, 287 y 295. V., además, nota de la p. 237.

ARTIN PACHA.—*Le Pot enchantée*, *Cont. pop. de la Vallée du Nil*, p. 63.

BRAGA.—*As Nozes*, *Cont. trad. do pov. portuguez*, p. 106.

—*As tres cidras do amor*, *Ibidem*, p. 108, y notas, t. II, págs. 197-198.

CARNOY et NICOLAIDES.—*Marietta et la Sorcière, sa marâtre*, *Trad. pop. de l'Asie Mineure*, p. 91.

COELHO.—*As tres cidras do amor*, *Cont. nac. para creanças*, p. 61.

HERNÁNDEZ DE SOTO.—*Periquito y Mariquita*, *Ctos. pop. de Extremadura*, p. 31.

—*Las tres naranjas de un salto*, *Ibidem*, p. 39.

KLIMO.—*Les trois pommes, Cont. et Lég. de Hongrie*, p. 154.

ORTOLI.—*Les trois Oranges, Cont. pop. de l'île de Corse*, p. 75.

PITRÉ.—*La bella Rosa, Fiab., Nov. et Recc. pop. siciliani*, t. I, p. 118.

—*La bella di li setti citri, Ibidem*, p. 119 y nota de las págs. 120-122.

—*La Bella de 'setti cedri, Ibidem*, t. IV, p. 285.

ROMERO.—*A Moura torta, Cont. pop. do Brasil*, p. 105.

12.—El Medio-Osito

Este era un rey que tenía una hija muy hermosa, recién casada con un príncipe. El rey la amaba mucho, y como no tenía otros herederos, ella debía sucederle en el trono.

Un día salió el rey con su hija, su yerno y varios caballeros y damas de la corte a dar un paseo a caballo por los alrededores de la capital y se dirigieron a una meseta desde la cual podía admirarse un precioso panorama.

En lo mejor del paseo, la princesa se vió obligada a apartarse un momento del sitio en que se hallaban su padre y acompañantes, y se internó entre unas rocas situadas no muy distante. Mas, cuando se disponía a reunirse con la comitiva, se le presentó, de repente, un enorme oso que, levantándola como una pluma entre sus formidables patas delanteras, se la llevó a una caverna que estaba oculta entre unos grandes peñascos y allí la encerró, tapando la entrada con una gran piedra, tan bien, que nadie hubiera sospechado que existiese una cueva en ese sitio.

Los que estaban arriba no hallaban qué pensar de la demora de la princesa, hasta que el rey, lleno de inquietud y temeroso de que le hubiera ocurrido alguna desgracia, ordenó que todos bajasen a buscarla. Así se hizo, pero inútilmente, porque fué imposible dar con ella.

Los paseantes tornaron a la ciudad muy tristes, y el rey, cuando llegó a palacio, llorando contó a la reina lo sucedido.

La noticia corrió por el país, y todo el mundo se sintió afligido, porque la princesa era apreciada y querida de todos por su hermosura y sus bondades.

Mientras esto pasaba en las tierras del reino, la princesa sufría horriblemente en la cueva del oso. Verse transportada de improviso de en medio de las mayores comodidades y del cariño de los suyos a una caverna obscura, destituida de todo recurso, sin más compañía que el oso, y sin otra alimentación que las frutas y raíces que él le proporcionaba, no era, por cierto, una suerte muy envidiable.

La vida miserable que llevaba tornó su carácter suave y apacible en áspero y huraño, endureció su corazón y lo cerró a todo sentimiento generoso.

La terrible impresión que el oso produjo en su espíritu, al llevarla a la caverna, y su continua vista, influyeron de tal modo en ella, que el hijo que dió a luz algún tiempo después, resultó un ser extraño, mitad hombre y mitad oso, el cual creció rápidamente.

Cuando el Medio-osito cumplió quince años, le dijo la princesa:

—Hijo mío, odio con toda mi alma al viejo oso; llevo a su lado diez y seis años de continuo martirio; tú tienes obli-

gación de vengar a tu madre que tanto ha sufrido. ¿Quieres que lo matemos?

El Medio-osito, que también aborrecía al viejo oso, porque su madre desde que era pequeñito trató siempre, por todos los medios, de infundirle odio hacia él, aceptó la proposición de la princesa, y convinieron en que cuando el oso llegara y fuese a entrar, el Medio-osito, que debía estar esperando a un lado de la abertura de la cueva, le dejase caer encima la gran piedra que servía de puerta.

Así lo hizo el Medio-osito, y tan acertadamente, que el viejo oso quedó convertido en una enorme tortilla.

Inmediatamente abandonaron la cueva y, atravesando bosques y lugares desiertos, anduvieron muchos días por unos cerros, hasta que, al fin, entraron a un gran palacio en que no encontraron a nadie.

A media noche llegó un caballero y les dijo que él era el dueño del palacio. Entonces la princesa le contó su historia, y el caballero, compadecido, los invitó a permanecer ahí todo el tiempo que quisieran. Aceptaron la invitación, y fueron muy bien atendidos y servidos.

La princesa, a pesar de las privaciones y sufrimientos que había pasado, seguía tan hermosa como antes. El caballero, que aunque tal parecía, era, en realidad, jefe de una temible partida de bandidos, procedentes, como él, de la Tierra de los Matones (1), se enamoró de ella y le pidió lo aceptase como esposo. Ella accedió, porque así seguiría viviendo en el palacio y sería dueña de todas las riquezas que en él se encerraban.

Después de transcurrido algún tiempo, el caballero—así lo llamaremos—dijo a la princesa:

(1) *Matón*=bravo, valentón, baladrón.

—Sólo una cosa nos sobra para ser felices, y es tu hijo, el Medio-osito. ¿Por qué no lo matamos?

—Bueno, que desaparezca, contestó la princesa; pero ni tú ni yo lo mataremos; acuérdate que es mi hijo.

—No lo mataremos ni tú ni yo, repuso el marido, pero morirá. Mañana te harás la enferma y dirás al Medio-osito que el médico te ha recetado que tomes del agua misteriosa de un manantial que brota de la montaña situada más allá de mi país, que es la Tierra de los Matones; le darás esta botellita y le pedirás que te la traiga llena de esa agua.

La princesa se fingió enferma, llamó al Medio-osito y le dijo:

—Me siento mal, hijo mío, y el médico me ha dicho que no sanaré sino tomando del agua misteriosa que nace de la fuente que hay en tal y tal sitio; pero aseguran que ese es un lugar muy peligroso y que es difícil que vuelva con vida el que trate de llegar a él.

El Medio-osito le contestó que él no le tenía miedo a nadie y que iría a buscar el agua misteriosa porque quería verla buena y sana.

Entonces el padrastro le dió un burro enfermo y cojo, que apenas andaba, para que fuese montado en él y recomendándole que volviera muy pronto. El Medio-osito montó en el burro y se fué muy contento.

Anduvo muchos días, y al pasar frente a un hermoso palacio, que era de un rey sabio, éste, que se hallaba en la puerta, lo llamó y le preguntó para dónde iba, y el Medio-osito le contestó que su madre estaba enferma y que lo habían mandado buscar de una agüita misteriosa que brota de una montaña situada más allá del país de los Matones, con la cual sanaría.

—Es cierto que existe esa agua, le dijo el rey; pero te mandan allá no porque tu madre esté enferma, sino porque tu padrastro quiere que te maten, y para eso te han dado ese burro enfermo y cojo, que apenas anda.

Llamó el rey a su mayordomo y le ordenó que hiciese traer el más grande y corredor de los caballos que encontrara en sus pesebreras; y poco después un criado traía un hermoso caballo enjaezado.

El rey dijo al Medio-osito:

—Sube en este caballo y él te llevará a la Tierra de los Matones, y cuando vayas a entrar en aquel país, le clavas las espuelas a fin de que corra lo más velozmente posible y lo atraveses con toda rapidez, de una sola carrera. Lo mismo harás cuando vengas de vuelta. Si no cruzas el país con toda ligereza, los matones te prenderán y te matarán, después de hacerte pasar por los más crueles suplidos.

Montó el Medio-osito a caballo, y en cuanto llegó a la Tierra de los Matones, clavó espuelas a su cabalgadura, y ésta, como si comprendiera el peligro en que su caballero se hallaba, emprendió una carrera vertiginosa.

Apenas vieron los matones al Medio-osito, lo acometieron, disparándole piedras y palos; pero todo inútilmente, porque el caballo corría como una exhalación y no les quedó otro recurso que dejarlo pasar.

Pronto llegó el Medio-osito a la fuente en que estaba el agua misteriosa; llenó su botellita y deshizo su camino, pasando nuevamente por la Tierra de los Matones, quienes por segunda vez quisieron detenerlo, pero tampoco lo alcanzaron.

Después de unas cuantas horas llegó a casa del rey sabio, que ordenó al criado llevarse el caballo para adentro

y trajese el burro. El Medio-osito se puso a descansar y se quedó profundamente dormido. Mientras roncaba, el rey le cambió el agua de virtud por agua de la llave (1).

Cuando el Medio-osito despertó, se despidió del rey después de agradecerle sus servicios, y, montando en el burro enfermo y cojo, siguió su camino.

El padrastro se asombró profundamente al ver llegar al Medio osito sano y salvo, pues contaba con que sus paisanos, que no permitían que ningún extranjero pisara sus dominios, le habrían matado, y más, yendo, como iba, en un burro estropeado, que no podía correr.

En la noche el matón dijo a su mujer:

—Mañana no te levantarás y harás creer a tu hijo que sigues más enferma que antes; le dirás que el doctor te ha asegurado que no sanarás sino cuando te comas el corazón del rey que gobierna el país que está más allá de unos cerros que se abren y se cierran.

Al día siguiente amaneció la princesa quejándose tristemente, y habiéndole preguntado el Medio-osito qué tenía, le contestó que con la agüita misteriosa había empeorado, que había pasado muy mala noche, que se sentía muy enferma y que el doctor le había dicho que no sanaría sino cuando le trajesen el corazón del rey que gobierna el país que está pasado unos cerros que se abren y se cierran; pero que no había quién se atreviese a ir a ese país.

—Yo iré, madre, al mismo infierno, si es preciso, con tal de que usted se mejore.

Montó el Medio-osito en el mismo burro enfermo y cojo en que había hecho el viaje anterior, y llegó al palacio del rey sabio.

(1) *Agua de la llave* es la que se saca de la cañería del agua potable.

—¿A dónde vas, hijo mío? le preguntó el rey.

—Voy, señor, a sacarle el corazón al rey que gobierna el país que está más allá de los cerros que se abren y se cierran, para que sane mi madre.

—Está bien que vayas, hijo mío, y que traigas el corazón de ese rey; pero no es eso lo que quieren ni tu padrastro ni tu madre, sino que te maten, y para facilitar el fin que persiguen te han dado ese burro estropeado, que apenas anda. Además, tu madre ni ha estado ni está enferma; pero siempre es bueno que vayas.

Ordenó el rey que llevasen el burro a la pesebrera y trajesen el mismo caballo en que el Medio-osito había hecho el viaje en busca del agua maravillosa, y dijo al Medio-osito:

—Tienes que volver a atravesar la Tierra de los Matones y la pasarás a toda carrera, como la otra vez; continuarás tu camino, y después de algunos días de marcha, llegarás a los cerros que se abren y se cierran, y de nuevo clavarás las espuelas al caballo de modo que atraviese como un rayo el paso que dejen los cerros en el instante de abrirse; y trata de que no te cojan cuando se cierran, porque de ti y del caballo harían una sola tortilla. Una vez al otro lado, sin perder momento, irás a buscar al rey y lo desafiarás a pelear contigo. El es fuerte y valiente y te vencerá con seguridad, si no te defiendes con esta espada que te doy y con la cual procurarás pegarle en el cuello. En cuanto el arma toque aquella parte de su cuerpo, caerá en tierra, y entonces con la misma espada le sacarás el corazón. A la vuelta tomarás iguales precauciones que a la ida. Mira la violeta que hay en este florero: mientras se conserve fresca, será prueba de que te va bien; si se marchita, será señal de que estás en peligro.

Yo la veré a cada momento para saber cómo te va y si es preciso que acuda en tu socorro. No olvides mi encargo: pegarle al rey con la espada en el cuello. Y adiós y hasta la vuelta.

Partió el Medio-osito muy contento, y al pasar por el país de los Matones, fué perseguido a pedradas, pero las piedras no lo alcanzaban. Continuó su marcha, y al llegar cerca de los cerros, clavó espuelas al caballo, que cruzó velozmente el estrecho paso que dejaban en el momento de abrirse; pero no tanto que al cerrarse no alcanzaran a pescar la larga cola del caballo, que fué arrancada de raíz (1).

Libre de estos peligros, llegó feliz frente al palacio del rey, y sin siquiera bajarse del caballo, desafió al monarca a singular combate. Salió el rey en otro caballo y le dijo que aceptaba el desafío y que, si le parecía, comenzarían inmediatamente,

A pesar de la fatiga del viaje, el Medio-osito convino en ello, y poniéndose uno frente al otro, comenzó la pelea.

El rey, como había dicho al Medio-osito su protector, era fuerte y valiente, y tenía al pobre niño bastante mal parado; pero éste se acordó a tiempo de la espada que le había entregado el rey sabio, y desenvainándola, atacó denonadamente a su contrario. El rey también sacó la suya, y como era hombre acostumbrado a manejar esta ar-

(1) En el cuento *Jean le Teignous*, (SÉBILLOT *Contes des Marins*), en la página 89, Juan el Tiñoso huye de su padre (el Diablo) en una mula, y después de muchas peripecias, «el pequeño arroyo que rodea a la Tierra Santa» arrancó a la mula la mitad de la cola. En un cuento de la isla de Lesbos, Jean-Cerf atraviesa, montado en su yegua, dos montes que se cierran, los cuales alcanzan a cortar a la cabalgadura la punta de la cola. (GEORGEAKIS ET PINEAU, *Le Folk-lore de Lesbos*, p. 68). V., además, nota de la pág. 130.

ma, se defendía a las mil maravillas; pero el Medio-osito no lo hacía tampoco muy mal. Era de ver cómo saltaban chispas al continuo choque de las dos espadas y el esforzado empuje con que se atacaban ambos combatientes. Ya habían transcurrido más de dos horas y todavía ninguno de los dos había conseguido herir a su enemigo. La pelea llevaba visos de no terminar, cuando un resbalón del caballo del rey, que lo obligó a sujetar las riendas con las dos manos para no caer, permitió al Medio-osito tocarlo en el cuello.

En el momento el rey cayó al suelo como herido por un rayo, y el Medio-osito, echando pie a tierra, con la misma espada con que había combatido le abrió el pecho y le arrancó el corazón, que envolvió en un pañuelo de seda y guardó con todo cuidado. Inmediatamente montó a caballo, y clavándole las espuelas, atravesó sin detenerse los cerros que se abren y se cierran y la Tierra de los Matones, sin que los cerros lo cogieran, ni los palos ni las piedras de los matones lo alcanzaran; y de una sola carrera llegó al palacio del rey sabio.

Mientras el Medio-osito dormía un momento, el rey le cambió el corazón que había conquistado en la pelea, por el de un cordero que acababan de matar.

Al despertar, se despidió de su protector, y después de agradecerle sus servicios, montó en el burro y continuó su camino hasta llegar a casa de su madre, a la cual entregó el corazón.

El matón, cuando lo vió llegar, se quedó admirado: nunca creyó que el Medio-osito saliera ileso de tantos peligros.

El odio que el matón tenía al Medio-osito crecía momento a momento; su vista le era insoportable, y, de

acuerdo con la princesa, decidió matarlo; y así lo hizo una noche, mientras el niño dormía. Después cortó su cuerpo en menudos pedazos y los echó en un saco que colgó del cuello del burro.

El animal, que fué despedido a palos, salió a la calle, siguió el camino que ya dos veces había hecho con el Medio-osito y llegó al palacio del rey sabio y se entró al patio. El rey malició algo de lo que había pasado, e hizo poner el saco en una mesa.

Cuando lo abrió y vió lo que contenía, se le llenaron los ojos de lágrimas. Llamó al jefe de su guardia y le ordenó que con veinticinco hombres fuese a casa del matón y la princesa y a ambos los matara. En seguida, tomando los trozos del cuerpo del pobre niño, lo armó sobre la mesa, le colocó en el lugar correspondiente el corazón del rey que el Medio-osito había matado, lo roció con el agua que él mismo había traído en su primer viaje, y echando su aliento en la boca del muerto, lo animó y le dió nueva vida (1).

El Medio-osito se levantó convertido en un joven hermosísimo, y restregándose los ojos como quien acaba de despertar, dijo:

(1) Léese la misma escena en un cuento francés:

«Tu seras mis à mort et ton corps haché menu, comme chair à pâté. Mais, ne t'effraye pas, car, malgré tout, tu ressusciteras et épouseras un jour la fille du roi de Naples. Avant de mourir, demande que l'on mette dans un sac ton corps, ainsi réduit en menus morceaux, et que le sac soit mis sur le dos de ton cheval, que l'on laissera aller en liberté. On te l'accordera facilement. Le cheval reviendra à la maison, et dès lors, tu seras sauvé, car avec de l'eau merveilleuse que je possède, de l'eau de vie, je te ressusciterai et reconstitueraí ton corps, aussi entier et aussi sain qu'il le fut jamais.» (LUZEL, *Cont. pop. de Basse Bretagne. III*, p 269. *Le Prince de Tréquier*).

—¡Qué sueño tan largo y tan pesado he tenido! Soñaba que mi madre y mi padrastro me habían asesinado y me habían arrojado al campo para que me devoraran los perros.

El rey dijo:

—No vuelvas más a casa de tu madre, porque es una casa maldita y allá no te esperan sino desgracias. Quédate conmigo, te casarás con mi hija y después de mis días reinarás sobre este país.

El Medio-osito nunca supo la suerte que habían corrido su madre y su padrastro. Siguió viviendo al lado del rey sabio, con cuya hija, que era una lindísima y virtuosa princesa, se casó, siendo ambos muy felices en toda su larga vida.

Cf. COSQUIN, *Jean de l'Ours, Cont. pop. de Lorraine*, t. I, p. 1.

ANDREWS, *Jean de l'Ours, Cont. ligures*, p. 181.

COELHO, *A Princeza abandonada, Cont. pop. portuguezes*, p. 134.

ESPINOSA, *Juan del Oso, New Mexican Spanish Folk-lore, III Folk-Tales*, p. 437.

LENZ, *El Hijo del Oso, Est. Araucanos*, p. 261 y p. 350.

PITRÈ, *Lu Ciclòpu, Fiab. Nov. e Rac. pop. siciliani*, t. II, p. 129, y variantes y notas, págs. 136-138.

ROMERO, *A mãi falsa ao filho* (sólo la 2.^a parte). *Cont. pop. do Brasil*, p. 185.

SÉBILLOT, *Jean le soldat, Cont. des Marins*, p. 201.

13. La muñequita de loza (1)

Para saber y contar y contar para aprender.

Esta era una viejecita que vivía en una casa de campo con su nietecita, una linda niñita de unos ocho años, que se llamaba María; y eran tan pobres que a veces no tenían ni qué comer.

La niña, para instruirse, tenía que ir a la escuela de un pueblo cercano; y para que no hiciese viaje a almorzar, la abuela le daba algunas cosas de comer, que llevaba en una canastita.

Un día en que la escasez era grande en la casa de campo, la abuela no pudo dar a Mariquita sino unos cuantos pedazos de pan, y ese día, precisamente, en el camino, le salió al encuentro a la niña una anciana que le dijo hacía dos días que no comía nada y le pidió que la convidara con algo de lo que llevaba para su almuerzo. Mariquita, que era de muy buen corazón, condolidada de la necesidad de la pobre limosnera, que parecía desfallecida de hambre, le pasó su canastita:

—No llevo más que estos pedazos de pan para almorzar en el colegio; tómelos, aunque yo no coma nada hoy.

La pobre tomó los pedazos de pan y sacando de debajo

(1) En Chile se venden dos clases de muñecas: las de loza (loza, porcelana, cartonpiedra, etc.), que son importadas de Francia y Alemania, y que, por su alto precio, sólo pueden adquirir las niñitas ricas; y las *de trapo*, fabricadas en el país con lienzo usado, rellenas de trapos, y a las cuales, con hilo de color (rojo, negro, etc.), se les hacen ojos, nariz, boca y orejas, y son las que generalmente adquieren las niñitas más pobres, que con ellas se sienten tan felices como las ricas con las suyas de loza. Las que, por sus cortos medios, no pueden comprar ni muñecas de trapo, se contentan con revestir cualquier pedazo de palo, o una coronta de choco, y tan felices como las otras.

del manto una preciosa muñequita de loza, muy bien vestida, se la entregó, diciéndole:

—Toma esta muñequita y cuidala mucho porque va a ser tu suerte. Llegando a tu casa, le contarás a tu abuelita lo que te ha pasado conmigo y le dirás que te prepare una cama bien limpia para acostarte con la muñeca. A la hora de costumbre te acostarás con ella, y cuando den las 12, dirás a tu abuelita: «Abuelita, tengo miedo ¿quiere que me pase a su cama?» y ella te contestará que bueno. Entonces dejas tu cama, pero antes abrigas bien a la muñequita. Al poco rato oirán que la muñequita dice: «¡Mariquita, quiero hacer caca! ¡Mariquita, que ya me hago caca!», y sentirán un ruido como si la muñeca hiciera lo que dice. Luego te levantas a ver lo que ha hecho la muñeca, y se lo avisas a tu abuelita».—Y dicho esto, la anciana se fué.

En la tarde, cuando llegó a su casa, Mariquita le contó a la abuelita su encuentro con la limosnera y le mostró el regalo que le había hecho.—Fíjese, mamita (1), le decía, es de loza y bien fina.

Mariquita estaba muy contenta con su muñequita y no hallaba dónde ponerla: la sentaba, la acostaba, la hacía andar tomándola de las manitos (2), la mecía en sus brazos, cantándole la rurrupata (3); vamos, que no la dejaba quieta un momento.

En la noche, Mariquita cambió por otras más limpias

(1) *Mamita*. Nombre cariñoso con que se designa a la abuela, a la mujer que nos ha criado, a cualquiera anciana. Nombre que el vulgo da a la madre.

(2) *Manito*, diminutivo de *mano*, de uso corriente hasta entre las personas educadas.

(3) La *rurrupata*. Canto de cuna. V. *Contribución al Folklore de Carahue*, 1.^a parte, págs. 47-57.

las sábanas y las fundas de las almohadas, y se acostó con su muñequita. El sueño se le había ido y no podía dormir, así es que en cuanto sintió que el reloj de la iglesia del pueblo daba las 12, despertó a su abuelita y le dijo:

—¡Abuelita, tengo miedo! ¿quiere que me pase a su cama?

—Pásese, pues, hijita—le contestó la abuela,—y la niña se pasó para la otra cama, dejando antes bien arropada a su muñeca.

Poco rato después oyeron que la muñequita decía:

—¡Mariquita, quiero hacer caca! Mariquita, que ya me hago caca! Mariquita, que no aguanto!

E inmediatamente sintieron un ruido que correspondía perfectamente a las quejas de la muñequita. La abuela gritaba:—¿No ves? para eso le cambiaste ropa a la cama, para que la cochina de tu muñeca la dejara inservible!

Mariquita se levantó sin decir ni una palabra, porque le encontraba razón a su abuelita; pero cuando echó atrás la ropa y quedó descubierta la muñeca, vió la cama llena de monedas de oro nuevecitas, que daba gusto verlas cómo relumbraban.

—¡Abuelita, abuelita! levántese a ver esta riqueza que nos ha traído mi muñequita. ¡Por Dios! tanta plata! (1).

La pobre vieja se levantó y no daba crédito a lo que veía; tomaba las monedas, las miraba y remiraba, las olía por si la vista la engañara, las hacía sonar dejándolas caer en el suelo, y tuvo que rendirse ante tantas pruebas: ¡eran monedas, verdaderas monedas! La abuela lloraba de gusto, y agradecida de los beneficios que del cielo recibía, se arrodilló con su nietecita a dar gracias a Dios y a rezar

(1) Plata=dinero.

ante una imagen de la Virgen del Carmen, de quien era muy devota.

La muñeca repitió la operación tres veces en la noche, así es que al otro día por la mañana se encontraron con una cantidad tan grande de monedas de oro que llenaron varios sacos con ellas, y escondieron lo mejor que les fué posible.

Pasó algún tiempo, y la niña, que crecía en edad, en bondad y en hermosura, seguía yendo a la escuela, pero vestida con mejores trajes; ya no llevaba pan seco, como antes, sino con mantequilla y dulce de membrillo, y en abundancia, para participar de su almuerzo a sus compañeras pobres, cuyas madres no tenían que darles.

A los del pueblo comenzó a llamarles la atención el cambio de situación de la abuela y de la nieta, y no faltaban algunas envidiosas. A todas sobrepujaba una vieja fea y mala, hermana de la abuelita de María, que también tenía una nieta de la edad de Mariquita, más o menos, y que se llamaba Peta (1). Una vez que Mariquita iba al colegio, le salió al encuentro esta vieja envidiosa y le preguntó de dónde habían sacado plata para vivir con tanta comodidad, y la niña le contó el encuentro que había tenido con la viejecita limosnera, de quien había recibido una muñequita de loza, que era la que les había proporcionado dinero; en fin, le refirió todo, sin omitir detalles. La vieja le pidió que le prestase la muñeca por algunos días para hacerle algunos trajecitos nuevos; pero era para que les diera plata.

Mariquita, de paso para el colegio, le llevó la muñeca al otro día, y llegada la noche, la vieja la acostó con su nieta en una cama bien limpiecita, con sábanas recién

(1) *Peta*==nombre familiar que se da a las Petronilas.

mudadas. La Peta, que había sido aleccionada por la abuela como había de proceder, cuando dieron las 12 de la noche comenzó a decir:

—Mamita tengo miedo! ¿me paso para su cama?

—Pásese pues, hijita—le contestó la abuela—y la Peta se pasó a la cama de la vieja, dejando bien arropada a la muñequita.

Al poco rato la muñeca se puso a hablar:

—¡Peta, que ya me hago cacal Peta, sácame de la cama, porque si no te la ensucio!

Y la vieja y la nieta estaban calladitas, que no cabían de gusto, esperando el ruido que la muñeca había de hacer, para levantarse e ir a recoger el oro. Vino luego el ruido, un ruido muy fuerte, como si estuvieran vaciando carretadas de piedras. La vieja dijo:—«Esperemos, Petita, un rato todavía. ¡Vaya con la muñequita que nos está dejando harto oro en la cama! Por Dios, que no se la devuelvo más a la Maríal»—Y como la muñeca no siguiera haciendo ruido, se levantaron, por fin, y echaron a los pies la ropa de la cama; pero esta vez era cierto que la muñequita se había ensuciado y había dejado la cama hecha una compasión. La vieja, bufando de rabia, cogió la muñeca y la disparó por una ventana a un sitio vecino, que estaba desocupado, y de la ira que tenía no pudo dormir en toda la noche.

Al otro día, la vieja se hizo la enconradiza con Mariquita, y le dijo:

—Bueno en tu muñeca cochina, que me dejó la cama toda sucia.

—Entréguemela, entonces, si es tan cochina.

—La agarró el gato y quién sabe en dónde la ha dejado, porque no la he podido encontrar.

Mariquita lloró todo el día la pérdida de su muñeca, pero como tanto ella como su abuelita eran poco aparatosas y enemigas del lujo, con lo que habían guardado tuvieron para vivir con comodidad.

Pasaron unos cuantos años, tal vez unos diez, porque Mariquita, que estaba muy linda, tendría unos diez y ocho años cumplidos, cuando al rey se le antojó ir a cazar por esos lugares, y hallándose aparte de los que lo acompañaban le bajaron ganas de zullarse. Para que no lo vieran, se metió a un sitio desocupado que había por ahí cerca, y cuando concluyó su diligencia, como no llevara papel, se puso a mirar si encontraba algo con qué limpiarse, y por suerte, de entre un montón de basuras, vió que asomaba un trapo suave y muy limpio, que sacó: era una parte del vestido que cubría aún el cuerpo de la muñeca de Mariquita, y con muñeca y todo se lo pasó por el transpontín; pero él que se lo pasa y que siente un dolor agudísimo, como si lo estuvieran mordiendo. Tiraba y tiraba de la muñeca para zafársela, pero inútilmente; mientras más tiraba, más se pegaba la muñeca y más grande era el dolor que experimentaba. Se puso a gritar a toda boca, porque ya no soportaba el dolor, y como en ese momento por casualidad fueran pasando por ahí algunos de sus servidores, les pidió que le sacasen la muñeca; trataron ellos de retirarla, siempre sin resultado, porque la muñeca no largaba su presa, y el rey tuvo que irse al palacio con la muñeca pegada al trasero. Nada pudieron los médicos ni los cirujanos para desprendérsela; al contrario, apenas la tocaban, crecían los sufrimientos del monarca. El rey tentó un último recurso: hizo publicar un bando en todo el país, ofreciendo al que lo librara de la muñeca, si era

hombre, grandes honores y riquezas; y si era mujer, casarse con ella.

Acudieron como moscas de todas partes a tentar la operación, sin que nadie acertase a librar al rey del pegote que tenía; hasta que un día—como no se hablaba de otra cosa en el país—llegó el asunto a oídos de Mariquita, que dijo a su abuelita:

—¿Quiere que vamos, mamita, donde el rey? ¿quién sabe si es mi muñequita, que me perdió mi tía, la que el rey tiene pegada!

—Vamos, pues, hijita; bien pudiera ser que fuera tu muñequita.

Y se fueron al palacio y dijeron a lo que iban. Conducidas a la presencia del rey, éste se bajó los pantalones, y Mariquita exclamó:

—¿No ve, abuelita, como es mi muñeca? Muñequita ¿qué te habías hecho? vente para acá conmigo!

Y la muñequita, zafándose de dónde estaba, se fué a los brazos de Mariquita, y se puso a gritar:

—¡Mariquita, Mariquita, que me hago cacal! Mariquita, Mariquita, que ya no aguanto!—y comenzó a caer de la muñequita una chorrera de monedas de oro, que daba gusto verlas.

El rey al punto se sintió aliviado y dispuso que inmediatamente se celebrara su matrimonio con Mariquita, cuya hermosura le había llenado el ojo. Vinieron obispos y arzobispos y se llevó a cabo el casamiento, que se celebró con grandes fiestas y mucha alegría de todo el pueblo, a quien, cada media hora, se le arrojaban grandes puñados de monedas de oro que la muñequita no cesaba de proporcionar.

Después la muñequita contó al rey y a la reina que la

Virgen, que era la anciana que había salido a pedir limosna a Mariquita, se la había dado en premio de su buen corazón.

Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento para las serranías de más adentro.

Cf.:

PITRÉ.—*L' Arginteri, Fiab., Nov. e Racc. pop. siciliani*, t. I, p. 221 y nota p. 226.

—*La Pupidda, Ibidem*, t. IV, p. 242.

SAUNIÈRE.—*El Payasito de palo, Ctos. pop. Arauc. y Chilenos*, p. 198.

14.—Los niños abandonados (J. de la C. P.)

Este era un viudo que tenía dos hijos, un niño y una niña.

Al viudo se le apagaba el fuego todas las mañanas, y para encenderlo mandaba a la niña a pedir unas brasas a casa de una viuda que vivía al frente de ellos.

La viuda le hacía mucho cariño a la niña: la espulgaba, la peinaba y le daba sopitas de pan en uvas borrachas (1).

—¿Te gustan las sopitas?—le preguntaba.

—Mucho, están muy ricas,—respondía la niña.

—Díle a tu papá que se case conmigo, y cuando yo sea tu mamita, te las daré todos los días.

Llegaba la niña a su casa, y le decía a su padre:

(1) *Uvas borrachas*. Especie de miel que hacen en el campo, de uvas cocidas en arrope.

—Papacito, ¿por qué no se casa con la vecina, que me quiere tanto? Todos los días me espulga, me peina y me da sopitas de miel.

Y el padre le contestaba:

—¿Para qué me caso, hijita, cuando así lo pasamos bien? Ahora son las sopitas de miel, mañana serán de hiel.

Pero, tanto le rogó la niña que se casara, que al fin se casó.

La viuda era muy buena dueña de casa y cuidaba mucho a los niños, así es que el viudo estaba muy contento; pero este gusto le duró poco, porque una semana después comenzó a tomarles odio, y pasaba con el genio atravesado (1): los retaba (2) sin motivo; les pegaba a cada momento; en fin, que aquello no era vida: los pobres niños pasaban las penas del tacho (3).

Un día que la mujer amaneció más rabiosa que nunca, le dijo a su marido:

—¡Estos chiquillos están insoportables; me van a matar a disgustos! Si no los mandas cambiar (4) o los matas, no vivo más contigo. O se quedan ellos, o me quedo yo.

Cuando el marido oyó esto, se entristeció sobremanera; pero pensó:

—¿Qué haré? Si se va mi mujer, se me apagará el fuego, y ya no querrá darnos brasas para encenderlo, y me moriré con mis hijitos de hambre y de frío. Tendré

(1) *Genio atravesado* = mal genio.

(2) *Retar* = reprender.

(3) *Pasar las penas del tacho*.—*Pasar las penas de San Clemente* = sufrir mucho.

(4) *Mandar cambiar a uno*. Despedirlo, arrojarlo de la casa.

que echar de la casa a los pobrecitos, y que Dios mire por ellos.

Y le contestó a su mujer.

—Hágales un poco de harina (1) a los niños para el camino.

La mujer les hizo una bolsa grande de harina.

Entonces el hombre llamó a sus hijos, que estaban jugando en el sitio (2), y entregándoles la harina, les dijo:

—Vamos, hijitos, a buscar leña a la montaña.

Y él se fué adelante, y los niños atrás.

Desde que entraron en la montaña, la niña fué dejando pilitas de harina, de trecho en trecho.

Cuando llegaron a la mitad de la montaña, el padre les hizo un fuego bien grande para que se calentaran, y al lado les tendió la manta para que se acostaran.

—Acuéstense, hijitos—les dijo—porque hace mucho frío; yo solo iré a cortar la leña, y los pasaré a buscar cuando me vaya.

Con el cansancio, porque la montaña estaba muy lejos de la casa, y con el agradable calor que despedían las ramas encendidas, los niños se quedaron profundamente dormidos, y entonces el padre, que acechaba este momento, se volvió apresuradamente al lado de su mujer.

Los niños recordaron asustados al día siguiente, con el sol alto ya, y buscaron a su padre largo rato. Decían:

—¡Quién sabe si no ha podido dar con nosotros y se ha ido para la casa!

(1) *Harina*. La de que se trata aquí es la harina tostada, que se hace tostando el trigo en una *callana* (trozo de olla de greda) a fuego lento, y después se muele. Se come sola o hecha *ulpo* o *chercan*.

(2) *Sitio* = patio, o más bien, pequeña extensión de terreno cerca-do, que casi todas las casas de campo tienen detrás de las habitaciones.

—¿Y cómo vamos a irnos, preguntó el niño, si no sabemos el camino?

—No tenga cuidado, hermanito,—dijo la niña—ya verá cómo llegamos allá,

Y se puso a buscar hasta que encontró la primera pilita de harina. Entonces, siguiendo el rastro de las pilitas, les fué fácil salir de la montaña, que ellos no conocían, y después, sin trabajo, tomar el camino que conducía al pueblo.

Ya era un poco tarde cuando llegaron a la casa y encontraron la puerta cerrada. Entonces golpearon.

—¿Quién es?, preguntó la madrastra.

—Somos nosotros, mamita.

—Entren, hijitos. Su padre no los pudo encontrar, y allá adentro está llorando.

Fueron los niños a consolar a su padre, que verdaderamente estaba llorando, pero por la mala acción que con ellos había cometido.

La madrastra se portó muy bien con los niños durante varios días; pero después comenzó de nuevo a tenerles odio y a hacerlos sufrir, hasta que una tarde le dijo a su marido.

—Si no echas a los chiquillos, me voy de esta casa. Ya no se puede vivir aquí; éste es un infierno.

—Bueno, dijo el marido, los voy a dejar más lejos, pero dales un poco de harina para el camino.

—No les doy nada, porque por la harina que les di la otra vez pudieron volverse. Yo no quiero que vuelvan más a la casa.

—Si no volverán, mujer, si no volverán! si ahora los voy a dejar muy lejos!

La mujer no les dió nada, y el pobre hombre se vió

obligado a llamar a sus niños para llevarlos sin tener nada que darles.

Los niños se demoraron un poco en obedecer el llamado de su padre, porque estaban arriba de un nogal cogiendo nueces. Cuando bajaron, tenían los bolsillos repletos de ellas.

El padre les dijo:

—Vamos, hijitos, a buscar leña a la montaña.

Y él se fué adelante y detrás los niños, el chico comiéndose sus nueces.

Desde que entraron en la montaña, la niña fué dejando caer una nuez de trecho en trecho; pero el niño, que iba detrás de todos, las recogía y se las guardaba para reponer las que se había comido antes de entrar al bosque.

El padre los llevó mucho más adentro que la primera vez, les hizo un buen fuego y al lado les tendió la manta para que se acostaran.

—Acuéstense, hijitos,—les dijo—porque hace mucho frío; yo solo iré a cortar leña y pasaré a buscarlos cuando me vaya.

Los niños se acostaron y muy pronto se quedaron profundamente dormidos, y entonces su padre se fué apresuradamente a la casa.

Al día siguiente, muy de mañana, despertaron los niños y se pusieron a buscar a su padre. No encontrándolo, determinaron irse, y la niña comenzó a mirar al suelo en todas direcciones.

—¿Qué busca, hermanita?—preguntó el niño.

—Unas nueces que fuí tirando para que nos sirvieran de seña para volvernos, por si mi padre nos dejaba.

—¡Ay, hermanita de mi alma! estamos perdidos! Las

nuececitas que usted tiraba yo las recogía, y aquí las tengo guardadas en mis bolsillos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Encomendarnos a la Virgen, y andar para donde Dios quiera llevarnos.

Por allí anduvieron dando vueltas dos días y dos noches, sin otro alimento que las pocas nueces que tenían, y por fin, al tercer día, al amanecer, sintieron cantar un gallo. Siguieron andando y llegaron cerca de una casa muy grande. Entonces se subieron a un laurel que había detrás de la casa, y desde ahí se estuvieron observando. Como a las 8, dijo la niña:

—Parece que estuvieran barriendo.

Y el niño dijo:

—¿Quiere, hermanita, que vaya a ver?

—Bueno, le contestó, vaya no más.

Bajó el niño y ocultándose por aquí, por allá, llegó hasta donde una vieja que estaba tostando cocos. Calladito sacó un puñado de cocos tostados, y la vieja, sin mirarlo, dijo:

—¡Chus, gallo tuerto!

El niño volvió donde su hermana, y le dió la mitad de los cocos robados.

—¿Qué será esto? decía la niña, y lo olía y se lo echaba a la boca.

Cuando el niño le contó lo que decía la vieja, la hermana se rió y le dijo:

—Vamos ahora los dos.

—No, hermanita, puede reirse y la vieja sorprendernos.

Y bajó él solo; pero la niña lo siguió sin que él lo sos-

pechase. El niño se fué por detrasito, y cuando sacó otro puñado de cocos, la vieja repitió:

—¡Chus, gallo tuerto!

La niña no pudo contenerse y soltó una carcajada. Entonces la vieja, que era tuerta, miró para atrás y les dijo:

—¿Qué hacen ahí? ¿por qué no entran? Entren no más y coman hasta que se llenen.

Los hermanitos se hartaron comiendo cocos y estuvieron muy contentos.

En la tarde ayudaron a la vieja tuerta a hacer un gran fuego, y después les hizo traer agua de un estero que corría no muy lejos de la casa, para llenar un gran fondo (1) que entre los tres colocaron en el fuego.

Muchos viajes habían hecho los niños acarreando agua y tenían ya el fondo más de medio, cuando en otro viaje les salió al encuentro, de entre los árboles, una viejecita muy simpática, y les dijo:

—Hijitos, tengan mucho cuidado con la vieja tuerta, que se los quiere comer a ustedes. Este es el último viaje por agua que van a hacer, y cuando lleguen a la casa verán a la tuerta que está jabonando una mesita que ha colocado cerca del fondo. Ella les va a decir:—«Por qué no bailan, niñitos, en esta mesa? bailen al modo de su tierra».—Pero ustedes, por nada subirán a la mesa, porque lo que quiere la tuerta es que ustedes se resbalen y caigan al fondo, para que se cuezan y después comérselos.

Los niños le dieron las gracias a la viejecita, que se les desapareció sin saber cómo ni por dónde. En seguida se fueron a la casa con sus baldes de agua, que echaron en el fondo.

(1) *Fondo*—paila grande

La vieja tuerta estaba jabonando la mesita que era un contento (1) y el agua hervía en el fondo que daba gusto. Entonces la vieja dijo a los niños:

—¿Por qué no se suben, hijitos, arriba de esta mesa y bailan al modo de su tierra?

—Si nosotros no sabemos bailar de ninguna laya, mamita, le contestaron. Suba usted y nos enseña, y después bailamos nosotros.

—Como no, hijitos. Pero después bailan ustedes.

Pisó la vieja en la ceniza y subió a la mesa a bailar; pero en cuanto estuvo arriba, los niños levantaron la mesa del lado opuesto al fuego, y la vieja, que no pudo sostenerse, se resbaló y cayó al agua hirviendo.

Los niños bailaban de contento por la escapada que habían hecho, cuando llegó un gallo castellano y se puso a picarlos con toda furia. Gran trabajo les costó a los pobrecitos librarse de él; pero al fin de largo rato de combate, consiguieron inutilizarlo y lo echaron también al fondo.

Esa noche durmieron muy bien los chiquitines; y al otro día, en cuanto se levantaron, fueron a ver el fondo. El fuego se había apagado y el agua ya estaba fría. Volcaron el fondo y con el agua salieron la vieja tuerta y el gallo castellano casi deshaciéndose de cocidos. En el concho (2) que quedó en el fondo vieron una cosa que brillaba: era un manojito de llaves.

—Deben ser de estas puertas, dijo la niñita. ¿Abrámolas?

—Ya está; abrámolos.

(1) *Que es un gusto; que es un contento; que da gusto; que da gusto verlo.* Son frases que se emplean para ponderar una cosa.

(2) *Concho* = Hez.

Y abrieron la primera. Daba a un gran corral, lleno de toda clase de animales: gallinas, pavos, corderos, bueyes, vacas, chanchos (1).

—Aquí tenemos para comer muchos años, dijeron.

Abrieron otra puerta. Esta daba a una pieza que contenía toda clase de provisiones: azúcar, yerba (2), café, arroz, porotos (3), queso, dulces, en fin, de todo lo que se necesita para el desayuno, el almuerzo, las once y la comida.

En otra pieza encontraron vino y toda clase de licores; en otra, vestidos riquísimos y telas hermosísimas para fabricarlos; en otra, vasijas de porcelana llenas de plata, oro y piedras preciosas.

Al abrir la última puerta, la alegría que experimentaban los niños después de cada hallazgo, tornóse en cruel sentimiento de dolor. Presentóse a sus ojos el espectáculo más triste que cabe imaginar. Cientos de personas de uno y otro sexo yacían tendidas por el suelo, en un estado tal de flacura y debilidad, que presentaban la apariencia de esqueletos forrados en piel humana y que ya no tenían ni fuerzas para quejarse. Por suerte, unos pocos, los últimos que habían sido encerrados allí, todavía podían mantenerse en pie y servirse de sus manos. Con la escasa ayuda que éstos pudieron prestarles, los niños lavaron el fondo muy bien lavado, hicieron fuego y prepararon un caldo sustancioso, que volvió la vida a todos aquellos desgraciados (4).

(1) *Chanchos*. V. nota de la p. 89.

(2) *Yerba*. Es el nombre con que se designa en Chile la *yerba-mate*. *Ilex paraguayensis*.

(3) *Porotos*. V. nota 1 p. 29.

(4) En este cuento hay, evidentemente, una laguna: no se dice con qué fines la vieja tuerta tenía encerradas a todas aquellas personas.

Poco a poco fueron restableciéndose, y cuando se encontraron en situación de partir, hicieron a los niños toda clase de regalos, no cansándose de agradecerles el servicio que les habían hecho.

Los niños quedaron entonces dueños de la casa y de las riquezas que contenía y vivieron muchos años felices, contentos y dichosos.

Cf.: COSQUIN.—*Etude de folklore comparé. Le conte de «La Chaudière bouillante et de la Feinte maladresse» dans l'Inde. Rev. de Trad. pop.*, t. XXV, p. 1-18, 65-86, 126-141.

FIGUEIREDO PIMENTEL.—*João e Maria, Cont. da Corachinha*, p. 39.

HOURTICQ.—*Jeannot et Margot, Les plus beaux contes de tous les pays*, p. 106.

LIRA.—*La Casita de las Toronjas, Cuentos de mi tía Panchita*, p. 82.

15.—Los Palitos de Virtud (J. de la C. P.)

Para saber y contar y contar para saber. Esta era una vieja, tenida por bruja, que vivía en un pueblecito sin más parientes ni conocidos que una comadre, tan habladora que no callaba ni los pedos que se largaba, y otra muy alicurca (1) y bellacona.

Un día la comadre habladora fué a casa de la bruja, y le dijo:

—Comadrita, ¿por qué no me da una virtud para tener siquiera con qué mantenerme? mire que estoy tan pobre!

Y la bruja le contestó:

(1) *Alicurco*, a.=astuto, pillo, diablo.

—Pero, comadrita, usted tiene una lengua muy larga, y no se le puede dar nada, porque todo lo cuenta.

Y la habladora replicó:

—No, comadrita, deme la virtud no más, y no se lo cuento a nadiecito.

—Bueno—le dijo la bruja,—le voy a dar esta bolsita, y cuando tenga hambre, usted le dice:—«Bolsita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, lléname esta mesa de los más ricos manjares».

Así lo hizo en cuanto llegó a su casa, y se le llenó la mesa de los mejores platos.

Llegó el domingo, y cuando se disponía para ir a misa, pensó:

—¿Cómo voy a dejar aquí mi bolsita? cualquiera que pase por la calle puede entrar y robármela.

Y se la pasó a dejar muy encargada (1) a la otra comadre que vivía cerca, y le advirtió que no le dijese la oración que le había enseñado la bruja.

En cuanto se fué la comadre habladora a misa, la que había recibido la bolsa le dijo la oración, y antes de terminarla, ya tenía la mesa llena de manjares.

Esta comadre, que, como ya se ha dicho, era medio bellacona, pensó:

—Me pasara de lesa (2) si le entregara a mi comadre esta bolsita tan rica, se la voy a cambiar por esta otra, que es casi igual.

Y como lo pensó, lo hizo.

Concluída la misa, la comadre habladora pasó a buscar

(1) *Encargada*=recomendada.

(2) *Leso*. V. de la p. 33

su bolsa, y la comadre bellaca le entregó la otra parecida, que la habladora se llevó muy tranquilamente.

Llegó la vieja habladora a su casa con mucha hambre, y colocando la bolsita sobre la mesa, le dijo la oración.

—Bolsita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, lléname esta mesa de los más ricos manjares.

Pero la mesa siguió tan desnuda como antes. Repitió la oración, y la mesa siempre sin nada. Entonces conoció que le habían cambiado la bolsa, y desesperada, se fué a ver a la comadre bruja y le contó lo que le había pasado.

La bruja, muy enojada, no quería darle ninguna otra virtud, pero tanto la rogó, que al fin le dijo:

—Pero no haga lo que hizo con la bolsa, no se lo cuente a nadie. Voy a darle estos palitos y ellos le van a hacer muebles que usted venderá; y con lo que le produzcan, tendrá para comer y vestirse. No tiene más que decirles: —«Trabajen, palitos»—y se pondrán a trabajar.

Así lo hizo, y los palitos le trabajaban muebles que era un contento, y no descansaban hasta que llegaba la noche.

Llegó el domingo, y cuando se disponía para ir a misa, pensó:

—¿A quién le encargaré mis palitos? Si los deajo aquí, cualquiera que pase por la calle puede verlos, y si le gustan, se los lleva. Pero si se los deajo a mi comadre, me los cambia, como me cambió la bolsita. Pero se los deajo no más, y no le digo cómo es la oración.

Y pasó a dejárselos, encargándole se los guardase, mientras oía misa.

Pero la comadre, que era muy agalluda (1), y que había

(1) *Agalludo*, *a*=astuto.

visto vender muebles a la otra, que no tenía ni en qué caerse muerta, la había acechado y una mañana oyó que le decía a los palitos:—«Trabajen, palitos»—y por una rendija vió cómo trabajaban los palitos: unos acepillaban la madera que otros traían; éstos aserruchaban (1); aquéllos clavaban; en fin, que cada uno hacía su oficio, y como eran tantos, en un momento concluían un juego de muebles.

En cuanto esta comadre malició que la dueña de los palitos había llegado a la iglesia, les dijo a los palitos:—«Trabajen, palitos»;—pero, temiendo que no le alcanzaran a hacer un amueblado completo antes que terminara la misa, les repetía a cada rato:—«Trabajen, palitos; trabajen, palitos»;—y con tanto que los apuraba, los palitos tabajaban tan ligero que no se veían, y en un momento llenaron la casa de toda clase de muebles; y como no encontraran dónde seguir trabajando, comenzaron a hacerlo encima de la vieja. Uno le acepilló el pelo y la nariz, otro le aserruchó las costillas, otro le clavó las manos, otro le barnizó el cuerpo de negro, otro le daba de martillazos; en fin, que cada uno hacía su oficio en la vieja, como si la vieja fuese de madera.

Cuando la comadre habladora volvió de misa y pasó a reclamar sus palitos, todavía estaban éstos trabajando encima de la otra, y la tenían convertida en un San Lázaro. Gritaba la pobre a todo lo que le daba la boca, que la tenía muy grande, y por más que les decía a los palitos:—«No trabajen más, palitos,»—los palitos seguían su tarea sin descanso.

La comadre habladora tuvo lástima, y como no sabía

(1) *Aserruchar*=aserrar.

la manera de mandar a los palitos que no trabajaran, se fué corriendo a donde su comadre bruja a pedirle ayuda.

La bruja no quería ir, pero al fin fué, y ordenó a los palitos:

—Descansen, palitos, y vuelvan a su dueña.

Y al punto los palitos dejaron de trabajar, y juntándose se amarraron y se metieron debajo del brazo de la bruja, que se retiró muy enojada.

La comadre bellaca casi se murió de los golpes y cortaduras que sufrió; pero al fin sanó, eso sí que siempre quedó ñata (1) y barnizada de negro. Y tanto ésta como la otra, no tuvieron para vivir sino lo que pudieron sacar de la venta de los muebles que alcanzaron a hacerles los palitos.

Para el estudio comparativo de este cuento con los similares extranjeros, creo útil insertar el que sigue, que publiqué hace tiempo en la revista infantil *El Peneca*, de Santiago, por completarse el uno con el otro:

16.—La Mata de Cógüiles (2)

(Referido por don Carlos del Pino, de 22 años, de Santiago)

Para saber y contar y escuchar para aprender, que estos eran un viejo y una vieja muy pobres, que no contaban para mantenerse sino con lo poco que los vecinos les daban de limosna.

Un día llegaron a casa de un campesino, pobre también y padre de numerosa familia, a pedirles que los

(1) *Ñato* = chato, romo.

(2) *Cógüil*, *cobil* o *cohil*. Enredadera que da un fruto comestible *Lardizabala biternata*.

socorriese con algo; pero éste, a pesar de sus buenos deseos, no encontraba qué ofrecerles. Les puso asiento y les dijo:

—Espérenme mientras veo si encuentro alguna cosa que pueda servirles.

Cuando volvía, afligido porque nada hallaba, se acordó que tenía unas semillas y se las llevó.

—No he encontrado otra cosa que esto, les dijo; son semillas de cóguiles, plántenlas, y si brotan y crecen, darán fruto, que ustedes podrán vender.

Los viejos se levantaron, dieron las gracias de mala gana, porque lo que ellos deseaban era dinero, y salieron refunfuñando.

Cuando llegaron a su casa se fueron para el sitio (1) y abrieron un hoyo; arrojaron en él las semillas, las cubrieron con la misma tierra que habían sacado y las regaron.

Pasaron los días, siguieron los viejos pidiendo limosna y no se acordaron más de las semillas.

Un día tuvo el viejo que entrar al sitio, y cuál no sería su asombro al ver una enorme mata de cóguiles, tan alta que ya alcanzaba al techo de la casa y tan frondosa que cubría todo el sitio. Casi se fué de espaldas del susto.

Corriendo se fué a contarle a la vieja lo que había visto. La vieja no le creyó y salió precipitadamente a convencerse de que su marido no la engañaba, y cuando vió que era cierto, se puso a bailar de gusto.

Entonces les entró todito el cuidado con la mata; cómo la cuidarían que en poco tiempo alcanzó al cielo.

1) *Sitio*. V. nota de la p. 198.

Llegó el invierno sin que la mata diera fruto, y, cansada la vieja del trabajo que su cuidado le imponía, le dijo al viejo:

—Mira, viejo, es lesera (1) que nos estemos matando en cuidar esta mata que no nos da provecho ni uno (2), antes nos quita el sol; más mejor es que la cortemos y saquemos leña pa vendela.

El viejo se quedó callado porque le había tomado cariño a la mata y comprendía que era tontera hacerla pedazos. Bien veía él que cuando llegase el tiempo de fruta podría sacar mayor beneficio.

Pero la vieja lo siguió catarreando (3) y por este motivo lo pasaban en una continua pelea (4): la vieja con que habían de cortar la mata y el viejo con que la habían de dejar hasta el otoño.

Una mañana en que la vieja se desató en insultos porque no le hacían caso, le dió al viejo tanta rabia, que le dijo:

—Me voy solo: arregláme el capachito con el cocavín (5) p'al camino.

La vieja le arregló el capacho, se lo tiró encima de una mesa y se fué a encerrar a su cuarto.

El viejo tomó el capachito y salió; pero en vez de irse a pedir limosna como de costumbre, se fué por detrás de la cerca hasta donde estaba la mata de cóguiles.

Una vez que llegó a ella, se sentó al pie y se puso a pensar qué haría con la mata. El no quería cortarla, para

(1) *Lesera* = tontería.

(2) *Ni uno* = ninguno.

(3) *Catarrear* = molestar.

(4) *Pelea* = riña, disputa, discusión.

(5) *Cocavín, cocaví*, voz quechua = provisiones. X

aprovechar el fruto; pero, si no la cortaba, pasaría peleando con su mujer, y como la quería tanto, tampoco quería hacerla rabiar.

Por fin, después de mucho meditar, se le ocurrió ir a ver a Dios para pedirle consejo; y decidido a dar este paso, se amarró bien el capachito a la cintura y se puso a subir de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... (1) hasta que llegó al cielo y llamó.

Se asomó San Pedro a la ventanilla y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, 'ñor San Peiro; un devoto 'e su mercé—contestó el viejo.

—¿Y en qué se le puede servir?—interrogó el santo.

—'Ñor, respondió el viejo, yo venida a peírle consejo, pa que me'iga lo que debo di hacer. A mi mujer se li ha puesto qu' hey de cortar la mat'é coile, y a mí que no l'hey de cortar, porque quero'ejala hasta que'é fruto pa vendelo. Usté me'irá si la corto o no la corto, que yo li obeeceré lo que me mande. Pero le arvierto que si no la corto, mi vieja se va a llevar con la candinga: «cortalá, viejo tonto; hagamolá leña, viejo leso; hacéme caso, viejo'e moleera». Hay que tener paciencia'e santo pa'star too er día escuchando: «viejo burro, viejo macho, viejo d'esto, viejo d'est'otro»; hasta «viejo yegua» me'ijo un día. Yo no sé di onde esta mujer ha aprendío tanta palabra fea pa'icirme. ya me tiene ñato (2) con tanto insurto, y no sé qui hacerme. Con que, santito lindo, 'éle consejo ar que lo ha'e menester, y ese es su servir.

(1) La expresión *de gancho en gancho* la repite el contador cuantas veces quiere; algunos la dicen hasta el cansancio.

(2) *Tenerlo ñato* a uno = aburrirlo.

Entonces San Pedro se fué a hablar con Dios y le refirió todo lo que el viejito (1) acababa de decirle. Dios le ordenó que entregara al viejo una varillita de virtud y que le advirtiese que no debía pedirle sino cosas que necesitara, porque si llegaba a excederse se la quitaría; y que se fuese tranquilo.

Salió San Pedro con la varillita, se la entregó al viejo y le repitió lo que Dios le había ordenado decirle; el viejo prometió obedecer, dió las gracias y volvió a la tierra, bajando de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho...

A todo esto, la vieja estaba sumamente afligida y lloraba como una Magdalena, porque hacía dos días que el viejo no llegaba a la casa; y estaba muy arrepentida de haberlo tratado tan mal. A veces pensaba que lo habrían muerto y que en la noche vendría a penar, y con la idea de que esto pudiera suceder, se lo pasaba rezando.

El viejo, en cuanto bajó, le dijo a la varillita:

—Varillita 'e virtù, por la virtù que Dios ti ha dao hacé que se me presente aquí un terno e ropa bien chatre (2), un güen sombrero y un rico par de zapatos.

Y en el mismo momento se encontró con que tenía delante de él todo lo que había pedido. Inmediatamente se vistió y se fué a su casa, golpeó en la puerta de calle y salió a abrir su mujer. La vieja no lo conoció, y al ver a un caballero tan elegante, le preguntó toda avergonzada:

—¿A quién busca el señor?

El viejo, viendo que su mujer no lo había conocido, se puso a reír, y le contestó:

(1) Así dicen vulgarmente en Chile, en vez de *viejito*.

(2) *Chatre*=elegante.

—¿Ya no me conocís? ¿no conocís a tu viejo que tanto lo retabai porque no cortaba la mat'e coile?

La vieja casi se murió de susto; creía que soñaba y que su marido la estaba penando. El viejo, al verla tan asustada, le dió un abrazo y, mostrándole la varillita, le repitió lo que Dios le había ordenado por boca de San Pedro. A la vieja se le volvió el alma al cuerpo, le pidió perdón a su marido y le prometió no hacerlo rabiarse más.

X Ligerito principiaron a pedirle muchas cosas a la varillita, todas muy necesarias: le pidieron ropa, muebles, y por fin una mesa servida con los más sabrosos manjares y más ricos vinos; y todo lo tuvieron.

El viejo, agradecido y para estar mejor con Dios, tomó la costumbre de ir todos los días a la iglesia vecina a oír misa; y de miedo de que la vieja fuese a pedir lo que no necesitaba, se llevó la varillita y la pasó a dejar a casa de una comadre que vivía cerca del templo. Después que saludó a la comadre, le pidió que le guardase la varillita con mucho cuidado, que no se fuese a perder.

Quando el viejo se fué, la comadre se quedó pensando qué gracia tendría la varillita, ya que su compadre se la había recomendado tanto, y después de mucho cavilar, se le ocurrió que podría ser de virtud, y quiso probar si en efecto lo era. La sacó entonces de donde la había guardado, y le dijo:

—Varillita 'e virtú, por la virtú que Dios ti ha dao, hacé que se me presente aquí un vestío bien rico.

E inmediatamente se le apareció un elegante y hermosísimo vestido.

Entonces la comadre tuvo el mal pensamiento de robarse la varillita, y se fué a la arboleda a buscar una igual para cambiarla. Después de mucho mirar las ramas

de los árboles, encontró una bastante parecida, y cortándola del mismo largo que la de virtud, la colocó en el lugar que ésta había ocupado y ocultó la verdadera.

Poco rato después volvió el viejo de misa y la comadre le entregó la varillita que ella acababa de cortar de la arboleda. El viejo le dió las gracias y sin sospechar nada se fué muy tranquilo a su casa a almorzar.

Llegando, hizo poner la mesa, tomó la varillita y comenzó a pedirle manjares y vinos; pero fué inútil: se cansó de pedir y nada apareció.

Muy enojado volvió a casa de la comadre.

—Comairita,—le dijo—vengo a ver por qué me cambió mi varillita por esta tan feaza.

—Compairito,—le contestó ella—¿que no ve qu'es la mesma? ¿cómo se figura que yo iba a hacer tan semejante cosa 'e cambiársela cuando yo a usté lo aprecoo tanto?

El compadre, viendo que nada conseguiría, se volvió a su casa y le dijo a su mujer:

—Apróntame er capachito con er cocavín porque voy a subir ar cielo pa peír otra virtud.

Preparó la vieja el capachito, se lo entregó a su marido y se despidió de él deseándole un buen viaje.

Se afianzó el viejo el capacho a la cintura, se dirigió a la mata de cóguiles y se puso a subir de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... hasta que llegó arriba. Golpeó, se asomó San Pedro por la ventanilla y el viejo le contó lo que le había pasado.

Preguntóle San Pedro qué deseaba, y el interpelado, que era goloso y recordaba con placer los manjares que le había proporcionado la varillita de virtud, le contestó:

—Lo que yo quisiera agora, serían unos mantelitos,

que destendiéndolos (1) en la mesa, se cubran de las mejores comías

Le trajo San Pedro los mantelitos y le hizo las mismas recomendaciones que antes. El viejo le dió las gracias y bajó por la mata de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... hasta que llegó a la casa, extendió el mantelito y se puso a comer con su vieja. Terminaron la comida, doblaron y guardaron los preciosos mantelitos y se fueron a dormir muy satisfechos.

Al día siguiente el viejo se fué a misa y se llevó los mantelitos, y como lo había hecho con la varillita de virtud, pasó a dejarlos a la comadre y le encargó que no los extendiera, pues, si tal cosa hacía, se enojaba con ella.

Dejó transcurrir la comadre un momento, tanteando que su compadre hubiese llegado a la iglesia, y en seguida sacó los mantelitos, los desdobló y los colocó sobre la mesa, y sin que ella hubiese dicho ni una palabra siquiera, al punto se cubrieron de los más ricos licores y de los manjares más exquisitos. Apresuradamente retiró platos y botellas, antes que el viejo volviese, y cambió los mantelitos por otros muy parecidos que ella tenía y los dobló y guardó en el sitio en que el viejo había dejado los de él.

Momentos después llegó el viejo, tomó los mantelitos y se fué, y como tenía mucha hambre, llegando a la casa los extendió, pero con mucha sorpresa vió que los mantelitos se quedaron extendidos sin que nada apareciese sobre ellos.

Entonces el viejo, muy enojado, contó a su vieja lo que le había sucedido con la comadre, y juró que los robos

(1) *Destender*—*extender*.

que le había hecho no quedarían sin castigo. Hizo que de nuevo le arreglara el capachito y se fué a ver a San Pedro por tercera vez.

Antes de salir, le encargó a la vieja que se pusiese al pie de la mata y allí lo esperara, por si le pasaba algo, porque, con lo que había subido dos veces hasta el cielo, estaba cansado, y le quedaban pocas fuerzas y temía caerse.

La vieja lo acompañó hasta el pie de la mata de cóguiles, y el viejo empezó a subir de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... y como se sintiera fatigado, no llegó sino hasta la mitad, se tendió sobre unas ramas muy tupidas y se puso a dormir. Cuando estaba durmiendo le bajaron ganas de orinar y se puso a orinar. La vieja, que estaba abajo, recibió todo lo que el viejo orinaba. La vieja decía:

—Miren los angelitos como están botando (1) la mistela.

Al poco rato al viejo le dieron ganas de ensuciar y se puso a hacerlo. La vieja sintió que algo caía y dijo:

—Miren los angelitos como están tirando los manjares y confites, y mi viejo está allá arriba gozando, y yo ¿por qué no gozo? Y se apuraba a recoger todo lo que caía.

Después el viejo continuó durmiendo hasta el amanecer, y en cuanto despertó, siguió subiendo de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... hasta que llegó al cielo y le contó a San Pedro lo que su comadre había hecho con él por segunda vez. San Pedro le mostró muchas virtudes y le dijo:

(1) *Botar* = arrojar, echar, tirar al suelo.

—Amigo, *bueno y burro se escriben con b* (1); pero no hay que ser ni tan bueno ni tan burro que *le metan a uno el dedo en la boca y no lo muerda* (2). Escoja una de estas virtudes por última vez y escoja bien, porque ya no se le dará otra.

El viejo le echó el ojo a un atado de varillas que estaba muy envuelto en un rincón y le preguntó a San Pedro en qué consistía la virtud de esos palitos, y San Pedro se la explicó al oído. El viejo, muy contento, le dió las gracias al santo y riéndose de gusto comenzó a descender de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... de gancho en gancho... hasta que puso pie en tierra. Entró a su casa y le refirió a la vieja, en mucho secreto, cómo le había ido con San Pedro. Los dos se reían a carcajadas.

El viejo estaba cansado, así es que, apenas comió una mala sopa que le sirvió su mujer, se retiró a dormir.

Al otro día tempranito se fué a misa y pasó, como siempre, a casa de la comadre. Después de saludarla le entregó el paquete de varillas y le dijo:

—Mire, comairita, aquí le treigo otro encarguito, y no vaya a suceder que se pierda como los demás; pero una cosa le voy a ícir: no desengüelva el paquete ni vaya ícir *salgan palitos*, porque entonces yo no respondo.

El viejo se dirigió a la iglesia para oír su misa, y la comadre se quedó pensando si desenvolvería o no el paquete. Venció la curiosidad al temor, lo desenvolvió y dijo: «*Salgan palitos*», y salieron del atado, hijitos de mi alma, una cantidad de palitos, duros como fierro, que se volvían locos pegándole por la cabeza, por los brazos, por

(1 y 2) Expresiones familiares de uso corriente.

las piernas, por todo el cuerpo. ¡Bueno en darle fuertel

Cuando el viejo volvió de misa encontró que los palitos todavía estaban golpeando a la comadre y ya la tenían medio muerta. El viejo le dijo:

—Vea, comaire, si no me entriega las otras virtúes que mi ha robao, los palitos le siguen pegando hasta matala.

La comadre fué a buscar la varillita y los mantelitos que le había cambiado al viejo y que guardaba muy escondidos; y mientras tanto los palitos no la dejaban, por todas partes la seguían, rodeándola y cayendo sobre ella como bofetadas de fraile (1). Por poco le sacan el contre (2).

Trajo la comadre las virtudes que había robado y se las entregó al viejo; pero no por eso los palitos cesaron de pegarle, porque él viejo, en castigo de las maldades que le había hecho, les mandó que le siguieran tostando (3) y no descansaron hasta que la dejaron muerta.

Los viejos, de nuevo en posesión de las virtudes que les habían sido arrebatadas, tuvieron todo lo que apetecían y vivieron muchos años más, contentos y felices, gozando de una vejez tranquila. Por cierto que no olvidaron la mata de cóguiles, a la que tanto debían, pues siempre fué objeto de parte de ellos de la atención, cuidado y cariño que por sus servicios merecía.

Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento y se fué por la mar adentro y pasó por una mata de porotos para que don Fulano nos cuente otro.

(1) *Como bofetadas de fraile* = con mucha rapidez.

(2) *Contre*, es el estómago de las aves. *Sacarle a uno el contre* = castigarlo fuertemente, casi matarlo.

(3) *Tostar* = pegar.

Cf.: COSQUIN, *Tapalapautau, Cont. pop. de Lorrain*, t. I, p. 50, y notas págs. 52-59.

—*Jean de la Noix, Ibidem*, II, p. 64, y notas, págs. 66-68.

—*Le Pois de Rome, Ibidem*, II, p. 168 y notas, págs. 172-174.

BASSET, *Les deux frères, la marmite et le bâton, Nouv. cont. berbères*, p. 93, y notas p. 290.

CARNOY, *Jean à la tige d'haricots, Cont. français*, p. 249.

COELHO, *A Cacheirinha, Cont. nac. para creanças*, p. 19.

FIGUEIREDO PIMENTEL, *A Velhinha da Floresta, Cont. da Carochinha*, p. 127.

HOURTICQ, *Table, couvre-toi! Âne, ouvre-toi! Bâton, hors du sac!*, *Les plus beaux Contes de tous les pays*, p. 254.

LENZ, *Plata, Hongos y Talero, Est. Araucanos*, p. 293, y nota, p. 355.

LUZEL, *Le Tailleur et l'Ouragan, Cont. pop. de la B. Bretagne*, t. III, p. 63.

MONNIER, *Cont. pop. en Italie*, p. 114.

PINEAU, *Le Bonhomme La Ramée, Cont. pop. du Poitou*, p. 127.

ROMERO, *O Preguiçoso, Cont. pop. do Brasil*, p. 235.

SÉBILLOT, *La Mata de Habas, Ctos. Bretonès*, p. 67.

—*Hist. du bonhomme Maugréant, Cont. des prov. de France*, p. 46.

—*Norouâs, Contes des Marins*, p. 222.

—*Surouâs, Ibidem*, p. 235.

—*Grand Vent, Les joyeuses hist. de Bretagne*, p. 163.

17.—Los viejos mezquinos

(Margarita Ramírez, 12 años)

Para saber y contar y contar para aprender. Esta era una pobre mujer que tenía dos niños llamados Juan y Miguel, y que, al morir, se los dejó encargados a sus suegros, dos viejos con fama de ser grandísimos tacaños.

Estos viejos tenían un chanco (1), y un día se propusieron matarlo y comérselo solos.

Así lo hicieron. Mataron el chanco y lo escondieron debajo de la cama para que los chiquillos no supieran nada y no convidarlos.

Los niños maliciaron lo que habían hecho los viejos, y dijeron:

—Tenemos que comernos nosotros el chanco.

Entonces Juan le dijo a Miguel:

—Mira, Miguel, esta noche entraremos al dormitorio de los abuelos, y cuando estén bien dormidos, le preguntas a mi abuela:—«¿Te acuerdas, vieja, dónde dejamos escondido el chanco?»—y si la abuela dice en dónde está, yo que soy el más forzado, lo saco y lo llevamos para comerlo.

Así lo hicieron. Esperaron que los viejos estuvieran bien dormidos, y entonces Miguel, imitando la voz del viejo, preguntó:

—¿Te acuerdas, vieja, dónde escondimos el chanco?

Y la vieja, medio dormida, le contestó:

—¿No te acuerdas que lo dejamos debajo de la cama?

Entonces Juan sacó el chanco, y echádoselo al hombro, se fué con Miguel a comérselo a la montaña.

Chanco = cerdo.

Estaban asando el tapabarriga cuando el viejo despertó, y encendiendo un fósforo, miró para debajo de la cama, y como no viese al chanco, le preguntó a la vieja.

—¿Te acuerdas, vieja, dónde escondimos el chanco?

Y la vieja le contestó:

—¡Qué viejo tan pesado! ¿No acabo de decirte que debajo de la cama? Déjame dormir, será mejor.

—Mira, vieja, el chanco no está nada (1) debajo del catre (2); se lo han robado, y los ladrones no han sido más que los chiquillos. Voy a buscarlos y a quitarles el chanco.

Y agarró una cuelga de velas de sebo y una caja de fósforos; y se dirigió a la montaña.

A la luz de la fogata en que los muchachos asaban el tapabarriga del chanco, los divisó el viejo desde lejos, y entonces encendió seis velas: una se metió en el trasero, dos en las narices, otra en la boca, y las dos restantes las llevó una en cada mano.

Juan acertó a mirar al camino y en medio de la obscuridad divisó una figura rara que avanzaba echando fuego por boca, narices y trasero, y aunque no era cobarde, no dejó de tener su poco de miedo, y sintió que un friecito le invadía todo el cuerpo. Con voz un tanto temblorosa, le preguntó a Miguel:

—¿Conoces tú al Diablo?

—No,—le dijo Miguel.

—¿No será ése que viene por ahí?

—Él, no más, debe ser.

Y arrancaron patitas pa que te quiero (3) dejando al chanco abandonado.

(1) *No estar nada*. No... nada, negación vulgar de uso muy corriente.

(2) *Catre*=cama.

(3) *Patitas pa que te quiero*=pies para que os quiero.

El viejo tomó su chanco, se lo echó al hombro y se fué para su casa.

En esto amaneció.

Entonces el viejo le dijo a la vieja:

—¿Dónde lo escondemos?

—Pongámoslo dentro del horno, contestó la vieja.

Y allí lo ocultaron.

Juan y Miguel volvieron en la noche, y lo mismo que la otra vez, Miguel, imitando la voz del viejo, preguntó:

—¿Te acuerdas, vieja, dónde escondimos el chanco?

Y la vieja, entredormida, contestó:

—En el horno, pues, viejo.

Entonces salieron de la pieza los muchachos, y echándose Juan el chanco al hombro, se fué a la parte más espesa de la montaña, y Miguel se quedó escondido en la casa de sus abuelos para ver lo que pasaba.

Muy de mañana se levantó el viejo y se fué de carrera al horno a ver su chanco, y como no lo encontrase, salió a buscar a los ladrones para quitárselos.

Entonces Miguel se metió de nuevo al dormitorio de sus abuelos, y poniéndose la pollera (1) y el pañuelo de rebozo de la vieja, salió al camino.

Mientras tanto el viejo había encontrado a Juan con el chanco y se lo había quitado, y se iba muy tranquilo a su casa con el animal al hombro, cuando se encontró con Miguel vestido con las ropas de su abuela. El viejo creyó que era su mujer, y le dijo;

—Vieja, ayúdame un poquito a llevar el chanco, porque voy muy cansado.

Miguel, sin decir palabra, se echó el chanco al hom

(1) *Pollera*=falda.

bro y siguió andando, mientras el viejo se sentó en una piedra a descansar; pero apenas se alejó un poco, unos árboles lo ocultaron, y como el viejo no lo podía ver, se fué con el chanco a buscar a su hermano.

Cuando el viejo descansó, continuó su camino, y al llegar a su casa se fué a ver a su mujer para preguntarle dónde había escondido el chanco, y se encontró con que la vieja estaba todavía acostada roncando.

Entonces agarró un chicote (1) y le dió a la vieja una media felpa (2) que casi la mata.

—Por tu culpa, le decía, entre chicotazo y chicotazo, por tu culpa, vieja bruta, nos han robado el chanco. ¿Dónde están tus vestidos y tu pañuelo de rebozo?

La vieja, llorando como una Magdalena, buscaba sus ropas, y no encontrándolas, tuvo que confesar que también se las habían robado.

A todo esto, Juan y Miguel saboreaban un costillar asado del chanco, el que les proporcionó alimento para varios días, y nunca más volvieron a casa de sus abuelos.

18.—El culebrón mal pagador (J. de la C. P.) †

Han de saber que había un campañista (3) que estaba rodeando sus animales, cuando oyó un silbido que salía de entre unas rocas. Fué allá y vió un culebrón aplastado por un peñasco. El culebrón le suplicó:

(1) *Chicote*—látigo.

(2) *Media felpa*—azotaina mayúscula. El adjetivo *medio*, en éste y casos análogos, sirve para dar valor de aumentativo al sustantivo a que modifica.

(3) *Campañista* o *campero* = el hombre que tiene a su cargo el cuidado de los animales de una hacienda.

—¡Sácame de aquí, Juan! (así se llamaba el campesino).

Juan pensó:

—Una buena obra nunca es perdida.

Y sacó al culebrón; pero éste, en cuanto se vió libre, se enrolló en el cuello de Juan.

Entonces Juan le dijo:

—Déjame, no me maltrates; fíjate que yo te he librado de la muerte sacándote de debajo del peñasco.

—¿Que no sabes—le respondió el culebrón—que un bien con un mal se paga?

—No, le contestó Juan, un bien se paga con un bien, esto es lo corriente.

—Vamos a buscar pruebas, a ver cuál de los dos tiene la razón.

Y salieron a buscar pruebas, el culebrón siempre enrollado en el cuello de Juan.

Luego encontraron a un burro que estaba muy flaco y lastimado, y Juan le dijo:

—Venga, amigo, a prestar una declaración. ¿Será cierto que un bien con un mal se paga?

—Cierto, contestó el burro. Yo era un animal muy estimado de mis amos, y después de haberlos servido hasta no más, ahora que estoy viejo, me han mandado a engordar para hacerme charqui (1). El día menos pensado me matan.

Entonces el culebrón le dijo a Juan:

—Ya ves como un bien con un mal se paga.

Más allá tropezaron con un caballo que estaba todo espoleado, chorreando sangre. Juan le dijo:

(1) *Charqui* = tasajo, carne secada al sol.

—Venga, amigo, a prestar una declaración. ¿Será cierto que un bien con un mal se paga?

—Cierto, contestó el caballo. Yo he sido un animal fiel y serví a mi amo cuanto pude, hasta librarlo de la muerte en una guerra; y ahora que estoy viejo y achacoso y que no le sirvo, me tiene engordando en este potrero para matarme y hacer jabón con el sebo que saquen de mí.

—¿No ves, le dijo el culebrón, que un bien con un mal se paga?

Siguieron andando, y sin saber cómo se encontraron en el mismo sitio en que Juan libró al culebrón de morir aplastado, y allí estaba casualmente una zorra, a la que Juan preguntó:

—¿Será cierto, señorita, que un bien con un mal se paga? Háganos el favor de sacarnos de esta duda.

—No, dijo la zorra, no es cierto; que un bien con un bien se paga, eso es lo cierto.

—Este joven, repuso Juan, me tiene agarrado del pescuezo porque lo saqué de debajo de un peñasco que lo tenía aplastado, y me quiere ahorcar, porque dice que un bien con un mal se paga.

—Aunque, en general, un bien debe pagarse con un bien, replicó la zorra, hay casos en que un bien debe pagarse con un mal, y para decidir en éste que se me consulta, habría que conocer cómo pasaron las cosas. Vamos a ver, ¿dónde estaba este joven? agregó, indicando al culebrón.

—Aquí estaba, contestó Juan.

—Bájate le dijo la zorra.

El culebrón obedeció.

—Levanta el peñasco, ordenó la zorra a Juan, y Juan lo levantó.

—Ponte donde mismo estabas, le dijo al culebrón, y el culebrón se colocó en el lugar en que estuvo aplastado.

—Déjale caer un poquito la piedra, le dijo a Juan.

—¿Así tan apretado estarías?

—No, contestó el culebrón, estaba un poco más apretado.

—Déjale caer bien la piedra, le ordenó a Juan, y Juan la soltó.

—¿Así tan apretado estarías?

—Así, le contestó el culebrón.

—Entonces para que aprendas que un bien debe pagarse con un bien, ahí mismo te vas a quedar.

—¡Cuánto te agradezco, zorrita,—le dijo Juan cuando se iban—cuánto te agradezco el favor que me has hecho! te voy a dar hartas gallinillas!

—¡Ah! ¿no me irás a dar perrillos?

—No, si yo tengo hartas gallinillas, y te las daré todas.

Llegó Juan a su casa acompañado de la zorra, que le dijo.

—¡Bueno! ahora me vas a dar una gallinilla para el camino; después me darás las demás.

Juan le entregó la gallina que le pedía la zorra, y cada día le llevaba una, que la zorra venía a esperar al camino, según habían convenido.

Ya no le quedaba a Juan sino una gallina. Entonces la mujer le dijo:

—¿Qué le vas a dar mañana, si hoy le entregas la

última gallina? Llégasela y llévale también un saco de perrillos.

Llevó Juan la gallina y el saco de perrillos que le había dicho su mujer, y cuando llegó al camino en que lo esperaba la zorra, le soltó la gallina para que jugara con ella. Feliz estaba la zorra correteándola, cuando Juan le soltó los perros. La zorra, que esto vió, arrancó que no se le veían las patas, para su cueva, que estaba en una quebrada.

Cuando se vió libre adentro de su habitación, les preguntó a sus patitas:

—¿Cómo venían ustedes, (1) patitas?

—Veníamos corriendo para que los perrillos no te alcanzaran y comieran.

—¿Y ustedes, uñitas?

—Nosotras veníamos sujetándonos en las piedras y los riscos, para que los perrillos no te alcanzaran y comieran.

—¿Y ustedes, orejitas?

—Nosotras veníamos echaditas para atrás, para no agarrar viento y correr más ligero, para que los perrillos no te alcanzaran y comieran.

—¿Y tú colilla, cómo venías?

—Yo venía para acá y para allá, espantando a los perrillos, para que no te alcanzaran y comieran.

—¡Ah, colilla pícaral! ¿y si me hubieras volteado? (2). Me habrían comido los perrillos por tu culpa. Tómenla,

(1) *Ustedes* = vosotros. Para los chilenos no existe sino teóricamente la segunda persona de plural de los verbos, que se conjugan así: Yo amo, tú amas, usted ama, tú amáis o vos amáis, él ama, nosotros amamos, ustedes aman, ellos aman. Sólo los predicadores usan el vos otros.

(2) *Voltear* = botar, volcar, arrojar, echar a tierra.

perrillos, y cómansela;—y asomó la cola para afuera de la cueva.

Los perros, que estaban quietecitos, esperando que saliera la zorra, se pescaron de la cola y tiraron con fuerza, logrando zacar a la zorra, y se la comieron.

Cuando la zorra se estaba muriendo, decía:

—¡Cierto, muy cierto, que un bien con un mal se pagal

Cf.: ANDREWS, *L'Ingratitud, Cont. ligures*, p. 51.

ASBJÖRNSEN, *The World's Reward, Fairy Tales from Far North*, p. 220.

BAISSAC, *Hist. de Zova et du Caïman, Le Folk-lore de l'Île Maurice*, p. 280.

BASSET, *L'Homme, la Vipère et le Hérisson, Cont. pop. berbères*, p. 16 y notas, págs. 140-144.

BLADÉ, *Le Loup pendu, Cont. pop. de la Gascogne*, t. II, p. 152.

CARNOY ET NICOLAÏDES, *Le Marchant et le Serpent, Trad. pop. de l'Asie Mineure*, p. 238.

LAFONTAINE, *L'Homme et la Couleuvre, fabl. II, Livre X*, p. 497.

LEGRAND, *Le Chasseur et le Serpent, Rec. Cont. pop. grecs*, p. 187.

MACHADO Y ALVAREZ, *En pago de un buen servicio, Folk-lore Andaluz*, p. 319.

PADILHA, *O Lobo, o Campones e a Raposa, Hist. do Arco da Velha*, p. 317.

PITRÈ, *L'Omu, lu Lupu e la Vurpi, Fiab., Nov. e Racc pop. siciliani*, t. IV, p. 164.

—*Lu Scarparu e lu Liuni, Ibidem*, p. 168.

Los cuentos extranjeros anteriores y la fábula de Lafontaine coinciden en todo con la primera parte del *Culebrón mal pagador*, de tal modo que parecen calcados unos de otros; pero en todos falta la segunda parte del cuento chileno, el diálogo de la zorra con sus patas, sus uñas, sus orejas y su cola. Sin embargo, en el *Vocabulario* de CORREAS, p. 157, c. 1, encuentro un dicho que seguramente trae su origen de una conseja semejante o parecida a la parte final de nuestro cuento, y el cual dicho es como sigue:

«Ojos, que no vistes; pies, que no corristes; a ti, rabo largo, llévete el diablo. (Quejas de la zorra presa)».

De la nota al cuento *Le Lion, le Chacal et l'Homme*, BASSET, *Cont. pop. berbères*, págs. 134-135, transcribo el siguiente trozo, el cual, con el dicho copiado de CORREAS, son las únicas referencias extranjeras con que he tropezado que digan relación con el referido episodio:

«La même histoire existe avec des variantes qui tiennent à la différence des climats, dans la plupart des littératures de l'Europe orientale. En Russie, le chacal est remplacé par le renard et le lion par l'ours: le dénouement est le même, allongé parfois du dialogue entre le renard, ses pattes, ses yeux et sa queue; ainsi, dans le gouvernement de Tambov, le conte du *Paysan, de l'Ours et du Renard* (AFANASIEV, t. II, N.º 32)». No he podido consultar el cuento citado por Basset.

19.—La historia que se volvió sueño

(José Manuel Reyes, de 66 años).

Este era un joven que andaba viajando y llegó a un pueblo que no conocía. Paseando por las calles vió a una

niña muy hermosa, que estaba sola adentro de una pieza con puerta a la calle, tomando mate. La niña le llenó el ojo, y todos los días pasaba por su puerta para verla.

Un día se detuvo frente a ella, y le pidió permiso para encender el cigarro en el brasero; y con este motivo, entabló conversación con ella. Le preguntó si era casada o soltera, y ella le contestó que era soltera. Pero nada, era casada; eso sí que su marido era un ocioso, que no se ocupaba de otra cosa que de andar por las calles para arriba y para abajo, y no la iba a ver sino una que otra noche.

El joven forastero no tenía, en verdad, otra ocupación, y como frecuentaba los mismos lugares que el marido de la niña, se hicieron pronto muy amigos.

El joven forastero visitaba diariamente a la niña, y varias noches fué también a acompañarla. La primera noche que fué, al despedirse de su amiga, le obsequió, en señal de compromiso, un anillo muy valioso, con su nombre grabado en el interior.

Una noche que departían amistosamente los dos, golpearon a la puerta, y la joven preguntó quién era; el de afuera contestó:—Soy yo, tu marido.

—¡Cómo! dice el forastero ¿entonces es casada usted?

—Después hablaremos de eso; lo que ahora interesa es que usted se esconda luego.

Y lo ocultó en un montón de lana que había en un rincón de la pieza.

El escondido, que no conoció a su amigo, porque ni lo veía ni oía bien su voz por impedírselo la lana, permaneció allí hasta las dos o tres de la mañana; y al otro día le contó a su amigo la aventura. Este le dijo:

—¡Caramba, amigo, qué suerte tiene usted! ¿La niña es buena moza? ¿Y esta noche irá otra vez?

—¡Cómo no! (1) ¿Por qué había de dejar estos amores nuevos?

El marido hizo cuanto pudo por pillar (2) al intruso, pero sin conseguirlo, porque la niña lo escondía siempre en partes diferentes. Esto tenía al marido sumamente irritado, y más aun con lo que el forastero le contaba al día siguiente, burlándose de él sin saberlo.

—Compañero,—le decía—qué celoso debe de ser el marido; no deja rincón de la casa por donde no me busca, pero la niña me prefiere a él, que es un tunante y un sinvergüenza (3), y me esconde muy bien.

—De veras,—decía el otro—debe quererlo bastante. ¡Es mucha suerte la suya!

Una noche, no encontrando la joven dónde ocultar a su amigo, lo metió en un zaguán en que arrojaban los desperdicios de la cocina y las aguas sucias, y aunque el sitio no era muy agradable, no tuvo más remedio (4) que aguantarse calladito. El marido, después de registrar por todas partes y no encontrándolo, tomó una piedra y la arrojó con fuerza al zaguán, diciendo:

—¡Por si estás ahí, pedazo de moledera!

Y tan bien cayó la piedra, que lo embadurnó de barro de los pies a la cabeza. Pero el otro ni chistó.

Al otro día el joven le contó todo al marido, quien,

(1) *¡Cómo no!* Frase elíptica afirmativa, muy usada en todo Chile, por todo el mundo, y en otras repúblicas americanas. Equivale aquí a *cómo no he de ir*.

(2) *Pillar* = coger, sorprender.

(3) *Sinvergüenza* = desvergonzado.

(4) *No tener más remedio* = no poder hacer otra cosa.

aparentando indiferencia, después de felicitarlo por la suerte que tenía, se fué donde su suegro, que vivía en una quinta situada en las goteras de la ciudad, y le dijo que fuese a buscar a su hija por esto y aquello, y le refirió todo lo sucedido.

El suegro mandó a buscar a su hija y la encerró en una pieza, y le dijo al yerno que convidase a su amigo a almorzar a la quinta, que él averiguaría lo que había y si su hija resultaba culpable, la mataría juntamente con el joven forastero.

Así lo hizo el marido, y poco después llegó con su amigo.

A las 12 se pusieron a la mesa, que estuvo muy animada, porque cada plato se rociaba con muy buenos tragos de vino.

A los postres, el dueño de casa propuso que cada uno contara sus aventuras, comenzando él por referir una historia amorosa, que por cierto era inventada; pero que hizo reír mucho a todos.

A su derecha estaba el joven invitado, y dirigiéndose a él, le dijo el caballero:

—Ahora le toca a usted.

Entonces él, inocente de lo que pasaba, principió a contar sus aventuras con la hija del dueño de casa, sin omitir detalles; ¡y la pobre niña oyéndolo todo!

Cuando llegó a la última parte, esto es, cuando la niña lo escondió en el zaguán, tenía el joven la boca seca y pidió que le trajeran una copa de agua; le ofrecieron vino, pero él rehusó y pidió que le trajesen agua; y ésta fué su salvación, porque cuando pasó de vuelta la sirvienta con la copa, la niña la llamó por la ventana y echó en el agua el anillo que el joven le había regalado.

Al ver el joven el anillo se lo echó a la boca junto con el último sorbo, y después se lo sacó disimuladamente y se lo guardó en un bolsillo del chaleco, sin que nadie se diese cuenta de ello; y en seguida continuó:

—Después de buscarme el marido por todas partes, no encontrándome, tomó una piedra y con rabia la disparó al zaguán, diciendo:—«Por si estás ahí, pedazo de moledera»—y la disparó con tanto acierto, que, al caer, me salpicó de barro desde los pies a la cabeza; y con el frío que sentí en la cara, desperté todo asustado.

—¿Como, dijo el suegro, entonces era un sueño?

—¿Y cómo cree, señor, contestó el joven que si hubiese sido cierto, lo hubiera contado?

—¡Ah, pícaro bellaco—exclamó el caballero, dirigiéndose a su yerno,—vil calumniador, que querías enlodar mi honra, encomiéndate a Dios, que ha llegado tu último momento.

Y lo mató de una puñalada.

Y como todos estaban interesados en callar el asunto, enterraron al muerto apresuradamente en el huerto, y jamás se supo lo que acababa de acontecer.

El joven siguió frecuentando la casa y antes del año se casó con la joven viuda del cuento.

Cf.: ARTIN PACHA, *Malice des femmes*, *Cont. pop. de la Vallé du Nil*, p. 165.

La Lección del conocedor de mujeres, *Las Mil Noches y una Noche*, ed. esp. de BLASCO IBÁÑEZ, t. 17, p. 135.

20.—El Zorzal y la Zorra (J. de la C. P.) 7

(Cuento con cascarrachas (1))

Para saber y contar y contar para saber: pan y harina para las hijas de ña Catalina; pan y afrecho pa la señora Quecho (2); pan y mitá pa la señora pelá. Me voy por una orilla, darle varilla; me voy por un rincón, darle orejón (3); me voy por el patio haciéndome latio (4); me voy por el medio, haciendo remedio; me voy por el cogollo, haciéndome rollo; me voy por la quincha (5), haciéndome huincha (6). Han de saber que éste era don Santander, casado con su mujer; fueron a misa y se hallaron una camisa; fueron al mesón, se hallaron un ratón; el ratón le salió flaco, lo aplicaron (7) pa tabaco; y allí se publicó un bando: que todos los que están aquí se van a morir escuchando.

Han de saber que esta era una Zorra que estaba al pie de una mata (8) de avellano y arriba, en la copa del mismo árbol, estaba un Zorzal cantando.

La Zorra le dijo:

(1) *Cascarrachas*, *chácharachas* o *matutines* se llaman las frases que componen las fórmulas de alguna extensión con que comienzan los cuentos.

(2) *Quecho* o *Jecho*, nombre familiar que se da a las que se llaman Jesús.

(3) *Orejón*, fruta cortada en tajadas secadas al sol, generalmente de membrillo. También se hacen de zapallo, tomate, etc.

(4) *Latio* = látigo.

(5) *Quincha* = Pared formada de ramas de árboles, juncos o totora, cubiertas o no de barro.

(6) *Huincha*. V. nota 3 de la pág 105.

(7) *Aplicar para* = dedicar.

(8) *Mata* = planta, árbol.

—¡Qué bien canta usted, compadre! ¿Me podría enseñar a cantar?

—No, comadre, usted es muy bribona,—le contestó el Zorzal;—así ha engañado a muchos por ahí.

—Le pago un ciento de lombrices, compadrito, si me enseña a cantar.

El Zorzal se tentó, y le dijo:

—Está bien, comadrita; venga mañana bien de madrugada y me trae una aguja y una hebra larga de cáñamo (1), y entonces le enseño.

Al otro día, de alba, vino la Zorra y le trajo al Zorzal una aguja y una hebra de cáñamo.

Cuando llegó la Zorra, el Zorzal estaba cantando.

El Zorzal se bajó del árbol.

—¿Me trajo la hebra de cáñamo, comadre?—le preguntó.

—Sí, compadre,—le respondió la Zorra—y le entregó el cáñamo y la aguja

Entonces tomó la hebra de cáñamo, enhebró la aguja y se puso a costurarle (2) el hocico.

La Zorra lloraba de dolor, y el Zorzal le decía:

—Aguante, comadrita, si es por un ratito.

—Si no lloro, compadre; me estoy haciendo la que lloro, no más.

Cuando estuvo el hocico bien cosido, que no le quedaba sino un portillo chiquitito, le dijo el Zorzal a la Zorra.

—Chifle (3), comadre.

La Zorra hizo: fi, fi, fi, fiii... (el que cuenta silba bajito).

(1) *Cáñamo* = bramante.

(2) *Costurar* = coser, de mucho uso en el lenguaje popular.

(3) *Chiflar* = silbar.

—Todavía no está bien, comadre.

Y le achicó otro poquito el portillo.

Entonces la Zorra dijo fi, fi, fiii... (se silba más fuerte).

—Ahora está bien, comadre.

La Zorra le pagó las lombrices ofrecidas al Zorzal y se fué muy contenta pensando:

—¡Cómo voy a cazar perdices! Me pongo a cantar, ellas van a creer que es el Zorzal el que canta, y entonces las pillo mansitas.

Se fué por la orilla de un ratoneral (1) que había por ahí y sintió que entre las ratoneras andaba una perdiz. Entonces la Zorra se puso a chiflar y la perdiz voló de repente, diciendo:

—Fi-fi-fi-fi-fi fi-fi-fi-fi-fi fi-fi-fi-fi-fi.

Y la Zorra, donde (2) se asustó, dijo:

—¡Gual!

Y como gritó tan fuerte, se le descosió la boca.

Mas allá andaba otra perdiz y quiso chiflarle, pero como se le había descosido la boca, no pudo, y pensó:

—Yo misma me voy a costurar la boca.

Y por esto es que las zorras andan comiéndose los látigos, para ver si se pueden coser el hocico.

21.—El Viejo Tonto

(Laura Maldonado, 16 años)

Estos eran un viejo y una vieja.

El viejo era muy desmemoriado y medio pasado por agua tibia (3).

(1) *Ratoneral* = Sitio en que crece mucha yerba ratonera.

(2) *Donde* = con lo que.

(3) *Medio pasado por agua tibia* = algo tonto.

Un día la vieja le dijo al viejo:

—Lleva al molino esta fanega de trigo para que te la muelan, y pagas un almud por la fanega.

El viejo, para no olvidarse, se fué diciendo:

—Un almud por una fanega; un almud por una fanega...

En el camino encontró a dos hombres que estaban sembrando trigo, y él se detuvo a mirarlos, y decía:

—Un almud por una fanega; un almud por una fanega...

Uno de los sembradores fué donde él, le pegó y le dijo:

—Viejo tonto, di mejor: «que salga más».

Y el viejo, para no olvidarse, siguió su camino repitiendo:

—Que salga más; que salga más...

Hasta que encontró a unos hombres que llevaban una carga de vino, y el vino se iba derramando; y como el viejo decía:—Que salga más; que salga más...—los hombres se enojaron y lo maltrataron.

El viejo les preguntó:

—¿Cómo debo decir entonces?

—Que no salga nada.

Y siguió hacia el molino diciendo:

—Que no salga nada; que no salga nada...

Más allá encontró a dos hombres que estaban empantados en el barro. Salió uno y se dirigió donde el viejo, para pedirle que le ayudase a sacar a su compañero; pero oyó que el viejo decía:

—Que no salga nada; que no salga nada...

Y entonces, en vez de pedirle auxilio, lo agarró a moquetes (1) y le dijo:

(1) *Agarrar a moquetes*—dar de bofetadas.

—Debes decir: así como salió uno, que salga el otro.

Y el viejo se fué repitiendo esta frase.

Cuando llegó al molino, le pasó al molinero, que era tuerto, el saco de trigo y le dijo:

—Así como salió uno que salga el otro.

El molinero creyó que el viejo lo decía por el ojo bueno que le quedaba, y como era de malas pulgas y no aguantaba bromas, casi molió al pobre viejo a patadas (1).

Se fué el viejo todo adolorido con su saco de trigo al hombro, y cuando llegó a la casa, le dijo a la vieja que no le habían querido moler el trigo.

Entonces la vieja le dijo que ella iría y se lo molerían, y cargando el saco, salió y dejó al viejo cuidando a un nietecito.

En cuanto la vieja se fué, el viejo se puso a tantearle la cabeza a la guagua y le encontró la mollera. Creyó que era una ampolla y se fué a buscar un martillo para reventarla; pero le pegó tan fuerte, que mató a la criaturita.

Al tirar el martillo para un rincón, mató a una pava que estaba echada, y para que no se helaran los huevos, él se echó sobre ellos, dejando botado (2) al niño muerto.

Cuando volvió la vieja, lo primero que vió fué el cadáver de la guagua. Entonces comenzó a llamar al viejo, y el viejo le gritó:

—¿Cómo quieres que vaya? ¿no ves que la pava está muerta y yo me he echado en el nidal, para que los huevos no se enhueren?

(1) *Patadas*=puntapiés. El vulgo no dice de otra manera.

(2) *Botar*. Véase nota 1 de la pág. 63.

Al ver tantas leseras (1) la vieja no pudo contenerse, y agarró al viejo a palos (2) y casi lo mató.

Cf.: APELL, *O Parvo, Cont. pop. russos*, p. 361, y *Crítica*, págs. 363-365.

BEAUQUIER, *Le Petit Innocent, Rev. de Trad. pop.*, t. XXX, p. 44.

BRAGA, *Pedro de Malas-Artes, Cont. trad. do povo portuguez*, p. 163. (Sólo la última parte).

CARNOY, *Pierrot sans mémoire, Lit. or. de la Picardie*, p. 186.

LEGERS, *Le Nigaud, Rec. de Cont. pop. slaves*, p. 231.

MONNIER, *Giufà, Cont. pop. en Italie*, p. 13.

PINEAU, *Jean le Sot., Les Cont. pop. du Poitou*, p. 273.

PITRÈ, *Giufà e la ventri lavata, Fiab., Nov. e Racc. pop. siciliani*, t. III, p. 362.

—*Giufà e la Hjocca, Ibidem*, p. 366.

SÉBILLOT, *L'Innocent, Joy. hist. de Bretagne*, p. 148.

22.—El padre que hablaba por señas

Han de saber que habían anunciado al Convento de San Francisco la próxima llegada de un visitador enviado de Roma; y este padre, que tenía fama de ser un gran sabio, era también un gran polemista, pero no hablaba ni discutía sino por señas, ¡y desgraciada de la Comunidad en que no se le comprendiese! Esto tenía sumamente preocupados a los padres, porque ¿quién sería capaz de atreverse con aquel coloso de sabiduría y de entender su

(1) *Lesera*—véase nota 1 de la pág. 186.

(2) *Agarrar a palos*—dar una paliza.

mudo lenguaje? Los pobres religiosos estaban que no les cabía un alfiler (1).

Había en el mismo convento un mocho (2) que se ocupaba del cuidado del jardín, el hermano Fulgencio, hombre joven aun, despejado y atrevido, quien, al ver a sus superiores con la cara larga (3), se apersonó al padre guardián, que le tenía cariño y le permitía algunas libertades, y le preguntó:

—¿Podría decirme Su Reverencia qué mala mosca ha picado (4) a los reverendos padres, que andan tan cabiztivos y pensabajos (5)?

Le contó el interpelado la desgracia que se les venía encima, desgracia que tenían ya como cierta, pues no encontraban un gallo con las espuelas bastante afiladas (6) que poner al frente del que estaba por llegar.

—Yo seré ese gallo, dijo fray Fulgencio, y no tenga cuidado Su Paternidad.

Al día siguiente llegaba el tan poco deseado Visitador, y la Comunidad salió a recibirlo en procesión. El recién llegado no despegó los labios y se limitó a saludar con un pequeño movimiento de cabeza.

Llegó la hora de la comida, que era la terrible, porque en ella gustaba el Visitador iniciar sus discusiones, como si se complaciera en indigestar a sus víctimas.

(1) *Estar que no le cabe un alfiler a uno* = tener miedo; estar temeroso.

(2) *Mochó* = hermano lego.

(3) *Con la cara larga* = asustado.

(4) *Picarle a uno mala mosca* = se dice del que se siente molesto o desazonado,

(5) *Cabiztivo y pensabajo, cabiztabundo y meditativo* = dicese por *doinaire* en vez de *cabizbajo* y *pensativo*, *cabizbajo* y *meditabundo*.

(6) *Con las espuelas afiladas* = en punto de entrar en pelea.

Entraron al refectorio y, terminada la oración que es costumbre rezar antes de principiar a comer, se sienta cada cual en su lugar. Entonces el padre Visitador se levanta y apunta con un dedo. Inmediatamente fray Fulgencio sale al medio y apunta con dos; entonces el Visitador levanta tres dedos, y fray Fulgencio le contesta mostrándole el puño. El Visitador toma de la mesa una manzana y la presenta con arrogancia a su contendor; éste, a su vez, toma un pan y con gesto un tanto airado, lo levanta en su mano en actitud de arrojarlo. El padre Visitador toma asiento complacido, y al ver su cara de satisfacción, a todos se les vuelve el alma al cuerpo (1) y comen con apetito... de padres.

La visita duraba sólo un día, así es que al siguiente, temprano, debía retirarse el Visitador. Antes de despedirse, el padre Guardián le dijo:

—Permítame Su Reverencia que le ruegue me explique en qué consistió la discusión que Su Reverencia tuvo ayer con fray Fulgencio, porque, lo confieso humildemente, no alcancé a comprenderla.

—Reverendo Padre, el hermano Fulgencio es un sabio, y merecía decir misa mejor que muchos que la dicen. Habéis de saber que yo, al levantar un dedo, quise significarle que no había sino un Dios; y él, levantando dos dedos, me contestó:—«Es cierto que a Dios Padre debemos la vida, pero también lo es que a su Hijo debemos la salvación». Entonces yo, levantando tres dedos, le indiqué que al Padre y al Hijo debíamos agregar el Espíritu Santo, esto es, que Dios se compone de tres personas distintas; y fray Fulgencio me comprendió inme-

(1) *Volvérsese a uno el alma al cuerpo* = animarse; cobrar bríos.

diatamente, porque, cerrando la mano y mostrando el puño, dió a entender que las tres personas formaban un solo Dios, y no más. En seguida mostré yo una manzana, y con ello quise indicar que el hombre había perecido por la desobediencia de nuestros primeros padres, comiendo la fruta prohibida; y él, con el pan, me dijo:— «Si es verdad que el hombre se perdió por el pecado de Adán, también lo es que fué redimido por la Eucaristía». ¡Oh! fray Fulgencio es un gran hombre!

Se fué el Visitador, y libres los padres de este peso, reinó en el refectorio la más franca alegría.

Una vez que pusieron fin al trabajo de las mandíbulas, el Padre Guardián ordenó a fray Fulgencio:

—Cuéntenos, hermano, qué fué lo que le decía el Padre Visitador, y qué lo que Ud. le contestaba, y cómo se las arregló para entenderle.

—Pues, si la cosa era muy clara y no necesitaba de estudio, Reverendo Padre. He aquí nuestra conversación:

El Padre Visitador me apuntó con un dedo, como diciéndome:—«Si no comprendes lo que te voy decir, te meto este dedo en el trasero»; entonces yo le dije:—«Si Su Paternidad me mete un dedo, yo le meto dos»; y él me contestó:—«Pues yo te meto tres»;—«Y yo todo el puño», le repliqué mostrándole mi mano cerrada.—«Atrevido, me dijo él, si sigues hablándome de esa manera, te disparo con esta manzana»; y yo entonces le respondí:—«¿Manzanitas conmigo?» Si Su Paternidad me dispara con ella, yo, muy respetuosamente, le tapo la cara con este pan». Y esto fué todo. Como ven sus paternidades, no se necesitaba de mucho talento para comprender la cosa.

En la *Revue des Traditions populaires*, tomo XXVI, p. 178-179, M. René Basset publica un cuento árabe intitulado *El Lenguaje de las Señas*, que guarda más de una relación con el nuestro, y el cual trae la siguiente nota:

IBN AS'IM, *H'adâiq et Azhâr*, f.º 47 v.º Un cuento análogo se encuentra en el *Baital pachisi*, versión hindustana del *Vetalapantchavinsati* (Cf. OESTERLEY, *Baital Pachisi*, Leipzig, 1873, in-8.º, p. 30-31), y un resumen en la versión tamul. (Cf. BABINGTON, *The Vedala Cadai*, s. l. n. a., in-8.º, p. 24). Pero el cuento árabe más bien parece provenir de una fuente occidental. Las que conocemos son, sin embargo, posteriores a Ibn As'im, con excepción de una, que pertenece a la generación precedente: JUAN RUIZ, arcipreste de Hita: *Poesías*, estrofa 34 y sig., ap. Sánchez, *Poesías castellanas anteriores al siglo X* (V), 1842, in-8.º, p. 431. Trata de los Romanos que envían un embajador a los Griegos para pedirles leyes: las cuestiones primera y tercera del árabe se encuentran en esas estrofas. Cf. también PUYMAIGRE, *Les Vieux auteurs castillans*, París, 1862, 2 v. in-8.º, t. II, p. 70-71. Este asunto fué tratado en el siglo XVI por RABELAIS, *Pantagruel*, l. II, cap. XIX, *Comment Panurge fit quinaull l'Anglais qui arguoit par signes*. *Œuvres*, éd. Burgaud des Marets et Rathery, París, 2 v., 18.º jésus, p. 361-362; *Attestation*. La versión de Juan Ruiz se encuentra, según los editores de Rabelais, en Accurse, glosa sobre la ley 2, *Digesto, de origine juris* (cf. también BERRIAT SAINT PRIX, *Histoire du Droit romain*, París, 1821, 8.º, p. 291...

Cf. además: MACLER, *Le Tisserand Intelligent, Cont. Armeniens*, p. 88.

23.—Los Pregones de los cuatro vendedores

Iba un empanadero muy satisfecho pregonando su mercancía con el refrán de costumbre: «Empanaditas di horno, con pasa, aceituna y huevo... bien calientitas las di horno»; y quiso la mala suerte que un falte (1) que iba

(1) *Falte*. Véase nota 1 de la pág. 158.

detrás de él gritase inmediatamente: «Medias crudas, medias crudas».

El empanadero creyó que el falte decía que sus empanadas estaban medias crudas, para que no se las compraran, y sin más ni más, dejando su canasto y su hornillo en el suelo, las emprendió a puñadas con el pobre mercachifle, que no había hecho otra cosa que anunciar uno de los numerosos artículos que vendía.

En ese mismo momento pasaba cerca de ellos un vendedor de tubos para lámparas, pregonando: «Buenos tubos, buenos tubos»; pero nuestros dos contendores, que creyeron que el tal aplaudía los puñetazos que uno a otro se daban, exclamando: «Bueno estuvo, bueno estuvo», hicieron tácitamente las paces y se fueron contra el tubo; y si no hubiera sido por la oportuna intervención de un guardián del orden público, habrían dado buena cuenta de él. Poco faltó para que el guardián los llevara presos; pero, en vista de las explicaciones que dieron, los dejó tranquilos, y los tres aporreados, convertidos en buenos amigos, se retiraron a sellar la nueva amistad con una copa de cerveza.

Pero el diablo, que no duerme, envidioso de la paz establecida tan fácilmente, con igual facilidad sembró de nuevo la cizaña entre los flamantes amigos, quienes, por quitame allá estas pajas, se trenzaron (1) por segunda vez a mojicones.

Se daban los primeros golpes, cuando oyeron unas fuertes voces que decían: «Los sigo, los sigo». Pensaron ellos que el guardián los había seguido, y viéndolos pelear, los iba a tomar presos; y temiendo *caer en el chucho* (2),

(1) *Trenzarse*—darse de golpes.

(2) *Caer en el chucho*—caer preso.

abandonaron sus mercancías y echaron a correr cada uno por su lado, sin siquiera atreverse a mirar para atrás.

Y era el caso que el guardián, que en esos momentos hablaba con una criada, no se había percatado de lo que pasaba a la distancia; y que el de las voces había sido un vendedor de higos, que ofrecía el dulce fruto que llevaba en venta, gritando: «Los higos, los higos»; y el cual, viendo tan buenas cosas abandonadas por los tres que habían tomado la fuyenda, escogió las que mejor le parecieron, y se fué por otro lado.

En Santiago he oído este otro.

UN VENDEDOR DE CHICHA:—«¡Rica chicha, rica chicha!»

UN VENDEDOR DE MOTE:—«¡Y con agua bien fresquita!»

Uno y otro se dan de bofetadas.

UN VENDEDOR DE PÁJAROS, mostrando dos zorzales:—«¡Qué par de zorzales, señores!»

Dejan de pelear y se van contra el pajarero, creyendo que los trata de zorzales (1).

24.—La Ralada (2) de Gallina

Esta era una mujer muy buena, una santa, casada con un hombre malo, un perdido que la hacía sufrir sin motivo alguno, sin pretexto siquiera, cada vez que llegaba a la casa, ya sea insultándola groseramente, ya sea golpeándola, hasta dejarla muchas veces sin sentido. Este

(1) *Zorzal*=tonto; persona a quien se engaña fácilmente.

(2) Significa en Chile lo mismo que en Cuba (V. *Dicc. de la Lengua Española* de ALEMANY Y BÓLUFER).

hombre era jugador y borracho y no daba a su mujer ni lo estrictamente necesario para su sustento; pero ella trabajaba ocultamente y con lo que ganaba se ayudaba para vivir y dar de comer a su marido como si recibiera mucho dinero de él.

Un día, el marido, al salir por la mañana, le dijo que le tuviera un buen almuerzo porque iba a venir con un compadre, y que mucho cuidado, porque si faltaba algo o encontraba alguna cosa mala, se las había de pagar. Y se fué, sin dejarle ni un mísero centavo.

El compadre invitado era un excelente sujeto, que conocía desde pequeñita a la pobre mujer, y que, siempre que podía, la defendía, o por lo menos la excusaba, de los injustos cargos que le hacía el marido.

En cuanto ella se vió sola, echando mano de todas sus economías, que eran bien escasas, por cierto, se aprovisionó de lo que necesitaba, mató una gallina y preparó un almuerzo bastante decente.

A las 12 todo estaba pronto: la casa brillaba como un sol, de puro limpia; y la mesa, puesta debajo del parrón (1) (era verano) esperaba la llegada del marido y del compadre.

En el mismo momento que el dueño de casa tocaba en la puerta, una gallina que casualmente había quedado fuera del gallinero sin que la señora la viera, de un volido se subió a la mesa y se cagó en el mantel. Aquí de los apuros de la pobre mujer para encerrar la gallina y que el marido no viera la cagada, que apenas tuvo tiempo de tapar con una servilleta, porque los golpes a la puerta se repetían furiosamente.

(1) *Parrón* = parral.

—¡Ay, Dios mío!—pensaba ella—cuando mi marido la vea, me va a matar!

Y abrió la puerta, y apenas entraron, sin darle casi tiempo de saludar a su compadre, le dijo:

—¡Qué hubo! ¿está el almuerzo? ¡quién sabe qué porquerías nos irá a dar de comer esta flojonaza, sinvergüenza! Seguramente que todo ha de estar, como de costumbre, que no sirve para nada.

—Pero compadre,—le decía el otro por lo bajo—¿de qué se queja? ¿no le da gusto ver lo bien arreglado que está todo? ¡Si la comadre es una santa! Ud. no sabe la mujer que tiene. Ojalá todas fuesen tan buenas y hacendosas como ella.

—Calle la boca, compadre, que Ud. no la conoce bien y por eso la defiende. Mire que me voy a enojar con Ud

Y llegaron a la mesa, el marido rabiando y ella y el compadre callados. El marido miró a todos lados y bufaba de rabia al ver que nada podía echar en cara a su mujer, pues todo estaba tan limpio, tan ordenado, tan bien dispuesto; pero él tenía que decir algo, para desfogar su rabia, y gritó:

—¡Aquí falta una cosa, mujer!

—¿Qué será?—contestó ella humildemente—¿Se me habrá olvidado algo tal vez? ¿qué es lo que falta, hijo?

—Lo que aquí falta es una buena cagada de gallina, mujer del diablo!—gritó el hombre.

—Si se la tengo aquí, hijo,—contestó ella levantando la servilleta,—no se enfade.

El hombre, al ver lo sucedido, conoció que el cielo favorecía a su mujer y se arrepintió del mal trato que hasta entonces le había dado, le pidió perdón, y desde ese momento fué un marido ejemplar.

25.—La Reina Adivinadora

(Don Francisco Gómez).

Había en un país lejano una reina muy amiga de las adivinanzas, que había logrado reunir en un gran libro una colección tan numerosa que, según se decía, en él estaban apuntadas todas las conocidas en el mundo.

Tan segura estaba la reina de esto, que creyó no comprometerse haciendo publicar un bando en que ofrecía casarse con el que le propusiese un enigma que no adivinara o no estuviera en sus libros, cualquiera que fuese su condición o estado; pero si la reina lo adivinaba o estaba en su colección, le mandaba cortar la cabeza (1).

Un joven llamado Juan, que vivía en un lugar apartado y que gozaba de la fama de ingenioso, se propuso ir a la capital a proponerle una adivinanza a la reina; y con tal intención, abandonó su pueblo.

(1) En casi todos los cuentos de adivinanzas se conmina con la pena de muerte a los que no aciertan con la solución, o proponen enigmas que son resueltos; y esto, que choca a nuestro modo de ser actual, era, según las investigaciones de Max Müller, lo corriente en los tiempos antiguos:

«De estos primeros materiales (las metáforas y demás tropos) salieron, desde el principio, los enigmas; encontramos una multitud de ellos en himnos como I, 152 del *Rig-Veda*, y los Brahmanes nos enseñan que, en ciertos sacrificios, los sacerdotes se divertían litúrgicamente proponiéndoselos.

«La pena asignada al que no acertaba con la solución, no era despreciable: *al que no adivinaba, se le cortaba la cabeza*. La medida parece un poco excesiva, y sin embargo, se la encuentra idénticamente mencionada en la India (Upanishandas), en Grecia (Esfinge), en Islandia (Eddas) y entre los eslavos (KREK, *Slav Literaturgeschichte*, p. 266 y 299)». (MAX MÜLLER, *Nouvelles études de Mythologie traduites de l'anglais par Léon Job.*, París, 1898, p. 6.)

26.—La Adivinanza del Tonto (J. de la C. P.)

Un rey había prometido una talega de plata al que le dijera una adivinanza que no fuese capaz de resolver. Un tonto dijo:—Yo le pondré (1) la adivinanza y ganaré la talega;—y se puso en marcha hácia el palacio del rey.

Al atravesar un campo vió a un nuco (2) que pisaba a una nuca, y pensó:

Ya tengo una parte de la adivinanza.

Más allá encontró un cordero que balaba, y se dijo:—Esto también me sirve.

Siguió su camino, y al pasar por una bodega, vió que un hombre estaba guardando porotos, (3) y le preguntó qué era eso; el hombre le contestó:—Son porotos pallares que estoy echando en este saco.—El tonto repitió:—Pallares y pallares dentro del saco.

Y por fin, en la plaza, al llegar al palacio, le llamó la atención una mujer que freía picarones (4) en una sartén llena de grasa hirviendo; y pensó:—El talego es mío.

Llegó donde el rey y le dijo la siguiente adivinanza:

Nuco sobre nuco, y un beee,
pallares y pallares dentro del saco,
y al llegar donde mi rey:
chirrín, chirriaco.

Efectivamente, el rey no pudo dar con la solución e hizo entregar la talega al tonto.

(1) *Pondré* = propondré.

(2) *Nuco*, ave de rapiña parecida a la lechuza, *Otus brachyotus*.

(3) *Pallares*. Una de las muchas especies de *porotos* (fréjoles) que se cultivan en Chile. *Phaseolus pallar*.

(4) *Picarones* = buñuelos.



ANEXO I

Notas comparativas

ADDENDA

La Virgen y el Labrador, pág. 17:

BRAGA, *Lenda de Nossa Senhora, Cont. trad. do povo portuguez*, tom. II, pág. 162.

Los tres Lirios y El Pájaro Malverde, págs. 20 y 39:

FIGUEIREDO PIMENTEL, *O'Bezouro de Ouro, Hist. da Avósinha*, pág. 62.

— *A Rainha das Aguas, Ibidem*, pág. 300.

— *A Baba do Passarinho, Cont. da Carochinha*, pág. 69.

HOURTICQ, *Le Tsarévitch Ivan, l'Oiseau de feu et le Loup gris, Le plus beaux contes de tous les pays*, pág. 125.

El Tahir o la Hija del Diablo, pág. 61:

BRAGA, *O Principe que foi correr sua ventura, Cont. trad. do povo portuguez*, tom. I, pág. 70 (De la variante que se menciona en la nota 2, pág. 78).

— *O Aprendiz do Mago, Ibidem*, tom. I, pág. 27.

FIGUEIREDO PIMENTEL, *O Miudinho, Hist. da Avósinha*, pág. 43.

— *O Afilhado do Diabo, Ibidem*, pág. 124 (De la variante de la nota 2, pág. 78).

HOURTICQ, *Le Prince Imprévu, Les plus beaux contes de tous les pays*, pág. 14. (Trabajos, transformaciones, olvido, pareja de palomos que hacen recordar a la princesa olvidada).

OSORIO, *Branca-Flor, Cont. trad. port.*, pág. 82 (sólo desde la pág. 93 a 113).

PADILHA, *Branca-Flôr, Hist. do Arco da Velha*, pág. 377.

El Castillo de la Flor de Lis, pág. 85:

FIGUEIREDO PIMENTEL, *O Anel magico, Hist. da Avósinha*, pág. 326.

HOURTICQ, *Jack ou la Tabatière, d'or, Op. cit.*, pág. 59.

El Liviano y el Pesado, pág. 98:

FIGUEIREDO PIMENTEL, *Os tres Cães, Cont. da Carochinha*, pág. 11.

Mal Padre, pág. 118:

FIGUEIREDO PIMENTEL, *O Veadinho encantado, Cont. da Carochinha*, página 355.

✓ **El Príncipe Loro**, pág. 146:

PADILHA, *Bicos de Amores, Hist. do Arco da Velha*, pág. 453.

Las tres toronjas del mundo, pág. 168: ✓

FIGUEIREDO PIMENTEL, *A Moura torta, Cont. da Carochinha*, pág. 307.

El Medio-osito, pág. 178:

FIGUEIREDO PIMENTEL, *O Anjo da Guarda, Hist. da Avósinha*, pág. 206.
(Sólo la segunda parte).

ANEXO II

Fórmulas iniciales y finales de los cuentos populares en Chile

En la página 9 de este volumen aludí a las fórmulas con que se acostumbra en Chile comenzar y terminar los cuentos, fórmulas que, aunque diferentes de las nuestras, se usan en casi todos los países. Entre otras puedo mencionar las de los cuentos sicilianos de Pitré; las de los bretones de Sébillot; las de los cuentos de la Baja Bretaña de Luzel; las que transcribe Bladé en el prefacio de sus *Contes populaires de la Gascogne* (tom. I, págs. xlii-xlv); las de los cuentos que se insertan en la revista *El Folk-lore Andaluz*; las de los *Cuentos populares de Extremadura*, de Hernández de Soto; las de los *Cuentos de mi tía Panchita*, de Carmen Lira (Costa Rica); las de Nuevo México, de los cuentos de Aurelio M. Espinosa; y por fin, las que aparecen en un corto estudio que el folklorista portugués J. Leite de Vasconselhos publicó en la mencionada revista *El Folk-lore Andaluz*, Sevilla, 1882-1883 (pág. 211), que empiezan con el *olim* de las narraciones de los antiguos romanos y sigue con las que se dicen en Italia (1), Francia y Portugal. De las españolas que aparecen en ese estudio, sólo se recuerda en Chile la fórmula final:

Y colorín colorado,
ya mi cuento está acabado,

que es, tal vez, una de las más conocidas en la península. Las demás fórmulas chilenas, que son muy variadas, como puede verse en seguida, difieren notablemente de las que se usan en otros países. Hélas aquí, previniendo que casi todas han sido recogidas por mí personalmente.

FÓRMULAS INICIALES

1. Había una vez...
2. Han de saber que...

(1) Las de Italia son las sicilianas de la obra de Pitré.

3. Est'era ... (1) Estos eran...
4. Est'era un rey, costillas de palo, cabeza de buey.
5. Erase un día y una vez sería, que para lo contado personaje había.
6. Para saber y contar y contar para aprender. Est'era... (2).
7. Para saber y contar y contar para saber.
8. Para saber y contar, aprender y escuchar.
9. Para contar y saber, escuchar y aprender.
10. Para contar y saber, y saber para contar. Estera y estera, ahí va una lesera. Han de saber que...
11. Para saber contar y contar para saber, se necesita escuchar para llegar a aprender.
12. Escuchar para saber, y saber para contar.
13. Para saber y contar, para contar y saber, hay que aprender a contar los cuentos de ño Manuel.
14. Para saber y contar y escuchar para aprender.
15. Para saber y contar y escuchar para saber.
16. Para saber y contar, mentiras no han de faltar.
17. Para saber y contar y contar para aprender, aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, los de Roque alfandoque, los de rique alfeñique, triquitriqué, triquitrán.
18. Para saber y contar y contar para saber; estera y esterones, cónquiles (3) por los rincones; estera y esterilla, cónquiles por las orillas.
19. Para saber y contar y contar para aprender; estera y esterilla, búscale por las orillas; estera y esterones, búscale por los rincones; me voy por la quincha haciéndome huincha; me voy por l'acera corriendo carreras; pan y harina pa ña Catalina; pan y afrecho pa la mujer de ño Jecho; no l'echaré más esteras, porqu'es mucha moledera, ni las dejaré d'echar, porque de todo ha de llevar: punta y puntilla, para por todas orillas; punta y puntón, para por todo rincón.
20. Para saber y contar y contar para aprender; estera y esterita, para secar peritas; estera y esterones, para secar orejones.
21. Para saber y contar y contar para saber: qu'est'era una trara muerta que me quería comer, y yo, como estaba vivo, me le tiraba a esconder.
22. Para saber y contar y contar para saber: est'era una trara muerta que me quería comer, y yo como era chiquito, no me pude defender.
23. Para saber y contar y contar para saber: est'era una perra muerta que me quería comer, y yo, como estaba vivo, me sabía defender. Tiro y tiro por encima 'e los vestíos; tajo y tajo por debajo 'e los refajos.
24. Para saber y contar, para contar y saber: est'era una chilla muerta que me quería comer; pero, como era chiquita, yo me supe defender; me

(1) En Talca suele entablarse el siguiente diálogo entre el que cuenta y los que le escuchan:

—Cuéntenos un cuento.

—¿De qué quieren que les cuente? de estera o de había?

—De estera.

—Est'era un hombre...

—De había.

—Había una vez un hombre...

(2) Después de todas las fórmulas se agrega Est'era... Han de saber que..., Había una vez...

(3) Para los chilenismos de estas fórmulas, véase la nota de la pág. 382.

metí el deo en el c. . . y me lo puse a oler; me dieron gana 'e comerlo y me lo puse a morder.

25. Para saber y contar y contar para aprender; no l'eche las chacharachas, porque las viejas son lachas, ni l'eche las chacharuñas, porque las niñas rajuñan; y no las deje d'echar, porque de todo ha de llevar.

26. Para saber y contar y contar para saber; no l'echo más chacharachas, porque la vieja es muy lacha, y no las dejo d'echar, porque de todo ha de llevar. En estos y otros trajines, salí al campo a pasear, en l'alforja llevé el vino, y en la calabaza el pan.

27. Para saber y contar y contar para aprender; estera y esterita para secar peritas; estera y esterones para secar orejones; esterones y esterazas para secar calabazas.

28. Este y estera para ña Rafela; pan y queso pa los tontos lesos; pan y luce para el diablo chuche.

29. Para saber y contar y contar para saber: estera y esterita, para secar peritas; estera y esterones, para secar orejones; no l'eche tantas chacharachas, porque la vieja es muy lacha; ni se las deje d'echar, porque de todo ha de llevar: pan y queso, para los tontos lesos; pan y harina, pa las monjas capuchinas; pan y pan, pa las monjas de San Juan. Fin del principio y principio del fin.

30. Para saber y contar y contar para saber: estera y esterita, para secar peritas; estera y esterones, para secar perones; no l'echo los matutines por dejarlos pa los fines; ni se los dejo d'echar, porque de todo ha de llevar: pan y queso, pa los tontos lesos; pan y ají, pa los qu'están aquí; pan y vino, pa los paires capuchinos; pan y pan, pa las monjas de San Juan; paja y afrecho, pa los burros de ña Jecho; paja y cebá, pa los que no saben na.

31. Para saber y contar y contar para saber: pan y harina pa las hijas de ña Catalina; pan y afrecho, pa la señora Quecho; pan y mitá, pa la señora pelá. Me voy por una orilla, darle varilla; me voy por un rincón, darle orejón; me voy por el patio, haciéndome latio; me voy por el medio, haciendo remedio; me voy por el cogollo, haciéndome rollo; me voy por la quincha, haciéndome huincha.

32. Para saber y contar y contar para aprender: este qu'era ño Antequera, de media caña y de caña entera. No l'echaré los combates, porque voy a tomar mate; ni los dejaré d'echar, porque su poquito ha de llevar. Juan, Juan, Juan, recibe lo que te dan; sea harina o sea pan, lo echaremos al costal, con sus patas de animal, con sus picos de zorzal, que se enganchan, que se ensanchan por las narices de. . .

33. Para saber y contar y contar para saber: estera ballestera donde secan peras; pan y luce, para el diablo chuche; pan y harinón, para el diablo pilón; pan y harina, pa las monjas capuchinas. Si fuera mentira, sácale una tira; si fuera nulo, sácasela hasta el c. . .; por si fuera mentira o verdá, zámpasela en este costal. Ya no digo más estera, porque es mucha moledera.

34. Para saber y contar y contar para saber: estera y esterilla, cónquiles por las orillas; estera y esterones, cónquiles, por los rincones; pan y afrecho, pa las hijas de ña Jecho; pan y harina, pa la vieja Catalina; no l'echo más chacharachas, porque la vieja está borracha; ni las dejaré d'echar,

pues de todo ha de llevar. Est'era un padre que tenía dos hijos, el uno era grande y el otro más chico. Erase una vieja llamada Victoria; se murió la vieja, se acabó la historia. Después de tan largo trecho, entro ahora con pie derecho.

35. Para saber y contar es necesario escuchar. Est'era un padre que tenía dos hijos: uno era más grande, otro era más chico; uno se llamaba Pedro, otro se llamaba Juan; uno comía queso, otro comía pan. Fin del principio y principio del fin.

36. Para saber y contar es necesario escuchar. Arado, punta y manquera, para arar por la ladera; arado, punta y puntilla, para arar por las orillas. Estera y esteritas, para alfombrar casitas; estera y esterones, para cubrir salones; esteras y manteles, para comer pasteles; esteras y mantillas, para comer frutillas. Si no le gusta el versito para abrir el apetito, valga la buena intención y óiganme con atención.

37. Est'era y esta no era doña Juana Tijera, de media caña y de caña entera. Al fin del año, plantó un castaño; cazó un conejo y le salió viejo. Pan y comía pa las monjas de la Floría; pan y vino, pa las monjas del camino; pan y miel, pa las monjas de San Rafael; pan y sal, pa las monjas del Arenal. Yo no me meto con monjas, dijo ña Toronja; yo no me meto con frailes, dijo Peiro Undimales; yo no me meto en el rancho, dijo el chancho; yo no me meto en bochinches, dijo el chinche. Pásenme el sombrero, dijo el carnero; pásenme la guitarra, dijo la chicharra. Al pasar el río, me dió mucho frío; al pasar al otro lao, me encontré con un pelao. Sapito cho-loy, por aquí me voy; sapito rulengo, por aquí me vengo; varill' 'e culén, por aquí voy bien. Va a salir la luna, no se queen en ayunas.

38. Allá por los tiempos en que las culebras andaban paradas y los animales hablaban, había...

FÓRMULAS FINALES

1. Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento.
2. Y se acabó el cuento y se fué por la mar adentro y pasó por un zapato roto para después contar otro.
3. Y colorín colorao, qu'el cuento se ha acabao (1).
4. Y colorín colorao, que'este cuento está acabao.
5. Así lo contó Juan Soldao, y el cuento si ha acabao.
6. Así lo contó Juan Soldao, y el cuento si ha volao.
7. Bendito y alabao, el cuento está acabao.
8. Invento inventao, el cuento está acabao.
9. Cuentecito contado, por la ventana salió al tejado, y del tejado a la calle, para que no lo cuente nadie.
10. Se acabó el cuento y se lo llevó el viento; pasó por un zapato roto y un ollejo de poroto, para que usted me cuente otro (2).

(1) En Gascuña:

Cric crac,
moun counte es acabat.

(2) En Costa Rica, *Cuentos de mi tía Panchita*, por CARMEN LIRA, tres cuentos terminan con la fórmula: «Y me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro».

11. Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento para serranías de más adentro.

12. Y se acabó el cuento y se fué mares adentro, y pasó por un costal roto, para después contar otro.

13. Y se acabó el cuento del burro piojento.

14. Y se acabó el cuento del curao pulguiento y del futre piojento.

15. Aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento, y llegó hasta el camino que lleva a la casa de Bernardino.

16. Y se acabó el cuento del burro piojento, y se lo llevó el viento por la mar adentro, y pasó por un zapatito roto para mañana contar otro.

17. Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento, y se coló por la puerta de un convento, y nosotros nos quedamos afuera y los frailes siguieron adentro.

18. Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento por los claustros de un convento, y los frailes que lo oyeron se quedaron tan contentos.

19. Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento, y se entró por la puerta de un convento; los frailes que lo oyeron quedaron muy alegres, y los mochos y sirvientes se ca...yeron de contento.

20. Y aquí se acabó el cuento del Periquito Sarmiento, que estaba con la guatita al aire y el potito al viento.

21. Y se acabó el cuento del Periquito Sarmiento, que estaba con la guatita al aire y el potito al viento; y pase por una mata de porotos para que Fulano me cuente otro.

22. Y se fueron a Renca a comer pencas.

23. Y se fueron a Melipilla y se quebraron una canilla.

24. Y se fueron a Inglaterra y se comieron una perra.

25. Y se fueron a Rancagua tomando chicha con agua.

26. Y se fueron a Valparaíso para comer erizos.

27. Y se fueron muy lejos a comer cangrejos.

28. Y se pusieron capa para comer papas; y se pusieron capote para comer camote.

29. Y se fueron felices a Vichuquén, a caballito en el tren y comiéndose un pequén.

30. Y se fueron muy felices con dos docenas de perdices.

31. Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento; se fueron felices, comieron perdices y a mí no me dieron, porque no quisieron.

32. Y se fueron por este caminito y se volvieron por el otro, y no se encontraron ni uno ni otro.

33. Se casaron y vivieron felices largos años; y al fin, de tanto vivir, se pusieron muy viejaños; y cuando murieron, se los comieron los gusanos.

34. Se acabó el cuento y se lo llevó el viento camino de Apoquindo, para que Fulano cuente otro más lindo.

35. Y el matrimonio vivió muy feliz, porque le emborracharon la perdiz.

36. Se hicieron grandes fiestas para el pueblo, que se divirtió alegremente, y yo me encontré en-ellas y bebí mucho y comí más que un sabañón.

37. La boda se celebró y a todos se agasajó con un soberbio banquete, que estuvo de rechupete... y a mí nada me tocó.

38. Los chanchos andaban cocidos, listos para ser comidos.

Nota sobre los chilenismos de las fórmulas anteriores

Aunque la mayor parte de los chilenismos que se leen en estas fórmulas se encuentran en los excelentes diccionarios *Pequeño Larousse ilustrado* y *de la Lengua Española* de ALEMANY Y BOLUFER, que andan en manos de todo el mundo, para facilitar su inteligencia doy aquí el significado de aquellos que no se hallan en las numerosas notas puestas al pie de este trabajo. Los que no se explican o no están en esas notas, corresponden a palabras sin sentido, tan comunes en estas y otras formulillas populares.

Concli, cónquil, y más bien *clonqui*, es el *Xanthium spinosum* y la fruta o semilla de la misma planta.

Culén, arbusto muy medicinal. *Psoralea glandulosa*.

Curao, curado = ebrio, borracho.

Chacharacha = objeto sin valor; palabras y frases aconsonantadas de que se componen estas fórmulas.

Chicha. Bebida fermentada muy exquisita, que se fábrica con el jugo de la uva. Se la hace cruda o cocida; a esta última, por su color, se la llama *chicha baya*.

Chilla, zorra pequeña. *Canis Azarae*.

Chinche, m. = la chinche.

Choroy, clase de loro chileno. *Psittacus leptorhynchus*.

Chuche es el que tiene la cara desfigurada o torcida.

Emborrachar la perdiz = engañar.

Futre = elegante.

Jecho, Gecho, Quecho. Nombre familiar que se da a las personas que se llaman Jesús y Gertrudis.

Lacho, a = enamorado, amante.

Luche. Vegetal marino comestible. *Ulva lactuca*.

Matutines. Lo mismo que *chacharacha*, 2.^a acepción.

Pequén, ave de rapaña. *Noctua canicularia*.

Pilón = persona o animal a quien falta una o ambas orejas.

Viejaño, diminutivo despectivo de *viejo*.

ANEXO III

Bibliografía

ANDREWS, James Bruyn.—Contes ligures. Traditions de la Rivière reueillis entre Menton et Gênes. Paris, Leroux, 1892.

APLLE, Alfredo.—Contos populares russos (traduzidos do original). Tradições do povo português e brasileiro comparadas com o folclore estrangeiro. Lisboa, Portugal-Brasil Lda., 1920.

ARTIN PACHA, Yacoub.—Contes populaires inédits de la Vallée du Nil, traduits de l'arabe parlé. Paris, Maisonneuve, 1895.

ASBJÖRNSEN, P. C.—Fairy Tales from the Far North. Translated from the Norwegian by H. L. Brækstad. London, Nutt, 1897.

- ✕ ATRIA, Jorge O.; FLORES, Eliodoro; LAVAL, Ramón A.; y RENGIFO, Roberto.—Cuentos de Adivinanzas corrientes en Chile, con una introducción y notas comparativas por Rodolfo LENZ. Santiago de Chile, Imp. Universitaria, 1912.
- ✕ BAISSAC, C.—Le Folk-lore de l'Île-Maurice. (Texte créole et traduction française). Paris, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1888.
- BASSET, René.—Contes populaires berbères. Paris, Leroux, 1887.
- Nouveaux Contes berbères. Paris, Leroux, 1897.
- Biblioteca de Autores Españoles. (Tomo 57). Poetas castellanos anteriores al siglo XV. Colección hecha por don Tomás Antonio SÁNCHEZ. Madrid, Rivadeneyra, 1864.
- BLADÉ, Jean-François.—Contes populaires de La Gascogne. Paris, Maisonneuve et Leclerc, 1886.—3 vols.
- ✕ BRAGA, Teophilo.—Contos tradicionaes do povo portuguez, com um estudo sobre a novellistica geral e notas comparativas. Porto, Livraria Universal de Magalhães & Moniz. S. d.—2 vols.
- ✕ BRUEYRE, Loys.—Contes populaires de la Grande-Bretagne. Paris, Hachette, 1875.
- CARNOY, E. Henry.—Littérature orale de la Picardie. Paris, Maisonneuve, 1883.
- Contes Français. Paris, Leroux, 1885.
- CARNOY, E. Henry, et NICOLAÏDES, Jean.—Traditions populaires de l'Asie Mineure. Paris, Maisonneuve et Leclerc. Paris, 1889.
- COELHO, F. Adolpho.—Contos populares portuguezes. Lisboa, P. Planhier, 1879.
- Contos nacionaes para creanças. Segunda edição melhorada. Porto, Magalhães & Moniz, S. d.
- COLLIN DE PLANCY, J.—Légendes du Nouveau Testament. Paris, Plon, s. d.
- COSQUIN, Emmanuel.—Contes populaires de Lorraine, comparés avec les contes des autres provinces de France et des pays étrangers et précédés d'un essai sur l'origine et la propagation des contes populaires européens. Paris, P. Vieweg, 1886.—2 vols.
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián.—Tesoro de la Lengua Castellana o Española. Madrid, Luis Sánchez, M.DC.XI.
- DEMÓFILO (seud. de Antonio MACHADO y ALVAREZ).—Colección de Enigmas y Adivinanzas, en forma de diccionario. Imp. de R. Baldaraque, Sevilla, 1880.
- DESPARMET, J.—Contes populaires sur les Ogres, recueillis à Blida. Paris, Leroux, 1909-1910.—2 vols.
- V. Revue des Traditions populaires.
- DOZON, Auguste.—Contes albanais. Paris, Leroux, 1881.
- El Folk-lore Andaluz. Organó de la Sociedad de este nombre, 1882 a 1883. Sevilla, Francisco Alvarez y Cía.
- El Libro de las mil Noches y una Noche. Traducción directa y literal del árabe, por el Dr. J. C. Mardrus. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo. Editorial Prometeo, Valencia, s. d.—23 vols.

ESPINOSA, Aurelio M.—New Mexican Spanish Folklores, III Folktales. Reprinted from the *Journal of American Folklore*, Vol. XXIV, N.º XCIV, October-December, 1911.

— VII, More Folk-Tales.—Folk-Tales of the Tepecanos, by J. Alden MASON (Ed. by A. M. ESPINOSA).—Comparative Notes on New Mexican and Mexican Spanish Folk-Tales.—The *Journal of American Folklore*, Vol. XXVII, N.º CIV, Apr. June 1914.

FIGUEIREDO PIMENTEL.—Contos da Carochinha. Livro para crianças contendo escolhida collecção de sessenta e um contos populares, moraes e proveitosos, de varios paizes, traduzidos e recolhidos directamente da tradição oral. 18.ª ed. Rio de Janeiro, Livraria Quaresma, Editora, 1920.

— Historias da Avósinha. Livro para crianças, contendo cincoenta das mais celebres, primorosas, divinas e lindas historias populares, moraes e piedosas. . . Rio de Janeiro, Livraria. Quaresma 1921.

GUILLEN ROBLES, F.—Leyendas Moriscas, sacadas de varios manuscritos existentes en las Bibliotecas Nacional, Real y de D. P. de Gayangos. Madrid, Imp. Tello, 1885.—3 vols.

Folk-lore. Biblioteca de las Tradiciones populares españolas. Sevilla, Francisco Alvarez y Cía. 1883-1886.—11 vols.

GEORGEAKIS, G., et PINEAU, Léon.—Le Folk-lore de Lesbos. Paris, J. Maisonneuve, 1894.

HERNÁNDEZ DE SOTO, Sergio.—Cuentos populares de Extremadura. Madrid, Fernando Fe, 1886. Folk-lore Español. Biblioteca de las Tradiciones populares españolas. Tomo X.

HOURTICQ, Mme. Louis.—Les plus beaux contes de tous les pays. Paris, Hachette & Cie. 1911.

KLIMO, Michel.—Contes et Légendes de Hongrie. Paris, Maisonneuve, 1898.

LA FONTAINE.—Fables. Paris, Garnier. 1868.

LEDESMA, Dámaso.—Folk-Lore o Cancionero Salmantino. Madrid, Imprenta Alemana. 1907.

LEGER, Louis.—Recueil de Contes populaires slaves. Paris, Leroux, 1882.

LEGRAND, Émile.—Recueil de Contes populaires grecs. Paris, Leroux, 1881.

LENZ (Dr. Rodolfo).—Estudios Araucanos. Materiales para el estudio de la lengua, la literatura y las costumbres de los indios Mapuches o Araucanos. Diálogos en cuatro dialectos, cuentos populares, narraciones históricas y descriptivas y cantos de los indios de Chile en lengua mapuche, con traducción literal castellana. Santiago de Chile, Imp. Cervantes, 1895-1897.

— Cuentos de Adivinanzas corrientes en Chile, recogidos por los señores Jorge O. ATRIA, Eliodoro FLORES, Ramón A. LAVAL y Roberto RENGIFO, de la Sociedad de Folklore Chileno. Notas comparativas. Santiago de Chile. Imp. Universitaria, 1914.

LIRA Carmen.—Los Cuentos de mi Tía Panchita. (Cuentos populares recogidos en Costa Rica). García Monge y Cía., Editores. San José, Costa Rica, C. A., 1920.

X LUZEL, F. M.—Contes populaires de Basse-Bretagne. Paris, Maisonneuve et Leclerc, 1887.—3 vols.

— Légendes chrétiennes de la Basse-Bretagne. Paris, Maisonneuve, 1881.—2 vols.

MACLER, Frédéric.—Contes arméniens. Paris, Leroux, 1905.

X MONNIER, Marc.—Les Contes populaires en Italie, Paris, Charpentier, 1880.

MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH, Luis.—Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas. Sevilla, Libr. de San José, 1911-1912.—3 vols.

ORTOLI, J. B. Frédéric.—Les Contes populaires de l'île de Corse. Paris, Maisonneuve, 1883.

X OSORIO, Anna de Castro.—«Para as crianças». 1.ª serie. Contos tradicionais Portugueses. 4.ª edição. 1908. Livraria Editora «Para as Crianças». Setubal.

PADILHA, Viriato.—Historias do Arca da Velha. Livro para crianças. Esplendida collecção dos mais celebres contos populares... de varios paizes... e outros recolhidos directamente da tradiçãõ oral. Rio de Janeiro Quaresma e Cia., Livreros-Editores. 1913.

PARIS, Gaston.—Le Trésor du roi Rhamsinite. Paris, Leroux, 1907.

X PERRAULT, Ch.—Œuvres choisies. Paris, Brissot Thwars, 1826.

PINEAU, Léon.—Les Contes populaires du Poitou. Paris, Leroux, 1891.

— Le Folk-lore du Poitou. Paris, Leroux, 1892.

PITRÈ, Giuseppe.—Fiabe, Novelle e Racconti popolari siciliani. Palermo, Pedone Lauriel, 1875.—4 vols.

X REGNAUD, Paul.—Comment naissent les Mythes. Paris, Alcan, 1897.

Revue des Traditions populaires. Recueil mensuel de Mythologie, Littérature orale, Ethnographie traditionnelle et Art populaire. Paris.

RIVIÈRE, J.—Recueil de Contes populaires de la Kabylie du Djurdjura. Paris, Leroux, 1882.

X ROMERO, Sylvio.—Contos populares do Brasil. 3.ª edição. Livraria de Francisco Alves, Rio de Janeiro, 1902.

X SAUNIÈRE, S. de.—Cuentos populares araucanos y chilenos, recogidos de la tradición oral. Santiago de Chile, Imp. Universitaria, 1918. Revista de Folklore Chileno, tomo VII.

SÉBILLOT, Paul.—Contes des Marins. Paris, Charpentier, 1891.

X — Contes des provinces de France, Paris, L. Cerf, 1884.

— Cuentos Bretones. Cuentos populares de campesinos, pescadores y marineros. Traducidos por Manuel MACHADO. Paris, Garnier, 1900.

— Les joyeuses histoires de Bretagne. Paris, Fasquelle, 1910.

VINSON, Julien.—Le Folk-lore du Pays Basque. Paris, Maisonneuve, 1883.

VORAGINE, Jacobo de la.—La Leyenda Dorada, puesta en romance por Miguel A. Ródenas. Bibl. Hispana, Madrid, 1914.—2 vols.

VOSSION, Louis.—Contes birmans, d'après le Thoudamma Sâri Dammaat. Paris, Leroux, 1901.



INDICE

	PÁGS.
Anteportada.....	1
Ex-libris.....	2
Portada.....	3
Epígrafes de F. M. Luzel, Max Müller y G. — París.....	5
Tradiciones, leyendas y cuentos populares recogidos en Carahue....	7

IV. NARRACIONES.

A.—*Tradiciones*

La Laguna del Espejo.....	16
---------------------------	----

B.—*Leyendas*

1. La Virgen y el Labrador.....	17
2. La Golondrina y el Murciélago.....	19

C.—*Cuentos*

1. Los tres Lirios.....	20
2. El Pájaro Malverde.....	39
3. El Tahur o la Hija del Diablo.....	61
4. El Castillo de la Flor de Lis.....	85
5. El Liviano y el Pesado.....	98
6. Mal Padre.....	118
7. La Carta para la Virgen.....	124
8. Los siete Varones de la Viuda.....	135
9. El Príncipe Loro.....	146

10. La Princesa del Retrato.....	158
11. Las tres Toronjas del Mundo.....	168
12. El Medio-osito.....	178
13. La Muñequita de loza.....	189
14. Los niños abandonados.....	196
15. Los Palitos de Virtud.....	205
16. La Mata de Cóguiles.....	209
17. Los viejos mezquinos.....	221
18. El culebrón mal pagador.....	224
19. La historia que se volvió sueño.....	230
20. El Zorzal y la Zorra.....	235
21. El Viejo Tonto.....	237
22. El padre que hablaba por señas.....	240
23. Los Pregones de los cuatro vendedores.....	244
24. La Ralada de Gallina.....	246
25. La Reina Adivinadora.....	249
26. La Adivinanza del Tonto.....	252
Anexo I.—Notas comparativas.....	253
Anexo II.—Fórmulas iniciales i finales de los cuentos populares en Chile.....	254
Anexo III.—Bibliografía.....	259

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SECCIÓN CONTROL

